

Selección RNR

Díaz de Tuesta

El mal causado



Suspense Romántico

EL MAL CAUSADO

Díaz de Tuesta



1.^a edición: septiembre, 2016

© 2016 by Díaz de Tuesta

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-532-6

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

La causa de la causa es la causa del mal causado
Aforismo legal

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo

Capítulo 1

DIEZ AÑOS ANTES

1

Hacía mucho calor. El vestíbulo de la Agencia de Detectives Chueca parecía un horno, pese a que Conchi, la secretaria, había abierto la ventana de par en par y tenía la persiana bajada casi por completo.

Lo lógico hubiese sido que se moviese un poco el aire, pero no era así, al contrario: allí dentro no se arrastraba ni la más mínima brisa. Lo único que lograba colarse era el sol de aquella calurosa tarde de agosto. Dibujaba líneas doradas en el suelo y en un tramo de la pared, que necesitaba urgentemente una nueva capa de pintura.

—Mierda de aire acondicionado —gruñó Conchi—. También es mala suerte. Justo se tenía que romper hoy, el día más sofocante del puñetero verano.

—¿No puedes llamar para que lo arreglen? —preguntó Natalia Chueca, la hija del dueño. Tenía dieciséis años y era una jovencita morena y esbelta, de piernas largas y un rostro virginal que prometía llegar a convertirse en el de una mujer muy hermosa. Estaba sentada en una de las decrepitas butacas del vestíbulo, forradas de un plástico rojo tan viejo que se había cuarteado en varios puntos. A través de esos huecos podía verse el burdo relleno de esponja.

—No. Me temo que la caja está más seca que yo, que ya es decir. Ha habido que pagar algunos imprevistos, así que nada de extras este mes. ¡A aguantarse toca! Bah, no me hagas caso —añadió al momento, al notarla inquieta—. Lo que pasa es que tengo la regla y estoy de mal humor.

Natalia la miró todavía unos segundos, no del todo segura de que debiese creerla.

¿La caja seca? ¿Por qué? Que ella supiera, no le iba mal a la agencia, ni mucho menos. Los hermanos Salvador y Santos Chueca llevaban ya más de veinte años en el negocio y se habían ganado un prestigio como los mejores detectives de Bilbao. Se trataba de una firma bien asentada, de las más importantes de España, y gozaba del privilegio de tener firmados acuerdos de continuidad con muchos abogados y compañías importantes, lo que les aseguraba una ganancia fija cada mes.

Si a ello añadían los casos que llegaban sin cesar de particulares, principalmente cónyuges a la búsqueda de un mejor divorcio, asuntos turbios de empleados o empleadores y hasta algún que otro padre preocupado, no podían quejarse.

Y, sin embargo, el mobiliario de la oficina estaba viejo, alfombras y cortinas clamaban por una jubilación más que justa y las paredes necesitaban una buena capa de pintura. Su madre siempre lo decía...

Natalia se removió inquieta. ¡Qué difícil era controlar el dolor que le causaba el recuerdo de su madre! Había fallecido seis meses atrás, pero todavía tenía la sensación de que acababa de pasar o incluso se olvidaba de que había ocurrido.

Normal, ¡había sido todo tan inesperado! Un invierno especialmente duro, un resfriado que se complicó de mala manera y, zas, de pronto la vida era otra.

Todavía no lo había aceptado. A veces, al ver un vestido en un escaparate, se le pasaba por la cabeza llamarla para enseñárselo, o al ver que iban a estrenar una película romántica, de esas que le gustaban... Lo peor era soñar que estaban otra vez juntas y felices, y llorar al despertar por haber vuelto a perderla.

Había sido la primera sombra en el hasta entonces luminoso mundo llamado Natalia Chueca. Por lo general, intentaba disimular, sobre todo para evitar más preocupaciones a su padre y a su hermano pequeño, Salva. A su madre, lo sabía, no le hubiese gustado que se dejase arrastrar por la pena.

Por ella estaba allí, simulando normalidad, con su vestido nuevo rosa palo, que acentuaba las formas elegantes de su cuerpo adolescente y dejaba a la vista casi la totalidad de las largas piernas. Por ella esperaba a su padre, para que le diera la paga del fin de semana. Pensaba ir al cine con unas amigas, pese a que no tenía ganas de verlas, y tampoco había ninguna película que le interesara, seguro que ni conseguiría concentrarse en su argumento, seguro.

El agujero negro que bullía en su mente se lo tragaba todo.

—¡Qué calor! —volvió a gruñir Conchi. Tomó una carpeta y empezó a abanicarse.

No debió ser suficiente, porque se recogió el pelo en un moño de rodete que sujetó con un lápiz. Tenía una melena muy larga, teñida a mechones en una variedad de colores tan intensos como transgresores de toda norma de moda. Entre sus rizos convivían azules eléctricos, naranjas vibrantes, estridentes verdes, desconcertantes fucsias... De todos modos, en ella no quedaban mal y hasta tenían su lado bueno: la hacían única. Natalia se esforzó por devolverle la sonrisa—. ¿Quieres bajar a tomar un refresco en el bar de Paco? Le diré a tu padre que se reúna allí contigo cuando llegue.

—No, no importa.

De pronto, la puerta se abrió de golpe, y Natalia se sobresaltó hasta casi tragarse el chicle.

Era Javier Balboa, el más joven de los ayudantes de su padre. Estaba en la universidad estudiando Derecho y llevaba cosa de un año trabajando a media jornada en la agencia. Por lo que había oído decir, se le daba bien aquello de ser detective. Bueno, en lo que podía colaborar sin tener la licencia, claro. Vigilancia y cosas así de aburridas, según tenía entendido.

En realidad, Javier había entrado a trabajar allí porque él y su madre, Aitana, eran vecinos de los Chueca, vivían justo en el piso de al lado. Aitana y la madre de Natalia habían sido siempre muy buenas amigas. Natalia había comido o hecho los deberes muchas veces en casa de su «tía» Aitana cuando sus padres tenían algún compromiso, y siempre se había sentido bien recibida.

Y Javier...

Al verle, el corazón de Natalia empezó a latir a toda velocidad. No recordaba cuándo se había enamorado de él, probablemente lo había estado desde el principio, toda su vida, o al menos desde aquella vez que la defendió, cuando era pequeña, en el Parque Infantil de Navidad.

Hacía tanto de eso... Era como si hubiese ocurrido en alguna otra existencia, o a otras personas, o como si lo hubiese visto en una película. En aquella época estaban muy unidos, pero algo había pasado cuando Javier contaba diecisiete años, algo que lo impulsó a internarse en un camino que lo conducía cada vez más lejos del muchacho amable y simpático que había sido.

A esas alturas, Javier había cumplido ya los veinte y se había convertido en un joven alto y muy guapo, algo que no podía ocultar pese al aspecto desastrado de su

ropa y a la barba de pocos días. Tenía los ojos de un llamativo azul metálico y el pelo muy negro. Siempre lo llevaba demasiado largo, de hecho, la melena le llegaba por media espalda, aunque Natalia no creía que le gustase así de verdad, porque solía apartarlo con gesto impaciente cuando no lo ataba en una coleta. Probablemente, era solo otro rasgo de rebeldía.

¡Qué lástima! Ahora, siempre andaba bebiendo y fumando porros con un grupo de amigos tan impresentables como él. No había día que no se metiera en problemas. En ese mismo momento, vestido con una camiseta sin mangas, un pantalón vaquero tan sucio que probablemente ser mantendría en pie por sí mismo si se lo quitara, y la eterna chupa de cuero, tan inapropiada para ese día caluroso, llevaba la expresión de irlos buscando.

Dejó el casco de la moto sobre el mostrador con un golpe sonoro y enfiló hacia el pasillo.

—¡Javier! —exclamó Conchi, alarmada. Al no obtener respuesta, se levantó de la silla—. ¡Eh! ¿Adónde crees que vas? ¡No está!

Javier se detuvo de golpe. La miró con ojos vidriosos.

—¿Y dónde se ha metido? ¿Cuándo volverá?

—No lo sé. ¡Te digo que no lo sé! —repitió, a la defensiva, al ver que él no la creía—. En cualquier momento, supongo. Mierda, Javier, ¿no crees que ya va siendo hora de enterrar el hacha de guerra?

Natalia les miraba alternativamente, demasiado sorprendida como para intervenir. ¿De quién hablaban? Javier parecía muy enfadado. Claro que Conchi también.

—Métete en tus putos asuntos, Conchi —gruñó él.

—La paz en esta oficina forma parte de mis *putos* asuntos —incidió en la palabrota, demostrándole que no se escandalizaba, precisamente, por ella—. Y si tú quieres seguir trabajando aquí, será mejor que cambies de actitud.

—Es posible que no quiera seguir trabajando aquí.

—No sabía que, además de idiota, fueras tonto.

—¡Déjame en paz! —gritó Javier, golpeando el mostrador con un puño. Se quedó mirando hacia el suelo, con los hombros hundidos, presa de alguna emoción profunda. Conchi extendió una mano para tocarle el hombro, en un gesto de consuelo, pero él se apartó con brusquedad, rehuyéndola—. Está hundida, Conchi —dijo, al cabo de unos momentos, con voz ahogada—. Hundida. Pero, claro, a nadie le importa una soberana

mierda. Lo único que cuenta es lo que quiera el señor, como siempre. Pues bien, yo no lo voy a consentir. Me voy a encargar de hacerle tanto daño como pueda. Haré que lamente todas y cada una de las lágrimas que le ha hecho derramar.

Conchi no replicó. Por la cara que puso, aquel asunto le producía más tristeza que otra cosa. Javier cogió el casco, dispuesto a salir, pero sus ojos se tropezaron con los de Natalia. Durante un segundo dio la impresión de que iban a pasar de largo, sin más, como tantas otras veces, pero no. Se detuvieron en ella, mirándola como si fuera la primera vez que la veían, y sonrió.

Un brillo peligroso se deslizó lentamente por sus pupilas.

—Vaya. Hola, Natalia —le dijo. Ella tragó saliva.

—Hola, Javier —consiguió susurrar, sintiendo que se ruborizaba. Él percibió su desasosiego y sonrió con media boca. La recorrió con la mirada, desde la larga melena negra, recogida en una coleta alta, hasta la punta de los pies. Se demoró mucho, muchísimo, en sus piernas. Natalia ya sabía que los hombres la miraban, pero nunca nadie lo había hecho con tanta indecencia y no supo cómo reaccionar.

Al fin y al cabo, era su Príncipe. Era perfecto.

—¿Quieres venir a dar un paseo en moto?

El corazón de Natalia pegó un brinco. ¿En serio? Aquello siempre había formado parte de sus sueños más románticos, no podía creer que estuviese ocurriendo de verdad. Que Javier reparase en ella, que quisiese otra vez su compañía, era algo tan maravilloso que hasta temió desmayarse de pura emoción.

Pero, antes de que le diese tiempo a contestar, Conchi intervino.

—Ni se te ocurra, Javier —susurró, con firmeza. Se miraron de tal forma que parecían estarse comunicando sin necesidad de palabras—. No.

Javier hizo una mueca. Abrió la boca para decir algo, pero entonces sonó el teléfono, con el timbre apagado que indicaba que era la línea interior. Conchi lo cogió, asintió y volvió a colgar.

—Mendieta quiere que vaya un momento a su despacho. Vuelvo enseguida. No te muevas de ahí, Natalia —le advirtió a ella, antes de mirar a Javier con el ceño fruncido—. Y tú, lárgate.

—Vale, vale. Ya me voy —aceptó Javier. Se dirigió a la puerta con el casco bajo el brazo y salió, sin más despedida. Conchi puso expresión de alivio, cogió una libreta de notas y un bolígrafo y se metió por el pasillo.

Natalia se quedó allí sentada, en el mismo sitio, con la sensación de que algo realmente importante, algo que hubiera cambiado de forma radical el curso de su existencia, había dejado de producirse.

Su decepción duró poco.

La puerta se entreabrió apenas y Javier se asomó. No dijo nada, pero de su actitud se desprendía que la estaba esperando. El pulso de Natalia se aceleró, haciéndola sentirse sumamente viva. Miró hacia el pasillo: ni rastro de Conchi.

Bueno, ¿por qué no? No podía rechazar un sueño. Si lo hacía, no podría perdonárselo jamás.

Se levantó y se fue con Javier Balboa.

2

Javier había dejado la moto aparcada a pocos metros de la entrada. Sin decir nada, le cedió el casco a ella, la subió al sillín y se sentó delante. Parecía tener prisa y cuando Natalia vio a su padre doblando la esquina, comprendió por qué. No les vio; Salvador Chueca, un hombre moreno y atractivo que se acercaba a unos bien llevados cuarenta años, iba leyendo unos informes y ni siquiera el ruido de la moto, al pasar por su lado, lo sacó de sus pensamientos.

En pocos minutos estuvieron en una zona de Bilbao que no había esperado visitar jamás, una pequeña calle paralela a la de Las Cortes, famosa por los tugurios, las drogas y las prostitutas. Las aceras estaban repletas de gentes extrañas, que le resultaban tremendamente amenazadoras.

Javier detuvo la moto ante la entrada de un bar de mala muerte que llevaba por nombre «Maribel».

Pues qué bien...

—Ten cuidado con el tubo, no te quemes —le advirtió, pero como si temiera que no fuese capaz de cumplir una orden tan sencilla, bajó, la cogió por la cintura y la dejó incólume sobre la acera. Era bastante más fuerte de lo que parecía a simple vista. Se echó a reír—. Tienes un aspecto muy gracioso con el casco, Nat —explicó,

mientras se lo quitaba.

Ella no supo qué decir. Los ojos de Javier se volvieron soñadores, la cogió de la mano y la condujo al interior del bar.

Estaba bastante oscuro, pero no lo suficiente como para no ver con claridad el mobiliario destartado, el suelo sucio, las paredes decoradas con adornos horribles y pósters de mujeres desnudas.

Tras una barra que daba la impresión de haber conocido varias generaciones de borrachos, un individuo mal encarado estaba sirviendo una bebida. Natalia pensó que sería para él mismo, porque no se veía ningún cliente, aunque casi al momento descubrió que había una mujer sentada en una de las mesas.

¿Sería una prostituta? Seguro que sí, porque estaba enfundada en un vestido varias tallas menor a la que hubiese debido corresponderle, por lo que sus enormes pechos parecían a punto de salir despedidos del gran escote. Además, iba demasiado maquillada: la boquilla del cigarrillo que estaba fumando mostraba una roncha de pintalabios tan rojo que parecía haberlo manchado al sangrar por la boca.

Al ver a Javier sonrió, se levantó y se acercó a él, pero perdió la sonrisa al reparar en que iba acompañado.

—Hoy no, Lucía —le dijo él, sin apenas mirarla. Se volvió hacia el tipo de la barra—. Una botella. Y la llave de arriba.

El individuo echó un vistazo a Natalia y gruñó una maldición.

—Puedo meterme en un lío muy gordo, Balboa. Es una puñetera menor. Se ve a kilómetros.

—No te preocupes. Si pasara algo, diría que la he colado, que ni siquiera la viste, lo sabes.

—Claro. Y tú sabes que puedes ir a la cárcel por esto —añadió, pero le entregó ambas cosas, haciendo chocar la llave contra la madera del mostrador—. Te costará el doble.

—Apúntalo en mi cuenta.

El hombre no apartó la mano que cubría la llave.

—Por adelantado.

Javier bufó, pero arrojó sobre la barra unos billetes que el individuo hizo desaparecer de inmediato. Entonces, cogió la llave y la botella y tiró de Natalia hacia unas escaleras de caracol. Eran metálicas, muy empinadas y mugrientas. En el piso de

arriba solo había un descansillo con varias cajas amontonadas de cualquier forma y una puerta.

Él abrió y le cedió el paso. Natalia entró en una habitación pequeña y sucia, en la que una gran cama que debía haber conocido mejores tiempos ocupaba casi todo el espacio. La colcha estaba arrugada y mostraba manchas de distintos tonos y tamaños.

Tragó saliva. No era tonta. Aunque su cerebro no había funcionado demasiado desde el momento en el que Javier la miró, se dio cuenta de la situación y sintió que todo su cuerpo se cubría de un sudor frío.

—¿A qué hemos venido? —preguntó aturdida.

Javier emitió una risa ronca, mientras cerraba con llave.

—A follar, claro.

Ella se quedó rígida, más por el término empleado que por lo que implicaba en sí. Era una palabra obscena y prohibida, su significado le quedaba demasiado lejos, en los campos de lo impensable. Otras chicas de su clase ya lo hacían con sus novios, pero no ella, que era demasiado tímida, demasiado niña para esos temas.

Javier no se dio cuenta. Dejó la llave y la botella sobre la mesilla, junto con un sobre pequeño y cuadrado, blanco, y se quitó la chamarra. Solo entonces reparó en que ella no se había movido, pero debió percibir su miedo, porque en vez de impaciente, la miró con algo parecido a la lástima.

Volvió a su lado, hasta quedar frente a ella. Durante un largo momento, se limitaron a mirarse a los ojos, y Natalia creyó percibir algo, un residuo de aquel cariño que los había unido en otros tiempos. Pero Javier frunció ligeramente el ceño, ahuyentándolo. Poco a poco se inclinó lentamente hasta unir sus labios.

Natalia jadeó, mareada, incrédula. Aquello sí que formaba parte de su sueño. Sintió las manos de Javier, tomándola por los hombros, ardiendo sobre su piel helada. El beso aumentó de intensidad.

—Abre la boca —susurró Javier—. Vamos, Nat, separa los dientes.

Ella no quería, más que nada por el chicle. Se había olvidado de él y, al recordarlo, la embargó una tremenda vergüenza. Intentó tragárselo, pero no pudo. Javier presionó más todavía y su lengua terminó por abrirse paso. La besó profundamente y cuando se separó de ella, sonriendo, era él quien tenía el chicle.

Hizo un globo, lo sacó y lo pegó en la pared.

—No es esta la clase de goma que vamos a usar —le dijo, y no estuvo segura de si

había sonreído. La empujó apenas hacia la cama, pero fue él quien se sentó y la colocó entre sus piernas, abrazándola con fuerza. Sus manos recorrieron los laterales de su cuerpo, lentamente, mientras la besaba en el estómago. Luego bajaron, hasta tocar la piel desnuda de sus piernas, sobre las que se deslizaron—. Eres preciosa, Natalia —le oyó murmurar. Ella cerró los ojos, dejándose llevar por la marea de emociones. Jamás se había sentido tan viva y tan lúcida—. Total y absolutamente preciosa.

La soltó. Natalia observó en silencio cómo se sacaba la camiseta por la cabeza y se quitaba las botas. Se puso en pie y desabrochó lentamente los botones del vaquero, observándola con fijeza. Ella contuvo el aliento. Javier se bajó los pantalones junto con los calzoncillos y se irguió, sin ninguna timidez, soberbiamente desnudo, hermoso, el sueño de cualquier chica.

Natalia se estremeció. Sus amigas se morían por él, ella se moría por él. Y él seguía mirándola de un modo singular, mientras su mano la rodeaba y alcanzaba la cremallera del vestido. La bajó de una forma pausada, meditada, que produjo en Natalia la sensación de estar ante la posibilidad de una elección. No se movió y supuso que, con eso, ya había elegido.

El bonito vestido rosa palo cayó al suelo, un amasijo de tela informe, olvidada.

Natalia no llevaba sujetador. Hacía demasiado calor, su vestido tenía unos tirantes muy finos y sus jóvenes pechos todavía ni lo necesitaban. Javier sonrió al descubrir las diminutas bragas adornadas con corazones. Jamás ningún hombre la había visto así y ella se ruborizó, pero Javier volvió a besarla con pasión y ya todo dejó de tener importancia.

Sintió que giraba en el aire, durante un tiempo eterno que terminó con el roce áspero de la colcha a su espalda. Javier estaba sobre ella, sus manos le acariciaron las caderas, y una de ellas, más osada, se deslizó por el elástico de sus bragas y cubrió su sexo. Natalia jadeó, algo espantada.

—Tranquila, cielo —le oyó susurrar—. Tranquila. Si algo puedo asegurarte, es que vas a disfrutar la experiencia.

Aquellos dedos mágicos empezaron a acariciarla, al principio lentamente, después con mayor intensidad. Dos de ellos se introdujeron por su vagina y Natalia emitió un gruñido de placer. Si antes podía pensar poco, en esos momentos ya no era nada, nada excepto aquel remolino que nacía en los giros que daban los dedos de Javier y que se

expandían convulsionando todo su cuerpo. Sus caderas se movieron por sí mismas, intentando acentuar las sensaciones y, de pronto, demasiado pronto, llegaron la tensión y la subida, una larga, larga, larga subida, que concluyó con un grito en el que se combinaban placer y sorpresa.

Hubiera necesitado unos segundos para reponerse de aquella novedad, pero Javier volvió a besarla, le quitó las bragas, cogió el sobre de la mesilla y lo rompió. Era un condón, comprendió Natalia, y él se lo puso con manos expertas que hablaban de muchas situaciones semejantes. Aquello le provocó un eco de tristeza, pero apenas tuvo tiempo de reflexionar.

Javier se situó entre sus piernas, la acarició, avivó el rescoldo de lo que había sentido, la penetró y empezó a abrirse paso. Se detuvo justo en la barrera que proclamaba su virginidad y, apretando los dientes, tomó su rostro entre las manos.

Quizá iba a decir algo o quizá solo deseaba captar su atención, subyugándola con aquella mirada intensa, algo fría. Javier empujó de improviso y ella se estremeció, recorrida por un dolor agudo. Le sentía dentro, grande, fuerte, duro. Sabía que era algo normal, Conchi le había explicado las cosas del sexo varios años antes, pero no esperaba algo tan... tan así. No supo qué palabra usar. Tenía la impresión de que la habían partido por la mitad.

—Tranquila —volvió a decir él. Parecía estar soportando un gran esfuerzo, todos los músculos en tensión, aunque estuviera inmóvil—. Pasará enseguida.

—No me importa —susurró ella. Alzó una mano y le acarició el pelo, aquel largo pelo negro que estaba limpio, descubrió entonces; limpio y con olor a champú—. Te amo, Javier. Te amo, te amo, te amo...

Su voz se perdió en un murmullo. Los ojos de Javier brillaron de un modo extraño y ella se preguntó si no habría sido una tonta, una niña ridícula, al declarar su amor en semejantes circunstancias. Pero él la besó con dulzura, con una ternura nueva y, cuando empezó a moverse, siguiendo un ritmo lento y enloquecedor, Natalia lo sintió en todos y cada uno de los poros de su piel.

Las caderas de Javier aceleraron poco a poco, muy poco a poco pero sin tregua, llevándola cada vez más cerca del precipicio que había descubierto antes; pero, cuando la arrastró con él al abismo de placer, descubrió que el primero solo había sido una sombra del auténtico. Natalia se retorció, sorprendida, totalmente superada por aquello. Le rodeó la cintura con las piernas y se impulsó en lo posible, deseando

sentirle más hondo, más dentro, más cerca y se le escapó un grito desgarrador que se mezcló con el que lanzó Javier cuando finalmente se unió a ella en la liberación.

3

Natalia sentía el cuerpo cubierto de sudor y la piel de Javier estaba muy caliente, pero no quería que se apartase. Aun así, no protestó cuando lo hizo, no hubiera podido protestar por nada. Lo que había ocurrido la había maravillado por completo y jamás en su vida había estado tan enamorada de él.

Ni en sus sueños más intensos hubiera podido imaginar una comunión semejante. Se sentía parte de Javier y le sentía como parte propia. La idea de que a su padre no le iba a gustar ni pizca que saliesen cruzó su mente, pero la apartó de inmediato. Ese momento era para disfrutar, para disfrutar con Javier.

Además, ya solucionaría los problemas cuando se fuesen presentando. Si tenía que luchar como Julieta para estar con el hombre amado, lo haría sin dudarle un solo segundo.

Él le dio la espalda y se sentó en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Natalia tuvo la impresión de que sufría, pero era una idea que resultaba demasiado increíble. ¿Cómo podría nadie sufrir en un momento así? Lo que habían compartido era mágico, ¿no? Aunque quizá, para él, no tuviera la misma importancia. ¿Cuántas chicas habría llevado allí? ¿Y cuántas veces lo habría hecho en esa misma cama con esa tal Lucía, la de abajo, la que sangraba maquillaje de forma tan zafia?

También apartó aquellas ideas. Resultaban demasiado dolorosas.

Javier se quitó el condón y fue hacia el baño. Cuando salió, segundos después, se inclinó y sacó un paquete de tabaco del bolsillo del vaquero. Encendió un cigarrillo y dio un par de caladas. Como ni siquiera entonces parecía dispuesto a hablar, Natalia decidió intentarlo.

—¿Estás bien? —preguntó con una vocecita suave. Javier rio entre dientes.

—Esa pregunta debería formularla yo —contestó. Sacudió la ceniza del cigarrillo directamente sobre el suelo—. Pero no voy a hacerla. Porque no me importa nada.

Nada en absoluto, Nat.

Natalia parpadeó, algo dolida por el tono seco y el sentido de las palabras. Se dijo que debía haberle entendido mal. Al cabo de unos momentos, cuando por fin consiguió convencerse de ello, alzó una mano e intentó acariciarle una pierna, pero él se apartó con violencia, como hiciera con Conchi. Como si temiese que su contacto pudiera hacerle algún daño.

—¿Qué ocurre?

—No lo sabes, ¿verdad? No, supongo que no. —Aplastó la colilla en el cenicero, con rabia—. Pasa que tu padre es un cabrón. Adivina quién le compró la casa a mi madre, adivina en qué cama ha pasado todas esas tardes y esas noches en las que alegaba tener mucho trabajo, haciendo lo que tú y yo acabamos de hacer aquí ahora.

—Pero ¿qué dices? —Natalia se había quedado pálida. ¿Aitana? ¿Aitana era amante de su padre? No, eso no podía ser. Imposible. Su padre no tenía amantes. Su padre adoraba a su madre, había llorado mucho, absolutamente desolado, cuando murió—. Eso no es cierto.

—Claro que sí. Espabila de una vez. Has vivido siempre entre algodones, la niña mimada del gran Chueca, su hijita, su princesa... Pero yo sí lo sabía, lo descubrí hace años. Supe quién era el amante de mi madre, de dónde salía el dinero con el que pagar esas facturas para las que no alcanzaba su miserable sueldo de camarera. Y aunque no me gustó una mierda, callé. Me dije que Salvador era simplemente un hombre cobarde, alguien que lo justificaba todo en la creencia de que se estaba sacrificando por un bien mayor. Al fin y al cabo estabais vosotros dos, sus hijos. Aunque amara a mi madre, se contentaba con una existencia gris en un matrimonio fracasado para daros la ocasión de disfrutar de la quimera de un hogar. Joder. Incluso podía entenderlo. —Se frotó el rostro con las manos—. Pero no, Salvador no era ningún héroe abnegado: era, simple y llanamente, un hijo de la gran puta.

—¡No hables así de mi padre!

—¿Que no hable así? ¡Hablaré como me dé la gana! ¡No quiere casarse con ella! —gritó, absolutamente enfurecido—. ¡Ahora que podría hacerlo, no quiere! ¿Quién cojones se ha pensado que es? ¿Y qué maldita opinión se ha formado de mi madre? ¿Es buena solo para la cama, pero no para compartir una relación con ella? ¡Joder, joder, joder! ¡Te juro que siento unas ganas tremendas de darle la paliza que se merece!

Apretó los puños de tal forma que Natalia temió que la pegara, a ella, a Salvador y a todos los Chueca del mundo; pero Javier masculló una maldición y empezó a vestirse precipitadamente. Cuando terminó, sacó unos billetes y se los arrojó.

—Con esto tendrás para un taxi, el resto es por el servicio. Aunque la verdad, no ha sido nada del otro mundo. El polvo no ha valido ni el precio de la habitación que he pagado por echarlo. —Abrió la puerta, pero se detuvo en el umbral—. Ah, y cuando vayas llorando a tu padre para contarle lo que ha ocurrido, puedes decirle de mi parte que te he montado para vengarme, sí. Si quiere alguna otra explicación, que me busque y que la pida.

Salió, dando un portazo. Natalia permaneció allí mucho tiempo, mirando la puerta, incapaz de reaccionar. Cuando al fin reunió las fuerzas suficientes para hacerlo, descubrió la sangre. Fue al cuarto de baño, donde se limpió como pudo. Le hubiera gustado darse una ducha, pero no había y quizá tampoco era el lugar adecuado.

Diez minutos después, bajó las escaleras. El local estaba algo más lleno y la calle más oscura. No se veía capaz de caminar sola por allí.

—¿Puede llamarme un taxi, por favor? —le pidió al tipo de la barra. El hombre arqueó una ceja.

—Lárgate —ordenó con un gruñido, pero la mujer llamada Lucía se acercó de inmediato.

—No seas bruto. Llama a un taxi ahora mismo. —El hombre masculló algo y se dirigió al teléfono. Mientras, Lucía la miró con tristeza—. ¿Estás bien, niña?

—Si —susurró. En realidad, no se sentía ni bien ni mal, solo extraña. Estaba como flotando en un limbo, aturdida por la conmoción, aunque sabía que cuando reaccionara, no pararía jamás de llorar.

—No sé qué le pasaba hoy a Javier. —Lucía sonrió, intentando animarla—. Por lo general, no se comporta así. Y sabe cómo tratar a una chica. Ya sabes, pulsar las teclas adecuadas.

Natalia no replicó, ni correspondió a la sonrisa. Se quedó inmóvil hasta que llegó el taxi, entró y le dio la dirección de su casa.

Tres meses después se fue de la ciudad y no regresó en mucho tiempo.

Capítulo 2

1

Por fin estaba otra vez en Bilbao. Había regresado al punto de partida, pero hacía tanto calor y había tanta gente por todas partes que, durante un segundo, tuvo la impresión de continuar en El Cairo. Claro que solo fue un efecto momentáneo. El aspecto de la calle, los colores, los sonidos, eran demasiado distintos como para permitir que el espejismo se mantuviese mucho tiempo. Incluso la naturaleza de aquel calor era diferente. Menos seco, más húmedo.

Natalia maldijo mientras el taxista sacaba la enorme maleta del coche y la dejaba en la acera. Se sentía arrugada y pegajosa.

—¿Se la acerco a alguna parte? —le preguntó el hombre. Una buena propina siempre obraba milagros en la cortesía.

—No, gracias. Voy ahí mismo —añadió, mientras señalaba el portal más cercano. El sol arrancó un destello rojizo de la placa de bronce en la que se leía «JAVIER BALBOA - DETECTIVE PRIVADO». Natalia sintió una presión en el pecho. ¿Sabía que Balboa hubiese puesto su propio negocio, y menos en su portal. ¿Qué le habría parecido a su padre? Terrible, seguro. También ella se irritó enormemente, como si Balboa lo hubiera hecho aposta para sacarles de sus casillas, pese a ser una idea absurda—. Y me ayudará el portero.

El taxista asintió, sin molestarse en disimular su alivio, se despidió y se alejó con el vehículo. Sola en medio de la acera, Natalia se recogió la coleta de caballo en un moño bajo, para liberar el cuello de su insufrible contacto, y lo sujetó con un pasador.

¡Qué calor! Como aquel día...

¡No!

No podía consentirlo, de ningún modo. Era solo por el regreso. *Aquello*, lo que ocurrió, ya no le importaba nada. Había pasado mucho tiempo.

De hecho, no quería pensar en ello y no lo haría.

Natalia cogió la maleta y empezó a arrastrarla por la acera. Aunque tenía ruedas,

pesaba una barbaridad, y la barra del tirador se le clavaba en los dedos. «Bien, ¿y ahora?» Miró el reloj de su pulsera. Solo eran las once. Subiría, se daría una ducha, se quitaría esas ropas sudadas, y luego iría al despacho de su padre y su tío, que estaba en la misma calle, a dos manzanas de distancia. Prefería eso a llamarles por teléfono. Así, podría saludar a la familia y enterarse de las últimas noticias cuanto antes.

En el fondo de su mente, se formó el rostro desdibujado de su hermano, Salva, que llevaba quince días desaparecido, una de las muchas razones de su retorno a la tierra natal.

De haber podido, hasta hubiese omitido la ducha. Pero debía tener un aspecto espantoso y no era cuestión de presentarse con semejantes pintas en la oficina, por muchas ganas que tuviera de saludar a su padre y abrazar a su tío.

Titubeó, pero hacía ya mucho tiempo que se negaba a detenerse en el dolor que le producía esa distinción *saludar/abrazar*, así que también lo apartó de su mente. Lo importante era Salva. Quería saber qué habían descubierto.

Resoplando, abrió la puerta del portal.

Allí dentro, por fortuna, hacía más fresco. Miró hacia el cuchitril del portero, pero la puerta estaba cerrada y la luz apagada. «Por supuesto», se dijo, molesta. Marianito tenía un radar único y muy efectivo: nunca estaba cuando se le necesitaba, y menos si la necesidad pasaba por cargar con algún bulto. Había dos tramos de escaleras, cada uno de una docena de peldaños, antes de llegar al ascensor.

Estaba intentando subir la maleta un tercer escalón, cuando la puerta de la calle volvió a abrirse.

Natalia se giró y miró al recién llegado. Su silueta oscura se recortaba en negro sobre la luz dorada del exterior. Era un hombre alto y esbelto, vestido con vaqueros y una camisa a cuadros. Llevaba un periódico y una barra de pan bajo el brazo. Fue su postura, más que otra cosa, lo que le indicó de quién se trataba y, aunque al trasluz no podía ver bien su rostro ni su gesto mostró el menor sobresalto, supo que la miraba con auténtica sorpresa.

Javier Balboa fue el primero en reaccionar. Entró en el portal, se quitó las gafas de sol y empezó a subir los peldaños. Rodeó la maleta por el lado contrario al que estaba Natalia, de tal modo que pensó que iba a pasar de largo sin decirle nada, ni siquiera un saludo de cortesía que hubiera estado muy fuera de lugar, y probablemente

esa fue su primera intención.

Pero se detuvo en mitad de la escalinata y se volvió hacia ella.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, señalando la maleta. Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No. En absoluto. Puedo yo sola. —La rabia seguía allí, en el fondo, y muy viva porque la impulsó a añadir—: Y no recuerdo haberle dado permiso para que me tutee, señor Balboa. De hecho, no quiero ni que me dirija la palabra.

Él la miró lentamente, de pies a cabeza, de una forma minuciosa, casi ofensiva, que la hizo ruborizar y le recordó aquella vez que hizo exactamente lo mismo, el día en que casi la destruyó por completo. Los ojos azules de aquel hombre recorrieron sus largas piernas, intensamente bronceadas por el sol de Egipto, la minúscula minifalda blanca, la ligera blusa de flores, pegada a su cuerpo por el sudor, su cuello, rígido por la tensión, y terminaron deteniéndose en sus ojos.

Balboa le dedicó una sonrisa claramente sensual.

—De todas formas, será mejor que la ayude, señorita Chueca.

Puso la mano en el tirador y ella lo soltó al momento, sobresaltada por el contacto de sus dedos. Balboa impulsó la maleta hacia arriba. No demostró gran esfuerzo al llevarla hasta el ascensor, aunque, mientras apretaba el botón de llamada, agitó la cabeza.

—¿Se puede saber qué lleva aquí? Pesa como mil diablos.

Ahmed, un compañero egipcio de su última expedición, había preguntado lo mismo cuando la acompañó al aeropuerto, y habían bromeado sobre la posibilidad de que llevase un egiptólogo muerto, asesinado y perfectamente plegado dentro de la maleta. Ahora, al recordar sus risas, se sintió más deprimida aún.

—No es asunto de su incumbencia —dijo, brusca. Balboa la miró sin mostrar la menor expresión—. Si no quiere llevarla, por mí no hay problema. No le he pedido nada.

El ascensor llegó y él abrió la puerta.

—No esperaba que lo hiciera.

Metió la maleta en el pequeño cubículo y le cedió el paso. Natalia entró, buscando la manera de decirle que allí no cabía nadie más, que lo mejor sería que esperase y volviese a llamar el ascensor, o que subiese por la escalera, pero no se le ocurrió cómo hacerlo sin provocar un enfrentamiento para el que aún no estaba preparada. Él

se colocó a su lado, rozándola en el brazo, y pulsó el botón del quinto piso.

—Bienvenida al hogar —dijo. El ascensor se puso en marcha, con la brusquedad de siempre. «Hay cosas que nunca cambian»—. Habrá visto que he puesto una oficina. En la entreplanta, donde antes vivían Dora la panadera y su marido.

—Sí, no he podido evitar saberlo.

Balboa hizo caso omiso de su tono irónico.

—Es mi hora del almuerzo —siguió informando, como si le importase a alguien—. Por eso subo a casa, a prepararme algo.

—Qué bien. —Aquel hombre tenía la desagradable cualidad de ponerla nerviosa. Incluso diciendo una tontería semejante, de conversación banal. Él no pareció reparar en su turbación.

—Ha venido por lo de su hermano, supongo. —Natalia asintió—. Podía haberse ahorrado el esfuerzo.

—¿Qué quiere decir? ¿Sabe dónde está Salva?

—En parte, sí. Se lo dije a su padre, le llamé ayer por la tarde, ¿no se lo ha dicho? —No, y eso que habían hablado la noche anterior. «Qué extraño»—. Descubrí que había decidido irse a un concierto, en Londres, con unos amigos y su nueva novia, una muchacha de Gorlitz llamada Zuriñe. Por supuesto, no consideró necesario comentárselo a nadie.

—Maldito crío —masculló Natalia. Balboa se echó a reír.

—Bueno, ya no tan crío. Recuerdo que en enero pasamos por la dura borrachera de su veinticinco cumpleaños. — ¿Así que Salva y Balboa eran amigos, y hasta ese punto? La idea la desconcertó, pese a que resultaba bastante lógica. Se conocían de siempre y de pequeños se llevaban bien. Natalia nunca había pensado en hacia dónde habría derivado su relación, ya de adultos—. No creo que nadie dude de que, a estas alturas, es todo un hombre.

—Cuestión de opiniones —masculló—. Además, eso no explica que lleve tanto tiempo sin dar señales de vida. No se necesitan diez días para un concierto.

—Por eso he dicho que lo he descubierto «en parte». Estamos comprobando hoteles y otros alojamientos. Seguro que sigue allí. Si quiere mi opinión, creo que le ha cogido gusto a la vida londinense. —Balboa se encogió de hombros—. Vamos, no se enfade. Todos hemos hecho alguna que otra locura, de jóvenes.

Natalia le miró de reojo, preguntándose si estaba teniendo la osadía de referirse a

aquello con tanta ligereza. Por fortuna, el ascensor se detuvo en ese momento y Balboa salió, arrastrando con él la maleta. Natalia lo siguió hasta la puerta de su casa.

—Gracias —murmuró. Nada más oírse, se odió por decirlo, pero no pudo evitarlo. Estaba bien educada. Él sonrió.

—No hay de qué. —Dudó un segundo—. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—No sé. Y no es algo que tenga que importarle. A ser posible, desearía no volver a verle.

Balboa la miró con severidad.

—Ya me lo imagino. Pero me gustaría hablar con usted, Natalia. Yo... —Carraspeó—. Tengo que hablar con usted. Llevo diez años queriendo hacerlo.

—¿En serio? Yo, sin embargo, llevo diez años intentando olvidar que existe.

—Pero...

—No me hable, no me dirija la palabra. No se acerque a mí. Fuera.

Balboa apretó los labios. Dio media vuelta y se alejó por el pasillo iluminado por la gran ventana del patio, hacia su propia puerta.

2

Enfadado, Javier arrojó el periódico sobre el sofá, y se dirigió a la cocina.

Tenía pensado prepararse un huevo frito con panceta y, aunque la conversación con Natalia le había quitado el apetito, no vio motivo para cambiar de planes. «No sé por qué me sorprende». Era de imaginar que, si llegaban a verse de nuevo, ocurriría algo así.

Al encontrarse con ella en el portal había tenido una sensación extraña, como de salto en el tiempo. Diez años. Natalia se había ido a vivir fuera poco después de... *aquello*, antes de que él pudiese arreglar lo ocurrido. En ese tiempo, había regresado a Bilbao tres veces, siempre por asuntos familiares, pero fueron visitas muy breves, en las que no habían llegado a coincidir. Ella se había ocupado personalmente de que así fuera y Javier, tras un primer intento sin ningún éxito, no se lo había impedido.

Sobre todo desde que se había alejado definitivamente de Salvador y todo lo

referido a los Chueca en general. Solo había seguido manteniendo contacto con Salva, un buen chico, pero algo atolondrado, como lo fue él en el pasado. Bueno, no tanto, que él se había excedido por todos los extremos, bien lo sabía. Javier se sentía un poco como un hermano mayor con Salva, y se resistía a romper esa última conexión.

Diez años. Hubiera jurado que era un margen más que suficiente como para enfriar cualquier sentimiento o para cambiar a cualquiera. Qué iluso.

Natalia había cambiado, eso no podía negarlo. Era ya una mujer, una mujer auténtica, y muy hermosa, no solo la promesa de serlo. Tenía un rostro de pómulos marcados, una nariz suavemente respingona, labios exuberantes, y unos llamativos ojos grises, de un tono muy claro. Eran enormes... No, enormes no, grandes, en su tamaño justo, y algo rasgados en los extremos, lo que le daba un aire felino y exótico.

Solo a alguien así podía sentarle tan bien el modo desaliñado en que llevaba recogido el pelo. Todavía no sabía cómo había conseguido resistir el impulso de soltarle el pasador y hundir los dedos en su melena, negra como ala de cuervo.

La minifalda, y la blusa pegada al cuerpo que mostraba con claridad las areolas de sus senos, solo tuvieron una culpa secundaria en la dolorosa erección que trató de esconder con el periódico y la barra de pan que había bajado a comprar. No, no podía engañarse. Él amaba a aquella mujer y su cuerpo hubiera respondido igual, incluso aunque hubiese ido vestida según el lamentable código de los talibanes.

No estaba seguro de las razones que inspiraban aquel sentimiento, si es que el amor podía ajustarse a lógicas de algún tipo. Había querido a la Natalia niña y a la Natalia adolescente, pero casi no conocía a la Natalia mujer. ¿Estaba enamorado de un recuerdo, de una ilusión? Probablemente. Incluso, si se apuraba, era posible que estuviese enamorado solo para mitigar parte de su sensación de culpa. Amarla y sufrir por ello, qué buena manera de purgar el enorme mal que le había hecho.

En fin, lo único cierto era que, en ese terreno, se encontraba hecho un lío. Algo patético, cuando uno ya estaba cerca de cumplir los treinta años.

«Mierda, mierda, mierda». Javier puso una sartén al fuego, echó un par de lonchas de panceta sin esperar a que se calentara y empezó a cocinar con movimientos precisos. Economizando energías, como hubiera dicho Isabel, su secretaria. «¿Cuánto tiempo pensará quedarse esta vez? No mucho», supuso al momento. Él mismo la había tranquilizado respecto a Salva y ella ya se había dado el gusto de mostrarse adecuadamente borde, por lo que no habría ninguna otra cosa que la retuviese en

Bilbao.

«¿Y fuera?» Javier sabía que Natalia se había doctorado en Egiptología en la Sorbona. Vivía entre Londres y París, viajaba a Egipto con regularidad y carecía de trabajo fijo, a menos que se pudieran definir como tal sus esporádicos artículos en revistas especializadas y su colaboración en excavaciones arqueológicas.

Tampoco parecía haber encontrado pareja y, aunque ya hacía tiempo que no le sonsacaba información al respecto a Santos Chueca ni a Salva, por lo que había podido comprobar en el ascensor, seguía sin llevar anillo de casada.

El hecho de que eso le produjera una enorme satisfacción, no ayudaba a mejorarle el humor. Todo lo contrario.

Javier sirvió la panceta en un plato y echó aceite en la sartén, recordando la imagen de Natalia con dieciséis años, en aquel hotel de mala muerte. Una niña sensible, dolorida aún por la pérdida de su madre. Era tan bonita, y estaba tan encantadora con su vestido de color rosa, que todos sus planes se vinieron abajo.

Se había acostado con ella, desde luego. Una vez la besó, nada le hubiera impedido hacerlo, ni siquiera el miedo a la cárcel, un riesgo que asumió desde el principio. En todo momento tuvo muy presente que él ya era mayor de edad y, ponerle las manos encima a semejante bombón, era un delito.

Después, tampoco podía negarlo, la había insultado hasta lo indecible...

¡Dios, estaba encolerizado, furioso con Salvador, con su madre, con la propia Natalia por haber resultado ser demasiado maravillosa, demasiado deseable, y con él mismo, por haber perdido el control, por no ser capaz de hacer lo que había planeado! La insultó, sí, pero no la había *aplastado*, no como tenía previsto.

Claro que Natalia no parecía considerarlo así.

Javier se frotó la barbilla, agobiado. Tenía gracia. Había buscado hacerle daño a Salvador Chueca, sin importarle los sentimientos de la chica, y había terminado estúpidamente enamorado de ella. Un castigo adecuado a la magnitud de su crimen. Una condena de por vida, de la que ya llevaba cumplidos diez largos años.

«¿Le he perdonado?», se preguntó, pensando en Salvador. A veces, pensaba que sí; a veces, no estaba seguro. Salvador Chueca había hecho mucho por él y eso no podía olvidarlo. Le trató siempre como a un hijo, se empeñó en darle una educación universitaria, en conseguirle un futuro y, cuando las cosas se torcieron, utilizó todos sus recursos para sacarle de la calle. Quizá incluso podía decirse que, de alguna

forma, le salvó la vida, pues todos sus amigos de entonces estaban ya más que muertos, víctimas de las drogas, o se estaban pudriendo en la cárcel.

Aunque no quisiera trabajar con él, aunque no pudiera hablar con él sin terminar discutiendo a gritos, quería a Salvador, y mucho. Era solo que, cuando se acordaba de su madre, de la relación que habían mantenido, se ponía enfermo.

Aitana siempre le defendió, hasta el último momento. Y tenía razón, él no era quién para meterse donde no le llamaban. «Rayos, Salvador, te estrangularía con gusto», se dijo, sintiendo la misma furiosa amargura de siempre. Pero, al fin y al cabo, no todo era culpa suya. Su madre era una mujer adulta cuando se lió sentimentalmente con él, tomó sus decisiones y debía respetarlas. El hecho de que Salvador no se casara con ella, al enviudar, la destrozó, y el que la abandonara definitivamente, aplastó los restos.

Javier tuvo que verla, impotente, mientras se apagaba poco a poco.

El teléfono sonó. Lo sacó del bolsillo trasero y pulsó directamente, sin comprobar quién llamaba.

—Balboa.

—¿Javier? —La voz de mujer le sonó lejanamente conocida. No trató de hacer memoria. Supuso que formaría parte de su amplia agenda telefónica, algún remoto ligue de fin de semana. Alguien que podría ayudarle a quitarse de la cabeza a Natalia —. Hola, Javier, ¿cómo estás? Soy Luisa. La hija de Eva.

—Oh, sí, Luisa. —Sonrió al reconocerla, y también sintió un ligero alivio: menos mal que no había metido la pata—. Qué sorpresa. ¿Cómo te va todo?

Pues no, no era ningún ligue, al menos no ella. Eva Linaza, su madre, había sido la abogada de Salvador Chueca y una de las primeras amantes de Javier. Una mujer madura pero hermosa, y sin miedo a romper todas las reglas que fuesen necesarias, tanto dentro como fuera de la cama. Había sido madre soltera adolescente en una época en la que, sin ser ya un pecado, aquello seguía suponiendo un escándalo social. Cuando empezaron a acostarse, él tenía diecisiete años, dos más que su hija Luisa, y ella treinta, pero la diferencia de edad nunca supuso un problema.

«O quizá sí», pensó Javier, con ecuanimidad, ya que había sido él quien se había ido alejando, embarcado en una búsqueda de la que ella ya había vuelto con las manos vacías. «Como yo estoy ahora».

Eva no pareció molesta por ello. Al contrario, se siguió comportando como una

buenas amigas e incluso le mandó clientes de vez en cuando, en los primeros tiempos de la agencia. Últimamente no se veían tanto, sobre todo desde que a ella le diagnosticaron cáncer de mama y empezó distintos tratamientos, varios de ellos en Estados Unidos. Pero, precisamente, pocos días antes le había llamado y habíase quedado en el parque de Doña Casilda.

Eva tenía buen aspecto. Decía estar bien, muy recuperada.

Trató de evocar la imagen de su hija, Luisa, una muchacha grande y rolliza, pero muy agradable de trato. Al acabar la universidad se había ido a vivir fuera de Bilbao, así que, la última vez que la vio, fue unos seis años atrás. Se preguntó, como en tantas otras ocasiones, si estaría enterada de la auténtica relación que le unía a su madre. Probablemente no.

—Bueno... te llamo en primer lugar para darte una mala noticia, porque creo que todavía no lo sabes. —No se hizo de rogar, lo soltó casi al momento—: Mi madre ha muerto.

—¿Qué me dices? —Pese a saber lo enferma que estaba, la noticia le tomó por sorpresa, quizá por lo bien que la había visto el último día. «Mierda de mundo», pensó, enojado y más dolido por la pérdida de lo que esperaba—. Pero ¿cómo...?

—Por lo que parece, estaba ya muy mal. Inició un nuevo tratamiento, a la desesperada, pero resultó tan inútil como los anteriores.

—¿En Estados Unidos?

—No, no, aquí mismo, en Bilbao, en una clínica nueva. Me he informado al respecto y tenía buenas expectativas, pero lamentablemente no funcionó. Murió en la clínica. Ni siquiera me llamó a mí para avisarme. Ha sido su médico quien se ha puesto en contacto conmigo.

Luisa siguió hablando, pero Javier no se enteró de qué más decía. No conseguía centrar su mente. ¿Por eso había querido quedar Eva? Quizá quería despedirse... Fue un rato estupendo. Charlaron durante horas y recordaron viejos tiempos. Hablaron del cáncer y el futuro. Ella estaba nostálgica. Comieron un helado tan bueno en la cafetería del parque, que luego se empeñó en comprar dos tarrinas grandes, una para cada uno. Javier no era muy de helado, Eva lo sabía perfectamente, pero se obcecó hasta salirse con la suya. Incluso le pidió que, si le pasaba algo, lo comiera en su honor, a ser posible invitando a una buena chica, una con la que realmente quisiera pasar el resto de su vida.

Amor. Eso significaba el helado. Eso le deseaba Eva, que le quería de verdad.

Qué calor hacía, qué bien sonaba su risa, cómo brillaba el sol en su pelo...

Y ahora estaba muerta.

—No me lo puedo creer —murmuró, al darse cuenta de que Luisa guardaba silencio—. Precisamente estuve con ella la semana pasada. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace tres días. —Al día siguiente de su encuentro, pensó Javier—. Complicaciones. Ya sabes.

—Rayos, lo siento muchísimo, Luisa.

—Gracias, lo sé. El funeral es mañana, en la iglesia de San José, a las doce y media. Lo digo por si puedes ir, pero no te preocupes, entiendo que con tan poca antelación...

—Iré, descuida. —Tardó un segundo de más en continuar—. No sé ni qué decir.

—Lo comprendo. A mí también me ha tomado por sorpresa. Lo llevaba tan bien que hasta creí que podría superarlo. Pero, bueno, hay que asumirlo. Si quieres, podemos quedar después del funeral, comer o quizá cenar. Pasado mañana me vuelvo a ir de Bilbao.

—¿Sigues viviendo en Madrid?

—Sí. Sigo trabajando en la misma empresa. —Javier trató de hacer memoria, pero solo recordó que se trataba de una multinacional. Combustibles, quizá—. ¿Y tu despacho, va bien?

—Sigue en pie, lo que de por sí ya es un milagro.

—Vamos, no digas eso. Mamá tenía mucha fe en ti.

—Lo sé. —Rio con amargura—. Me evitó la cárcel. Dos veces. Y sin que me quedasen antecedentes, bendita fuera. De otro modo, jamás hubiera podido conseguir la licencia de detective.

—Sí. —Ella también rio—. Siempre fuiste bastante gamberro, Javier.

—No puedo negarlo. —El aceite de la sartén empezó a soltar una humareda. Javier la apartó del fuego, abrió la ventana, y con la mano libre sacó un huevo de la nevera y unas lonchas de panceta—. Gracias por avisarme, Luisa. Me hubiese llevado un disgusto si no me llego a enterar. Nos vemos mañana, entonces.

—Espera, espera un momento. También quería comentarte un asunto profesional. Sé que podemos tratarlo mañana, pero prefiero decírtelo cuanto antes: necesito los servicios de un detective y he pensado en ti, por supuesto.

—¿En serio? Muchas gracias, Luisa. ¿Qué ocurre, en qué puedo ayudarte? —Un momento de silencio—. ¿Luisa? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Perdona. La verdad, es que no sé muy bien por dónde empezar. —No le metió prisas. Bien sabía que, a veces, era importante organizar los pensamientos—. Verás, por lo que parece, anteayer, mientras mi madre estaba en la clínica, entraron a robar en su casa. Bueno, para ser exactos, un vecino vio cómo alguien entraba en su piso, de madrugada. Mi madre no podía ser. Ya te digo que se encontraba en la clínica, ya en coma, y yo he llegado a Bilbao esta mañana. Tuvo que ser un ladrón.

—Vaya. ¿Se llevaron mucho?

—El caso es que no lo sé. He revisado todo con la policía pero no había nada revuelto, ni la cerradura estaba forzada. Y, claro, yo no tengo ni idea de si falta o no algo, hace mucho que no vivo con mi madre.

—Quizá el vecino se equivocó.

—Quizá. Pero insiste en que no, que lo vio. No sé, todo este asunto me resulta... perturbador. Sabes que mi madre tenía clientes muy *especiales*. Políticos, banqueros, famosos y de ahí en adelante. La idea de que aprovecharan que estaba ingresada, muriéndose, para entrar y robar lo que sea, me saca de quicio.

—Te entiendo, no te preocupes. ¿Tienes alguna idea de por dónde empezar?

—No. Quizá deberías ir por allí y revisar tú. La cerradura sigue siendo la misma —añadió, haciéndole sospechar que, quizá, sí que conocía la relación que le había unido a su madre. Javier había tenido llave de aquella casa. Aún la tenía, de hecho, en algún cajón de su dormitorio—. Igual se te ocurre qué puede faltar. O quizá encuentres alguna pista que te permita localizar a los ladrones.

—Bueno, técnicamente no puedo investigar robos, pero puedo indagar un poco, a ver cómo va la cosa. ¿Sabes el nombre del policía que lleva el caso?

—Pobeda. Iñaki Pobeda, de la comisaría de la ertzaintza de María Díaz de Haro. Según me dijo, había pocas posibilidades de conseguir nada, sobre todo teniendo en cuenta que no sabemos si hubo robo realmente. Le he comentado que pensaba recurrir a ayuda privada y, aunque no confía en que se obtengan resultados, ha prometido ser muy colaborador.

—Estupendo. —Anotó el nombre en la agenda imantada que tenía en la nevera, junto al recordatorio, entre exclamaciones, de que debía comprar leche, y agitó la cabeza—. Pero quiero que tengas en cuenta que, probablemente, poco es lo que pueda

hacer.

—Por supuesto. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Haré lo posible, no lo dudes.

—Gracias, Javier. Nos vemos mañana. Un abrazo. Adiós.

Javier colgó el teléfono. ¿Habrían robado en casa de Eva, aprovechando que se estaba muriendo, sola, en una clínica? Incluso él se sorprendió de la oleada de indignación que le recorrió de arriba abajo.

Con el ceño fruncido, volvió a ocuparse de su almuerzo.

3

La casa olía a cerrado y estaba muy revuelta.

Natalia sabía que tanto su padre como la ertzaintza la habían registrado a fondo mientras buscaban alguna pista de lo que podía haber sido de su hermano Salvador, pero resultaba evidente que no eran los responsables últimos del alboroto. El suelo de la salita estaba cubierto de periódicos viejos que daban la impresión de haber sido arrojados aquí y allá con indiferencia. Había una manta apolillada en el sofá y varios ceniceros saturados de colillas, además de un buen número de tazas vacías que parecían haber contenido café, y que ahora eran cultivos de hongos en distintas fases de evolución.

Fue a su dormitorio y descubrió que había sido reconvertido en despacho. Su cama y su armario habían desaparecido, igual que el resto de sus cosas. No quedaba nada de sus fotos, sus diplomas, ni mucho menos, de sus peluches y su ropa. Aunque llevaba mucho tiempo sin poner los pies allí, se sintió traicionada. Y dolida. Era como si hubiesen arrancado sus raíces del mundo.

Qué tontería. En sus dos últimas visitas a Bilbao, se había alojado en un hotel. Normal que Salva hubiese adaptado el piso a sus necesidades, por no hablar de que nada de lo perdido sería echado en falta, pero, de todos modos, dolía.

Miró a su alrededor. Por todas partes había libros de ciencias naturales, pósters y documentación sobre *Greenpeace*, todo relacionado con la ecología, el único

objetivo útil en la vida de Salva, tan diletante como ella misma. Su compromiso con el planeta no llegaba más allá de lo aparente, porque había empezado a estudiar biología y luego geología, pero no había pasado más allá de un par de cursos de cada carrera. Salva tenía muchas virtudes, pero lo suyo no era la constancia.

La cocina estaba llena de platos sucios. Había tantos que hizo que se preguntase si había ido comprando nuevos cuando se le iban acabando los limpios, en vez de limitarse a fregarlos en un momento. Alineadas junto a la pared, había tres bolsas de basura llenas hasta arriba, pero sin cerrar, y las moscas zumbaban por todas partes.

Un auténtico piso de soltero.

«Qué asco», pensó, abriendo la ventana. Le llevaría horas arreglar aquel desastre y estaba demasiado agotada como para enfrentarlo en ese momento.

El dormitorio de Salva era la leonera de siempre, igual que el de sus padres, que debía ser el que usaba ahora, porque tenía la cama revuelta. Daba la impresión de que ahora era el centro del nido de ratas de su hermano. El baño estaba terrible.

No había nada más. Era una casa pequeña, con lo mínimo. Natalia recordaba bien las quejas de su madre, los comentarios sobre que Santos y su esposa, sin tener hijos, ocupaban un piso el doble de grande. Salvador hubiera debido comprar una casa más amplia, hubiera debido vivir mejor, ofrecerle mucho más a su mujer y sus hijos, pero, claro, bastante había tenido con comprar dos viviendas, y mantener a dos familias.

Tener un harén siempre resultaba caro.

«Qué conveniente, tenerla tan cerca», se dijo, sintiendo el mismo humor ácido y corrosivo de siempre. «Ni siquiera tenía que cambiar de portal para ir a casa de la querida». No sabía de quién había sido la idea. Balboa, que fue quien le abrió los ojos, quien le contó lo que había estado ocurriendo delante de sus narices, no se lo dijo. Probablemente de Salvador, siempre tan ocupado y con poco tiempo, y con una confianza tan ciega en su propia buena suerte.

Otro en su lugar, no se hubiera atrevido a acercarse tanto a los polos opuestos de su vida, por temor a que todo el sistema se le viniera abajo, pero Salvador, que siempre caía de pie, era inmune al concepto de prudencia. «Seguro que pensó: “¡Qué chollo!” cuando quedó libre el piso de al lado y lo compró, haciéndole trampas a mamá con el sueldo».

Natalia agitó la cabeza, tratando de apartar aquellos pensamientos. Puesto que Salva había eliminado su dormitorio, decidió que se quedaría en el principal, aunque

cuando entró para abrir la ventana estuvo a punto de cambiar de idea. Había ropa tirada por todas partes, una buena capa de polvo concentrado y unas sábanas sucias de meses, como poco.

Arqueó las cejas, al distinguir entre el montón unas bragas de encaje de un morado intenso. Desde luego, Salva debía ser muy persuasivo con las mujeres si había conseguido llevarse siquiera a una a semejante cama, y lo suficientemente apasionado como para hacer olvidar a la dama en cuestión, una vez terminado el asunto, que se había dejado allí su ropa interior.

Resignada, levantó la persiana y abrió para ventilar. El edificio hacía forma de U, por lo que, al otro lado del patio, separada por no más de media docena de metros, vio la ventana de la cocina de Balboa. Él se encontraba allí, friendo algo, una entrañable escena casera. Una estampa del nuevo hombre del siglo veintiuno en plena actividad doméstica.

Natalia se apartó con rapidez. No quería que la pillara espiando y, mucho menos, hablar con él, ni siquiera tener que hacerle un gesto cortés con la cabeza. Bastante había tenido ya con la escenita en el portal.

Hizo un montón con la ropa sucia, separó mecánicamente la de color de la blanca, y metió esta última en la lavadora, para poder caminar sin estorbos. Luego, buscó en el armario y encontró milagrosamente un juego de sábanas en condiciones, sin estrenar, todavía envueltas en plástico. Tras pasar el polvo y mudar la cama, por si acaso más tarde no se sentía con fuerzas como para hacerlo, fregó los suelos, limpió el cuarto de baño, y se duchó.

Hubiese querido ponerse unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes, pero quería mostrar un aspecto serio y respetable, de modo que escogió un elegante conjunto de vestido y chaqueta que había comprado en París antes de salir para Egipto. Era de un amarillo muy suave, casi crema, y combinaba perfectamente con el tono tostado de su piel. Habitualmente hubiese encontrado ridículo preocuparse tanto por la ropa que iba a ponerse, pero llevaba años sin ver a su padre y sabía que iba a tener que pasar una prueba.

Ahora que iba a quedarse, ¿qué mejor lugar para trabajar que la agencia de la familia?

Natalia sacó la cartera de los documentos que siempre llevaba en el bolso y contempló su TIP, su Tarjeta de Identidad Profesional. La tenía desde los veintidós

años, tras estudiar a distancia para conseguir el Diploma de Detective privado en la Universidad Complutense y pasar las pruebas de aptitud. Ella no tenía un interés especial por aquello, pero Salvador insistió, quería que todos los Chueca tuvieran una. Además, eso le permitió compartir un tiempo con Salva. Ella vivía en Francia y él en Bilbao, pero se reunían en Madrid para los exámenes presenciales y las pruebas. Como poco, pasaban una semana juntos, aprendiendo a conocerse una y otra vez. Fue una buena época.

Dio vueltas a la TIP entre los dedos, pensativa. Ministerio del Interior. Dirección General de la Policía. DETECTIVE PRIVADO. Luego, el resto de sus datos.

Algo le decía que había llegado el momento de utilizarla. No era lo que más le interesaba, sobre todo teniendo en cuenta que en países como España la función de los detectives estaba muy limitada a asuntos de pequeña envergadura, pero, para ser francos, estaba enormemente harta del mundo de la egiptología, sobre todo de la española. Eran pocos, estaban mal pagados y, encima, no dejaban de pelear los unos con los otros por las pocas salidas profesionales que podían conseguirse.

Natalia no estaba dispuesta a pisar cabezas para obtener un puesto de profesora adjunta, ni tenía la más mínima intención de prostituirse como algunos autores, publicando libros clónicos de pura divulgación o pésimas novelas. O peor aún, empezar a hablar de los extraterrestres que construyeron las pirámides.

«Estudia lo que quieras y trabaja en lo que puedas», le había dicho una vez su tío Santos, que siempre había soñado con ser artista. Por desdicha para él, su carrera de Bellas Artes solo le había servido para realizar retratos-robot en sus tareas de detective. Cuánta razón tenía, ahora podía entenderlo. Después de darle muchas vueltas, había decidido dejar la egiptología como una pasión innata, algo que siempre estaría presente en su vida, desde luego, pero tenía que despertar y hacerse adulta: jamás podría considerarlo su medio de subsistencia.

Cierto que nunca había necesitado trabajar. Salvador Chueca pagaba puntualmente las deudas de sus hijos y les pasaba pensiones más que generosas, pero había llegado el momento de asumir de una vez las riendas de su vida. Natalia lo sentía en la sangre. Tenía que buscarse el pan de cada día por sí misma.

O eso, o llegar a la conclusión de que no se gustaba a sí misma nada en absoluto.

Suspiró mientras se hacía un moño; luego, se maquilló ligeramente, se aplicó unas gotas de perfume, y se dirigió a la puerta. Al oír el ascensor, se detuvo, sin llegar a

abrir, y espió por la mirilla. Balboa debía haber pulsado el botón de llamada, porque estaba en el rellano, leyendo su periódico. Decidió esperar unos minutos, para no tener que hablarle. Resultaba realmente incómodo que siguiese viviendo allí.

¿Y por qué había tenido que poner su maldito despacho en la entreplanta?

4

—Hola, jefe —saludó con una sonrisa Isabel, al verle entrar, mientras colgaba bruscamente el teléfono. Ese día lo había hecho más rápido, bien por ella, iba mejorando. Javier pasó por alto, como siempre, la propuesta que podía leerse con toda claridad en su expresión. Isabel tenía diecinueve años y era una chica atractiva, de grandes ojos pardos y boca igualmente enorme, que le hacía pensar en cosas de las que un jefe debía mantenerse apartado o se arriesgaba a una denuncia por acoso sexual—. Tienes a Mendieta y a Aizgorri esperando.

—Genial. Gracias. —Javier cogió su correspondencia de la bandejita plateada que su secretaria pulía con esmero durante horas, la única tarea en la que se mostraba realmente eficaz—. A todos los efectos, estoy en una reunión. No me pases ninguna llamada.

No esperó a ver el gesto de conformidad de la muchacha. Se internó por el pasillo, abrió la puerta de su despacho y saludó con un gesto a los dos hombres que esperaban allí.

Mendieta, el mayor, se había sentado en una silla, y Aizgorri contemplaba con gesto de interés los diplomas que colgaban de la pared, algo meritorio por su parte, ya que los había visto innumerables veces. Tomó nota de que debía pedirle a Isabel que comprase algunas revistas, para brindar una oferta más amplia de lecturas. Cambió de idea al momento. Era mejor que lo hiciese él mismo. Imaginaba la clase de cosas que compraría Isabel y no parecía muy acertado tener revistas del corazón y de cotilleos varios en una agencia supuestamente seria.

—Hola, chicos. Gracias por venir.

—No hay de qué —replicó Joaquín Mendieta, sonriendo con su rostro mofletudc

de abuelo feliz. Y lo era. Su hija mayor, Carmen, había tenido un hijo con un tipo bastante despreciable, antiguo compañero de parrandas de Javier. ¡Menudo cabrón! Le hubiese gustado romperle la cara por varios sitios, como había hecho él con Carmen, pero el muy cobarde había salido de estampida de la ciudad, dejándola inconsciente en el piso de Otxarkoaga que compartían. Seguro que ya imaginaba lo que se le venía encima.

Javier solo había tenido que hacer un par de llamadas para localizarle en Cádiz, pero no había hecho nada más al respecto. Mientras siguiera allí, mejor.

Carmen había salido adelante, tenía un estupendo hijo de cinco años que la compensaba por todo y había rehecho su vida. Ahora estudiaba secretariado en una academia, algo que agobiaba bastante a Javier, ya que le había ofrecido un puesto si lograba aprobar y no sabía cómo iba a poder pagarle un sueldo, ni siquiera uno de risa. Pero algo tendría que hacer, sobre todo por Mendieta.

Javier le estudió con disimulo. Mendieta era un compendio de colores trágicos. Estaba ojeroso y su piel tenía un tono amarillento poco saludable. Su cabello gris se estaba volviendo blanco. A finales de enero había cumplido los sesenta años, pero parecía tener más de setenta. Si bien se sentía orgulloso de su nieto y de sus siete hijos, sacar adelante esa enorme progenie le estaba agotando.

Mikel Aizgorri, por su parte, tenía ya los cincuenta y cinco, pero a su lado parecía muy joven. Ventajas de no haberse casado nunca, sospechaba Javier. O, al menos, ventajas de no haber tenido nunca hijos. Aizgorri era homosexual, uno de los pocos afortunados que no había necesitado salir de ningún armario: sencillamente, nunca tuvo que entrar en uno. Sus padres supieron apoyarle y él tenía demasiado carácter como para permitir que ningún mamón viniera a decirle con quién debía acostarse, cómo y en qué orden.

Que Javier supiera, Aizgorri salía asiduamente y se movía con soltura por la noche *gay* de Bilbao, pero su vida privada era tan correcta como discreta. Era hombre de pareja estable, no de picoteo. De hecho, tuvo un novio durante veinte años, un arquitecto que murió de SIDA en los noventa. Aizgorri estuvo a su lado hasta el final. Le acogió en su casa, le cuidó durante meses y pagó los gastos médicos, pese a saber que, si se había infectado, fue precisamente por serle infiel, ya que él estaba sano.

«Ahora no es su fidelidad la que importa, sino la mía», le dijo a Javier, la única vez que se refirió al tema.

—Sí hay de qué —gruñó Aizgorri, en ese momento, mientras se volvía hacia él con expresión borrascosa—. Y, encima, llegas tarde. ¿Dónde tienes la cabeza? Si Salvador se entera de que estamos aquí, nos echará una buena bronca. Y si, como me temo, es por una cuestión de trabajo, nos despedirá. Sobre todo si descubre que no es la primera vez.

—Caramba, Mikel, no seas tan negativo. —Javier se sentó tras su escritorio y adoptó una posición cómoda—. Pensé que no os vendría mal un dinerillo extra.

—En absoluto —convino Mendieta. Aizgorri hizo una mueca.

—¿De qué se trata?

—Tengo un buen caso, de una aseguradora, pero será necesario un seguimiento exhaustivo y yo solo no puedo hacerlo. ¿Os interesa ayudarme?

—Sí —aceptó Mendieta.

—No —dijo al mismo tiempo Aizgorri. Los dos se miraron, ceñudos—. Maldita sea, Javier, no tienes derecho a ponernos en esta situación. ¿Por qué no te buscas un par de pipiolos con la licencia recién sacada del horno?

—Porque, como te he dicho, es un asunto importante. El más importante que me ha llegado hasta el momento. Pagan muy bien. Necesito alguien con experiencia.

—Tonterías. Para mirar desde un coche, cualquiera sirve.

Javier arqueó una ceja.

—Si eso piensas, obviamente no tenemos nada más que hablar. No quiero aficionados.

—¿Aficionado? —repitió Aizgorri, tan ofendido como había esperado que se sintiese—. ¿Me estás llamando aficionado, chaval? Muchos kilómetros tendrás que recorrer tú para llegar al punto en el que yo estoy.

—Es posible, pero preveo que no me costará mucho tiempo conseguirlo. Al parecer, has decidido quedarte quieto, a esperar.

—Ja, qué gracioso. Sabes que no es así, pero...

—Cállate ya, Mikel. —Mendieta se removió en la silla como si estuviera sentado en un hormiguero—. Esta discusión no tiene sentido. Si no quieres hacerlo, vale. Vete, sin problema, pero no me jodas a mí la posibilidad de ganar un dinero extra. Tengo que pagar el dentista de Elvira y de Laura, por no hablar de que Estíbaliz empieza la universidad en septiembre y no te puedes imaginar lo caro que está todo.

—Oh, mierda, ya empezamos —protestó Aizgorri, irritado—. La eterna monserga.

Pues no haber tenido hijos, que nadie te pidió que los hicieras.

—Anda, venga ya. Si fuera por gente como tú, la raza humana se hubiera extinguido hace mucho.

—Posiblemente. Y, ya que lo mencionas, hubiera sido una auténtica suerte para este planeta, porque lo único que hacemos es crear basura y destruirlo todo a nuestro alrededor.

—Mientras follamos como locos —puntualizó Javier, con sarcasmo—. ¿Qué tal si volvemos al tema? Porque, la verdad, ahora mismo me importa una mierda lo que penséis sobre el universo y todo lo demás. Dejad esas tonterías filosóficas para otro momento en que esté lo bastante borracho. ¿Puedo contar con los dos, con uno, o con ninguno?

—Con los dos —aceptó Aizgorri, aunque a regañadientes, al cabo de un par de segundos de silencio—. Qué caramba. No puedo dejar a este santo padre de familia en la estacada. Si nos despiden, tendrán que despedirnos a los dos. Y tú tendrás que darnos trabajo fijo.

—Estupendo. —¿Dos sueldos más? Cruzó los dedos mentalmente para que Salvador Chueca no se enterase nunca y sacó la carpeta de Nekane Blanco—. Es un asunto de Suárez, el del seguro. Me lo ha pasado Gutiérrez.

—Gutiérrez es un buen tipo —afirmó Mendieta, mientras acariciaba pensativo su prominente estómago—. A mí también me echó una mano, más de una vez, cuando tenía mi despacho propio. Antes de la Caída —añadió con tristeza.

Mendieta había tenido su propio negocio durante treinta años, pero le fue imposible salvarlo de la quiebra que le estuvo rondando casi desde el principio. No era un mal detective, ni mucho menos; simplemente, se cebó en él la mala suerte.

—Ya —fue todo lo que pudo comentar Javier. Tenía la incómoda sensación de que estaba viendo una versión futura de sí mismo. De momento, las cosas marchaban, pero apenas ganaba para pagar los gastos generales del despacho y quedarse con algo para ir tirando. Abrirlo, independizarse de Salvador Chueca, había sido una demostración de fuerza, de rebeldía, pero también, debía reconocerlo, una locura—. Bueno, en fin, esta es la chica. —Les mostró la foto—. Tuvo un accidente de tráfico y se supone que ha quedado en muy mal estado, pero la compañía sospecha que no se encuentra tan grave, y que lo que quiere es sacar una indemnización mayor. Astronómica, de hecho.

—Es una preciosidad —murmuró Aizgorri, contemplando la foto sin ningún interés

sexual, con la distancia de un amante del arte. Tenía razón. En el retrato, Nekane Blanco mostraba una bella sonrisa—. Y muy joven.

—Sí, lo es. Tiene veintidós años. Sospecho que, de haber de verdad algún fraude por medio, habrá sido idea de su padre. Es cirujano plástico.

—Anda. Pasta gansa, entonces

—Bastante. —No quería entrar en temas de pagos, no fueran a pedir más de lo habitual. Sacó un informe de la carpeta y se lo entregó—. Aquí está la dirección y el resto de los detalles del caso, podéis quedaros con esta copia. ¿Cómo organizamos los turnos? Calculo que, entre semana, bastará con controlar de ocho a medianoche y, los fines de semana, de nueve a dos.

—Eso son un montón de horas. —Mendieta puso mala cara. Seguro que esperaba encontrarse con un trabajo más ligero, pero igual de bien pagado. «Mala suerte, compañero»—. ¿De verdad es necesario ser tan minucioso?

—De verdad.

—Vale. Yo prefiero el último turno. Aunque llegue más tarde a casa, no me importa. Tengo mucho trabajo en el despacho, desde que... —Se interrumpió, incómodo, y Aizgorri lo miró ceñudo por el rabillo del ojo. Javier sabía perfectamente qué había querido decir. La agencia de Chueca no andaba en su mejor momento y habían despedido a cuatro de sus empleados. De hecho, solo quedaban los dos Chueca, Mendieta, Aizgorri, y una especie de becario que cambiaba por temporadas de sexo, apariencia y nombre. Eso, sin contar a Conchi, por supuesto—. En fin, que si desaparezco, se va a notar.

—Yo me encargo de la mañana, entonces. Salvador no se extrañará por mi ausencia. Últimamente, me paso el día visitando Registros. —Aizgorri sonrió—. Para ti las tardes, jefe.

—Perfecto. —En realidad, no le hacía mucha gracia perder las tardes haciendo eso, al igual que Mendieta prefería las noches, pero tendría que conformarse—. Isabel hará algunas horas, entre turno y turno, así no se nos hará demasiado pesado. Y trataré de encontrar a alguien más. —Dudó, porque no se le ocurría ningún nombre, ni tenía más dinero para emplear en el caso, a riesgo de ganar apenas nada en el mes—. No sé...

—¿Cuánto tiempo piensas dedicarle? ¿Una semana?

—Tampoco lo sé. Lo que sea necesario, me temo. Espero que poco. Por muy bien

pagado que esté, si no conseguimos algo pronto, me voy a arruinar. —Se sintió un poco molesto, al ver la expresión melancólica de Mendieta—. Bien, si no hay nada más, podemos dar por concluida la reunión.

—De acuerdo. —Mendieta se puso en pie, y se dirigió a la puerta, seguido de Aizgorri—. Al tajo, entonces.

Javier les despidió con un gesto de la mano. Cuando se quedó solo, sacó una carpeta nueva y puso el nombre de Eva Linaza en ella, con letras mayúsculas.

5

La puerta del despacho de los detectives Chueca siempre estaba abierta en horas de oficina; era una regla tan eterna e inmutable como la de la gravedad.

Natalia la empujó y entró en el vestíbulo. Tuvo la sensación de no haberse ido nunca, pese a que habían cambiado los muebles, el color de las paredes y una mullida moqueta de un elegante tono gris perla cubría el suelo de madera. Al otro lado del largo mostrador de caoba, Conchi, la secretaria, ya no tecleaba en una ruidosa máquina de escribir, sino en un reluciente ordenador rodeado de sugerentes periféricos.

Eso sí, seguía haciéndolo con unas uñas monstruosamente largas, que ese día estaban pintadas de un bonito y transgresor azul metálico. En eso, no había cambiado, aunque su pelo ya no llevaba una mezcla de diez tintes distintos, solo mechones de un único naranja intenso que recordaba vagamente haberle visto en otros tiempos.

Concepción Bilbao había entrado a trabajar en el despacho de los Chueca nada más cumplir los dieciocho años, cuando Natalia tenía diez. La primera vez que la vio, llevaba el cabello cardado como si la hubiese zarandeado un huracán, y pensó que era una bruja; la segunda, se dijo que debía ser una princesa a la fuga, por las faldas y las mangas de encaje de su vestido gótico, algo que podía pasar por un traje de baile del siglo dieciocho convertido en harapos tras atravesar a toda velocidad un bosque de ramas desnudas.

Fuera como fuese, hubiese estado más o menos acertada en su gusto, Conchi

siempre había tenido un estilo propio, mezcla de géneros, nada que pudiese incluirse en ninguna moda, porque era una persona única.

Al principio, Salvador había intentado obligarla a cambiar su aspecto por uno más convencional, pero no tardó en claudicar. «Más vale parecer rara, pero ser competente, que a la inversa, muchacha. Te has ganado el derecho de venir disfrazada de adefesio siempre que quieras», le dijo un día, la última vez que se refirió a ese tema. Y Conchi había sonreído y había cedido también parcialmente, vistiendo a su estilo estrafalario, pero de forma más recatada.

O lo que venía a ser lo mismo: dejó de llevar a la vista su ropa interior.

Su presencia, en verdad, había hecho de aquel despacho un lugar mucho más agradable. De niña, Natalia la adoraba, siempre que podía bajaba a jugar con ella o a escuchar sus fascinantes cuentos de príncipes moteros y princesas de pelo verde.

—Un momento —pidió Conchi, sin mirarla, concentrada por completo en la pantalla, en la que aparecía una ominosa advertencia de «error»—. Estoy en medio de una crisis.

—Señorita, quiero ver al señor *Remington Steel* —dijo Natalia, con voz aterciopelada, refiriéndose al personaje protagonista de una vieja serie de detectives. Conchi alzó los ojos y su expresión se llenó de regocijo.

—Ja. Ese es todo mío. Tendrá que conformarse con un *García* cualquiera.

—Vaya. ¡Pues menuda atención al cliente tienen en este sitio! —Hubiera seguido bromeando, pero Conchi se había levantado ya y la abrazó desde el otro lado del mostrador—. ¿Cómo estás? Me alegro muchísimo de verte.

—Y yo a ti. ¡Cielos, Nat, esta vez han sido casi cuatro años! —Omitió el hecho de que, en su última visita, apenas había permanecido dos días en Bilbao, lo suficiente para firmar unos papeles e irse—. ¿Qué tal te ha ido?

—Fenomenal. Como siempre. Toma, esto es para ti. —Le entregó un envoltorio en papel de seda. Conchi lo abrió y admiró el collar de cuentas de lapislázuli, con un enorme escarabajo alado en su centro.

—¡Es precioso! —Volvió a besarla—. ¡Gracias! Quedará bárbaro con un vestido que tengo.

—Me alegro. Por si te interesa, lo compré en El-Jalili, el principal mercado de E. Cairo.

—Guay. ¡Seguro que, en otros tiempos, lo lució una princesa egipcia!

—Lo dudo. No creo que tenga más allá de dos meses de antigüedad.

—Ya sabes, lo del tiempo es relativo. Con un mal ligue, dos meses son toda una eternidad. —Ambas rieron—. ¿Qué tal el viaje?

—Mortal. Entre el calor y los retrasos, pensé que no llegaba. —Se llevó una mano a la nuca—. Uf, te aseguro que estoy hecha polvo. Creo que, en cuanto pille la cama, voy a caer inconsciente. Dime que no están ni mi padre ni mi tío y así podré irme a dormir.

—Lo siento, nena. Mala suerte. Están los dos y te esperan en el despacho de tu padre. Javier me llamó para decirme que habías llegado.

—Qué amable —gruñó, añadiendo otro motivo para odiar a aquel hombre. Conchi no dijo nada, aunque la miró con cautela—. Bueno, entonces será mejor que salude cuanto antes.

—¿Quieres que tomemos luego una copa? Podemos celebrar tu regreso y ponernos al día de cotilleos.

—Es posible, si me da tiempo a dormir algo antes. Llámame a casa, ¿vale? Me parece que no me queda batería en el móvil y se me ha olvidado ponerlo a recargar.

—Ok. Y no te preocupes, mejor llama tú si te apetece. En caso de que estés fuera de combate, ya hablaremos mañana. Porque te quedarás al menos unos días, ¿no?

Natalia sonrió.

—He venido a quedarme, Conchi. Estoy cansada de vagar sin sentido por el mundo.

Esperaba que Conchi se alegrara, por supuesto. De todos sus conocidos, era la única que estaba al corriente de las auténticas razones de su huida y de todas las otras cosas que prefería olvidar. Conchi sonrió.

—Eso es genial. —Volvió a abrazarla, emocionada—. ¡Cariño, ya era hora! Tu padre se va a poner muy contento.

—No llores, Conchi. Ni se te ocurra, o empezaré yo también y vamos a montar un espectáculo.

Conchi rio entre dientes.

—¿Yo? ¿Llorar? ¿Pero qué dices? No tengo tan mal gusto. —La apartó y agitó una mano en el aire, como si fuera un insecto molesto—. Anda, lárgate, que por ahí al fondo están deseando verte.

Natalia le devolvió una última sonrisa y se internó por el pasillo, tan familiar. A

pesar de la nueva pintura, de los detalles desconocidos, sabía dónde estaba cada cosa en aquel sitio. A la izquierda, la primera puerta, correspondía al cuarto de baño, un impecable mundo de azulejos blancos con detalles azul marino, justo frente al archivo, en el que, pudo verlo a través de la puerta abierta, se habían añadido varias mesas y dos ordenadores que parecían burlarse, con su pequeño volumen y su aspecto eficiente, de los enormes archivadores metálicos que llevaban allí toda la vida, cubriendo las paredes de lado a lado.

A continuación, venía la pequeña cocina completamente equipada; la sala de reuniones, con una gran mesa de brillante caoba, sillones de cuero negro, y lámparas de cristal oscuro; y el despacho de Aizgorri, el de Mendieta, y el de los colaboradores menores, a los que llamaban habitualmente *becarios*, sin serlo, puesto que no gozaban de ninguna beca, solo de un contrato precario, de tenerlo.

Se sorprendió al comprobar que estaba casi vacío, cuando siempre había sido el centro de mayor actividad de la oficina. De las cuatro mesas solo una se encontraba ocupada por un muchacho, un tipo muy joven y aire tímido, cuyo rasgo más destacable parecía ser una cara rubicunda repleta de acné. Natalia se detuvo unos minutos en el umbral y le miró fijamente, pero nada, no reaccionó, no se percató de su presencia, enfrascado como estaba en sus papeles.

Menudo detective iba a ser, con tan poco sexto sentido.

Frente a ese, estaba el despacho de su tío, Santos Chueca, que más que dedicarse a la investigación, se ocupaba de llevar los asuntos financieros de la empresa.

Al final, cerrando el pasillo, como una sala del trono en su pequeño reino, estaba la doble puerta de roble macizo del despacho de Salvador Chueca. Llamó con los nudillos. Sin esperar que le permitieran pasar, abrió y se asomó.

—¡Por favor, ayuda! ¡Necesito un detective urgentemente!

Desde luego, le quedó muy claro que de no haber estado fuera tanto tiempo, no hubiese sido buen momento para una broma. Natalia percibió la tensión que flotaba en el despacho con la misma claridad que si hubiese estado lleno de pegajosa gelatina. Salvador Chueca se encontraba sentado tras su enorme escritorio de madera y su hermano, Santos, en uno de los butacones de cuero de los clientes. Ambos la miraron con el ceño levemente fruncido, antes de cambiar de expresión hacia una de alegría.

—¡Natalia! —exclamó su tío, poniéndose en pie. Su padre también lo hizo, casi al mismo tiempo. Natalia entró y les abrazó con entusiasmo—. ¡Tienes muy buen

aspecto, mi niña! ¡Cielos, qué guapa estás!

—¿Qué te esperabas, Santos? —gruñó su padre, claramente complacido con lo que veía. La estrechó contra su pecho y la acunó, y Natalia recordó muchos momentos así, cuando acudía a él llorando porque se había hecho daño o creía tener algún problema. Qué lástima que, cuando realmente lo tuvo, era demasiado tarde como para recurrir a su consuelo. El ídolo había caído. Balboa se había encargado de ello—. Mi princesa siempre ha sido la chica más hermosa del mundo.

—Me parece, papá, que no eres demasiado objetivo —replicó ella riendo. Salvador le pellizcó suavemente la mejilla.

—¿Y quién dice que tenga que serlo? Ven, siéntate. —Natalia obedeció y ocupó el butacón que había estado vacío. Durante un segundo se miraron, felices de poder hacerlo.

Salvador Chueca no había cambiado, aunque peinaba algunas canas más que la última vez que le vio. Había cumplido ya los cincuenta, pero siempre había sido un hombre fuerte, de temperamento enérgico, y a la vejez le iba a costar avanzar posiciones. Su rostro de rasgos nobles y marcados, y sus ojos grises, idénticos a los de Natalia, seguían tan firmes como cuando era un joven detective de veinticinco años que decidió embarcarse en su propio negocio desoyendo las voces que le aconsejaban prudencia. Además, se mantenía en forma, acudiendo regularmente a un gimnasio, y cuidaba enormemente su vestuario.

Por el contrario, Santos parecía desaseado y tenía muy mal aspecto, ahora que se fijaba. Había adelgazado y su rostro redondo y amable mostraba rastros de una intensa ansiedad. Natalia trató de no parecer preocupada. Ya habría tiempo para descubrir qué le ocurría.

Su padre golpeó la mesa con la palma, atrayendo su atención.

—Rayos, muchacha. Que no vuelva a ocurrir que te largas por tanto tiempo. A este paso, en una de tus visitas, no te vamos a reconocer.

—Bueno, ya sabes cómo soy, siempre de un lado a otro. —Ninguno de ellos la sometió a sus acostumbrados interrogatorios. Eso estaba bien. Empezaban a respetar sus canas—. Y he disfrutado mucho, sobre todo en Egipto.

—Incomprensible. —Salvador agitó la cabeza. La señaló con ambas manos, como si la estuviera mostrando a su hermano, a quien se dirigió—. Piedras viejas y polvo. Eso le gusta a mi hija.

—No te metas con ella. —Santos sonrió, mirándola con cariño—. Es mi sobrina favorita. En lo que a mí respecta, puede perder el tiempo como mejor le parezca.

—Que yo sepa, soy tu única sobrina, así, en femenino. Y, desde luego, no he perdido el tiempo —añadió, sin dejarse provocar por aquel tema. Ya lo habían discutido bastante y no tenía solución. Los hermanos Chueca vivían demasiado inmersos en su cotidiano presente para sentir el más mínimo interés por el pasado. Se acomodó en la butaca y cruzó las piernas—. ¿Qué? ¿Cómo va todo por aquí?

Salvador y Santos Chueca intercambiaron una mirada grave.

—Bien, bien —dijo su padre, evasivo—. Como siempre.

Natalia les miró sorprendida, pero dado que no parecían dispuestos a añadir nada más, se encogió de hombros.

—Ya me ha dicho Balboa que tiene más o menos localizado a Salva.

Su padre gruñó.

—Ah, sí. Tu hermano es un mentecato. Cuando le ponga las manos encima, te convertiré en hija única.

—Genial. —Rio Natalia—. Siempre he querido quedarme con toda la herencia.

Nuevo momento de tensión que su padre solventó con una pregunta trampa.

—¿Cuándo tienes pensado volver a París?

—En realidad, no tengo intención de hacerlo, al menos de momento. —Natalia se preparó, sabiendo que empezaba una pelea. Ya habían discutido aquello, también, muchas veces—. Creo que ha llegado el momento de que yo también colabore con la familia.

—¿Tú? —Su padre no la decepcionó. Arqueó las cejas, mirándola como si se hubiese vuelto loca—. ¿Cómo, exactamente?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —«Mantén la calma», se aconsejó. No era cosa de empezar a discutir desde tan pronto—. Me parece que mis credenciales son más que suficientes. Vamos, cualquier despacho de detectives se daría con un canto en los dientes por tenerme en su plantilla. Soy licenciada...

—En egiptología —puntualizó Salvador, interrumpiéndola con evidente desdén—. Una carrera que ni siquiera existe en este país.

Natalia apretó los dientes.

—En egiptología —admitió—. Lo cual indica que, tonta, no soy. Domino con soltura cuatro idiomas vivos y tres lenguas muertas, me las arreglo bien con otros

tantos, y tengo conocimientos informáticos que superan los de un usuario medio. Además, te recuerdo que mantengo al día mi licencia de detective, la que tú mismo te empeñaste en que sacara.

—Solo porque tu hermano es idiota y raramente termina lo que empieza. —Así que fue por eso. Natalia sintió tal oleada de amargura que estuvo a punto de ahogarse—. Bah, creo que ese milagro no había ocurrido nunca hasta entonces y, mira, tuvo que sacarla, para llevarme la contraria. ¿Cómo iba a imaginarlo? No podía arriesgarme, así que os inscribí a los dos a la universidad.

—No me lo puedo creer...

—¿Por qué me miras así? ¿Qué tiene de malo? Creo que hice lo que debía hacer. Quería que al menos uno de mis dos hijos tuviese una licencia, para que el despacho pudiese continuar funcionando, incluso cuando faltemos Santos y yo. ¡Pero no que tú te pongas a utilizarla mientras el tontaina de tu hermano se dedica a hacer el imbécil por Londres! ¡Joder, es él el que debería estar aquí, echando una mano!

—¡Ah, no, eso sí que no! —Por Dios, tan pronto y ya había conseguido sacarla de quicio dos veces. Desde luego, jamás podría mantener una conversación civilizada con aquel hombre—. ¡Ya basta, papá! ¡No voy a seguir consintiendo que me descalifiques solo por ser mujer! ¿Cómo te atreves siquiera a insinuar que mi hermano pequeño podría hacer ese trabajo mejor que yo, solo en base a nuestro sexo?

—No digas tonterías. No estoy diciendo eso. Hay muchas mujeres detective. Pero aquí nunca ha trabajado ninguna y no vas a ser tú quien rompa esa regla. —Hizo una mueca, tomándose un segundo para pensar cómo seguir—: Careces por completo de experiencia y, aunque no es un trabajo habitualmente peligroso, puede serlo. No, Natalia. Vuelve a París y dedícate a pasear por los Campos Elíseos. O busca piedras rotas, si tanto te gusta. O, mejor aún, búscate un buen chico, cástate de una vez y dame nietos, que ya va siendo hora.

Natalia sintió un dolor intenso en el pecho. Él no podía saberlo, pero con esas palabras, acababa de hacer mucho daño.

—No pienso casarme nunca y jamás tendré hijos —le dijo con voz helada. Salvador parpadeó, percibiendo el intenso torbellino de emociones que la embargaba, pero sin llegar a entenderlo—. Así que te sugiero que, si es nietos lo que quieres, hables con Salva. Él también es lo bastante mayorcito para dártelos.

—Natalia, eso es un disparate. Eres una mujer, necesitas una familia, un esposo,

niños...

—¡Yo no necesito a nadie! —gritó ella, furiosa—. ¡Y menos que nada, eso! ¡Nunca, jamás, en la vida! —A duras penas pudo controlarse. Intentó cerrar su mente a todo, pero se coló la visión fugaz de una habitación barata, el rostro de Balboa insultándola, el sonido de sus propios sollozos incrédulos... El horror blanco, blanco, blanco, de la clínica en la que terminó todo aquello. «¡No! ¡No!» Apretó los puños, tratando de sobrevivir, al menos en la forma en la que se había acostumbrado a hacerlo. Una vez más, lo consiguió—. Así que no vuelvas a mencionarlo.

Salvador la contempló unos segundos, perplejo. Parecía a punto de plantear las preguntas que nunca había formulado, pero, aunque era un hombre acostumbrado a las calles y al aspecto más duro y falso de la sociedad, siempre había sido un completo cobarde en el campo de los sentimientos.

—No lo haré —accedió, finalmente—. Pero aquí no vas a trabajar, Natalia.

—No me hagas esto, papá.

—Es un trabajo sucio. Una puta mierda, hablando claro. Y no quiero que tú tengas nada que ver con él.

—Deja que sea yo quien decida.

—No.

—Muy bien. Pues tú lo has querido. —Se inclinó hacia delante, como si con ello reforzase su ultimátum—. Vendré mañana, a las ocho. Si no me admities, me buscaré otro sitio, porque tengo toda la intención de ponerme a trabajar y dejar de ser una carga para vosotros.

—No eres una carga. Pero ¿qué dices? Nunca lo has sido.

—Papá, no. Ambos sabemos que no he hecho nada realmente productivo en los veintiséis años que llevo en este mundo. Voy a cambiar eso. Lo digo en serio. —Natalia se puso en pie. Ellos no hicieron amago de intentar retenerla—. Os dejo. Estoy agotada. Anoche no tuve oportunidad de dormir, tenía que terminar un trabajo antes de venirme, y luego no he podido pegar ojo en el avión. Ha sido infernal. Creo que dormiré el resto del día.

—Hazlo. —Santos se levantó para besarle la mejilla y lanzarle una discreta mirada de ánimo. Su padre dudó, pero también se incorporó y rodeó la mesa para darle un beso, al que acabó añadiendo un fuerte abrazo, que eliminó parte de su irritación—. Natalia, de verdad, podemos no estar de acuerdo en muchas cosas y sé que hay temas

que... En fin. Solo quiero que tengas muy claro que, al margen de cualquier asunto, nos alegramos muchísimo de que estés aquí.

—Yo también —dijo ella, saliendo. Y, a pesar de todo, era cierto.

Al menos, todavía.

6

Natalia durmió profundamente casi diez horas.

Si llegó a soñar algo, al despertar no pudo recordarlo y lo agradeció, porque, por lo general, tenía unas pesadillas terribles. Se estiró y bostezó con pereza. Era de noche y las cortinas ondeaban con una brisa cálida que, curiosamente, tenía un ligero aroma a flores.

Se sentía mucho mejor, como nueva, así que se levantó, se dio una ducha, se vistió con una vieja camisola de playa y se puso manos a la obra, porque era incapaz de seguir viviendo en semejante pocilga. Limpió la cocina, hizo a fondo el cuarto de baño, pasó el polvo a toda la casa y recogió la habitación. Era demasiado tarde como para poner la lavadora o usar la aspiradora, no quería molestar a los vecinos, así que lo dejó para el día siguiente y se limitó a barrer con la mopa y pasar unas cuantas fregonas. Al terminar, eran más de las tres de la mañana y descubrió que estaba total y absolutamente hambrienta.

Para su desesperación, la nevera y los armarios de la cocina no contenían otra cosa que filtros de café amarillentos, varias latas de cerveza caducadas y una bolsita de queso rallado rancio. Estaba tratando de imaginar para qué había comprado su hermano el queso exactamente, ya que era obvio que en algún momento del pasado había decidido dejar de comer, cuando el sonido de una persiana llamó su atención. Se asomó y vio que una de las ventanas de Balboa estaba entreabierta. Dentro, brillaba la pantalla de un ordenador y le vio leyendo lo que fuese que había allí. Estaba de perfil, casi de espaldas.

¿Y si le pedía algo, para salir del paso?

Antes muerta.

Justo entonces, él miró y la descubrió fisgando. Natalia se apartó, maldiciéndose por idiota. Estaba visto que Balboa sí que tenía el suficiente sexto sentido para ser un buen detective. Que se fuese al infierno.

Queso rancio y cerveza pasada, de cena. Pues qué bien. Mientras los sacaba de la nevera y los estudiaba con desconfianza, se preguntó de cuánto tiempo dispondría para llamar al 112 pidiendo ayuda, si le empezaban a dar estertores.

Entonces, oyó unos golpecitos en la puerta. Sorprendida, atravesó el pasillo y se asomó a la mirilla. Era él, Balboa. Seguía vestido con la misma ropa de la mañana, aunque llevaba la camisa por fuera de los tejanos. Cuando Natalia entreabrió la puerta, la miró a través de unas gafas con montura metálica que le daban un aire intelectual.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—No. Pero he visto que estaba levantada y he pensado que... —Dudó un momento, suspiró y puso los brazos en jarras—. Natalia, sabe tan bien como yo que tenemos que hablar. Venga a mi casa a tomar un café.

—No, gracias. —Un café. Qué idea tan atractiva. Su estómago se retorció de placer ante la idea. Y ella tenía filtros arcaicos, de los preferidos por los faraones de la dinastía XVIII, seguro, así que algo podía aportar. Vaya mierda—. Y, la verdad, no sé de dónde ha sacado la idea de que podría llegar a decir que sí.

Empezó a cerrar la puerta, pero él puso la mano.

—Vamos, no sea terca. Tenemos que... —De pronto, el estómago de Natalia decidió seguir hasta dar un vuelco completo y ella se tambaleó ligeramente—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Sí...

—No es verdad. Está pálida. ¿Ha comido algo? —Natalia hizo un gesto evasivo—. Si ha encontrado cualquier cosa en los armarios de Salva, lo menos ha pillado la peste bubónica.

—No. —El queso quedaba descartado, definitivamente—. En esta maldita casa no hay nada para comer. En todo caso, me moriré de inanición, pero no envenenada —añadió, intentando bromear—. Y dada la hora que es, prefiero no ponerme a buscar un bar abierto en el que den de comer.

—A estas horas, difícil, sí. Esto es Bilbao, no París.

—Vaya novedad. Buenas noches.

Otra vez impidió que cerrase. Balboa hizo un gesto con la cabeza.

—Venga conmigo. Puede comer algo en mi casa.

—No, ni hablar. No quiero molestar.

—No molesta. Si lo hiciera, no la hubiera invitado a venir. —Sonrió levemente, al verla dudar. En el interior de Natalia se libraba una dura lucha entre el hambre y el orgullo. Y algo más, maldito fuera—. ¿Me tiene miedo? No se preocupe. Si me entran ganas de hacerle algo, me contendré. La dejaré cenar primero.

Ella apretó los labios.

—No tiene gracia.

—No, supongo que no —admitió él. Se pasó una mano por el pelo. Natalia no pudo por menos que pensar que le quedaba mejor aquel corte que la larga melena de otros tiempos. En general, tenía mucho mejor aspecto ahora. «Cállate, tonta», se dijo a sí misma—. Vamos, venga.

Echó a andar, sin mirar atrás, como si estuviese seguro de que iba a seguirle.

Natalia dudó, deseando dar un portazo pero incapaz de hacerlo. Intentó ignorar los latidos de su corazón y la molesta idea de que, realmente, si le seguía, no sería por tener hambre, sino por... Maldito fuese. No. Ni hablar. ¡Era por la comida! Pero nadie se moría por no comer un día.

Rumiando maldiciones contra sí misma por su falta de previsión, y contra su hermano por su desidia vital, cogió las llaves, salió al rellano, y se dirigió a la puerta de Balboa.

¿Estaba contenta por tener una excusa? ¿Estaba nerviosa?

Él esperaba junto al umbral. Lo primero que vio, a un lado del vestíbulo, en el suelo, fue un jarrón horroroso, amarillo plátano. No estaba en tiempos de Aitana. Le hubiera gustado preguntar por su procedencia, pero se resistía a hacerlo.

—Entre de una vez, demonios. No le va a pasar nada.

Natalia apretó los puños y obedeció, mientras se decía que era una mujer adulta, capaz de aquello y de mucho más. Balboa la condujo hasta la cocina, blanca con detalles grises y sumamente pulcra. Los muebles eran distintos a los que recordaba, y los azulejos, pero reconoció las baldosas del suelo de los tiempos de Aitana, la simpática señora Balboa, la buena vecina, la que sonreía por la mañana a su madre y se acostaba con su padre al caer la tarde.

La que la invitaba a merendar buñuelos y rosquillas de anís que preparaban ellas

mismas. A Natalia le encantaba la textura de la masa, la harina, el olor que desprendía el horno...

Quería a Aitana, la quería de verdad. Por eso la traición había sido mucho más amarga.

Balboa le indicó con un gesto una de las sillas de la mesa y él se dirigió a la nevera, cubierta de imanes con formas divertidas, además de una pizarra de rotulador en la que tenía varias anotaciones. Sacó un envase de plástico, volcó su contenido en un plato y lo metió en un microondas.

—Espero que le siga gustando el pollo guisado —dijo, mientras pulsaba los botones.

—Sí, gracias. Pero podría llevármelo a casa y calentarlo allí.

—No. Ya le he dicho que tenemos que hablar. —Sin hacer caso del gesto hosco de Natalia, colocó en una bandejita un trozo de queso y algo de lomo ibérico. Los cortó en taquitos y los llevó a la mesa—. Puede empezar con esto. —Sacó del armario media barra de pan y, del cajón de la mesa, una servilleta bien planchada y unos cubiertos. Evidentemente, Balboa sí que sabía cuidar los detalles y mantener su casa en perfectas condiciones—. ¿Qué quiere beber? ¿Agua, vino, cerveza, algún refresco...?

—Agua estará bien, gracias.

Él asintió y le acercó un vaso y una jarra con agua que había tenido en la nevera. Luego, se sentó frente a ella.

—Vamos, coma. —Natalia cogió tímidamente un trozo de queso, pensando que estaba tan nerviosa que no podría tragarlo, pero, cuando empezó a comer, ya no pudo contenerse. Lo acompañó con un trozo de pan y procedió a engullir también el lomo. No sabía si era a causa del hambre, pero estaba realmente bueno. Balboa sonrió. Sacó del bolsillo de la camisa un paquete de tabaco—. ¿Le molesta que fume?

—No, por supuesto que no. Está usted en su casa. Aunque la pagara mi padre —añadió, sin poder contenerse. Balboa suspiró y encendió un cigarrillo. Parpadeó, mirándola a través de la nube de humo.

—Es usted una víbora, señorita Chueca.

«No lo dudo», pensó Natalia. Seguro que también él estaba pensando en el pasado, en las razones que la habían vuelto tan cínica y desagradable. El timbre del microondas sonó. Balboa se levantó y le trajo un plato humeante. Natalia lo probó.

—Hum... Está realmente bueno. ¿Lo ha hecho usted? —Balboa asintió—. Vaya. Al fin le encuentro una virtud. Cocina muy bien.

—Gracias. —Soltó un anillo de humo—. Compré el pollo ya muerto, por si se pregunta algo al respecto. Ya que tengo un pasado tan oscuro, me considero en el deber de dejarlo claro.

Natalia masticó el trozo de pollo que tenía en la boca. Estaba bien hecho, suave y blando, pero le costó tragar.

—Oiga, no me venga con esas. —Le miró con rencor—. Yo no he olvidado, Balboa. Nunca lo haré. Jamás, en toda mi vida, voy a perdonarle lo que me hizo. Si es lo que esperaba, puede ir cambiando de opinión.

Sintió un nudo en la garganta. No supo cómo continuar.

—Ya lo veo —dijo él. Sacudió la ceniza de su cigarro con desdén—. Siempre ha sido usted enormemente tozuda.

Natalia se sintió incapaz de mantener su mirada. Bajó los ojos hasta el plato.

—Será mejor que me vaya.

—Cómase el pollo —replicó él, rellenándole el vaso de agua—. Esta usted famélica. Ignóreme si quiere, pero coma. —Se movió por la cocina, preparando café. Natalia comió el resto del pollo. Realmente, lo necesitaba. Cuando rebañó el plato con un trozo de pan, se sentía mucho mejor. Él la miró. Por alguna razón, dudó un poco antes de proponer—: Tengo helado, ¿quiere?

—No.

—Ya. —La expresión de Balboa se ensombreció. Ni que acabase de tragar algo amargo. Se encogió de hombros y siguió con lo suyo—. ¿Y café? ¿Tomará una taza?

—No, gracias. Me impediría dormir y ya me cuesta bastante, habitualmente. —Balboa asintió, como si encontrase lógico su insomnio. Claro, que siendo su culpa en gran medida, no era tan extraño—. ¿No le parece un poco tarde para tomar café?

—Pues sí, pero tengo que entregar un informe mañana a primera hora, si quiero cobrar la factura esta misma semana. Tal y como van las cosas, creo que estaré toda la noche pegado al ordenador. —Sacó una taza del armario y la llenó de café—. ¿Por qué no se ha casado?

—Porque no he querido —contestó, recelosa y sorprendida por el cambio de tema.

—¿Tiene novio, algún amigo especial?

—¿Y a usted qué le importa? ¿A qué vienen esas preguntas? —Lo fulminó con la

mirada—. ¿Acaso está interesado?

El contenido de la sonrisa de Balboa fue claramente sexual.

—Puede.

—No entiendo por qué. Como tuvo a bien señalar, un polvo conmigo no vale el precio de una habitación de tugurio.

—Ja. Diablos. —Él dio un golpe en la encimera y agitó la cabeza—. Le ruego que me disculpe. Ya sé que me ha dicho que no va a perdonármelo nunca y entiendo que no lo haga, pero de todas formas deseo disculparme. No estuvo bien hacer lo que hice. Solo puedo excusarme diciendo que estaba furioso con su padre y que yo era demasiado joven y estúpido. No supe cómo llevar la situación. Debí contenerme.

—Sí, debió hacerlo —replicó ella, con acidez. Balboa entrecerró los ojos.

—No fue usted la única en salir con cicatrices de aquello, ¿sabe? Eso quería decirle esta noche, cuando le he pedido que venga: que lo siento. Que sé que hice mal, que hice lo peor, y que, si le sirve de algo, yo también salí malparado. Para su satisfacción, añadiré que todavía lo recuerdo y lo lamento, y me pregunto... — Abandonó el intento de encontrar alguna forma de expresarlo—. Es un halago, créame. Me he acostado con muchas mujeres en mi vida y ninguna ha dejado en mí semejante... marca.

Natalia parpadeó, incapaz de creerlo. Era un mentiroso. Un canalla. ¿Por qué intentaba hacer que bajase la guardia? Jamás lo haría. No iba a permitirse sufrir otra vez.

—Ja. Si cree que dorándome la píldora...

—Por Dios, no tengo intenciones, ni ganas, de hacer nada parecido. Me limito a exponer una verdad que pensé que le interesaría. —Chasqueó los dientes, al ver que ella le miraba con desdén—. Pero supongo que no tiene mayor importancia. Como no la tiene el hecho de que aquel día... No sé ni cómo me contuve.

—¿Se contuvo? —Natalia abrió los ojos como platos—. ¿Había algo más, aparte de decirme aquellas cosas horribles?

—Vamos, señorita Chueca. Eso no fue nada, se lo aseguro. —Sus pupilas se volvieron de acero. Natalia pudo sentir su frialdad, taladrándola, la ira que bullía en su interior. Era la misma que había manifestado aquella tarde, años atrás, no se había mitigado en absoluto—. Mi plan, a largo plazo, pasaba por hacerle a usted lo que su padre le había hecho a mi madre. Anularla, tullirla emocionalmente, quitarle toda la

dignidad. Me hubiera gustado tenerla clavada en una cama durante meses y follarla hasta hacer que suplicase clemencia. —Hizo un gesto indiferente con los hombros—. Pero era usted una cría y me compadecí.

—¿Se... *compadeció*? ¿Tiene el valor de decirme que se compadeció? — Indignada, sin siquiera pensarlo, le arrojó el trozo de pan que le había sobrado de la cena. Balboa reaccionó rápido. Lo apartó al vuelo, de un manotazo. El pan golpeó contra la puerta de un armario y se perdió en algún rincón de la cocina—. ¡Yo tenía dieciséis años, por Dios! ¡Era virgen y estaba enamorada! Me usó, se rio de mí y me apartó como si fuera basura. —Sentenció con angustia, molesta por el hecho de que aquello todavía le doliese—. Es usted un canalla, Balboa. Un cabrón sin conciencia.

Él no lo negó. Se quitó las gafas y las dejó con mucho cuidado sobre la encimera.

—¿Sabe? Siempre me he preguntado por qué no se lo contó a Salvador.

—Porque era lo que usted quería, lo que completaría su repugnante venganza, y no me dio la gana de concederle el capricho. Además, mi padre se hubiera llevado un disgusto que usted no vale. Gracias por la cena. —Si continuaba aquella discusión, terminaría vomitando, y su presencia allí perdería todo sentido. Se puso en pie, decidida a marcharse y se obligó a decir, con fría cortesía—: Ha sido muy amable. Espero poder devolverle el favor.

Balboa se limitó a arquear burlonamente una ceja, seguro de que lo que de verdad esperaba era verle en el fondo de una zanja, con ambas piernas rotas y pidiendo que le remataran piadosamente.

—¿Huye, señorita Chueca?

«Me temo que sí», pensó ella, pero alzó la barbilla desafiante.

—Váyase a la mierda.

Fue algo infantil, pero no pudo evitarlo. Dio media vuelta, y salió de la casa dando un portazo.

Capítulo 3

1

Pocas horas después, exactamente a las ocho en punto de la mañana, Natalia estaba en el vestíbulo de la oficina de Salvador Chueca, esperando pacientemente a que alguien le dijera que podía ocupar una mesa o trabajar en un caso, por poco importante que fuese.

A las nueve seguía allí, haciendo exactamente lo mismo, aunque había optado por sentarse en uno de los mullidos sillones tapizados en rayas azules y cremas. Ante ella, como si se tratara de una obra de teatro a la que asistiese como mera espectadora, pasaron, en distintos momentos y por distintas causas, su padre, su tío, Conchi, Aizgorri y Mendieta, a quienes conocía de siempre, y el nuevo becario, del que ya sabía que se llamaba Rafa Fernández.

Excepto Conchi, que se sentó en su puesto tras el mostrador del vestíbulo y mantuvo con ella una conversación más o menos continua, los demás la ignoraron como si no existiera, tras saludarla en un primer momento con bastante nerviosismo. Seguro que Salvador había dado órdenes estrictas acerca de no alentarla en absoluto a considerarse parte del equipo, por no hablar de que parecían disponer de muy poco tiempo para hacer muchas cosas.

Conchi trató de entretenerla en lo posible, pero también tenía bastante trabajo y Natalia simuló encontrar fascinante una de las revistas de *Amueble su casa gigantesca con un montón de pasta* que había en la mesita de espera de los clientes. Por fin, a las diez, se puso en pie.

—Me voy —le dijo a Conchi, esperando que su voz no delatase lo herida que se sentía. Quizá sí, porque la miró con tristeza.

—¿Adónde?

—Ni idea. A la oficina del INEM más cercana, supongo. También compraré un periódico. Puede que encuentre algo, nunca se sabe. —Ni siquiera ella lo creía y se notó. Natalia se dirigió a la salida. Tenía que salir de allí cuanto antes o terminaría

echándose a llorar—. Por favor, ocúpate de que mi padre no me envíe más cheques, no voy a aceptar ni un euro más de él.

—Natalia... —La voz de Conchi la detuvo en el umbral de la puerta—. Si se le pides, Javier te dará trabajo.

—¿Balboa? —Semejante posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Miró a Conchi como si se hubiera vuelto loca—. ¿Te refieres a Javier Balboa? ¿A nuestro *Javier Balboa*? Debes estar bromeando.

—No, no lo hago. Piénsalo bien: si tu padre no quiere que te dediques a esta profesión, menos gracia le hará que estés en otro despacho, allí donde no pueda protegerte y controlarte. Por eso, si Javier te contrata, tu padre se apresurará a hacer una contraoferta.

«Qué astuta», pensó Natalia. Ojalá estuviese de humor como para sonreír.

—No es mala idea.

—Te diré más: si la cosa va de que vas a trabajar para Javier, se pondrá como loco, seguro. ¡Puf, ya lo creo! Para él es el símbolo de la traición, nunca le ha perdonado que se dejase este despacho para independizarse.

—Entiendo. No es mala idea... Pero ya veré, no me hace ninguna gracia tener que hablar con Balboa más de lo estrictamente necesario. —¿Cómo podía decir algo así? ¿Y lo de la noche anterior? ¡Pero si hasta se metió en su casa! ¡Se comió su comida! Cuando lo recordaba, le daba la impresión de que aquello formaba parte de un sueño, un delirio muy extraño. ¿Qué la había impulsado a hacerlo? Bien lo sabía. Quería estar con él, quería oír su voz, sentirle cerca, qué tonta. Y, también, quería hacerle daño con sus réplicas y vengarse de algún modo—. Lo pensaré.

—Claro. —Dudó un momento, pero lo dijo—: Natalia, deberías darle una oportunidad. Él también ha sufrido y ha aprendido mucho en estos años. Te aseguro que ya no es la misma persona.

—Yo tampoco. Por su culpa.

Conchi no insistió más, segura de que era inútil. Natalia salió del despacho, compró el periódico en un kiosco y caminó lentamente hacia su casa. «Trabajar para Balboa, qué estupidez», se dijo, irritada, cuando sus ojos se posaron en la placa de bronce del portal, deseando poder romperla a patadas. La sola idea la sacaba de sus casillas. Pero Conchi tenía razón, si encontraba trabajo en otro despacho de detectives, su padre le ofrecería uno en el suyo.

Por otra parte, debía ser lógica: ahora que había roto amarras con su padre, su economía estaba en crisis. Tenía la casa de Bilbao a medias con su hermano Salva, el coche y cerca de tres mil euros en el banco, pero eso no le duraría siempre, y ponerse a buscar trabajo podía llevarle mucho tiempo.

Además, considerándolo fríamente, tendría que conformarse con cualquier cosa, quizá limpiar casas o ser camarera. La egiptología no era algo que interesase demasiado a nadie en ese país. Podía probar a conseguir un puesto de profesora adjunta en alguna universidad que ofreciese estudios de Historia Antigua, pero sería una labor a largo plazo y con pocas perspectivas de éxito. Sabía escribir a máquina y tenía suficientes idiomas, pero entendía poco de contabilidad, lo que haría difícil conseguir un puesto de secretaria.

Balboa estaba en deuda con ella. Y sería cosa de un par de días, quizá de unas pocas horas, solo hasta que su padre entrase en razón.

Sin detenerse a pensarlo, por miedo a perder el poco valor reunido, subió por la escalera a la entreplanta y atravesó la puerta abierta del despacho. En el vestíbulo, tras un viejo escritorio de oficina que debían haber comprado de saldo, una chica bastante joven hablaba por teléfono.

—Espera un momento —le dijo a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea y sonrió. Tenía un bonito rostro con forma de corazón y una diminuta nariz respingona salpicada de pecas. Eso, y el largo pelo castaño, muy rizado y recogido en una coleta en lo alto de la cabeza, le daban un aire infantil, pero la boca, excesivamente grande y pintada de un rojo agresivo, era definitivamente perversa—. Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Me llamo Natalia Chueca —contestó ella, tratando inútilmente de devolverle la sonrisa—. Quiero hablar con el señor Balboa.

—Sí, por supuesto. Ahora mismo está con un cliente. —Le señaló un par de sillas situadas junto a la pared. Eran de madera barata y aspecto incómodo. Natalia no pudo evitar hacer comparaciones con la lujosa decoración del despacho de los Chueca—. Si tiene la bondad de esperar, la recibirá enseguida. —Un sonido en el pasillo llamó su atención—. Oh, creo que ya ha quedado libre. Discúlpeme un momento.

La muchacha colgó precipitadamente el teléfono, sin despedirse, por lo que Natalia supuso que se trataba de alguna llamada personal que no debería estar haciendo, y se puso en pie, alisándose los volantes de la falda. Del pasillo surgió un hombre de

mediana edad, bajito y anodino, algo entrado en carnes y vestido con un traje gris que terminaba de camuflarle casi por completo con el entorno.

Detrás iba Balboa. Aunque llevaba vaqueros, la camisa blanca y la chaqueta azul marino le hacían parecer muy elegante. ¡Por favor! ¿Cómo podía estar tan guapo, incluso con ese aspecto cansado de no haber dormido mucho? Natalia apretó el periódico, enfadada con las reacciones de su propio cuerpo. Empezaba a temer que jamás aprendería. Solo esperaba que su repentina turbación no resultase evidente.

—Isabel —dijo él, sin reparar en Natalia—. Acompaña al señor Rodríguez a la puerta, por favor.

—Un placer, señor Balboa —se despidió Rodríguez, estrechándole la mano. Javier asintió, cortés.

—Le mantendré informado, no se preocupe. Por lo general, estos asuntos llevan pocos días, dos o tres a lo sumo, pero dadas las peculiaridades de su caso no quiero precipitarme. Más vale un par de semanas y hacer un buen trabajo, que estropearlo todo por las prisas.

—Por supuesto, no hay problema. Tómese el tiempo que considere necesario. Lo que quiero son buenos resultados.

—Entonces, estamos de acuerdo. Isabel, por favor...

La secretaria sonrió y guió al cliente hacia la puerta. Balboa iba a desaparecer otra vez por el pasillo, cuando la vio. Se paró en seco. Durante un segundo pareció incrédulo, pero se recuperó rápido.

—Señorita Chueca, qué inesperada sorpresa.

Natalia decidió ignorar el sutil tono irónico. No podía condimentar una petición de trabajo con una explosión indignada de amor propio.

—¿Puedo hablar con usted?

Balboa consultó su reloj.

—Claro. Venga conmigo. Tengo que salir en breve, pero aún dispongo de unos minutos. —La llevó hasta su despacho, le señaló una silla y se sentó al otro lado de la mesa. Había un segundo escritorio, más pequeño, muy cerca de la puerta. Media docena de sillas, unas baldas, un ordenador por escritorio, y un archivador metálico de aspecto macizo completaban el mobiliario, que debía pertenecer a la misma subasta de saldos en la que habían adquirido la mesa de Isabel. Al menos, las dos sillas asignadas a los escritorios eran nuevas, con asiento giratorio, e incluso tenían

todas las ruedas. Menudo lujo—. ¿En qué puedo ayudarla esta vez?

—Necesito trabajo.

Balboa arqueó ambas cejas.

—Ya. Deje que adivine. Su padre no la deja jugar a *Los Ángeles de Charlie*.

—No estoy de humor para sus chistes sin gracia —replicó ella, mirándole ominosamente—. Tengo mi licencia en regla y puedo empezar inmediatamente. ¿Va a darme trabajo, sí o no?

Balboa permaneció pensativo casi un minuto, jugando con un bolígrafo.

—La verdad, al margen de mi opinión sobre la forma un tanto peculiar en la que ha planteado el asunto, preferiría no tener que hacerlo.

—Y yo preferiría no tener que pedírselo, pero aquí estoy, ya ve. —Apretó los dientes, con rabia—. Me lo debe.

—¿Se lo debo? —La miró con fijeza—. ¿Quieres decir que, si te doy trabajo, darás por concluida esta guerra sin cuartel, Nat? —preguntó, tuteándola repentinamente—. ¿Que podremos mantener por fin una relación civilizada?

—No. No he dicho eso. Lo único que he dicho es que *usted* —incidió en el tratamiento—, *señor Balboa*, me lo debe. Punto.

—Eso me parecía —admitió, algo molesto—. Muy bien, pues estudiemos su petición desde un punto de vista profesional, entonces. Que yo sepa, aunque haya mantenido su licencia *en regla*, nunca la ha utilizado, no tiene ninguna experiencia. Y su licenciatura universitaria en egiptología no me sirve para nada.

—La labor de un egiptólogo es una labor de investigación, señor Balboa.

—¿De veras? —Lanzó una risita odiosa—. Puede. ¿Ha descubierto ya quiéres asesino a Tutankamon?

«Pero qué cretino», pensó Natalia, sintiendo que la temperatura de su cuerpo subía varios grados.

—No. Para que se entere, ni siquiera hay una base sólida que pueda hacer suponer que se trató de un asesinato. De hecho, posiblemente ni siquiera lo fue. Y, por cierto, no se dice Tutankamon, se dice *Tutanjamon*. La *k* viene del uso, sobre todo en publicaciones de divulgación, de la transcripción del egipcio al inglés, para lo que se utilizaba una *kh* que en nuestro idioma debe pronunciarse como *j*, puesto que es el sonido correcto y, además, para algo tenemos esa letra.

—Ah. Pues le agradezco enormemente la lección, aunque me temo que no me

servirá de mucho en mi trabajo. Exactamente igual que usted.

—Qué estupidez. —Se contuvo para no lanzarle el pisapapeles a la cabeza. Con lo del pan había sido suficiente—. Qué presunción la mía, llegar a pensar que, por una vez, se comportaría con algo de decencia y me echaría una mano en un momento de apuro. —Natalia se puso en pie de un salto. Balboa la observó fijamente—. Lo que más lamento de todo esto es haberle dado otra vez la oportunidad de humillarme. Yo...

—Siéntese. —La orden fue pronunciada con una voz suave, aterciopelada, pero, aun así, aflojó las rodillas de Natalia, que se dejó caer pesadamente en la silla. Balboa bufó—. Muy bien, señorita Chueca, de acuerdo. Podrá tener la ocasión de venir cada día a martirizarme. Estará dos semanas a prueba, sin sueldo, luego hablaremos, pero, en cualquier caso, no espere ganar más de cuatrocientos o quinientos euros al mes. No soy tacaño, simplemente, de momento, el negocio no da para más.

Natalia no pudo evitar un gesto de sorpresa. ¿Quinientos euros? ¿Quinientos? ¿Era serio alguien esperaba que otros perdiesen su precioso tiempo de vida por un sueldo semejante? Increíble. «Bienvenida al mercado laboral».

—Con eso me arreglaré —dijo de todos modos. Si todo iba como esperaba, su padre no tardaría en llegar con una oferta en condiciones. Y, si no, buscaría otra cosa. Por esa miseria de dinero, seguro que la admitían en cualquier sitio.

—Bien. —Le vio titubear un momento—. Tengo que advertirle una cosa: Mendieta y Aizgorri hacen algún trabajo para mí de vez en cuando. Se lo digo directamente porque, si va a estar aquí, va a verles, y no quiero que haya problemas. Si se lo menciona a su padre, ellos se verán en un serio apuro, pero yo la estrangularé a usted con mis propias manos.

—No se lo diré. —¿Mendieta y Aizgorri? Le costaba admitir la idea de que aquellos dos, que prácticamente formaban ya parte del mobiliario de la agencia de Salvador, trabajasen a escondidas para Balboa. Se sintió un poco traicionada, pero consiguió no traslucirlo—. Por mí, perfecto.

—Estupendo. En cuanto a lo demás, solo trabajará de día. Por favor, sea puntual. Su jornada empezará a las ocho en punto y terminará a las seis de la tarde, también en punto. Por ahora, colaborará conmigo. No se separe de mi lado, no haga nada por su cuenta. Escuche, obedezca, observe y aprenda.

—¿Qué? —Perdió todo su arrebató de autocontrol—. ¿Obedecerle? ¿No hace nada por mi cuenta? Eso es ridículo. No tengo tres años. Yo puedo...

—Ya me ha oído. —La cortó—. Nos conocemos, Nat. Podemos haber pasado mucho tiempo sin vernos, pero ambos sabemos de qué pie cojea el otro. —Vaya que sí. Natalia apretó los labios con rabia—. Nada de iniciativas, nada de meterse en problemas y, si por alguna causa que no atino ni siquiera a imaginar se ve envuelta en alguno sin haberlo buscado, ni se le ocurra echar a correr detrás del malo, otra vez.

—¿Otra vez?

—Sí. Como en aquel PIN.

Natalia casi sonrió. Se refería al día en que Balboa les habían llevado, a Salva y a ella, al Parque Infantil de Navidad, y un muchacho le había robado el algodón dulce. Visto con perspectiva, fue una chiquillada, nada más. Ella estaba disfrutando del dulce y el chico pasó a todo correr por su lado y se lo arrebató. Natalia, que por entonces contaba once años, salió tras él gritando indignada, y hasta estuvo a punto de atraparlo. El muchacho se agobió tanto que arrojó el algodón al suelo, para poder escapar.

Balboa, que estaba comprando refrescos en un puesto cercano, llegó entonces, seguido de un asustado Salva, y la reprendió severamente por la tontería que había hecho. «¿Qué crees que hubiera ocurrido, si llegas a alcanzarle, tonta?», le dijo. Probablemente, nada, al menos no a ella. Estaban en un lugar público y un individuo que robaba un caramelo a una niña en el Parque Infantil de Navidad, no hubiera despertado muchas simpatías, precisamente. Pero Balboa estaba demasiado enfadado como para admitirlo y, por lo que parecía, los años no le habían hecho cambiar de idea al respecto.

—Vaya. Veo que tiene buena memoria.

—Ambos la tenemos. —Se produjo un silencio incómodo. Balboa carraspeó y prosiguió—. Se lo digo en serio, Natalia, si se desmanda, la echaré de aquí de un puntapié. Se encontrará de pronto en su casa sin haber comprendido cómo llegó allí. Quiero que me jure que me obedecerá en todo momento. ¿Está claro?

—Nítido —replicó ella, enfadada—. Seré la chica que le trae los cafés y solo trabajaré de día, en el horario que usted ha decidido. Me parece que incluso mi torpeza es capaz de procesar semejante información.

—Me alegro de saberlo. —Balboa apretó la mandíbula—. Ni qué decir tiene que

no me gusta una mierda la idea de que esté aquí. Deme una sola excusa...

—Y estaré en casa, preguntándome cómo llegué allí y con la forma de su zapato en mi trasero, sí, ya me lo ha dicho.

—Perfecto. Entonces, póngase cómoda. —Señaló la mesa de al lado—. Ese de ahí será su escritorio. No tengo otro sitio, no hay más despachos.

—Servirá. —Natalia inspiró profundamente, se puso en pie, colgó el bolso y la chaqueta del perchero, dejó el periódico sobre su mesa y se volvió hacia él con los brazos cruzados—. Bien, ¿cómo le gusta el café?

Balboa sonrió levemente.

—Solo. Sin leche ni azúcar.

—Caramba. Va a ser un trabajo sencillo.

—No se enfurruñe. Yo tengo más razones que usted para estar enfadado. Estoy seguro de que voy a tener que soportar una filípica de su padre acerca de que no se me ocurra ponerle las manos encima.

—Ja. —Se echó a reír, sarcástica—. Un poco tarde, pero ya se sabe, los padres no suelen tener ni idea de la vida sexual de sus hijos.

—Eso parece. Quizá debería confesarle que ya me he acostado con usted. Así le quitaría una preocupación de encima.

—¿Añadiendo que fue una experiencia que no deseo ni de lejos repetir? Quizá funcione.

Aquello debió golpear de lleno en el amor propio de Balboa, porque frunció el ceño y las aletas de su nariz vibraron.

—Creí que la cosa consistía en confesar la verdad.

—¿Y quién dice que no lo sea?

—Vamos, señorita Chueca, sea justa: eso no se lo cree ni usted. Puede que luego la hiciera enfadar de una forma imperdonable, pero le gustó. Nadie puede simular un orgasmo semejante, y menos una niña virgen de dieciséis años.

Natalia se ruborizó.

—No vuelva a mencionar el tema —masculló entre dientes—. Jamás.

Balboa hizo una mueca. Luego, asintió con la cabeza.

—Muy bien. Y ya que tenemos que pasar muchas horas juntos, le propongo que, en horario de oficina, mantengamos una relación de cordial distancia. Eso nos lo hará todo más fácil. —La miró hasta que ella se sintió obligada a asentir—. Perfecto.

Ahora voy a tener que irme, ya se lo dije. Le asignaré un caso y le dejaré su expediente para que lo vaya mirando.

—Muy bien.

—Veamos. —Fue pasando las carpetas que tenía sobre la mesa. Tras un momento de vacilación, guardó una de ellas, la que tenía un aspecto más nuevo, en el primer cajón, y se concentró en las otras—. Está el tipo que ha perdido un collar al salir de un burdel, la esposa que sospecha que su marido le ha puesto un piso a una amiguita, el representante de la compañía de seguros que quiere pruebas de que una de sus clientes no está inválida, como pretende, y el tipo que acaba de ver salir, Rodríguez. Piensa que su mujer se los pone con un importante magistrado, en una casa cuya dirección ha tenido la amabilidad de proporcionarnos. También nos ha facilitado una foto de su esposa. —La examinó, apreciativo—. No está mal. —Cerró la carpeta—. ¿Alguna preferencia?

—Sí. El idiota del collar y el burdel. ¿Exactamente, qué define como *perdido*?

Balboa se puso las gafas y le echó un vistazo al informe.

—Bueno, por lo que parece, ese pobre incauto, Ibai Zamudio, sacó un collar de su esposa de la caja fuerte, para hacer una copia por consejo de su banquero y, al volver con él, se detuvo a pasar el rato en un puticlub de las afueras. Se lo enseñó a la chica, por alardear y, al salir, le asaltaron. Un hombre solo, pero grande, y con un arma blanca, una navaja o un cuchillo, no está seguro. No quiere denunciarlo por razones obvias y desea recuperarlo lo más discretamente posible. Sospecha, claro está, de la chica.

—Es el banquero, seguro.

Él la miró por encima de la montura de las gafas, arqueando las cejas, absolutamente sorprendido.

—¿Y eso?

—No me fío de los banqueros.

Balboa se echó a reír.

—Y yo no me fío de las putas.

—Típica actitud machista —replicó Natalia, haciendo una mueca—. Ha perdido la oportunidad de sorprenderme, Balboa. Piensa que solo porque una mujer se ve obligada a vender su cuerpo, es capaz de cualquier cosa. Eso sí, líbrenos Dios de criticar al baboso de turno, que es el que tenía el dinero para aprovecharse de la

necesidad ajena, comprando algo que jamás hubiera obtenido de otro modo, gratis.

—Oh, por Dios. —Balboa bufó, enterrando el rostro en la carpeta—. ¿Piensa atormentarme con sus ideas progres a diario? Me encanta su filosofía de niña de colegio de monjas con buen corazón, pero, si es posible, le pido que recuerde que he conocido más putas que usted.

—Le creo —admitió con desdén, aunque estaba segura de que nunca había tenido que recurrir a semejantes servicios, al menos no por necesidad. Balboa era demasiado guapo. De siempre, lo recordaba perfectamente, las mujeres se volvían a mirarle por la calle. Seguro que tenía un buen número de amigas dispuestas a hacerle un favor, totalmente gratis—. Y yo, muchos más banqueros. Le apuesto cincuenta euros a que ha sido él.

Los ojos de Balboa brillaron.

—Acepto. —Cerró la carpeta—. Pero, pensándolo bien, lo lamento: este asunto, lo investigaré personalmente. Me he dado cuenta de que, por sus características, será necesario hacerlo de noche, y usted, querida, tiene que estar en casita a las seis. Órdenes del jefe.

—Ja, no me lo diga. —Natalia se cruzó de brazos, envarada por un repentino y no deseado acceso de celos—. Va a presentarse en el burdel, va a preguntar por la chica y tratará de sonsacarle información mientras se la tira.

—¡Caray, señorita Chueca! —Balboa lanzó una carcajada corta, que indicaba sorpresa, pero también diversión—. Yo no hubiera podido expresarlo mejor.

—Espero que pille la sífilis.

—No sea borde. —Fue a añadir algo al respecto, pero cambió de idea—. Bien, ¿qué le parece si empezamos por algo sencillo? —Buscó entre las carpetas, eligió una y se la tendió—. El asunto del seguro. Nekane Blanco.

—¿Quién es? —preguntó, mirando la fotografía. La tal Nekane era una auténtica belleza. Le calculó unos veinte años. Recordó que, en otros tiempos, a Balboa le gustaban las rubias, o eso se deducía de sus acompañantes, y se preguntó si tendría algún interés personal en aquel asunto.

—Una joven guapa, una pija dorada de Bilbao. —El tono que empleó le dijo a Natalia que no, no tenía ningún interés fuera del profesional. De hecho, no tenía una buena opinión de la muchacha—. Papá, que es cirujano plástico y gana mucho dinero corrigiendo los errores de la naturaleza, le compró un coche bonito y ella lo estrelló

contra un incauto que no ganaba para tener *airbag* y, claro, no salió con vida de la experiencia.

—Ya veo. —De pronto, toda la belleza de la chica le pareció repugnante. No podía soportar a los conductores irresponsables y, menos, a los que se acorazaban para lanzarse a las carreteras como si fueran los dueños del mundo, sin importarles cuantos pudieran llevarse por delante en el proceso—. Pobre tipo.

—En realidad, ha sido una suerte para él, porque se le ha culpado de lo ocurrido y hubiera tenido serios problemas. Ya imaginará que, si no tenía para un *airbag*, tampoco tenía para contratar buenos abogados, mientras que la pija dorada y su papá, pues sí. No solo consiguió desviar la responsabilidad hacia el muerto, sino que, además, espera sacar una buena tajada de todo esto. Como bien sabemos, estos ricos cuanto más tienen, más quieren, nunca les resulta bastante.

—Me hago una idea, sí.

—Según los informes médicos, la niña ha quedado prácticamente paralítica, con tantas secuelas que su ficha médica parece la de un superviviente de la guerra de Vietnam, pero los del seguro sospechan que les están haciendo trampa y, como estamos hablando de más de un millón de euros, están que trinan. Échele un vistazo a esto mientras voy a una... reunión, y esté lista para salir a las dos y media. —¿Reunión? Iba a alguna cosa que no quería mencionar—. Comeremos algo por ahí y luego iremos a sustituir a Isabel.

—¿Sustituir? ¿En qué?

—Vigilar el portal de nuestra dolorida víctima, por supuesto. Básicamente, esperar en el coche un montón de horas llenas de aburrimiento, por si acaso a la señorita Blanco se le ocurre cometer la torpeza de salir a hacer *footing*. En este caso en particular, nos turnamos entre todos, incluida Isabel. Su ayuda nos va a venir como agua en mayo. —Sonrió, al ver la decepción en su rostro—. Bienvenida al trabajo de detective, señorita Chueca.

La iglesia estaba hasta los topes.

Javier se quedó atrás, cerca de la puerta. En realidad, hubiese preferido no entrar. Ni tenía fe, ni mayor interés en los rituales de una institución tan hipócrita, llena de intereses mundanos y prejuicios. Pero no quedaba más remedio. Estaba allí como un acto de respeto para Eva, así que se armó de paciencia y se dedicó a echar un vistazo a su alrededor.

Allí se había reunido un buen número de gente importante. Para su sorpresa, vio hasta periodistas, aunque no tardó en descubrir que no habían acudido por la propia Eva, sino por el político Héctor Sistiaga, diputado del Gobierno Vasco y alto mando del partido de la oposición, que aspiraba a un puesto todavía más importante tras las siguientes elecciones. De hecho, se hablaba de él como alguien con mucho futuro, que podría llegar incluso a Presidente en Madrid algún día.

¿Qué demonios hacía en el funeral de Eva? No sabía que se conociesen, y menos hasta ese punto.

Sistiaga estaba en el primer banco, sentado junto a Luisa Linaza. Eso podía indicar que su cercanía con Eva era mucha... ¿Amigo íntimo? ¿Amante? ¿Familia, sin que él lo supiera? Claro que también podía deberse a que se trataba de alguien importante. Solo había que ver el equipo de guardaespaldas distribuido a su alrededor. Javier identificó al menos a cuatro. Con dos de ellos había trabajado en misiones de vigilancia en ferias de muestras y eventos varios, y con otro había sido escolta de un político, adversario directo de Sistiaga. «Quién te ha visto y quién te ve, Jiménez», pensó divertido.

De pronto, se topó con la mirada directa de Salvador Chueca. Estaba a su derecha en una de las últimas filas, con su hermano Santos y su cuñada, Elvira. Por supuesto, los Chueca no podían faltar. Eva había colaborado mucho con su agencia en otros tiempos. Javier estaba seguro de que incluso había tenido una aventura bastante tórrida con Salvador. A saber. Y quizá el propio Salvador sabía algo sobre la que habían tenido Eva y él, porque sus ojos le estaban diseccionando sin piedad y era poco probable que ya estuviese enterado de que había contratado a Natalia.

No, no podía tratarse de eso. De haber sido el caso, conociéndole, ya se habría lanzado a darle unas buenas hostias con el cáliz. Estuvo a punto de echarse a reír por el juego de palabras.

Salvador hizo un gesto seco de saludo, esperó a que Javier se lo devolviese y se

giró hacia el frente, como si fuese a atender la misa. También eso tenía su gracia. Si el Dios católico existía realmente, no le iba a costar mucho encontrar a los dos ateos recalcitrantes que se habían colado ese día en su iglesia. Bueno, a saber. Seguro que había muchos más, pero la sociedad arrastraba todavía en aquella burda farsa.

Al terminar el servicio, la multitud se agolpó en la plazoleta de la iglesia, haciendo pasillo para dejar paso al féretro, que debía trasladarse a hombros desde el altar hasta el coche fúnebre. Javier se ofreció de inmediato para ayudar. El diputado, por supuesto, no. Salió de los primeros, bien protegido por el círculo que formaban sus hombres de seguridad, y solo se detuvo un momento para despedirse de Luisa. Le dio un pésame público que los periodistas pudieron captar desde distintos ángulos. Luego, tras saludar con gesto solemne a su público, se dirigió a un coche grande y lujoso, de cristales tintados.

Durante un momento, mientras subía al vehículo, sus ojos se cruzaron con los de Javier, y Sistiaga parpadeó como si le hubiese reconocido, pero fue apenas un segundo y no pudo estar seguro.

—Gracias por venir, Javier. —Oyó entonces. Se giró y recibió de lleno el abrazo de Luisa. Un auténtico abrazo de oso, hubiese podido decir, porque aunque siempre había sido una chica voluminosa, estaba más grande todavía. Pobre Luisa. Iba hacia la obesidad mórbida, sino la había alcanzado ya—. Mamá te apreciaba mucho.

—Lo sé. Y yo a ella.

—Sé que te dije de quedar después para comer o cenar, pero no me va a ser posible. Tengo que hacer un montón de cosas y mañana a mediodía me esperan en Madrid. ¿Piensas ir al cementerio?

—Sí, pero debo regresar al despacho antes de las dos. Tengo trabajo.

—Perfecto. Podemos ir en tu coche, si te parece. Luego, volveré con alguno de mis primos. Así hablamos de camino.

Era una buena solución, pese a que el viejo coche de Javier iba a soportar con poca elegancia el peso de Luisa. Subieron y se incorporaron al tráfico de Bilbao, muy denso a esas horas, para dirigirse hacia el cementerio de Derio. Por suerte, no se trataba de un trayecto largo. Aun así, les dio tiempo a ponerse al día sobre detalles corteses y, luego, a entrar en lo importante.

—La policía me ha confirmado que van a archivar el asunto del robo. —Le dijo Luisa, mientras esperaban en un semáforo. Se notaba que estaba muy contrariada por

ello—. La única prueba, el testigo, ha dicho a última hora que debió equivocarse. Que era de noche, estaba medio dormido por una pastilla que había tomado y se confundió.

Javier asintió.

—Pero tú no lo crees.

—No. Para nada. Yo hablé con él y le conozco desde hace años, sé que ni mentía ni se equivocaba. Estaba totalmente convencido de lo que había visto y no mencionó pastilla alguna. Pero no puedo hacer más al respecto. No hay señales de robo, así que la policía no actuará, me lo han dejado muy claro. Si estuviese aquí podría presionar más, pidiendo algunos favores... pero tengo que marcharme. Y me da una rabia enorme pensar que pudieron hacer algo mientras ella se moría.

—Lo entiendo. —Se lo pensó un momento, más que nada por decidir la forma de plantearlo. Al final, lo hizo directamente—. ¿Sistiaga era muy amigo de tu madre?

El cambio de tema pareció sorprenderla.

—No, no creo. Vamos, no lo sé. Era su cliente, y desde hace años, pero no tenía ni idea de que la apreciase tanto. Se ha portado muy bien conmigo. Me ha ayudado a solucionar algunos trámites de inmediato.

—¿Trámites? ¿Te refieres al testamento y todo eso?

—Sí, pero no. Morirse es una auténtica mierda, Javier, y ya bastantes problemas ocasiona a los vivos como para dejar las cosas en el aire. Pero, aunque no lo creas, resulta que mi madre no hizo testamento.

—¡Pero si era abogada!

—Sí. En fin, ya sabes, *en casa del herrero, cuchillo de palo*.

—Oh, vamos. Me cuesta creerlo, Luisa. ¿Lo habéis comprobado bien?

—Sí. En el Registro de Últimas Voluntades no hay constancia de nada.

—¿No hay que esperar quince días hábiles desde el fallecimiento para solicitar ese certificado?

—Sí. Por eso te digo que Sistiaga ha acelerado los trámites, por decirlo de algún modo. En realidad, ha consultado el tema con algún contacto del Registro y me lo ha dicho. Eso sí, tendré que esperar esas dos semanas largas para tener el certificado oficial y poder otorgar ante notario un acta de declaración de herederos *ab intestato*. De eso, ya se encargará mi nuevo abogado —añadió, con voz contenida, pero que dejaba transmitir su pena—. Hasta ahora, lo había sido mi madre.

Javier dejó pasar unos minutos, para que se tranquilizase. Estaban llegando a Derio

cuando agitó la cabeza.

—No sé, sigue sin parecerme propio de tu madre. Era muy puntillosa con el papeleo. No te hubiese dejado todo ese lío.

—Yo pensaba lo mismo. De hecho, cuando se puso enferma, hace ya años, me comentó que lo iba a hacer, pero... ya ves. Además, Sistiaga dice que cenó con ella hace pocos días y que se negaba a hacerse a la idea de que podía morir. Al contrario, por lo que parece le confesó que no quería preparar nada porque lo consideraba como rendirse, o como dar pie a hacerlo real, no sé. A mí no me contó nada de eso y hablábamos casi todas las noches por teléfono, raro era el día que no nos tirábamos una hora charlando. ¿Te dijo a ti algo cuando la viste?

—No. Pero la conocía bien y eso es absurdo. Tu madre era una luchadora, sí, pero no le daría vueltas a esas cosas. Haría los papeles y punto. De hecho, sería la primera en afirmar que hacer testamento no significa morir. A mí me planteó algo así cuando me animó a hacerlo, ya que tengo una profesión... ¿cómo dijo? —Frunció el ceño tratando de recordar—. Una profesión *de cierto riesgo*.

—¿Y lo hiciste?

—¿Yo? —Javier lanzó una risa seca—. ¿Para qué? No tengo familia cercana y solo podría dejar deudas. Me evité los trámites. Si me pegan un tiro, que me tiren a una fosa común y se queden con lo que lleve en los bolsillos. ¡El botín para el más rápido!

—Qué tonto. —Rio Luisa—. Yo sí tengo hecho, y creo que estás en lo cierto: es raro que mi madre dijera algo así. Aunque, no sé. No podemos olvidar que estaba enferma, eso mina mucho. Quizá no era ella misma.

—Quizá —admitió Javier, pese a que había algo en todo aquello que seguía sin gustarle. Y todo se relacionaba con el cabrón de Sistiaga—. Pero yo no la vi mal. Preocupada sí, pero tenía bastante buen aspecto.

—Es que, por lo que me había dicho, no le iba mal. El nuevo tratamiento parecía estar funcionando. Pero... ya se sabe cómo es el cáncer.

—Sí... —Dudó, pero sabía que no tenía más opciones. Había demasiados cabos sueltos en ese asunto. Su instinto le decía que pasaba algo—. De acuerdo, Luisa. Echaré un vistazo por ahí, por si veo o me entero de cualquier cosa, no te preocupes. Te mantendré informada.

—Gracias. He dispuesto una provisión de fondos para la investigación. Enviaré

los datos a tu despacho.

—Pero ¿qué dices? No es necesario.

—Sí, lo es. Es tu trabajo. Y además, me consta que mi madre iba a mencionarte en el testamento, porque me lo comentó. Veré cómo lo organizo, pero tendrás lo que ella hubiese querido.

—Te lo agradezco, Luisa. Tampoco es necesario, y preferiría no volver a hablar del tema, pero te lo agradezco más de lo que puedes imaginar.

—No te preocupes. Solo haz todo lo posible por saber qué ha pasado. —Luisa se frotó el rostro con las manos, con gesto cansado—. Yo ni siquiera estaré en España. El próximo jueves a primera hora salgo para Estados Unidos. Por eso quería dejar el asunto en manos de alguien de confianza. Si te parece bien, te llamaré cuando lleve allí un par de días, desde New York. —Pronunció el nombre con perfecto acento neoyorkino—. Así te confirmaré dónde me alojo y cómo poder localizarme, de ser necesario.

—Muy bien. Buen viaje, Luisa. Me ha encantado verte.

Ella sonrió y le besó en la mejilla. Javier la dejó en la puerta del cementerio y fue a aparcar. No hablaron más. Luego, al salir, solo tuvieron ocasión de intercambiar una breve despedida. El grupo de amigos y familiares seguía siendo grande y parecía que todo el mundo quería saludar a Luisa. Sistiaga no estaba, no fue al cementerio, pero sí uno de sus hombres, uno de los que Javier no conocía. Eso le sorprendió más aún.

¿Por qué estaba allí? ¿Ese escolta en concreto era amigo de Eva y los otros no? ¿Ceste se encontraba allí en representación de Sistiaga? Curioso. Llevaba gafas negras y Javier no pudo estar seguro de si le miraba o no, pero él también sabía jugar a eso.

Se puso las suyas.

3

El reloj del ordenador indicaba que eran más de las siete de la tarde. Javier acababa de regresar de su turno de vigilancia frente a la casa de Nekane Blanco, cuando quedó claro que Salvador Chueca se había enterado por fin del aumento de

trabajadores de su plantilla.

O eso, o le había mordido un perro rabioso, puesto que entró en el despacho convertido en un auténtico basilisco. Tenía los ojos desencajados en una expresión terrorífica y casi escupía espuma. Pero, claro, ningún perro rabioso hubiese cometido nunca la loca imprudencia de cruzarse en el camino de Salvador Chueca ni, mucho menos, de morderle, por miedo a infectarse a su vez de algo y morir entre estertores.

«Debí cerrar la puerta», pensó Javier. Isabel dejaba la oficina a las seis, por lo que no había nadie en el vestíbulo y Salvador se había colado hasta el fondo.

—Salvador, te ruego, como siempre, que llames antes de entrar —le dijo, con un tono que consideró lo suficientemente amable como para aplacar la ira del mismísimo Cthulhu, por muy amodorrado que estuviese en el fondo del mar, pero el otro barrió con una mano una pila de carpetas que había estado en el ángulo izquierdo de su mesa y las tiró al suelo. Sus contenidos se desperdigaron por todas partes.

—¿Cómo... cómo te atreves? —bramó Salvador, absolutamente furioso—. ¡Eres un cabronazo, Javier! ¡Solo lo has hecho porque sabías cuánto iba a molestarme! ¡Pues bien, me molesta! ¡Me molesta muchísimo! ¡Me indigna y no voy a consentirlo!

—No sé de qué me hablas. ¿Acaso te he pisado en la iglesia?

—¡No te burles de mí! ¡Sabes perfectamente que me refiero a Natalia y a esa locura de que la hayas contratado aquí!

—Ah, eso. ¿Cómo te has enterado?

—Eso no importa.

—Y una mierda. —Hacía tiempo que sospechaba que alguien filtraba información a Salvador. ¿Isabel? Quizá. O Aizgorri y Mendieta. Conchi no, imposible—. Pero hombre, no seas tan egocéntrico. Te aseguro que no lo he hecho por ti. Tú no tienes nada que ver en ese asunto. Ella buscaba trabajo y...

—¡Y una mierda! ¡Pues claro que tiene que ver conmigo! ¡Hasta ahora nunca has mostrado interés por contratar ayudantes, además de que sé que no puedes permitírtelo! Quieres venganza, ¿verdad? ¿Es eso? ¡No lo niegues! ¡Has visto la posibilidad de destruir lo que más quiero y no has podido contenerme!

Javier le observó con gravedad. Decirle que ese plan lo había llevado a cabo diez años atrás, aunque sin los resultados esperados, no solucionaría nada. Al contrario. Además, en parte era cierto. No tenía ninguna intención de hacerle daño a Natalia, pero, siendo franco consigo mismo, una de las razones que le habían llevado a

contratarla tenía sus raíces en el deseo de atormentar a Salvador, de hacerle pensar justo lo que estaba pensando.

No pudo resistirse a torturarlo un poquito más.

—Puede.

—¡Hijo de puta! Hace mucho que sé que eres capaz de cualquier cosa, pero esto es lo más bajo, lo más ruin que has hecho nunca. —Se apoyó en la mesa con ambas manos y se inclinó hacia él—. Natalia es una buena chica, hay que ser muy sinvergüenza para implicarla en mierdas de estas. Queda al margen, ¿entiendes? Totalmente al margen de nuestros asuntos.

—¿Por qué? ¿Acaso me hiciste caso tú alguna vez, cuando te pedí algo similar respecto a mi madre?

Salvador entrecerró los ojos.

—Siempre con lo mismo. Maldita sea, Javier, no tienes ni idea, ni idea, de cómo fueron realmente las cosas.

—¿No? Pues explícamelo. Me parece a mí que ya va siendo hora.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Mi relación con tu madre no es asunto tuyo.

—Pues mi relación con tu hija tampoco es...

—¡Calla! —Salvador golpeó la mesa con un puño—. No cruces esa línea, Javier. No la cruces. Te lo aconsejo.

Salvador todavía no era un anciano, pero su ritmo de vida había empezado a cobrarse su precio, y en momentos como ese resultaba más evidente que nunca. Jamás le había parecido tan viejo, incluso enfermo. Su rostro estaba casi ceniciento. Javier se dijo que, si seguía presionando, podía darle un ataque, y hacía ya mucho tiempo que no deseaba su muerte.

—Bueno, vale —claudicó, súbitamente cansado de todo aquello—. No voy a hacerle nada, nunca ha sido mi intención. Yo también quiero a tu hija, Salvador, y no le deseo ningún mal. Además, Nat ya es una mujer adulta, no creo que me lo permitiera. Fueran cuales fuesen mis intenciones, sospecho que nuestra relación será estrictamente profesional. —Salvador parpadeó y su expresión se fue relajando poco a poco—. Bah, joder, no te preocupes por eso. No haré que pague por tus culpas, ni ahora ni nunca. Quedará al margen.

—Bien. —Salvador carraspeó. Durante un momento, pareció dolido. Incluso vulnerable—. Bien. Pero eso nos lleva a que sabes que no quiero que trabaje en esto.

Sabes la cantidad de gentuza con la que nos las tenemos que ver día a día. Puede incluso ser peligroso.

—Hombre, más que peligroso, desagradable. Pero, ahí ya no puedo hacer nada. — Javier se levantó y empezó a recoger los informes y las carpetillas de cartulina. Pobre Isabel. Al día siguiente hasta iba a tener que trabajar y todo, volviendo a ordenarlas —. Te advierto que está totalmente decidida. Prácticamente me obligó a contratarla.

—Natalia no tiene ni idea de nada.

—En eso estamos de acuerdo. Pero es que no sé qué esperas que haga yo.

—¿Cómo que no? ¡Vas a subir ahora mismo conmigo a su casa y la vas a despedir, en mi presencia!

—Ja. Ni lo sueñes.

—¡Javier, te juro que...!

—No te esfuerces en intentar amedrentarme, es inútil. Me da más miedo tu hija que tú. — Javier dejó los últimos papeles sobre la mesa, se sentó y se reclinó en su silla, procurando parecer convincentemente aburrido—. Y haz el favor de dejar de gritar. Este es mi despacho y el único que puede alzar aquí la voz, soy yo. — Esperó un segundo, a ver cómo reaccionaba. Salvador se limitó a mirarle con aire calculador—. Si no quieres que Natalia trabaje aquí, tendrás que decírselo tú mismo, compañero. Por lo que sé, fui la segunda opción, después de que tú te negaras a admitirla en tu despacho.

—¿Y eso no te indica algo? ¡Por el amor de Dios, Javier! ¿En qué demonios estabas pensando? ¡No quiero que mi hija se pase la vida rebuscando entre la escoria! ¡He trabajado muy duramente para ofrecerle algo mejor!

—Lo mejor, *siempre*, es poder elegir, Salvador, deberías saberlo. Ahora, si no tienes nada más que decir te agradecería que...

—¡Maldita sea! — Salvador caminó de un lado a otro, como una fiera enjaulada, hasta patear el enorme archivador metálico que ocupaba una de las esquenas. Javier hubiera protestado, de no ser una mierda de trasto que había dejado de ser considerado moderno en tiempos del cuplé, y de no resultar obvio que el gesto había servido, al menos, para consumir buena parte de su furia, si no toda—. Joder... — murmuró con aspecto cansado. Se pasó una mano por la mata de pelo gris—. ¿Cuánto... cuánto le pagas?

—¿Vas a entrar en razón? — Javier sopesó las circunstancias. Natalia merecía un

desagravio y, Salvador, un castigo—. Mil quinientos euros al mes, catorce pagas, más dietas.

—¿Tanto? —Salvador abrió los ojos como platos. Si terminaba en el Infierno de los mentirosos, Javier iría feliz, solo por haber podido ver esa expresión—. No es verdad. Las cosas no te van tan bien como para ofrecer a nadie semejante sueldo. No creo que ganes eso ni tú.

—¿En serio? ¿Y tú cómo lo sabes? —Salvador no contestó, claro. Quiso hablarle del puñetero topo, pero temía enfangarse en una conversación que terminara con la colaboración de Mendieta y Aizgorri, y los necesitaba, así que volvió a contenerse. De momento. Algún día...—. Pues te equivocas. Empecé a remontar en primavera. Me han entrado algunos buenos casos y no puedo quejarme.

—Ya lo veo.

—Pues eso. Y estoy seguro de que te alegras, aunque morirías antes de reconocerlo. —Eso provocó alguna clase de reacción en el rostro de Salvador, como si Javier hubiese superado una barrera, llegando más hondo. Se miraron fijamente, pero ninguno se animó a seguir acortando distancias. Ya, ¿para qué? El abismo se había vuelto insondable. Nada podría reparar el daño causado—. ¿Entonces, te la llevas?

—Sí. —Dudó—. Algo podrá hacer. Seguro que Conchi agradece que le echen una mano.

—¿Conchi? —Javier cerró los ojos. ¿Cómo era posible que aquel idiota conociese tan poco a su hija? Aunque, para ser exactos, tampoco conocía bien a su secretaria. Conchi era mejor detective que muchos de los becarios que habían pasado por la Agencia Chueca. Bien lo sabía él, puesto que habían colaborado juntos muchas veces—. No lo dirás en serio. No creo que a Natalia le agrade la idea de ponerse a archivar carpetas.

—Tonterías. —Salvador se dirigió a la puerta—. Métete en tus jodidos asuntos.

«Genial». Javier permaneció absolutamente quieto al menos treinta segundos más. Luego, descolgó el teléfono y marcó el número del móvil de Natalia, preguntándose dónde estaría. Se habían separado frente al portal de Nekane Blanco, a las seis, al finalizar su jornada, y parecía tener prisa, pero no había mencionado nada sobre qué planes tenía, y él no había querido preguntar.

—¿Sí? —contestó, al tercer timbrado.

—Soy yo —dijo, por todo saludo—. ¿Está usted en casa?

—Sí.

—Bien. Si no me equivoco, y no lo creo, su padre va directo para allá. Piensa ofrecerle un soberbio puesto de secretaria innecesaria, para que archive carpetas con Conchi. No se lo recrimine, lo único que busca es alejarla de mi nefasta influencia y de este trabajo de mierda. Lo que importa es que le he dicho que aquí cobra mil quinientos euros mensuales, catorce pagas, más dietas.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Creo que está claro: para que esté usted en situación de ventaja y pueda negociar con más margen. No me traicione.

—No lo haré. —Un segundo de silencio—. Gracias.

—No hay de qué. Escoja la oferta que más le agrade. Usted misma.

Colgó.

4

Nada más cortar la comunicación con el móvil, sonó el timbre de la puerta.

De pie en el pasillo, Natalia miró hacia allí, indecisa. No quería abrir. ¿Y si fingía que no estaba en casa? Tarde o temprano su padre terminaría por irse. Sería lo mejor, porque en ese momento no tenía ganas de hablar. De hecho, ni siquiera sabía qué podía decir. Necesitaba tiempo.

Su plan, la idea sugerida por Conchi, había surtido efecto. Allí estaba su padre, llamando para ofrecerle un sitio en su agencia.

«Y ahora, ¿qué?», se dijo. Pues, a saber, porque ya no se sentía tan segura de querer aquella solución. No, eso no era exactamente cierto. ¿Por qué darle tantas vueltas? La verdad es que no la quería, así, directamente, y punto. Cuando se planteó trabajar en el despacho de su padre, no se le había ocurrido que pudiese tener ninguna otra posibilidad. Simplemente, era una Chueca y sus pies la llevaron a reunirse con los Chueca.

Pero ahora tenía una mesa en la oficina de Balboa y solo con pensar en ello se le

aceleraba la sangre en las venas, la volvía efervescente, como un vino espumoso.

No debería. ¡Maldito fuera, no debería! Tras todo lo ocurrido, tras lo vivido con aquel hombre, no tendría que sentirse así, pero no podía ni evitarlo ni negarlo: no quería estar en ningún otro sitio.

Le había gustado poder mirarle por el rabillo del ojo mientras hablaba por teléfono o cuando rellenaba informes, maldiciendo porque no entendía todavía el maldito ordenador de segunda mano que había conseguido en no sé qué subasta de trastos inmundos, junto con el gran archivador metálico. Y también había sido estupendo pasar con él la tarde, aunque fuese sin hablar más de lo imprescindible, sentados en el coche frente a la casa de aquella chica.

Sentirle cerca...

Oyó unos pitidos suaves fuera y, de pronto, su móvil empezó a sonar, siguiendo el tema principal de una película muy famosa. Seguro que su padre podía escucharlo con toda claridad desde el otro lado de la puerta. ¡Mierda!

—¿Natalia? —Oyó fuera, como para terminar de confirmarlo. Sonó otra vez el timbre y luego golpes con los nudillos—. ¿Natalia, estás en casa? ¿Natalia?

Todavía podría alegar que se había dejado olvidado el móvil... Claro que, pensándolo bien, quizá su padre seguía llevando la llave encima. Seguro que sí. Esa había sido su casa y ahora era la de sus hijos. Si le daba por entrar a esperarla dentro, la pillaría en una posición de desventaja.

En vista de las circunstancias, tomó aire, recorrió con paso firme la distancia hasta la puerta, abrió y sonrió a un sonriente Salvador Chueca.

—¡Papá! ¡Qué sorpresa! Perdona, estaba en el baño.

—Oía tu teléfono... —dijo él. Parecía inseguro, tras su aparente buen humor—. Espero no molestar.

—No digas tonterías. Tú nunca molestas. Pero me pillas por poco, acabo de volver de hacer la compra. —Señaló las bolsas del supermercado. Al llamarla Balboa, las había dejado en el pasillo, junto a la puerta de la cocina.

—Ah, bueno. Recoge si quieres.

—No te preocupes. No hay nada que pueda estropearse por esperar un poco. —Había tenido que comprar lo básico en alimentación, porque Salva tampoco tenía casi productos de limpieza, y juntos pesaban lo suyo. En realidad, bien que hacía. Si no iba a usar un detergente o un limpiacristales, total, ¿para qué gastar en ellos?—. Entra,

anda. —Le agarró por el brazo y le condujo hasta la sala—. Toma asiento.

—Gracias. —Salvador miró a su alrededor: los muebles brillantes, las cortinas lavadas, suelos de madera bien pulidos... Incluso había unas plantas nuevas junto a la ventana, sustituyendo las que habían muerto por la poca atención del ecologista convencido de la familia—. Cielos, qué cambio, cariño. Qué diferencia con la pocilga de tu hermano. ¡Para que digan! Nada como la presencia de una mujer en una casa.

Natalia entornó los ojos. Tuvo que repetirse diez veces que su padre solo estaba intentando ser amable y reconocerle un mérito. Por lo demás, era como era y debía ir aceptando que jamás cambiaría.

—Gracias, aunque estoy segura de que es un comentario injusto con muchos hombres —consiguió decir en tono cordial. Salvador parpadeó, sin acabar de entender—. ¿Quieres tomar algo? No hay mucha variedad, me temo. He traído un par de latas de cerveza, o puedo hacer café...

—No, no, gracias. En realidad, dispongo de muy poco tiempo, porque esta noche tengo una reunión con cena de negocios incluida. —Por su expresión, debía ser algo bastante aburrido, pero inevitable—. Debería estar ya en casa, para cambiarme de ropa, pero no podía dejar de darle vueltas a una idea y... En fin, que he venido por el tema del trabajo. —Entrecruzó los dedos, con los codos apoyados en las rodillas y tomó aire. Siempre le había resultado muy difícil disculparse—. Natalia, lamento muchísimo lo ocurrido esta mañana, de verdad.

—Ya...

—Lo digo en serio, cariño. No estuvo bien dejarte abandonada en el vestíbulo, pero no te quería allí, y tampoco quería echarte directamente. Esperaba que te fueras, sin más, como hiciste. —Por lo menos, era sincero—. Pero, después de reconsiderarlo, he decidido que tienes razón. Si no quieres volver a irte, si quieres trabajar para ganarte la vida, tu lugar está en mi despacho, en la Agencia de Detectives Chueca, por supuesto que sí. Qué narices, el negocio es tan tuyo como mío, y algún día lo heredarás, junto con tu hermano.

—Te agradezco que lo digas. Me dolió mucho verme excluida.

—Pues olvidado. Olvídalo todo. Empiezas mañana, a las nueve, y estarás hasta las cinco, con dos horas para comer. Te pagaré... dos mil euros al mes, catorce pagas, más dietas. —Ella estuvo a punto de echarse a reír—. ¿Qué dices?

—Es una excelente oferta, no puedo negarlo —respondió, con lentitud—. Y, dime, ¿qué tendría que hacer?

La expresión de Salvador se volvió cautelosa.

—Oh, de todo un poco, ya sabes, según se vea. De momento, lo más urgente es echar una mano a Conchi. Acabamos de cambiar de sistema de archivo informático y hay un montón de datos que insertar. La pobre está saturada. Le vendrá bien que la ayudes.

—Entiendo. —Suspiró. Balboa tenía razón, Salvador le ofrecía un puesto de secretaria y ni siquiera la necesitaba, porque Conchi saldría adelante sin ella. De hecho, de ser cierto que tenía que transferir esos datos, tenía que llamarla. Podía ir a echarle una mano por las tardes, sin necesidad de contratos ni nóminas. Era el negocio de la familia, y Conchi una amiga—. Lo siento, papá, de verdad que sí, pero no puedo aceptar.

—¿No? —Salvador se mostró realmente sorprendido—. ¿Por qué no?

—Porque no quiero ser secretaria. No tengo nada contra las secretarias, ojo, me inspiran el mayor de los respetos. Es un trabajo muy difícil y está muy poco valorado en esta sociedad machista en la que vivimos; pero no lo soy, ni quiero serlo.

—Tonterías. —Su padre hizo un gesto, apartando aquella idea absurda—. No serás secretaria, pero ¿qué dices? Estarás en nómina como detective, y con carácter fijo. Solo estamos hablando de echarle una mano...

—¿Cuánto tiempo?

—¿Eh? Pues no lo sé. —Arrugó el ceño, sin querer comprometerse—. El que sea necesario, supongo.

—Ya. Lo cierto es que tienes intención de que sea para siempre jamás. En cuanto esté allí, empezarán a pasar los días y esperarás a que me canse de pedir inútilmente que cambien las cosas, contando con el hecho de que sabes que nadie me va a ofrecer mejores condiciones laborales por ahí. Y no voy a permitirlo, nos voy a evitar a los dos un mal rato.

—No digas eso, no lo...

—Es la verdad —le interrumpió—. Por otra parte, de todas las razones que me han impulsado a buscar un trabajo, la más importante es la de mi independencia. No quiero seguir siendo un parásito. ¿Lo entiendes? Y, si acepto un trabajo que no pensabas ofrecerle a nadie, lo sería. ¿Qué sentido tiene que cumpla allí mi horario y

que ayude a Conchi con el ordenador, si ella puede hacerlo perfectamente sola y tú me darías el dinero del sueldo, vaya o no vaya al despacho?

Salvador cerró los ojos. Fue evidente el gran esfuerzo que hizo para dar el siguiente paso.

—Trabajarás de detective. De acuerdo.

—Estamos en las mismas. No ibas a contratar ningún detective. Ambos sabemos que solo me aceptas porque temes perderme y, una vez dentro, me pondrías mil trabas para hacer cualquier cosa. Ya ves, así es la vida: esta mañana hubiera aceptado encantada, sin pensármelo dos veces, pero ahora... No, ya no.

—¡Pero deseabas ese trabajo!

—Solo porque no sabía que podía conseguir otros, ni había pensado bien en las posibles consecuencias. Lo siento, papá, pero no quiero discutirlo —añadió, alzando una mano cuando vio que él abría la boca—. Ahora estoy con Balboa. Tengo un empleo que, sin ser una maravilla, me supone un reto...

—¿Un reto? Venga ya. No creo que los casos que llegan a la agencia de Javier impliquen ningún gran esfuerzo mental. Seguir a estafadores de aseguradoras y hacer fotos para cornudos, básicamente. Morralla.

—No lo entiendes. Por primera vez, el dinero que obtenga no vendrá de ti. ¿Puedes imaginarte lo que eso significa, realmente? ¿Acaso has olvidado, a fuerza de experimentarla, la sensación de orgullo, de seguridad, que da el saber que uno es capaz de mantenerse por sí mismo? Yo, es la primera vez que la degusto, papá, apenas me ha dado tiempo a probarla, y no quiero dejar de hacerlo tan pronto. —Sonrió—. Míralo desde el lado positivo: podré vigilar de cerca a la competencia.

Salvador contempló pensativo la superficie de cristal de la mesa.

—¿No vas a cambiar de opinión?

—No. Me parezco demasiado a ti.

—Supongo que sí. Quizá por ello, desde que te hiciste adulta, no hemos dejado de discutir. —Natalia no supo qué replicar a eso, por lo que permanecieron en un silencio incómodo varios segundos. La sensación de malestar fue aumentando progresivamente. Daba la impresión de que rondaban un tema más profundo, y así era. Salvador se frotó la nuca, nervioso—. ¿Por qué te fuiste, Natalia? ¿Y por qué te has mantenido alejada de mí durante tantos años?

—Oh, no. Papá, no, por favor, no quiero hablar de eso.

—¿Fue, de verdad, por el asunto de Aitana? Es que, por más que lo pienso, no puedo creerlo. No puedo. ¿Tanto daño te hice? Desde el día en que me lo reprochaste y me ordenaste que te enviara interna al extranjero, no he dejado de darle vueltas y vueltas y vueltas...

—Deberías olvidarlo.

—No puedo. No lo entiendo. Te aseguro que no me entra en la cabeza, que por algo así, una niña de dieciséis años desee irse totalmente sola a un país extraño. —¿Qué podía decirle? Ni siquiera hubiese podido hablar. Sentía la garganta cerrada y una fuerte presión en el pecho—. Bien, sí, es cierto, traicioné tu confianza y la de tu madre, pero ¿seguro que merecía semejante castigo? Puedo haber sido un mal esposo y un mal hombre, el peor de los hombres, pero era tu padre y te quería.

—No, papá —susurró por fin. Jamás hubiera supuesto llegar a verle tan vulnerable. Le estrechó una mano—. No. Reconozco que aquello me dolió muchísimo, pero solo fue una parte. Es que... En esa época me sentía muy mal.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasó? Dímelo. Quiero entenderlo.

—Ya no importa, en serio. Está olvidado. —Apartó la imagen del cuartucho de Las Cortes con un estremecimiento. No podía contárselo, jamás podría. De hacerlo, provocaría una situación terrible. Estaba segura de que iría a matar a Balboa o a morir en el intento—. Dejémoslo en que necesitaba tiempo y espacio.

—Tiempo —repitió Salvador con amargura—. A medida que cumplés años lo vas valorando más, aprendes que no vuelve. A veces miente y lo simula, pero no es verdad, nunca vuelve. Y yo tengo la sensación de haberme perdido una parte muy importante de tu vida, cariño. Te aseguro que ha sido un castigo más que suficiente.

—Sí, lo sé. Ahora veo las cosas de otro modo. Y te recuerdo que he venido a quedarme. —Al menos eso consiguió arrancarle un amago de sonrisa—. Pero te suplico que respetes mis decisiones y mi independencia. Papá, hemos de aprender a convivir.

—De acuerdo, está bien —suspiró su padre, dándose por vencido—. Pero no te fíes de Balboa. Me odia. Bueno, no, no me odia —se corrigió al momento—. No es algo tan extremo, pero sí que me guarda mucho rencor. A veces pienso que sería capaz de cosas espantosas, solo por hacerme daño. —Natalia asintió. Lo sabía mejor de lo que él podría llegar a sospecharlo nunca. Salvador se puso en pie—. Tengo que irme.

—Siento que no puedas quedarte a cenar.

—Yo también. Otro día. —Ya en la puerta, se volvió a abrazarla—. Ten cuidado, Natalia.

—Lo tendré.

Cuando se quedó sola, consideró la idea de telefonar a Balboa, para informarle de cómo había ido todo, pero terminó rechazándola.

Si quería saberlo, tendría que preguntar.

5

De haberse tratado de una película, Javier la hubiera titulado *El Basilisco II: E. Retorno*.

Ciertamente, no era un gran título, hasta él lo admitía sin mayor problema, pero el argumento tampoco se merecía ningún alarde de creatividad. Cuando casi había conseguido olvidarse de él, Salvador Chueca volvió a entrar en el despacho como una tromba. La única diferencia con su primera visita se limitaba a que, en vez de parecer enfermo y ceniciento, ahora venía con un muy poco saludable tono rojizo encendiéndole el rostro.

Estaba en uno de esos momentos en los que era mejor no abrir la boca, pero Javier no pudo contenerse.

—Me parece que ha dicho que no.

Salvador golpeó la mesa con la mano abierta.

—Cállate, majadero. Por tu culpa, ahora no quiere trabajar conmigo. Dice que aquí es independiente y tonterías por el estilo. Ja. Será posible... Todo, todo lo que tienes, lo has obtenido de mí. Te enseñé todo lo que sabes, ¿y qué hiciste? Traicionarme. Abrir tu propio despacho. Convertirte en mi competencia. Robarme clientes.

—¿Qué dices? Yo no te he robado nada.

—Claro que sí. Todos los malditos casos que tienes, serían míos, de no existir esta miserable oficina.

—¡Anda, mira qué bien! Como no hay más detectives en Bilbao, eso, hubiesen

acabado contigo sí o sí. —Javier cerró la carpeta que había estado actualizando y, por si acaso, la metió en un cajón, con las otras. No le apetecía tener que recogerla de suelo—. Tienes un serio problema, Salvador. Te piensas que el mundo es un gran decorado de teatro y que tú eres el protagonista de la comedia. Bueno, pues no. Solo eres un secundario, como todos. Y un secundario posesivo y rencoroso, además. En lugar de alegrarte por mí cuando decidí independizarme, en lugar de aplaudir la actitud de Nat, que quiere valerse por sí misma, te pones hecho una furia. ¿Es que no eres capaz de ver cómo son las cosas, realmente?

—¿A qué te refieres?

—Anulaste a tu esposa; anulaste a Santos, que ya no es más que una puñetera sombra de ti mismo; anulaste a mi madre; intentaste anularme a mí; has conseguido que Salva huya para escapar de tu influencia y hete aquí que ahora Nat se te escapa de entre los dedos. Qué se le va a hacer, no puedes abducirnos a todos.

—¿Eso crees, que intento controlaros? No me extraña. Tú no sabes ni cómo pronunciar la palabra *lealtad*. —Clavó un dedo en el escritorio—. Esta vez, no voy a pasarlo por alto. Este despacho tiene los días contados.

Javier hizo una mueca.

—No me amenes, Salvador. No es la primera vez y sabes que lo odio.

—Pues te jodes. No me importa una mierda lo que opines al respecto. —El dedo se alzó y le señaló ominosamente—. Natalia seguirá aquí algún tiempo. Si me entero de que te propasas con ella, de cualquier forma, de cualquier manera, te sacaré las tripas y las pondré a secar al sol.

«¿Qué pasaría si le doy un puñetazo?» Podía hacerlo, sería incluso fácil. Le costaría menos de un segundo ponerse en pie, alzar el puño y estamparlo contra la mandíbula de aquel cretino, con la fuerza suficiente como para dejarle fuera de combate y poder arrastrarlo hasta el portal. El resultado sería inmensamente satisfactorio, lo intuía, pero solo en un primer momento. Aitana se revolvería en su tumba y, si llegaba a enterarse, y no veía cómo evitarlo, Natalia pondría el grito en el cielo.

No merecía la pena darse ese pequeño gusto.

—Bien. Me ha quedado claro. Ahora, haznos un favor a ambos y vete de aquí. Ah, y recuerda: si es imprescindible que vuelvas, te exijo que llames antes de entrar. Este es mi territorio, no el tuyo.

Salvador lanzó una risa seca.

—Disfruta mientras puedas de tu puta ilusión de independencia. Voy a acabar contigo. Debería haberlo hecho hace años.

—¿De verdad? —Aquello ya le sacó de sus casillas. Mira que había intentado convivir, aunque fuera dentro de unos parámetros hostiles. Pero es que era imposible, con Salvador Chueca todo conducía a una guerra abierta—. Si quieres pelea, la vas a encontrar. No me calientes más porque todavía no me conoces y puedes llevarte una sorpresa. Largo de aquí.

Los ojos de Salvador relampaguearon.

—Ricino.

—¿Ricino? —repitió, desconcertado—. ¿Qué me quieres decir con eso?

Salvador titubeó. Quizá iba a decir algo más, pero cambió de idea. Se giró y salió del despacho dando un portazo. «Estupendo, señorita Chueca», pensó Javier. «Espero que sus cualidades como detective hagan que todo esto haya merecido la pena». Consideró la idea de retomar el trabajo, pero sabía que ya no podría concentrarse. Con un gruñido, se puso en pie.

Iba siendo hora de dar por terminada una jornada laboral particularmente asquerosa.

Capítulo 4

1

Natalia se reclinó aburrida en su silla.

Había terminado demasiado pronto el trabajo que le había encomendado Balboa esa mañana y no se le ocurría nada más que hacer. Ni siquiera le quedaba el entretenimiento de ordenar papeles, porque ya lo había hecho el día anterior. Debía reconocer que se había sorprendido con el modo en que se llevaban las cosas en aquel despacho. Balboa tenía bastantes casos para tan pocos empleados, pero lo tenía todo bien organizado. Era inteligente y muy trabajador.

Sus ojos vagaron por los diplomas que cubrían buena parte de una de las paredes. Entre cursos, conferencias, congresos y su licenciatura en leyes, estaba visto que aquel hombre no había perdido el tiempo en los últimos diez años. Se preguntó por qué no habría abierto un despacho de abogado, algo que le hubiera procurado unos ingresos mayores. «Lo encontraría muy aburrido», pensó, divertida. A Balboa le gustaba mucho callejear, y el trabajo de abogado hubiera supuesto muchas más horas de oficina. Seguramente, sería por eso.

Quizá algún día se animara a preguntárselo aunque, tras unas cuantas jornadas de lo más tensas trabajando a su lado, empezaba a pensar que nunca se acercarían lo suficiente como para intercambiar confidencias de ningún tipo. Balboa la mantenía a distancia y no ocultaba que no le hacía ninguna gracia tenerla allí. Natalia empezaba a encontrar la situación insoportable. A ese paso, su relación laboral sería tan breve como su relación sexual. «Bueno, no tanto», se dijo, con cinismo, al recordar que esta última se reducía a una única tarde. Menos. Una hora escasa. Diez minutos...

Una suave llamada a la puerta la sacó de sus pensamientos. Isabel se asomó al umbral.

—Tengo que salir, señorita Chueca, debo ir al banco. ¿Le importa quedarse a cargo de todo?

—No, por supuesto que no. Y, por favor, llámame Natalia y tutéame. No me hagas

sentir más vieja de lo que ya soy.

Isabel se echó a reír.

—Perfecto. Aunque no eres vieja, solo un poco madurita. —«Caray, qué gracia». ¿Qué edad tendría la niña? Veinte, como mucho, quizá menos. No creía que hubiese nada entre ella y Balboa, pero no porque la chica no tuviera interés. Solo había que fijarse en la forma en la que le miraba, la especie de embobamiento que recordaba haber experimentado por sí misma en otros tiempos—. Hasta luego entonces. Dejo el castillo en tus manos —añadió, saliendo.

«Pues qué bien», pensó Natalia. «Quizá debería aprovechar el momento para prenderle fuego. Claro que, si lo hago, también arderá mi piso». Jugó un rato a hacer rodar el lapicero sobre la mesa. Se le cayó al suelo y se le rompió la punta. Buscó un sacapuntas, pero no tenía ninguno, de modo que fue a buscarlo a la mesa de Balboa. En el primer cajón, encontró la carpeta que había dejado aparte el primer día, cuando repasaron los casos. Natalia echó un vistazo a la puerta. Estaba sola, nadie iba a enterarse. Rápidamente, la sacó.

«Eva Linaza», leyó, escrito en mayúsculas en la portada. El nombre le resultó vagamente conocido, pero no pudo recordar de qué. Dentro, había varias notas, garabateadas con la letra absolutamente ilegible de Balboa, que parecía más propia de un médico que de otra cosa. Había aprendido a reconocerla muy bien, y también a traducirla. Al fin y al cabo, no era, ni con mucho, tan compleja como el hierático, la serpenteante escritura egipcia con la que había trabajado durante los últimos años. A lo largo de la siguiente hora, se dedicó a intentar encontrarle un sentido más o menos lógico a aquellas curvas sinuosas.

Eva Linaza había muerto recientemente de cáncer. Había mantenido un encuentro con Balboa pocos días antes de su fallecimiento. Según recalca, la encontró algo extraña, pero bien. La hija de la víctima, que se llamaba Luisa, era la que se había puesto en contacto con Balboa, para pedirle que investigase un posible robo en su casa mientras Eva estaba ingresada. El caso lo había llevado la policía, pero lo habían cerrado sin resultados. No había siquiera evidencia de ningún delito, porque el único testigo había rectificado.

Alguien, un ertzaina llamado Pobeda, era el contacto dentro de la policía. Balboa le había telefoneado dos veces, pero aún no había podido ponerse en contacto con él.

«No es mucho, que digamos». Natalia devolvió la carpeta a su sitio y regresó a su

mesa. Llevada por un impulso, se conectó a Internet y buscó «Eva Linaza». El buscador le proveyó de cuatrocientas cincuenta y tres mil referencias de las que le podían resultar útiles unas mil quinientas, entre ellas varias noticias aparecidas en periódicos.

Eva era abogada. ¡Claro, por eso le sonaba el nombre! Había trabajado con su padre, en tiempos. De hecho, la reconoció en las fotos, y hasta se acordó de Luisa, una niña muy gorda pero simpática, con la que había jugado alguna que otra tarde, mientras esperaban a sus padres en el vestíbulo de la agencia, vigiladas por Conchi.

Eva había sido una mujer guapa, decidida y muy inteligente, que había sabido labrarse una carrera de éxito. Solo había que ver las fotos del funeral, en las que estaba incluso el diputado Héctor Sistiaga. Al fijarse mejor, también vio a Balboa, a un lado, casi perdido entre la gente.

De hecho, el político y él parecían mirarse a los ojos, ajenos a la multitud que los rodeaba.

Intrigada, escribió en la cajetilla de búsqueda «Javier Balboa», pero no obtuvo nada de interés. Metió «Héctor Sistiaga» y le salió una infinidad de noticias, de sociedad y política. Tras mirar varias por encima, algo llamó su atención.

Ese nombre aparecía varias veces en las publicaciones de un bloguero y *youtuber* llamado Iván Carrizo, alguien muy relacionado con el partido que representaba Sistiaga. De hecho, se notaba que también militaba en él, y trataba de apoyarlo por completo. Tenía mucha relación sobre todo con Héctor Sistiaga, al que consideraba la gran esperanza de la política del país, el que iba a limpiar toda la corrupción y regenerar una sociedad que estaba muy enferma. Todo eso era muy normal.

Pero, en el listado del buscador, también vio una entrada en la que se mencionaba que el tal Iván Carrizo había desaparecido.

«Famoso bloguero y *youtuber* desaparecido misteriosamente», soltaba el título, como un anzuelo resplandeciente agitándose en la pantalla. El cursor se dirigió hacia allí casi por su cuenta. Al presionar el enlace, que llevaba al periódico digital *El Mensajero del Norte*, descubrió que esa página en concreto había desaparecido. Sorprendida, probó dos veces más, por si acaso, pero nada.

«La página que busca no existe», fue la única respuesta a su alcance.

Lo poco que podía leerse de la cabecera, en el listado del buscador era la fecha, el autor y poco más. Había pasado casi un mes desde su publicación y estaba firmado

por un tal Santiago Martos. Las dos líneas que se mostraban de su contenido parecían afirmar que, según comentarios de algunos vecinos, el conocido bloguero salió una mañana de su casa, como cada día, y nunca regresó.

Metió «Iván Carrizo».

La primera entrada en salir era la misma del periódico de Martos, el enlace que no llevaba a ningún sitio. A continuación iban varias que mencionaban a Sistiaga y otras personalidades del partido. También encontró numerosos vídeos en su canal personal de Youtube, pero no tardó en comprobar que la mayoría, sobre todo los últimos, habían sido borrados. La razón que se daba era que se había denunciado la vulneración de derechos de autor por la música utilizada.

Abrió alguno, por curiosidad, y vio un muchacho joven, de rostro redondo y aspecto aseado, que hablaba con mucho entusiasmo y poca empatía de las cosas del mundo. Todos los vídeos a los que tuvo acceso duraban dos minutos exactos, en intervenciones que intentaban ser profesionales y dinámicas. Natalia no tardó en descubrir que no compartía la mayor parte de sus razonamientos, pero tuvo que reconocer que era un buen comunicador.

La única música en todos ellos era la melodía de la cabecera, que se repetía parcialmente al final. Se trataba de un tema tocado al piano, muy sencillo, aunque pegadizo y ágil. En los créditos informaban que el autor era él mismo, Iván Carrizo.

¿Vulneración de derechos de autor? ¿Músicas utilizadas?

Qué cosa más extraña...

Estaba totalmente enfrascada en su búsqueda, cuando llegó Balboa, con el paraguas goteando. Tras los días de calor intenso había llegado algo de lluvia. Natalia hubiese agradecido que no fuese tan torrencial, pero, al menos, había refrescado un poco el ambiente. Las previsiones decían que el bochorno no iba a tardar en volver, así que más les valía aprovechar el momento.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó él, mientras se quitaba la chaqueta empapada y la colgaba en el perchero—. ¿No es hora de que se vaya a comer?

—Isabel se tuvo que ir al banco. —Miró el reloj. Eran casi las tres—. Y se me ha pasado la hora.

—Bueno, aproveche ahora para ir.

—¿Llueve mucho?

—Bastante. Si sigue sin tener paraguas, coja el mío. Yo ya he comido y me quedaré

aquí toda la tarde.

—No, gracias, prefiero mojarme. —El día anterior, casi había tenido un accidente con aquel chisme grande y pesado. Además de estar provisto de una punta muy afilada, tenía flojo el cierre y tendía a abrirse por su cuenta, con un golpe recio—. O me compraré uno de los chinos en cualquier lado. Tiene usted un paraguas asesino y con muy mala idea.

—Pues sí. Además de paraguas, sirve de bastón, de espada y de escudo. ¿Qué más se puede pedir? —Se sentó en su mesa y abrió el cajón. Natalia apagó el ordenador—. ¿Ha estado fisgoneando en mi mesa, señorita Chueca?

—¿Yo? —Natalia se sobresaltó. «Maldito majadero». Seguro que había puesto un cabello o algo así, como en las películas de espías—. ¿Pero qué dice? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Si no ha sido usted, ha sido Isabel —dijo Balboa, muy serio—. Y a ella no me importa despedirla.

Natalia tragó saliva. Probablemente, era un farol, pero no podía arriesgarse. No podía consentir que Isabel pagara por su indiscreción.

—Está bien. Sí, he sido yo —reconoció de mal humor—. Estaba buscando un sacapuntas y... Vale, le he echado un vistazo a esa carpeta que tiene escondida. Isabel no tiene nada que ver.

—Ya. Lo sospechaba. Ella jamás ha demostrado tener ni pizca de curiosidad. —Balboa sacó la carpeta y la arrojó encima de la mesa—. Le ruego que, en el futuro, si quiere algo de aquí, me lo pida antes. No toque mis cosas.

—No lo haré —replicó Natalia, picada por la reprimenda—. Por mí, como si arden, no pienso apagarlas.

—Estupendo. Entonces, creo que nos entenderemos.

—Eso es demasiado suponer. —Balboa sonrió levemente, pero no dijo nada—. ¿Por qué la guarda ahí? ¿Por qué no es un caso numerado, como el resto?

—Porque es un asunto personal.

—Oh. —Esperó, por si él añadía algo más. No lo hizo—. ¿Y?

—¿Y, qué, señorita Chueca?

Natalia hizo una mueca, molesta, y siguió recogiendo su mesa.

—Nada. Es igual.

—Ja. Se muere de ganas por enterarse de todo. ¿Cuánto ha leído?

—Lo suficiente como para saber que no tiene nada. Hacer un par de llamadas sin respuesta no creo que pueda ser definido como *estar llevando un caso*.

Balboa estudió el informe con el ceño fruncido.

—He estado muy ocupado. Y no creo que podamos hacer mucho, pero en fin. — Dudó—. Esta tarde hay que seguir con la vigilancia de casa de Nekane Blanco. Prefiero hacerlo yo, por si acaso. ¿Le importa ir a ver a ese Pobeda, por si tiene más suerte y le localiza?

—No, claro que no —replicó, sorprendida por su cambio de actitud. Y contenta. Desde luego, lo prefería a aburrirse mortalmente frente a aquel portal.

—Perfecto. Entonces, vaya. La llamaré esta noche... esta tarde a casa —se corrigió rápidamente, de una forma sospechosa—. Así me cuenta cómo ha ido todo.

Natalia frunció el ceño.

—¿Piensa salir esta noche?

—¿Le importa?

—No mucho. Pero si es por el asunto de Ibai Zamudio, me gustaría ir con usted.

—De eso nada. Ya se lo he dicho. Su horario...

—Mi horario es una tontería. ¿Por qué demonios no quiere que vaya?

—¿Tengo que escribirselo con tiza en una pizarra, Natalia? No quiero líos y, si la llevo a un puticlub, los tendré.

—Ni que fuera la primera vez.

Él afirmó la mandíbula.

—Acordamos no hablar de ese tema.

—Cierto. Pero iré. Sé cuidar de mi misma.

—Me da igual. Yo no tengo tan claras mis posibilidades. No va a venir conmigo. Y es un NO rotundo, con mayúsculas y sonido de cañones de fondo.

—Muy bien. —Estaba visto que no merecía la pena discutir. Natalia cogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta—. Hasta luego, entonces.

En la comisaría, tuvo que esperar cosa de quince minutos y luego la pasaron a un despacho minúsculo, atestado de archivadores y de carpetas por todas partes. Iñaki Pobeda era un hombre de mediana edad, con el pelo blanco y las mejillas hundidas, en general bastante machacado por la vida. Pese a su aspecto hosco, se mostró muy amable y colaborador.

No tuvo inconveniente en dejarla echar un vistazo al expediente del caso del robo en la casa de Eva Linaza, aunque, cuando Natalia lo estudió, comprendió por qué.

No había nada, absolutamente nada, que pudiera resultarle de ayuda. Un vecino dijo que había visto a alguien entrar pero luego aseguró haberse equivocado. Mencionaba una medicación, una marca de pastillas para dormir. Según el informe, la puerta de la casa de Eva no estaba forzada ni había nada revuelto. No podía decirse que hubiese habido ningún delito. Caso cerrado.

—¿Han investigado al testigo? —Pobeda arqueó una de sus pobladas cejas blancas—. Puede ser que, tras esa denuncia, alguien se haya puesto en contacto con él y le haya convencido de que cambie de declaración.

El ertzaina asintió.

—De haber habido alguna evidencia, supongo que se hubiese seguido esa línea. Pero es que no hay nada. Seguramente fue alguna alucinación o algo así, por lo que había tomado.

—Ya. —Incómoda, pasó algunas páginas, examinándolas por encima—. Si, ya veo. No hay por dónde empezar.

—Eso le dije a la señorita Linaza. Disculpe, pero no le encuentro sentido a que entren ustedes en escena.

—Yo tampoco, la verdad. —Suspiró—. ¿Se le ocurre algo más que pueda ser de ayuda?

—No. —Pobeda se encogió de hombros—. Lo siento.

Natalia asintió. Echó un último vistazo al informe, pero ya no parecía haber nada aprovechable que entresacar. Volvió a dejarlo sobre la mesa, recogió sus cosas y se puso en pie. Abrió la boca para despedirse, pero entonces recordó otro dato.

—Por cierto, ¿dónde podría informarme de cómo va lo de la desaparición de Iván Carrizo?

—¿Iván Carrizo?

—Sí. Un bloguero y *youtuber*, de internet. —El hombre la miró como si fuera un

bicho raro. No debía interesarle mucho la red—. Pone vídeos con comentarios y escribe artículos. Trata temas políticos, sobre todo, y se ha hecho bastante famoso. Por eso pensé que le conocería.

—Pues no, no sé quién es, lo siento. Imagino que ese asunto lo estarán llevando los de Personas Desaparecidas. Vuelva hasta la entrada, tome por el pasillo central y no tardará en encontrar la oficina, a la derecha. Pregunte por Mariano Peña, dígame que va de mi parte.

—Muchas gracias, inspector Pobeda, ha sido usted muy amable. —Le estrechó la mano. Pobeda sonrió débilmente, permitiéndole vislumbrar un atisbo del abuelo cariñoso que sin duda era—. Si descubrimos algo, se lo haremos saber.

—Me sorprendería —replicó el ertzaina.

Mariano Peña resultó ser algo más joven y bastante simpático. En cuanto mencionó al bloguero, puso una expresión de espanto que casi la hizo reír.

—Puf, ese pelma. —Buscó en el ordenador y apareció en pantalla una ficha con el nombre de Gema Carrizo—. Un tipo irritante, de veras, se lo aseguro. Nos dio la paliza durante meses.

Natalia le miró sorprendida.

—¿La paliza? ¿Por qué?

—Pues porque no atendía a razones. Llegó medio histérico para denunciar la desaparición de su hermana, Gema. Estaba empeñado en que... —Se interrumpió, como si hubiese estado a punto de hablar de más. Tuvo que terminar la frase de un modo forzado—. Bueno, en que *alguien muy importante* se la había cargado.

El nombre de Sistiaga cruzó por la cabeza de Natalia, pero consideró prudente no ser la primera en pronunciarlo.

—¿Dijo quién?

Peña dudó.

—Ya lo creo. Sus delirios tenían un objetivo claro, pero no puedo darle más detalles, lo siento. Eso sí, la acusación no tenía ni pies ni cabeza, no se sostenía por ningún lado. De hecho, no nos resultó difícil comprobar que la hermana se encuentra viviendo en Francia, en Boulogne-Billancourt, por lo que se dio por concluida la investigación. Al poco, Carrizo se marchó, para reunirse con ella.

—¿En serio? Pero, según Santiago Martos, del periódico *El Mensajero del Norte*, un día salió de casa...

—... y no regresó, sí. Conozco a Martos y conozco bien su historia. Por lo que sé, colaboraba con Iván Carrizo en algunos artículos. Otro auténtico pelma, por cierto.

—¿Y eso?

—Qué puedo decirle... Por si no hubiésemos tenido suficiente con Carrizo y sus alucinaciones sobre lo ocurrido a su hermana, Martos se presentó aquí al poco de su marcha para insistir en que buscásemos al bloguero, porque algo malo le había pasado. Vino varias veces, y con la abogada de Carrizo, pero como no quería poner una denuncia formal, no hicimos nada.

—¿No le creyó?

—No, la verdad. Y bien que hice. La última vez que vino por aquí, fue para disculparse por su insistencia. Me dijo que, efectivamente, Iván Carrizo y su hermana viven en Francia. De hecho, había hablado por teléfono con el bloguero.

—¿Ah, sí? ¿Le dejó algún número de contacto?

—No lo sé, supongo que sí, ya le digo que eran conocidos. Yo no lo tengo.

—Entiendo, gracias. —De pronto, sus ojos se desviaron hacia otro punto del documento en pantalla y leyeron «Eva Linaza»—. Espere... ¿Y eso?

Señaló la línea con un dedo. El inspector Peña siguió su dirección.

—Ah, sí, la señora Linaza es la abogada de Carrizo. Supongo que también se puso en contacto con él o algo, porque tampoco ha vuelto por aquí.

—Eva Linaza está muerta —le dijo. Peña pasó de la sorpresa a una expresión de culpabilidad.

—¿En serio?

—Sí, pero no se preocupe, yo no estoy insinuando ninguna teoría de la conspiración. Murió de cáncer, hace unos días.

—Vaya. Lo lamento de verdad. Era una mujer guapa y muy lista.

Tras despedirse, Natalia salió a la calle y volvió a su coche. Sentada al volante, repasó lo que sabía y se planteó cuál debía ser su siguiente paso. En realidad, no tenía muchas opciones: o reunirse con Balboa y contarle ya lo poco que había descubierto, o dirigirse a la sede de *El Mensajero del Norte*, para ver si podía rascar un poco más del tema, hablando con el periodista.

Optó por esa segunda posibilidad, pero tampoco tuvo demasiada suerte. De camino volvió a empezar a llover. No encontró aparcamiento cerca del periódico y mientras corría por la acera, la tormenta arreció. Llegó al sitio totalmente empapada, solo para

enterarse de que Santiago Martos había salido, y que probablemente tardaría bastante en volver, si es que lo hacía antes del cierre de la edición.

La recepcionista que la atendió, una rubia con grandes ojos azules en una cara de oveja, la miró irritada. Natalia supuso que, o se habían peleado a muerte en otra vida, o andaba celosa, no fuera a ser que su interés por el periodista tuviese poco de profesional. Natalia, que no estaba de humor para bobadas, la ignoró, como ignoró por completo las sonrisas de dos individuos que aseguraron ser famosos reporteros dispuestos a entrevistarla a fondo.

Escribió su nombre en un papel, junto con un perentorio *Llárame* y su número de teléfono, y se lo entregó a la chica para que se lo diera a Santiago Martos. Por la forma en que lo cogió, no tuvo muy claro que fuera a cumplir el encargo, pero si el periodista no se ponía en contacto con ella ese mismo día, o al siguiente como muy tarde, volvería por allí. No tenía mayor problema en convertirse en una pesadilla para la rubia.

Al salir, miró el reloj. Las seis y media. Seguía lloviendo con ganas, así que volvió a empaparse de camino al coche. Condujo de regreso a casa y, ya a pie, corrió hacia una tienda cercana. Para cuando consiguió un paraguas, la tarde empezaba a despejarse. «Pues qué bien», pensó, de mal humor.

Ya en casa, se dio una ducha muy caliente y se puso a organizar su salida nocturna. Si Balboa se pensaba que iba a dejarla de lado en el asunto de Ibai Zamudio, estaba muy equivocado.

3

Javier se apoyó con los codos en la barra del bar y miró de reojo hacia la puerta. Pudo ver dos matones, quizá tres, contando al tipo del fondo, aunque también cabía la posibilidad de que se tratase de un cliente. En cualquier caso, los suficientes como para tomarse el asunto con mucha filosofía.

Sobre todo teniendo en cuenta que, al menos uno, llevaba un arma, una pistola.

El local, bastante nuevo, no estaba mal. Elegante y discreto, buscaba interesar a

clientes de un alto nivel económico, capaces de pagarse caprichos de todo tipo. Unos focos dispersos, de luz lo bastante tamizada como para crear un buen número de sombras, revelaban una decoración basada en cristal, metal y cuero, con colores negros, grises y solo algún ocasional destello de rojo.

Lo único que desentonaba en todo aquello era el camarero, un gordo enorme y calvo que hubiera hecho las delicias en una película de ambiente postnuclear, pese a su smoking negro y su perfecta pajarita.

Sin emitir ningún sonido, el hombre le puso delante el whisky que había pedido y lo miró con ojos de fanático en plena visión.

—Bonita noche —dijo Javier, iniciando lo que esperaba fuera una larga y amistosa conversación entre hombres duros y curtidos. El tipo no replicó. Dio media vuelta y se puso a limpiar vasos.

Vale, no había empezado el asunto con mucha suerte.

—¿Quieres compañía, guapo? —dijo entonces una voz a su lado.

Javier parpadeó. Una pelirroja imposible, vestida con un alucinante top de gigantescas lentejuelas doradas y unos pantalones minúsculos de un malva fosforescente, acababa de entrar en su vida, derribando a patadas todas las barreras del buen gusto. Se le plantó delante, demasiado cerca, y se contoneó para él sin ningún pudor, apoyada en la barra.

Le calculó unos cincuenta años, una capa de maquillaje de unos cincuenta centímetros y una enorme celulitis del mismo grosor. Su amplia sonrisa parecía decir: «Hola, qué tal. Soy Julia Roberts», así que, obediente, le correspondió con una que replicaba: «¡Anda, eres Julia Roberts!»

—Pues sí, la verdad. Necesito ayuda. Estoy buscando a Shannah. —Suspiró para sí. ¿Por qué las prostitutas se empeñaban a veces en ponerse nombres tan ridículos? —. ¿La conoces?

—Claro. —Le pasó un dedo por el brazo, acariciando apenas la suave tela gris de su chaqueta. Aquello era otro detalle que debía agradecerle a Salvador Chueca: había convertido al muchacho de camiseta y chupa de cuero, en un hombre inclinado a ser elegante. Bien por él—. No recuerdo haberte visto antes por aquí, y eres tan guapo que seguro que me acordaría.

Javier se echó a reír.

—Gracias. Y no, no me has visto. Es la primera vez que vengo. Para conocer a

Shannah —añadió al momento, para reconducir el tema, no fuera a complicarse la cosa—. Me la han recomendado unos amigos.

—Ah. —La mujer hizo una muequita que hubiese quedado bien en una adolescente, pero que no encajaba ni de lejos en una mujer de mediana edad y con tanta lentejuela—. No tengo nada en su contra, ojo, Shannah es una buena chica, pero me pregunto si no te serviría yo igualmente.

—No esta vez, encanto. Verás, desde que me hablaron de ella, tengo interés en Shannah y solo me llega para un servicio. Soy un simple viajante, ya sabes. ¡Y tengo tres críos en casa! —La mujer se encogió de hombros. El comentario hizo que perdiera buena parte de su interés. Si no tenía dinero, no le importaba un pimiento su vida—. ¿Quieres una copa?

—Claro. —Ella misma le hizo un gesto al energúmeno que atendía la barra. Segundos después, tenía delante una copa de ginebra que seguro que era agua, excepto por el precio. La mujer la cogió con una mano llena de uñas larguísimas y muy rojas, y empezó a alejarse, en busca de otro negocio más rentable—. Pues nada...

—Espera. —La detuvo, en el último momento—. ¿Cómo te llamas? Por si vengo alguna otra vez.

—Yvanna. Con y griega, uve, y dos enes.

—Ah. Precioso nombre. —«Señor, señor»—. ¿Y puedes indicarme quién es Shannah, Yvanna? Te daré veinte euros si me haces el favor.

—Claro. —Señaló hacia una esquina. Una chica morena, bastante guapa, trataba de enderezar una de sus medias. El vestido negro, elegante y discreto, se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. «Caramba». Desde luego, Ibai Zamudio sabía cuidarse—. Es esa.

—Gracias. —Dobló un billete y lo dejó en su mano—. Por la molestia.

—Que lo disfrutes —replicó Yvanna, centrada ya en otro cliente.

Javier atravesó el local con la copa en su mano. Shannah le vio acercarse y sonrió. Ahora que la distinguía mejor, pudo comprobar que era realmente bonita. Y joven. «¿Será mayor de edad?», se preguntó y la estudió de pies a cabeza, buscando la respuesta, pero sin encontrarla. «¿Merece la pena arriesgarse a pillar esa sífilis que me deseó Nat?»

Brillante cabello negro, piel nacarada, largas piernas, tetas más que bien puestas y cintura breve... Al menos, la segunda pregunta era fácil de contestar: «Si tiene

condones, adelante».

—Hola —dijo la muchacha con una voz sorprendentemente grave. No resultaba desagradable, solo llamativa.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas? —A pesar de la ayuda de Yvanna, nunca estaba de más comprobarlo.

—Shannah. —Correcto. Se alegró por partida doble—. ¿Puedo ayudarte?

—Estoy seguro de que sí. Me han hablado de ti. ¿No hay algún lugar en el que podamos estar a solas?

—Claro. Tenemos habitaciones en el primer piso. Alquilar una durante media hora son doscientos euros.

—Hecho. —Sacó varios billetes y se los entregó. Ella fue al mostrador, volvió con una llave y le condujo hacia unas escaleras oscuras, bastante estrechas, que llevaban a un primer piso. Allí, media docena de puertas daban paso a pequeños cubículos, amueblados con una mesita, una silla, y una cama. Al menos, estaban limpios y hasta eran elegantes; daban la impresión de haber sido cuidadosamente diseñados por un decorador de ideas ultramodernas. Javier agitó la cabeza.

—Bonito sitio, sí señor —comentó. Ella sonrió.

—Estás en tu casa. ¿Qué te apetece hacer? —Shannah cerró la puerta y apoyó sus manos en el cinturón de Javier, acariciándole el pecho con aquellas soberbias tetas. El miembro de Javier pegó un brinco por cuenta propia.

—¿Qué hay en el menú?

Shannah se echó a reír. Dios, tenía una boca preciosa. Unos labios jugosos y bien dibujados, como los de Natalia...

«...capaces de curvarse en una sonrisa arrebatadora. Y había sido tan agradable besarla. No tenía experiencia, claro, no lo había esperado, pero se mostraba tan dócil, tan dispuesta a aprender, tan deseosa de complacerle... Aquellos labios habían modelado los suyos, habían murmurado su nombre, habían gemido de placer ante su contacto...»

«Maldita sea». Javier jadeó, volviendo a la realidad, enfadado consigo mismo. Se esforzó por conseguir que la chica... ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Shannah. Que Shannah no percibiera su confusión. Tenía que sacar a Natalia de sus pensamientos, aunque solo fuera durante esa noche. Bien ganado se lo tenía, después de todos los comentarios bordes que había tenido que soportarle a lo largo de sus primeras y

gloriosas jornadas de trabajo.

—Otros trescientos euros, media hora, a tu capricho —estaba diciendo Shannah—. Doscientos, follar, pero nada de cosas raras. Cien, una mamada.

—Caramba. Un menú muy completo, con precios para todos los gustos. —Ella ric entre dientes—. ¿Tienes condones?

—Claro. Cinco euros cada uno. Se cobran aparte, pero su uso es obligatorio.

—Perfecto. Te diré lo que vamos a hacer. —Sacó la billetera. «Ah, Ibai, gracias por el detalle. Me encanta este trabajo»—. Te compraré un condón y te pagaré doscientos euros, pero también utilizaremos esa media hora para charlar.

—¿Charlar? ¿De qué?

—Ya iremos improvisando.

Shannah se encogió de hombros. Seguro que estaba acostumbrada a gente mucho más rara.

—Vale. —Tomó el dinero, se dirigió a la mesa y puso en marcha un reloj que Javier no había visto. Luego, se quitó el vestido, sacándolo por la cabeza con un solo movimiento fluido. No llevaba sostén. Sus jóvenes pechos eran muy blancos. Un ligero de encaje negro dominaba en la parte inferior de su cuerpo, contorneando las hermosas caderas y conduciendo la vista hacia el punto estratégico en el que se unían sus muslos. Como no llevaba tampoco bragas, lo único que tapaba un poco la zona era su vello público—. ¿Quieres hablar antes o después?

—Antes —replicó Javier, con voz ronca, obligándose a apartar los ojos del ligero. Se apoyó en la puerta, como si tal cosa. No quería darle la opción de salir corriendo—. Tengo entendido que conoces a Ibai Zamudio.

De no haber estado seguro, lo habría estado ya en ese momento. Shannah tuvo problemas para controlar su expresión de alarma.

—¿Eh? No sé quién es. Tengo muchos clientes, pero raramente conozco el nombre. Tú, por ejemplo, todavía no sé cómo te llamas.

—Sí, lo entiendo. —Dejó pasar de largo la indirecta. De ser posible, no le daría esa información—. Pero, a este, le conoces, seguro. Es un cliente habitual. —Shannah permaneció impertérrita—. Vamos, Shannah, solo intento salvar tu bonito trasero. No me agrada el hecho de que vayas a pagar tú sola por algo en lo que, evidentemente, ha intervenido más gente. Pero Ibai solo te conoce a ti y está dispuesto a conformarse con tu cabeza. Está muy enfadado contigo. A duras penas he conseguido convencerlo

de que no te denunciase a la policía.

—¿Denunciarme? ¿A mí? ¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente. Y si no lo sabes, pues lo siento por ti, cariño. No creo que Ibai se atenga a razones. Si mañana no le digo algo que le agrade, irá a poner la denuncia. ¿No lo sabes? —Ella siguió sin reaccionar. Javier se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la silla. —Bueno, entonces se acabó la conversación. Follemos. Teniendo en cuenta que vas a pasar una larga temporada en la cárcel, espero que te esmeres.

Por fin, un destello de angustia cruzó las pupilas de la muchacha.

—Eso es mentira. No tiene pruebas, no tiene nada. No puede meterme en la cárcel.

—Oh, ya lo creo que sí. Ibai es un tipo rico y tú una pequeña zorra que ha dado un bocado demasiado grande y, como no quiere soltarlo, va a atragantarse. —Extendió una mano y le acarició un pecho. Duro, cálido y suave, como parecía a simple vista. Ella no intentó rehuir el contacto. Poco a poco, el pezón se endureció bajo sus dedos—. Pero, también eres una zorra muy guapa y me has caído en gracia. Yo tenía un plan para sacarte del agujero en el que te has metido. —Retiró la mano y se encogió de hombros—. Pero, en fin, ya que no sabes nada del tema, supongo que no estarás interesada en escucharlo.

Se quitó la corbata y empezó a soltarse la camisa, dándole tiempo a digerir la idea. Shannah caminó hasta la cama y se sentó.

—¿Qué plan?

—¿Sabes entonces de lo que te hablo?

—¿Qué plan?

—Shannah, reconócelo. —Se inclinó sobre ella—. Dime lo que estoy buscando.

Shannah tragó saliva.

—Un collar. Un collar de diamantes.

«Ajá, señorita Chueca. Acabo de ganarle cincuenta euros».

—Exacto. El muy idiota te lo enseñó y tú le fuiste con el cuento a alguno de los gorilas de ahí abajo ¿no?

—Sí. Le dije a Ibai que no me quedaban condones. Salí un momento y avisé a mi novio. Él se ocupó de hacerlo. Resultó muy fácil. Ibai no tiene media hostia.

—Eso es verdad. ¿Debo entender, entonces, que fue un trabajo en familia, tú y tu novio únicamente?

—Sí. El encargado del local no sabe nada —reconoció con un escalofrío—. Por favor, no se lo digas. Si se entera, se pondrá furioso y me dará una paliza. Ibai es un cliente habitual, y de los que sueltan mucha pasta.

—La verdad, no entiendo cómo te atreviste a intentar algo así.

—Joder, no pensé que me relacionaría con lo que pudiera ocurrir fuera del local. —Se encogió de hombros—. Supongo que por algo trabajo aquí. Más me vale seguir ganándome la vida con el coño porque, cerebro, no tengo mucho.

Javier lanzó una carcajada.

—Shannah, acabas de dar el primer paso hacia la auténtica sabiduría.

Ella lo miró, cáustica.

—¿Cuál era el plan?

—Me devuelves el collar y te doy una gratificación. Digamos, quinientos euros.

—¿Quinientos? ¿Estás loco? ¡Ese collar vale una fortuna!

Balboa la cogió por la nuca. Tenía un pelo suave y sedoso.

—No me jodas. No te lo estoy comprando, Shannah. Únicamente, te pago una gratificación por encontrar un objeto perdido. —Ella frunció la boca, testaruda—. De acuerdo, mil. —Había estado dispuesto a pagar el doble. El tal Ibai se encontraba lo suficientemente desesperado como para sufrir de cartera floja—. Pero ten en cuenta que te estoy haciendo un favor especial.

—No lo olvido.

—Bien. Lo quiero mañana por la noche.

—¿Mañana? —Shannah se mordió los labios—. No estoy segura de recuperarlo tan rápido.

—Hazlo. Ya te he dicho que Ibai está que trina. No me extrañaría que, además de poner la denuncia, se presentara aquí, organizando un escándalo.

Shannah se sobresaltó.

—De acuerdo, de acuerdo. Mañana por la noche.

—Estupendo. Otra cosa: espero que a tu novio no se le ocurra la genial idea de tenderme una trampa, algo como intentar quedarse con los mil euros y con el collar. De ser así, te aseguro que tendríais tantos problemas, que os veríais obligados a emigrar al Polo Norte. —Le tiró del pelo, echándole la cabeza hacia atrás. Shannah lanzó un grito de dolor—. ¿Está claro?

—¡Sí! ¡No habrá trampas! No quiero problemas. Si lo hice fue porque pensé que

sería un trabajo fácil, sin consecuencias.

—Me alegro de que nos entendamos.

—No tienes por qué desconfiar, puñeta. —La chica alzó la nariz. De pronto, Javier notó sus manos en la cintura. Estaba soltándole el pantalón. Los ojos se le fueron otra vez hasta aquel fascinante ligero. Bah, a qué mentirse. No miraba el ligero—. Ahora, pasemos a la segunda parte ¿sí?

—Claro.

Sus labios se encontraron. Javier cerró los ojos, deseando dejarse llevar. El sexo siempre le había gustado, en todas sus formas, era el mejor invento de la creación. Además, estaba excitado y completamente harto de todo, de culpas y odios. Necesitaba desconectar y para eso nada mejor que un buen orgasmo.

Sin separar sus labios, terminó de quitarse la camisa. Empujó a Shannah hacia la cama y cayeron en un revuelo de jadeos y crujidos. Notó que ella empezaba a soltarle el cinturón y se dispuso a ayudarla, pero la imagen de Natalia surgió de pronto de la oscuridad de su mente para estropear por completo el asunto.

—Mierda... —susurró.

No le iba a perdonar nunca. ¿Cómo podría? Él mismo no podía hacerlo. Jamás se perdonaría por aquello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shanna.

—Nada —respondió con dureza. Volvió a besarla, esta vez de un modo más intenso, más rápido. Natalia. Tenía que olvidarla. Tenía que olvidar. «Bórrala. Bórrala. Vive tu vida». Pero era inútil, no podía hacerlo. Se detuvo—. Nada. —Se apartó, buscó su camisa y empezó a vestirse. Shanna le observó en silencio. No dijo nada ni cuando abrió la puerta, para salir—. Nos vemos mañana.

4

«Mierda, mierda, mierda...» Javier cruzó el pasillo y empezó a bajar la escalera con un cabreo notable. Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Por qué había hecho eso, por qué había reaccionado así? Seguía excitado y nervioso. ¿Se podía ser más absurdo?

Tenía que encontrar cuanto antes el baño y meter la cabeza bajo un chorro de agua helada.

Miró a su alrededor, a ver si veía algún cartelito que señalase la ubicación los aseos, pero se quedó clavado en mitad de las escaleras al descubrirla.

Natalia. En la barra.

Javier la miró con la boca abierta, mientras intentaba controlar una oleada de indignación teñida de miedo. La muy maldita se había atrevido a ir allí, pese a sus órdenes. Y se había atrevido a ponerse algo de color rojo escarlata salvaje que solamente con mucha imaginación podía ser denominado *vestido*. Los zapatos con tacones de vértigo eran un detalle final tan adecuado como turbador.

En el momento en que la vio, estaba sentada en uno de los taburetes de la barra, con sus largas piernas cruzadas bien a la vista, mientras charlaba animadamente con uno de los matones, quizá el encargado del cotarro. Claro que el tío no le miraba las piernas, para qué. Estaba demasiado ocupado en calcular la profundidad de su escote, cosa que a ella no parecía importarle demasiado. Al parecer, había decidido hacerse pasar por una curtida samaritana de la noche.

O eso, o su interpretación de monja de clausura dejaba mucho que desear.

«Ay, Dios». Javier inspiró profundamente y se dirigió hacia allí, rezando por salir con un solo hueso roto de aquel sitio, solo uno. No le importaba si era el fémur. No estaba para caprichos.

Natalia no le vio llegar. Estaba de lado, casi de espaldas, y se encontraba demasiado ocupada riéndole las gracias a aquel cretino.

—¡Lulú! —exclamó Javier, desbordando entusiasmo—. ¡Qué sorpresa! Pero, ¿qué haces aquí, amorcito de la noche?

Ella se giró y le miró sorprendida un segundo antes de verse rodeada totalmente por sus brazos. Qué loca... Había maquillado en exceso sus grandes ojos grises, aunque el resultado no era desagradable, al contrario. ¡Estaba bellísima! Y, sobre todo por eso, necesitaba un buen escarmiento.

Antes de que le diera tiempo a reaccionar, Javier le estampó un beso en la curva iniciática del escote que tanto había estado interesando al hampón.

Natalia se tensó y se echó hacia atrás, pero al ver la sorpresa del hampón, se obligó a sonreír. «Pequeña perra desobediente», pensó Javier. «Te vas a enterar». Le retorció discretamente una muñeca, mientras su otra mano la aferraba por la cintura,

de una forma íntima que indicaba que, en realidad, podía haberse deslizado por cualquier otro punto de su anatomía.

—¡Es Lulú! —le explicó al hampón, como si él estuviera al tanto de lo sorprendente del hecho—. ¡Lulú! ¡Dios, no puedo creerlo! Debe haberme seguido hasta aquí.

—¿Lulú? —El tipo pareció sorprendido—. ¿No dijiste que te llamabas Havanna? Natalia consiguió sonreír de una forma bastante luminosa.

—Me llamaba Lulú en La Coruña —explicó, con voz queda.

—Ah, La Coruña —repitió Javier, nostálgico, y añadió una palmadita en el muslo desnudo—. Qué polvo tan genial, corazón. ¡Tenemos que repetirlo! —La bajó de la silla de un tirón y se dirigió al camarero—. ¿La dama ha tomado alguna cosa? ¿Le debo algo? —El calvo negó con la cabeza—. Entonces, vamos allá, preciosa. Sabes que soy un impaciente.

Esperaba poder escapar sin más, pero no tuvo tanta suerte. El hampón le cortó el paso con un brazo.

—Un momento. La chica ya está comprometida por esta noche.

¿Comprometida? Javier se obligó a seguir mirando a aquel hombre. Temía perder el control y abofetear a Natalia. Logró contenerse retorciéndole con mayor entusiasmo la muñeca por la que la tenía sujeta. Ella no se quejó.

—Ah. No lo sabía. Vaya por Dios, qué mala suerte. Pero el caso es que pago bien, y no tengo mucho tiempo. ¿Qué dices, Lulú? ¿Quieres quedarte? Yo me voy mañana. Solo tenemos esta noche.

—¿Es un buen cliente? —le preguntó el hombre a Natalia. Javier decidió que había llegado el momento de mirarla. Esperó que su expresión fuera tan tormentosa como deseaba. Ella suspiró.

—Sí.

—¿Y quieres irte con él?

Javier cerró los ojos, rezando porque la respuesta, fuera cual fuese, no implicara que el tío le rompiera la crisma por pura satisfacción personal. Natalia se encogió de hombros.

—Solo un rato. —Se pasó la lengua por los labios y se acercó a él, para decirle algo al oído. El hombre se echó a reír.

—De acuerdo. Recuerda lo que te he dicho sobre las comisiones.

Quitó el brazo y Javier salió del local arrastrando a Natalia. No se detuvo hasta llegar al coche. Lo había dejado a tres calles de distancia, lo suficientemente cerca como para tenerlo a mano si había que salir zumbando y lo suficientemente lejos como para evitar que tomaran la matrícula cómodamente desde el chiringuito.

Una vez allí, la lanzó contra la portezuela. Natalia ahogó un gemido y le miró furiosa. Javier la señaló con un dedo.

—Si vuelve a hacer algo así, le daré tal paliza que estará un mes internada en el hospital. ¿Está claro?

—Déjeme en paz. Usted usa sus técnicas y yo las mías. Estaba a punto de...

—¿Sus técnicas, señorita Chueca, consistían en buscarse un trabajo de furcia! ¿Se ha vuelto loca? ¡¿Por qué cojones se presenta en un puticlub vestida de semejante forma y pidiendo a gritos que la violen en grupo?! ¿Cuánto tiempo cree que iba a permitir ese individuo que siguiese en posición vertical? Estaba deseando probar el material, antes de ponerlo a la venta.

—No sea exagerado. Solo necesitaba entretenerle unos minutos. La tal Shannal estaba ocupada. —Le lanzó una mirada capaz de congelar a cualquiera—. Ahora veo con quién. No sé cómo se atreve a reprocharme lo que usted lleva a cabo con tanta libertad.

—Por Dios. No es lo mismo.

—¿No? Me da la impresión de que no ha permanecido todo el tiempo en esa posición vertical de la que habla, y no parece que le haya ido mal.

—He estado trabajando.

—Ja. Se ha atado mal los botones de la camisa al terminar el trabajo, señor Balboa.

Javier se miró y comprobó que era verdad.

—Vale. —Empezó a arreglar el estropicio—. Pero no, no he echado ningún polvo a la salud de Ibai Zamudio. —Decidió mentir, porque ni muerto iba a reconocer la auténtica razón—. Nunca lo hubiese hecho. Le repito que estaba trabajando y hay líneas que no se traspasan. ¿Es que acaso le hubiera hecho un favor al tipo del bar, en nombre del trabajo?

Natalia entrecerró los ojos.

—Puede ser. Tomo la píldora, llevo condones en el bolso y no creo que vaya a tratarme peor que otros hombres con los que he estado.

Javier jadeó. La hubiera abofeteado de buena gana, pero sabía que no tenía derecho. Estaba celoso, y también se sentía muy culpable.

—Me parece que habíamos quedado en mantener una distancia cortés. No voy a admitirle que me haga esa clase de comentarios mientras estamos trabajando. Y no me creo que estuviera dispuesta a acostarse con ese cretino. Eso es falso. —Por fortuna, ella no lo negó—. Y el caso, señorita Chueca, es que hay que conocer los riesgos, pero también asumirlos. Usted no lo ha hecho al venir aquí. Simplemente se ha empastado de maquillaje, se ha puesto un vestido que apenas le cubre las bragas y se ha dicho: «Caray, qué mona estoy. Con un par de sonrisas, esos chicos se quedarán tan contentos y dejarán sus pollas quietas»

—Es usted un grosero.

—Y usted una idiota. Que no vuelva a ocurrir. —Sacó el llavero y abrió la puerta—. Suba al coche.

—No, gracias. He traído el mío.

Javier cerró los ojos. «Contrólate, contrólate. Si la matas, lo lamentarás. Algún día, dentro de cien o doscientos años, te dirás que quizá no debiste haberlo hecho».

—¿Dónde lo ha dejado? —preguntó, temiéndose la respuesta.

—Frente a ese local, claro. No pensará que quería pasearme por todo Bilbao con esta pinta. ¿Por qué me mira así?

—Deme las llaves —ordenó extendiendo la mano con la palma hacia arriba.

—¿Por qué?

—¡Deme las malditas llaves! —Con un sobresalto, Natalia las sacó del bolso y se las entregó—. Lo recogeré mañana por la noche. Ruegue porque nadie se haya dado cuenta y no investiguen la matrícula. Si me estropea este asunto, mi promesa de enviarla al hospital será lo último de lo que tenga que preocuparse. —Le abrió la puerta de par en par—. Ahora, entre en el coche.

Natalia obedeció, cabizbaja. Javier rodeó el vehículo y se sentó al volante. Condujo durante varias manzanas en silencio. Luego, agitó la cabeza.

—¿Qué le dijo a ese tipo, al oído?

—¿Qué? Ah. —Se encogió de hombros—. Que siempre se quedaba usted dormido después de una buena mamada, de modo que en media hora podría estar de regreso.

Javier metió mal la marcha y la caja de cambios crujió. La miró, con ojos desencajados.

—¿Eso le dijo? ¿En serio? ¡Qué barbaridad! —resopló, incapaz de creer que hubiera oído eso—. ¡Caramba con las niñas pijas educadas en colegios de monjas! Debería obligarla a hacérmela. Así, al menos, con una polla en la boca, no podrá proferir semejantes burradas. ¿Quién la enseñó a hablar de semejante modo? Yo no, desde luego. Esta vez, no puede acusarme de sus desdichas. —Natalia le dio la espalda—. Le he hecho una pregunta.

—Que no pienso contestar.

—A la mierda. No me importa. —Habían llegado a su calle. Buscó un lugar para aparcar y apagó el motor—. Dígamelo.

—No es asunto suyo —replicó ella, echando mano de la palanca de la puerta. Javier la sujetó por un brazo.

—No se le ocurra irse, maldición. Quiero que me responda.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió él, de una forma que le sonó estúpida. «Porque me corroen los celos, nena. Porque, por alguna razón, la idea de que hayas estado con otros, me saca de quicio»—. Por pura curiosidad.

—Ya. Suéltame —lo dijo de tal modo que Javier se vio impulsado a obedecer. Natalia salió del coche y dio un portazo. «Maldita seas». Javier la miró mientras se dirigía al portal y buscaba las llaves. Abrió su puerta, cerró el coche y la alcanzó. Natalia seguía rebuscando desesperada en su bolso. Temblaba violentamente.

—Por casualidad, ¿no llevará las llaves de casa con las del coche, en el mismo llavero? —le preguntó, abriéndole la puerta.

—Oh, sí. —Entró en el portal—. Démelas.

Javier la miró de arriba abajo.

—¿Por qué tiembla?

Ella se mordió los labios.

—Tengo frío.

—Mentira.

Natalia se quedó inmóvil, y, de pronto, empezó a llorar. Las lágrimas barrieron sus mejillas, manchándolas de negro al extender el rímel. Javier parpadeó, angustiado. Levantó una mano para tocarla, pero ella lo rechazó de un golpe, y echó a correr hacia las escaleras. «Oh, Señor». Javier pulsó el botón de llamada del ascensor y subió deseando golpearse la cabeza contra la cabina.

Natalia estaba junto a la puerta de su casa, encogida frente a la jamba.

—La llave —sollozó. Javier sacó el llavero, se quedó con la llave del coche y le entregó el resto. Natalia abrió su puerta.

—¿Ha cenado? —le preguntó Javier. Ella se detuvo, con aspecto aturdido.

—¿Qué?

—Que si ha cenado.

—No.

—Pues le sugiero que venga a mi casa. Le daré algo de comer y luego podrá irse a dormir.

—No, gracias. No tengo hambre.

—Natalia... —La voz se le estranguló. Tuvo que hacer un esfuerzo para poder siquiera suplicar—: Nat, por favor. Por favor, te lo ruego...

—No.

Una respuesta rotunda, pese a ser pronunciada con un tono leve y quebradizo. Natalia entró en su casa y cerró con suavidad. Javier se quedó allí unos momentos, preguntándose qué demonios le impedía derribar aquella maldita puerta.

5

Por suerte, el planeta seguía girando y, al día siguiente, los ánimos se habían calmado un poco.

Aunque Natalia no le hablaba sin que le preguntara primero, al menos no se mostraba especialmente hostil. Con una minifalda de tela vaquera, una camiseta y una coleta de caballo, parecía muy joven y vulnerable. Javier no hizo ningún comentario sobre lo ocurrido, ella tampoco, y se habían refugiado en el trabajo.

Había sido una jornada provechosa. A primera hora, hicieron una visita al Registro de la Propiedad. Ciertamente, el marido de su cliente le había puesto un piso, una casita en realidad, a su amiguita, Rosa Fuertes, aunque aún debían confirmar el hecho de que fuera exactamente su *amiguita*, y para eso necesitaban unas cuantas fotos.

Luego, había llevado a Natalia a conocer a Roberto Garmendia, el fotógrafo que

utilizaba para *asuntos delicados*. Quería que consiguiese unas imágenes de la mujer del caso con el famoso magistrado. Para ello, Roberto tendría que infiltrarse en la casa, algo que aseguró que haría, y Javier estaba convencido de que no tendría problemas para conseguirlo. No en vano Roberto era un hombre osado y sin escrúpulos.

Lo demostró una vez más, flirteando descaradamente con Natalia, pese a las frías miradas de advertencia con que le acosó Javier, en todo momento.

Y, quizá por lo ocurrido el día anterior, ella, desde luego, no hizo nada por desalentarle. Incluso parecía darle pie, la muy bellaca. Javier decidió pasarlo por alto. Simplemente, haría lo posible porque no volvieran a encontrarse.

Después de aquello, se habían dirigido a Artxanda. Llevaban sentados en el coche más de dos horas, frente a la casa de Rosa Fuertes, y aún no habían discutido. Todo un récord. Claro que tampoco era que hubieran hablado mucho. Excepto un par de comentarios sobre el tiempo, habían permanecido en el más absoluto silencio.

Javier cambió de postura. Sentía las piernas rígidas.

—Habrà que ir pensando en comer —dijo, por decir algo. Ella no se inmutó—. Ha desayunado al menos, ¿no?

—Un café.

—Por Dios. No me extraña que esté usted tan flaca.

—¿Le parece?

—Pues sí. Un poco más de carne, no le vendría mal. —Silencio, de nuevo. Javier repiqueteó los dedos sobre el volante. No podía seguir sin decirlo—. Siento haberla hecho llorar anoche. No era mi intención.

—Olvídelo.

—No puedo. Hizo usted una estupidez, se pasó mil pueblos. Pero mi enfado no tenía nada que ver con eso. Yo... —Se lo pensó mejor. Desnudar sus sentimientos no conduciría a nada bueno. Natalia le odiaba demasiado—. No quería hacerla llorar.

Natalia recogió su bolso del suelo.

—¿Qué quiere? ¿Pizza, comida china, mejicana...?

—Señor... —suspiró Javier. ¿Y dónde pretendía encontrar aquella loca *wun tun* frito con salsa agridulce en la ladera del Artxanda? Aunque a saber, quizá ya había algún restaurante chino por ahí, y él sin enterarse—. No cede usted nunca ¿eh?

—¿Quizá una hamburguesa?

—No creo que... Espere. —Un vehículo se acercaba lentamente por el camino. Javier lo observó mientras aparcaba junto a la casa. El hombre que salió era el mismo de la fotografía que había proporcionado su esposa, el amable proveedor de techo de Rosa Fuertes. Rechoncho, casi calvo, ropa informal pero de marca... El típico ejecutivo de éxito que pensaba que tenía derecho a comerse el mundo solo porque ganaba pasta. Javier disfrutaba enormemente pillando con los pantalones bajados a esa clase de individuos—. Ese es ¿verdad?

—Sí —confirmó Natalia.

El tipo miró a ambos lados de la carretera y luego se fijó en el coche de Javier. Habían aparcado junto a un árbol, a unos veinte metros. No creía que pudiera verlos, pero se quedó mirando. Dio un par de pasos en su dirección.

—Mierda. —Javier se sobresaltó. Habitualmente, en estos casos, funcionaba lo del plano o la guía, y preguntar por algún sitio en concreto, pero había estado tan despistado, que no tenía ninguno de ellos a mano. Improvisando, se volvió hacia Natalia, la cogió por los hombros y la besó.

La boca de Natalia sabía a menta. Recordó haberla visto masticar un chicle, un rato antes. «Como aquel día...» Se había preguntado, amargamente, como en tantas y tantas otras ocasiones, si podría volver a degustar aquellos labios. Bien, aquí estaban, el destino daba giros bruscos, oportunidades y sorpresas constantemente.

El sabor, el contacto, la suavidad, la humedad, le inflamaron y se sintió estallar, como un volcán que llevara demasiado tiempo dormido pero conservara todavía un corazón de lava ardiente. Javier se olvidó del caso, del tipo que les miraba, de Rosa Fuertes y de todo lo que no tuviera relación con la cálida textura de aquel beso. La abrazó con fuerza. Natalia gimió suavemente.

—Abre la boca —susurró Javier—. Vamos, separa de una vez los malditos dientes.

Ella lo hizo. Fue apenas una rendija, pero suficiente. Javier le metió la lengua, agrandando el paso, recorriendo cada rincón, degustando cada curva, cada esquina. Sintió que el calor se volvía poco a poco insoportable. Llevado por aquel impulso incontenible, invadió su asiento y su cuerpo, mientras la aplastaba contra la puerta del coche.

Las manos le temblaban violentamente cuando se apoyaron en su cintura y empezaron a sacarle la camiseta del cinturón de la falda. Natalia se sobresaltó y se

las sujetó con fuerza.

—No. No, Javier. —Se miraron a los ojos, muy cerca. Parecía angustiada—. No.

Javier parpadeó. Se apartó con brusquedad, sentándose correctamente en su asiento, y permaneció unos segundos inmóvil, tratando de recuperar el control. «Por la sangre de Cristo... ¿Pero qué...?» Aquella mujer tenía la facultad de convertirle en un auténtico idiota. Se pasó una mano por el pelo, peinándolo con los dedos, y encendió un cigarrillo.

Había dado solo dos caladas cuando recordó qué hacían allí. Un vistazo a la calle le indicó que el tipo ya no estaba. Con una mueca, apagó el cigarro, sacó la cámara de la guantera y comprobó que estaba preparada.

—Quédese aquí —ordenó, abriendo la portezuela.

Dio un rodeo para acercarse a la casa del modo más discreto posible. Saltó la pequeña valla de ladrillo rojo que rodeaba el jardín trasero y se fue moviendo por allí, buscando a través de las ventanas. Tuvo suerte. Rosa Fuertes estaba pagando el alquiler en el dormitorio, una actividad sofocante en un día de tanto calor, así que habían dejado la ventana abierta. Acuclillado, Javier tomó media docena de buenas fotos. Al darse la vuelta para irse, chocó contra Natalia, que estaba agachada a su lado.

—Mierda —susurró irritado—. ¿Qué cojones le he dicho? —La cogió por la muñeca y la condujo fuera del jardín—. Empiezo a cansarme de usted, señorita Chueca —gruñó, exasperado, soltándola—. Que yo sepa, le dejé muy claro que tenía que obedecerme.

—También me dijo que no me separase de su lado —replicó ella, caminando hacia el coche—. ¿De qué otra forma voy a aprender, si no?

—No me venga con esas. —Natalia se encogió de hombros, sin hacerle caso. Una vez dentro del vehículo, Javier guardó la cámara e inspiró profundamente—. Quiero que me prometa, ahora mismo, que obedecerá mis órdenes. No puedo arriesgarme a que siga actuando por su cuenta. Es usted una novata y no se da cuenta del peligro. Ese tipo podía habernos visto y, quién sabe, puede que tuviera una escopeta.

—No sea ridículo. Esto no es Texas.

—¿Lo ve? Es usted demasiado optimista y eso es malo en este negocio. Puede que no tuviera una escopeta, pero quizá sí un cuchillo de diez palmos o una katana, no se imagina cuántas pululan por Bilbao. Esta casa está apartada, podían cortarle el cuello

y enterrarla en ese jardín con bastantes posibilidades de salir impunes.

—Me hubiera dado tiempo de llegar hasta el coche.

—Puede que sí y puede que no. Puede que se torciera un pie al saltar la valla. Puede que él sea tan rápido como para participar en las Olimpiadas. Y, por último, puede que se le calara el coche.

—Eso también podría haberle ocurrido a usted.

—Sí. Pero yo soy más fuerte. —Se inclinó, y sacó la navaja que llevaba sujeta a la pantorrilla. Pulsó el mecanismo y la brillante hoja saltó con un sonido metálico—. Además, estoy muy curtido.

Natalia contempló fascinada la navaja y luego volvió a mirarle.

—Bien, me compraré una igual.

—Ja. Lo que me faltaba. Ni lo sueñe.

—¿Por qué no?

—Porque, si la pillo con un arma, se la meteré por el culo. —Natalia apretó los labios, indignada—. No voy a permitir que piense que por llevar una navaja en el ligero puede hacer lo que quiera, sin que le pase nada. Esto no es un juego, señorita Chueca. Sufre usted de una curiosa ceguera para el riesgo y no tengo ganas de tener que recoger sus pedazos ensangrentados un día de estos. Júreme que, a partir de este instante, seguirá puntualmente mis indicaciones. Prométamelo o aquí se ha terminado todo. No seguiré llevándola conmigo.

—¿Está deseando hacerlo, verdad? —le acusó ella, con el ceño fruncido—. No quiere que trabaje con usted.

—Pues ya que lo menciona, no, la verdad es que no. Creo recordar que se lo dije el primer día. —No era totalmente cierto. Su presencia suponía una auténtica tortura, pero solo por su actitud. De otro modo, se hubiera sentido feliz de tenerla al lado... mientras siguiera sus instrucciones—. Y menos en estas circunstancias. —Encendió el motor—. ¿Bien? ¿Qué decide? ¿La llevo a casa?

Natalia se cruzó de brazos, enfadada.

—No. Tendrá que aguantarme. Lo prometo.

Javier asintió.

—Estupendo. Solo espero que cumpla su palabra.

6

Shannah le condujo al mismo cubículo que la noche anterior y le entregó una bolsita. Javier la abrió. En su interior, estaba el collar, aunque desmontado. Contrariado, lo extendió sobre el catre y comprobó los diamantes. Eran los auténticos, pero faltaba uno. Miró a la muchacha. Ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que hay. Lo siento.

«Joder». Bueno, tampoco era para tanto. Montarlo otra vez resultaría fácil para un joyero, y más valía reponer un diamante que todo el collar. Además, así, aquel tonto de Ibai aprendería con más efectividad la lección.

—Tendrá que servir —replicó, recogiendo todo—. Por casualidad, no te habrás quedado tú con ese diamante, ¿verdad?

Shannah parpadeó con una muy meditada expresión de inocencia.

—¿Falta uno? Debe de haberse perdido.

Javier se echó a reír.

—Por mí, puedes quedártelo. —Sacó el sobre con los mil euros y se lo entregó—. Te lo has ganado.

Ella sonrió. Le puso una mano en el pecho y le agarró por la corbata.

—¿No te animas esta noche? —Javier dejó que le besara, pero la sujetó por las muñecas y la apartó—. Venga, hombre. Invito yo.

—No, preciosa. Gracias, pero debo irme.

Shannah le miró frustrada.

—¿Tiene algo que ver con la mujer con la que te fuiste anoche?

Sí que tenía que ver, pero no estaba dispuesto a admitirlo, ni siquiera ante sí mismo. Antes, muerto.

—Caramba. Las noticias vuelan.

—Arturo está furioso con ella, y también contigo. Ten cuidado.

—Lo tendré. Gracias por la información.

Vistas las circunstancias, lo mejor era poner pies en polvorosa cuanto antes para nunca más volver, una actividad en la que tenía bastante práctica. Javier salió del cubículo, bajó al bar y se dirigió a la puerta.

No hubo suerte. El tipo que había intercambiado carantoñas con Natalia le interceptó el paso surgiendo de improviso de la nada.

—¿Dónde está la tal Lulú, amigo? —le preguntó, a bocajarro, con una sonrisa fría, de esas que auguraban tormentas. Javier arqueó una ceja.

—Tú debes ser Arturo.

Si aquello le sorprendió, no lo dejó traslucir. Siguió a lo suyo.

—El mismo. Te he hecho una pregunta. ¿Dónde cojones está esa puta?

Javier miró por el rabillo del ojo, a ambos lados. Los dos matones que solían estar en la puerta, se hallaban a su espalda. «Bravo, señorita Chueca. De esta, se cubrirá usted de gloria y yo de tiritas.»

—Pues no estoy seguro. Me hizo una mamada, me quedé dormido y desapareció.

—Ja. —Arturo no se tomó a bien la broma. Hizo un gesto y Javier se vio sujeto por ambos brazos—. Ya que no la tengo a ella, me conformaré contigo, mamón. Pasemos a mi oficina.

Para la mayor parte de los seres humanos, una oficina era un lugar pacífico y aburrido, en el que la actividad más peligrosa podía consistir en rellenar papeles o archivar carpetas; pero Javier tuvo la terrorífica visión de una grapadora siendo utilizada en punto muy vulnerable de su anatomía, por lo que decidió declinar la oferta.

Pisó con todas sus fuerzas el pie derecho de uno de los matones, clavó el codo en el estómago del otro y, para terminar, le dio un potente rodillazo en los testículos a Arturo.

Sin pararse a examinar el resultado, salió corriendo.

Antes de entrar, había comprobado dónde estaba aparcado el coche de Natalia, así que se dirigió hacia allí a toda velocidad, intentando aprovechar los contenedores de basura que había a un lado de la acera para ocultarse en lo posible. A su espalda, oyó los gritos de los matones, acordándose de su santa madre, justo antes de una detonación. Tardó unos segundos en aceptar que le estaban disparando. Javier sintió que se le helaba la sangre en las venas. «Dios santo, no puede ser, se han vuelto locos». Estaba visto que Arturo se tomaba muy a mal las burlas a su inflado ego de chulo.

No pensaba detenerse hasta llegar al coche, pero al ver que se encendían los faros, deslumbrándole, y se ponía en marcha, paró de golpe.

—¡Hijo de puta! —gritó Arturo. Para ser un matón, tenía un surtido de insultos bastante reducido. Otro disparo. Esta vez, el proyectil se estrelló contra un coche aparcado, muy cerca. Javier se encogió sobre sí mismo. El vehículo de Natalia dio un brusco giro, quemando neumáticos, y se detuvo a su lado.

—¡Suba! —le gritó ella, desde el asiento del piloto—. ¡Rápido!

La ventanilla estaba abierta, así que Javier se lanzó en plancha. Ella apretó el acelerador y se alejó por la calle a toda velocidad. Javier miró hacia atrás.

Arturo estaba tomando notas en un papel.

—Genial —masculló—. Ahora tienen su matrícula.

—No importa —replicó ella, tomando la curva que los sacaría de aquella zona—. Alteré los números.

—¿Que hizo qué?

—Algo tenía que hacer, después de la bronca que me echó ayer, por haber dejado el coche ahí. Esta tarde, después de que me dejara en casa, busqué la tipografía en el ordenador de la oficina y me imprimí una matrícula nueva, simulando el efecto de troquelado, en cartulinas que he sujetado con cinta adhesiva transparente a las chapas. Usé los números ocho, tres, nueve, seis, que me han parecido los más difíciles de recordar, por si no contaban con un papel donde tomar nota. No tiene ni unos ni ceros y son números parecidos, de esos que al primer vistazo no te quedas bien con ellos. —Se encogió de hombros—. De cerca, queda un poco chapucero, pero de noche todos los gatos son pardos.

—Por Dios. —Javier se secó el sudor de la frente—. Ya veo que ha pensado en todo. Es usted realmente peligrosa.

—Gracias, señor Balboa —replicó ella en tono desabrido—. Nada más terminar, me vine para aquí. Estaba escondida entre los coches cuando usted llegó y comprobó la posición del mío. En cuanto le vi entrar en el puticlub, me puse manos a la obra.

—¿Y cómo demonios ha abierto el coche? Yo tengo su llave.

—Y yo la de repuesto. ¿No tiene usted una, del suyo?

—No. La perdí antes de la primera ITV.

—Mala cosa. Siempre es útil tenerla a mano. —Esperó unos segundos—. ¿He oído un lejano rumor de agradecimiento o me engañan mis sentidos?

—La engañan. Y haga el favor de conducir más despacio. Solo nos faltaba que nos detengan por ir a demasiada velocidad y nos metan un paquete por alterar la

matrícula.

Natalia frunció el ceño, pero obedeció.

—Está visto que para usted no hago nada bien. Ni siquiera salvarle el cuello.

—Mi cuello hubiera estado perfectamente a salvo, de no ser por su maravillosa actuación de ayer por la noche. Por cierto, recuerdos de Arturo, su amigo el matón. Todavía la está esperando. Quiere mostrarle su oficina.

—¿De veras? Quizá debería regresar. Algo me dice que él si sabrá ser agradecido.

—Ja. No se lo aconsejo. En estos momentos, no le duele la cabeza, precisamente.

—Sacó la bolsita—. *Voilà*. Me debe cincuenta euros, señorita Chueca.

Natalia torció el gesto.

—Así que no fue el banquero.

—Pues no. Aunque fue un buen intento, en su primer minuto de detective.

—Bueno. Si no ha robado ese collar, seguro que sí ha robado otras muchas cosas. Es un banquero.

—Cierto. Pero a nosotros nos han contratado para encontrar este collar, no para salvar el mundo. A propósito, hablando de salvar el mundo, ¿cómo no ha traído esta noche su traje de superheroína?

—Deduzco que se refiere a mi vestido rojo.

—Es otra forma de llamarlo.

—Váyase a la mierda.

—No antes de que me explique cómo, si no tenía el escudo ultrasónico, el exoesqueleto anti-todo y el *anulepsiador* de *multiondas*, se ha atrevido a faltar a su palabra y presentarse esta noche otra vez en ese sitio.

—No he faltado a mi palabra. Le juré que le obedecería y no le he desobedecido. Usted no me dijo que no viniera. Además, no he entrado.

—Eso es lo más bajo y ruin que he tenido que oírle hasta ahora.

—Solo porque me contengo.

El pitido de su teléfono impidió que Javier le dijese lo que podía hacer exactamente con su autodomínio. Lo sacó del bolsillo, comprobó que le llamaba Mendieta y se lo llevó a la oreja.

—Balboa.

—Javier, soy yo. —La voz de Mendieta sonaba rodeada de estática, pero aun así

se le notaba angustiado—. Estoy frente a la casa de esa chica, Nekane Blanco, pero me acaba de llamar mi esposa. Nerea tiene mucha fiebre y el médico ha dicho que lo mejor es ingresarla. ¿Te importa cubrirme?

—No, demonios. —Nerea era la pequeña de los siete vástagos de Mendieta. Que él recordase, tenía diez años—. Estaré ahí en cinco minutos. Vete a casa. Te llamaré por la mañana, para ver cómo va todo.

—Gracias. Te debo una.

—Olvidalo. —Colgó. Natalia le miraba inquisitiva—. Voy a sustituir a Mendieta. Su hija pequeña está enferma.

—Nada grave, espero.

—No lo sé. ¿Le importa dejarme el coche? Se lo devolveré mañana por la mañana. Así Mendieta podrá llevarse el otro.

—Está bien. Pero que conste que el favor se lo hago a Mendieta.

—Ha quedado claro. Ahí hay una parada de taxis. —Señaló—. Baje y coja uno.

—De acuerdo. —Detuvo el coche—. Hasta mañana.

—Natalia... —Ella ya había salido, así que se inclinó sobre la ventanilla para mirarle. Javier cambió de asiento pasando por encima de la palanca de cambios—. Mañana es viernes. ¿Tiene algún plan para la noche?

Pareció sorprendida.

—¿Me está invitando a salir?

—Más bien la estoy invitando a darse el gusto de decirme que no —replicó Javier, ecuánime, temiendo que eso era, exactamente, lo que iba a pasar—. Forma parte de mi campaña de redimirme a sus ojos.

—Pues no y no. —Hubiera preferido que Natalia no sonriera de una forma tan perversa. Daba a la negativa un contenido terminante para el que no estaba preparado—. No saldré con usted y no se redime a mis ojos. ¿Y por qué me lo dice ahora? —añadió, cuando Javier iba a quitar el freno de mano con gesto hosco—. Podía haber esperado a mañana.

—No pasaré por la oficina.

—¿Ah, no? ¿Y dónde se va a meter durante el día?

—En parte dormiré y, en parte, tengo cosas que hacer. —Al demonio, si creía que iba a darle explicaciones—. Usted cumpla el horario de tarde frente a la casa de Blanco, y, por lo demás, quédese en el despacho. Quiero que redacte el informe final

del caso de Rosa Fuertes, tome cualquier otro como modelo. También quiero que actualice las carpetas del resto de los asuntos. Reúna todos los datos que recuerde.

—¿Y lo del collar? Ese caso también está terminado. ¿Redacto el informe?

—No. Ese lo haré yo, será lo mejor. No se tome a mal si no la menciono. —Ella bajó los ojos, irritada—. Si surgiera algo, llámeme al móvil. Buenas noches.

—Adiós.

Javier esperó hasta que la vio entrar en el taxi. Entonces, arrancó, y se internó por las calles de Bilbao con su matrícula trucada.

Capítulo 5

1

Desde fuera, el lugar no había cambiado. Seguía siendo un buen edificio, con una bonita fachada, y estaba situado en una de las calles más elegantes de Bilbao.

Javier aparcó en la acera de enfrente, casi en el mismo lugar en el que, en otras épocas, dejaba la moto, y cruzó por el paso de peatones. No estaba el portero, así que abrió él mismo con la llave del portal y subió la amplia escalera de madera oscura y brillante hasta el segundo piso.

«Eva Linaza», seguía diciendo en la puerta.

Dentro, no había electricidad. Abrió las ventanas y la luz del sol le mostró un lugar de muebles amortajados, con suelos y paredes desnudas. Registrar la casa no le llevó más de diez minutos, sin resultados interesantes. En la mesilla de noche encontró un prospecto de una clínica. Mostraba una especie de cruz, esa extraña cruz egipcia, con la parte superior semejante a un óvalo, sobre la que se enroscaba una serpiente de dos cabezas.

Ancient Medical Lore. Una clínica, situada, por la dirección, en la ladera del Artxanda. No recordaba haberla visto nunca, pero tampoco podía decir que la hubiera buscado. ¿Sería el lugar donde recibió su último tratamiento, donde murió? No estaría de más investigarlo.

Volvió al salón. La gran chimenea era un agujero negro y vacío. Solo en su memoria ardía allí un gran tronco. Apoyó una mano en el respaldo del sofá.

«Tienes que cambiar de vida», le dijo Eva, tumbada allí lánguidamente. El resplandor de las llamas teñía de bronce su piel desnuda. Le acarició el pelo. Él se había sentado en la alfombra, a su lado, mirando con fijeza el fuego. «Hazle caso a Salvador, no seas tonto. Aprovecha la oportunidad que te ofrece».

Javier apartó la cabeza, molesto. «¿Por qué insistes en eso? Ese hijo de puta está haciendo trizas a mi madre».

Casi volvió a oírla suspirar.

«Aitana siempre ha sabido a qué atenerse, igual que yo. Y tú no deberías dejar que un asunto personal se interponga en tus intereses. ¿En qué estás pensando?», le preguntó, al cabo de un rato.

Pensaba en Natalia, llevaba toda la maldita noche pensando en Natalia, pero no se lo dijo.

«En nada».

—En nada —repitió ahora, tantos años después, en voz alta. Y Natalia seguía siendo una idea obsesiva. El modo en que sonrió cuando rechazó su invitación a salir seguía corroyéndole por dentro—. Maldita sea. A la mierda.

Sacó el teléfono del bolsillo, buscó en la agenda y eligió el número de Marta. La señal sonó dos veces, antes de oírse su voz.

—¿Sí?

—¿Marta? Soy Javier. ¿Te apetece quedar conmigo esta noche?

—¡Javier! ¡Qué sorpresa! Empezaba a creer que te habías olvidado de mí. Casi. A qué negarlo.

—¿Qué tal si paso a buscarte por el bar de siempre a las... nueve y media?

—Esta noche no puedo, corazón. Tengo una cena familiar. ¿Qué tal mañana?

Pensó decirle que no, y llamar a otra, pero ¿qué más daba?

—Vale. De acuerdo. Mañana.

—Muy bien. Aunque debería darte largas y hacerme de rogar.

—No te lo recomiendo. Tengo más teléfonos en la agenda.

—Vete a la mierda. Pero mira que eres bruto. ¿Qué habré visto yo en ti?

—Lo sabes perfectamente. Nos vemos mañana. —Colgó.

Salió de la casa y se dirigió hacia la puerta de enfrente, la del vecino que llamó a la policía. Abrió una mujer vestida con uniforme de sirvienta.

—Perdone, ¿está el señor Murrieta?

La criada le miró con desconfianza, pero su expresión varió, al fijarse en la puerta abierta de Eva.

—¿Pregunta por lo del robo? —Javier asintió—. El señor no está, ha salido de viaje.

—¿Cómo dice? ¿Adónde?

—Fuera del país. No puedo decirle más, lo siento.

Fue a cerrar, pero lo impidió.

—Escuche... me gustaría hacerle algunas preguntas. —Sacó la cartera. La mujer la miró, luego volvió a fijarse en él y Javier le dedicó su sonrisa más arrebatadora, para tratar de convencerla. Ella gruñó—. Podemos ser discretos, no se preocupe. Nadie sabrá nunca que me dio la información

—Yo... —Oprimió los labios—. El señor trasnocha mucho. No madruga, así que le cuesta coger el sueño. Por lo que sé, oyó ruidos y se asomó a la mirilla. Vio a alguien forzando la cerradura de doña Eva, así que llamó a la policía.

—Entiendo. ¿Y vinieron?

—Sí, aunque tarde, los ladrones ya se habían ido. Los policías no creían que hubiese pasado nada, pero él insistía. Luego, un par de días después, vinieron dos hombres.

—¿Dos hombres?

—Sí. Uno así como de su altura, normal, aunque con un traje carísimo. El otro era... grande, bien trajeado también, pero daba impresión de ser alguien peligroso. Hablaron en la salita.

—¿Escuchó algo?

La mujer dudó.

—Oiga, yo no quiero líos...

—Ya le digo que no los tendrá. —Tiró de un billete de cincuenta euros, para que quedase a la vista.

—Por lo que entendí, había alguien importante que no quería que se siguiera con el asunto. Le ofrecieron dinero, pero el señor es rico, de modo que los mandó al infierno. Entonces, le amenazaron. Le dijeron que si quería conservar la lengua, no debería moverla tanto. Estaban delante cuando el señor llamó a la policía a retractarse. Luego se fueron. El señor se marchó al extranjero al día siguiente.

—¿Algo más? ¿Mencionaron algún nombre?

—No. Pero hablaban de alguien importante. Quizá... no sé, pueda tratarse de ese político con el que se entendía doña Eva.

—¿Político?

—Sí, el diputado, Sistiaga.

Sistiaga. Allí aparecía, una vez más.

—Ah, sí. Era su cliente.

—Bueno, eso no sé. —La mujer hizo un ligero gesto de desdén—. Pero le aseguro que venía muchas veces con él, de noche, y él se iba de madrugada. Incluso los vi besarse en el rellano.

Así que Eva y Sistiaga tenían una aventura. Interesante, aunque tampoco llegaba a sorprenderse. Sistiaga era un hombre atractivo y Eva siempre fue una mujer dada a las relaciones más variadas y esporádicas.

Javier agradeció su tiempo a la criada, le dio el billete y se marchó.

2

Por la mañana, Natalia había encontrado un papel sobre su mesa, con las dos llaves. La nota decía:

«Gracias. No se mueva del despacho en todo el día, excepto para vigilar el portal de Nekane Blanco. Espero haber hablado claro, y no dar lugar a extrañas interpretaciones, del tipo de ir donde algún hampón vestida de superheroína y decirle «Lo sé todo».

Que lo pase bien, luchando contra el mal.

Javier.»

Guardó las llaves y, tras pensarlo un momento, también la nota. Lo mejor hubiera sido destruirla, pero se sentía absurdamente reacia a hacerlo.

Siguió rellenando informes y cotejando datos. Cuando terminó, aprovechó para echarle un vistazo al enorme archivador, estudiando los casos más antiguos de Balboa. Tuvo que reconocer que hacía un buen trabajo. «Es lógico, aprendió con papá», se dijo, un tanto orgullosa.

Alrededor de las doce y media sonó el teléfono. Isabel le pasó la llamada: era Santiago Martos, el periodista. ¡Por fin! Natalia estaba cada vez más segura de que por allí podía sacar algo. Le había estado investigando un poco, aprovechando algunos contactos de Balboa en un periódico de la competencia, y sabía que no había tenido una gran carrera, precisamente. De hecho, hasta poco antes ni siquiera estaba en nómina en el periódico, trabajaba a comisión, escribiendo los artículos de mierda

que no quería nadie más.

Pero, de pronto, todo había cambiado. Tres semanas antes le habían hecho un buen contrato, de los que ya solo se hacían a los grandes nombres, y ahora contaba con despacho propio en el periódico. Hasta se rumoreaba que estaba propuesto para ser redactor jefe en cuanto hubiese una vacante.

Todo tenía una pinta de lo más sospechosa.

Habló con él, intentando disimular, y le convenció para que fuera a verla a la oficina. No le costó mucho. Por alguna razón, parecía muy interesado en conocerla personalmente.

Cuando entró, con un traje un tanto hortera, el pelo engominado y una sonrisa de conquistador trasnochado, lo entendió todo.

—Tenía mis dudas sobre si le darían mi nota o no —le dijo. Al estrechar su mano, Martos la retuvo más tiempo del debido, mientras la miraba de arriba abajo con expresión satisfecha.

—En realidad, no me la dieron —reconoció con una risita—. Cristina, la recepcionista, es una chica muy celosa. ¡Sin motivo, claro! —Agitó las manos en el aire. Era un hombre muy teatral—. Entre ella y yo no hay nada, se lo puedo asegurar, pero no parece dispuesta a aceptarlo. El caso es que dos compañeros me comentaron algo sobre su visita y hablé con ella. Había tirado su nota a la papelera por error, ¿puede creerlo?

—¡No! Qué torpe, pobre muchacha, con lo avispada que parecía... —Natalia se llevó una mano a la mejilla, con gesto desolado. Si aquel cretino quería hacer teatro, estaba más que dispuesta a compartir el escenario con él—. ¿Y qué hizo?

—Rebuscar, claro. Todavía no había ido la mujer de la limpieza. Fue fácil. —Sonrió de oreja a oreja—. Y ha merecido la pena.

—Gracias.

—¿Puedo tutearla, Natalia?

—No sé. ¿Puede?

Él volvió a reír, crispándole los nervios.

—Creo que sí. Eres una mujer preciosa. ¿En qué puedo servirte, además de en lo evidente?

—Verás, estoy investigando un caso relacionado con Iván Carrizo, el bloguero y *youtuber*... Tengo entendido que erais amigos.

—Ajá —Martos parpadeó. Su entusiasmo se enfrió de forma evidente, aunque se recuperó rápido—. Vaya. Bueno, no es que fuéramos muy amigos, solo colaboramos un par de veces.

—Lo sé. Y leí tu artículo. Eso me sorprendió. Asegurabas que había desaparecido en circunstancias sospechosas.

—Me limité a exponer los comentarios de algunos vecinos, pero luego ya se comprobó que se había marchado a Francia. De hecho, el periódico ha retirado de internet la página de ese artículo, porque los datos no estaban bien verificados. —Así que esa era la razón de que no estuviera la página, aunque todavía se mantuviera indexada por el buscador de internet. El periódico la había retirado porque la consideraba una chapuza. Y, sin embargo, en pocos días habían mejorado las condiciones de trabajo de su autor. Eso por no hablar de que había mil artículos online absurdos que nadie retiraba. ¿Por qué ese?—. ¿Qué importa? Ya nadie se acuerda de él.

—Es verdad. —Natalia frunció el ceño, pensativa, al percatarse del detalle—. Iván Carrizo no ha vuelto a colgar vídeos...

—¿Y qué? Lo dices como si fuese un trabajo o como si tuviera unos plazos de entrega. Él no tenía ninguna obligación de hacerlos. ¡Ni siquiera era periodista, por Dios! Solo era un tontainas, como tantos que pululan por la red.

—*¿Era?*

—*Es* —se corrigió, con una risita, pero parecía nervioso—. Como se ha ido, hablo en pasado.

—Ya. De todos modos, tenía muchos seguidores, además de publicidad en sus publicaciones. No puedo creer que haya dejado de lado todo ese dinero.

—Bobadas, créeme. Con la publicidad en internet ya no se gana tanto. Y es fácil tener seguidores cuando publicas gratis. Sobre todo si en vez de obligar a leer, sales en pantalla gesticulando como si fueras el propio Iñaki Gabilondo. Hoy en día, el mayor cretino se cree comentarista político.

Por mucho que hablase, allí había algo, algo importante, estaba segura. Se lo decía su instinto, femenino o no. Natalia consideró la cuestión. Por la fuerza, no le sacaría nada, de modo que se mostró compungida.

—Escucha, llevo pocos días en este despacho. La cosa está muy mal y si no consigo algo no me renovarían el contrato. ¡Por favor! —Al juntar las manos para

suplicar, empujó el lápiz con el codo, que rodó obediente como siempre hasta caer al suelo. Eso le dio la oportunidad de inclinarse y mostrar el escote de un modo más que generoso. Cuando volvió a alzarse no tuvo duda de que Martos había echado una buena ojeada. Le sonrió—. Necesito que me ayudes, Santi, por favor.

El periodista hizo una mueca y se arregló el nudo de la corbata.

—Pero ¿qué quieres exactamente?

—Contactar con Iván Carrizo. Tengo entendido que has hablado por teléfono con él. ¿Puedes darme su número?

—¿Su número? —Enrojeci—. ¿Para qué?

—Tengo que contactar con él, me tiene que confirmar unos datos, pero no puedo decirte más.

Martos se lo pensó un momento.

—Bueno, a Iván no le gustaría que diese su número, pero quizá...

—¿Sí?

Él se apoyó en la mesa con ambas manos y se inclinó en su dirección.

—Natalia, cariño, comprenderás que en esta vida todo tiene un precio. Si quieres que te ayude, tendrás que darme una buena razón para hacerlo.

Natalia crispó disimuladamente los puños.

—¡Claro! ¿Qué quieres?

—Oh, no sé. Una cena estaría bien, para empezar.

—¿Quieres que te invite a cenar?

Martos se echó a reír.

—No, cielo, por favor... ¡No soy tan tacaño! Yo te invitaré a ti. Y luego, quién sabe. —Intentó acariciarla con las pupilas, ya que todavía no se atrevía a hacerlo con las manos—. Lo que surja.

Natalia suspiró. No le hacía ninguna gracia, pero tampoco tenía por qué ser tan terrible. Ya se encargaría ella de no convertirse en el postre.

—Está bien. Cenaremos. —Cogió la libreta, para anotar el número de teléfono—. Dime.

—Ah, no, preciosa. Te lo daré durante esa cena. —Martos se puso en pie—. Este fin de semana ando muy ocupado, ¿qué te parece si quedamos el lunes? Yo no tengo que madrugar el martes —añadió con una amplia sonrisa.

Natalia aceptó. Qué remedio. Ya resolvería más tarde la cuestión de cómo se deshacía de él.

Se quedó el resto del día en el despacho, elaborando el informe de Rosa Fuertes y actualizando las carpetas del archivador con los datos que iba recordando. Había pensado que sería algo aburrido, pero las horas se le fueron volando. Pasó su turno frente al portal de Nekane Blanco y, por la noche, fue a cenar con su padre y su tío. Se acostó temprano y se levantó tarde.

El sábado se arrastró como una serpiente al sol, lenta y perezosa. Pensar que aún le quedaba el domingo, con tantas y tantas horas vacías, la llenaba de agobio. Trató de enfrascarse en la lectura de una novela, pero centrarse en las líneas se convirtió en un auténtico tormento. Decidió entonces ponerse a cocinar. Eso le permitió llenar el congelador con comida para toda la semana, raciones que podría ir utilizando según fuese necesitando.

Pero, claro, al hacerlo también reunió una buena cantidad de basura. Natalia cerró la bolsa de plástico y bajó a tirarla al contenedor. Estaba entrando otra vez al ascensor cuando oyó que se abría la puerta de la calle. Esperó, como buena vecina, y lamentó haberlo hecho.

Lo primero que oyó fue la risa estridente de una mujer. Sorprendida, se volvió y vio a Balboa acompañado de una morena exuberante, cuyas formas parecían a punto de reventar el escueto traje de chaqueta rosado en el que había conseguido meterse por la fuerza. Mientras la miraba, la mujer se colgó del cuello de Balboa y lanzó una nueva carcajada.

Natalia apretó los labios. Estuvo tentada de cerrar la puerta del ascensor y dejarlos allí, pero no quería que pensaran que aquello le importaba lo más mínimo. En cualquier caso, Balboa ya había llegado y la miró con expresión sombría.

—Gracias por esperar, señorita Chueca —dijo. Así que también él iba de buen vecino. Natalia contuvo las ganas de vomitar.

—No tiene importancia —gruñó. ¿Quedaría mal si se bajaba y subía por las escaleras? Lástima, aquella individua le cortaba ya la vía de escape con sus tetas gigantes. Balboa cerró la puerta y pulsó el botón. El ascensor se puso en marcha, desesperadamente lento. Natalia clavó la mirada en la pared pero, por el rabillo del ojo, captó el respingo de Balboa cuando la mujer le pasó una mano por el culo, y también la mirada furiosa con la que replicó.

—¿Qué te ocurre, amor? —preguntó ella, riendo entre dientes—. Estas muy tenso.

—Cállate, Marta —ordenó, molesto.

—Qué antipático. ¿Qué va a pensar tu encantadora vecina de ti?

—Te digo que te calles.

—No se preocupe —intervino Natalia—. Mi opinión sobre él no va a cambiar por esto.

Javier se volvió hacia ella. Durante un momento, pareció sorprendido de haberla oído hablar. Luego, frunció el ceño amenazadoramente.

—Faltaría más. La señorita Chueca es una mujer de ideas fijas.

—No creo que usted me conozca lo suficiente como para poder decir nada al respecto.

—En eso también se equivoca, pero qué se le va a hacer. Tiende usted a confundirse tan a menudo que no voy a tenerle en cuenta que lo haga una vez más.

El ascensor se detuvo. Javier salió y mantuvo la puerta abierta para cederles el paso. Natalia ni le miró.

Entró en su casa y cerró de golpe.

3

Javier sacó los cubitos del congelador y sirvió los dos vasos de whisky. Cerró la botella y miró hacia la ventana. Un ligero movimiento en las cortinas de Natalia le informó de que le había estado observando. «Pues qué bien». Chasqueó la lengua, disgustado consigo mismo. Desde luego, podía haberse comportado con algo más de amabilidad. Al fin y al cabo, ella, precisamente ella, no tenía la culpa de nada. «Me hago viejo», pensó, con amargura.

Cogió uno de los vasos y lo vació de un solo trago.

—¡Javier! —le llamó Marta desde el dormitorio. Por Dios... Se había olvidado de ella. Maldiciendo en voz baja, se sirvió otro whisky, cogió los vasos y se dirigió hacia allí. Marta seguía tumbada en la cama. Su cuerpo desnudo mostraba un bronceado sin bandas blancas. Javier sabía que le gustaba tomar el sol desnuda en su

terrazza. En otros tiempos, eso le había excitado. Ahora no.

Ella le miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde estaba el whisky? ¿En Escocia?

—Más o menos. —Le tendió su vaso y dejó el suyo en la mesilla. Luego, se quitó la bata y se tumbó desnudo a su lado. Marta giró, para acariciarle el pecho.

—Estas muy raro esta noche. —Sus largas uñas arañaron apenas la piel, provocándole escalofríos—. Casi ni me hablas y me has follado como si llevaras siglos conteniéndote. No creas, me ha encantado, pero me sorprende. ¿Tiene algo que ver con lo ocurrido en el ascensor?

—¿Eh? —No había estado haciendo caso, pero la pregunta llamó su atención—. ¿Qué dices? No.

—¿Seguro? —Marta hizo un mohín. A Javier le gustaba acostarse con ella. Era una mujer caliente y desinhibida, y no parecía molesta por el hecho de que la utilizase solo para llevársela a la cama. Claro que, teniendo en cuenta que estaba casada con un tipo atractivamente rico, no era de extrañar—. ¿Quién era esa chica?

—Nadie.

—Ah. Pues *Nadie*, era bastante guapa. Tendría que hacer algo con su pelo, desde luego, pero posibilidades no le faltan.

—No me jodas, Marta, cambia de tema.

—¿Por qué? Este me fascina. Te la comías con los ojos.

—Ay, Dios. —Javier se incorporó, deslizándose por la cama hasta quedar sentado en la cabecera. Bebió un trago y encendió un cigarrillo—. Cuando te pones pesada, eres insufrible. Vete.

—¿Ahora? ¿No va a haber un segundo polvo esta noche? —Se echó a reír—. Estás perdiendo facultades, querido. O quizá es que estás pensando en cambiarme por esa chica. ¿Sabes?, deberías tirártela. —Sus uñas volvieron a arañarle de forma insinuante, esta vez por la espalda—. Una vez la pruebes, sabrás que lo que tienes conmigo es mucho mejor.

—Mira, en eso también te equivocas —replicó Javier, brutalmente—. Me he acostado con ella y con mayor satisfacción que contigo. Supongo que será porque ella es una dama y tú solo una puta.

—Ja. Me encanta cuando te pones en plan ex presidiario curtido. —Se arrastró hacia él y besó su cadera desnuda, y luego más y más allá—. Bueno, bueno, bueno. Te

he hecho enfadar. Lo menos que puedo hacer es compensarte por ello.

—No es necesario que te molestes.

—¡Pero cariño! —Rio, se inclinó y deslizó la lengua a lo largo de su verga, que se puso dura de inmediato—. Te aseguro que no es molestia.

Javier jadeó al sentirse completamente envuelto por la calidez húmeda de aquella boca. Bueno, no había sido su intención, pero todavía estaba excitado y, al fin y al cabo, aquel sistema aseguraba que Marta no siguiera hablando.

Cruzó un brazo tras la nuca y con el otro siguió fumándose el cigarrillo.

4

Era casi medianoche, pero Natalia seguía sentada en el sofá, con un pañuelo de papel arrugado en la mano. Había terminado con tres paquetes y no parecía que fuera a parar de llorar. Le había visto allí, en su cocina, en bata, preparando dos vasos de whisky, y el hecho de saber que estaba acompañado por aquella individuoa que parecía la madrastra de Blancanieves, le había afectado de un modo extraño.

«¿Pero qué diantre hago aquí?», se dijo, furiosa consigo misma. Era sábado, habría mucho ambiente por las calles del mundo, y no necesitaba a nadie para salir por ahí. Impulsada por una súbita energía, producto de su enfado, se puso en pie, se duchó, se maquilló y se enfundó un *top* y una minifalda negros que dejaban al aire buena parte de su anatomía. Para terminar, se puso unas sandalias de tacón y bolso mínimo, para no tener que preocuparse, y ya estuvo lista para intentar disfrutar de la noche bilbaína.

El ascensor llegó al mismo tiempo que se abría de golpe la puerta de Javier. Solo llevaba los vaqueros, atados a medias, y estaba descalzo. Nada de eso le importó: avanzó hacia ella a grandes zancadas. Natalia se quedó tan sorprendida al verle que perdió la oportunidad de escapar antes de que llegara a su lado.

—¿Adónde vas? —le soltó, de golpe. Se plantó delante, lo bastante cerca como para que Natalia notase el olor a alcohol de su aliento, aunque no parecía estar borracho, al menos no demasiado. Pero debía estarlo, porque de otro modo no tenía sentido, ni la escena ni su repentino tuteo. Llevaban demasiados días jugando a

mantenerse a una distancia muy profesional.

—No creo que eso sea asunto suyo, *señor* Balboa —respondió, con severidad, recalcando el tratamiento. Él la miró de arriba abajo.

—Ya lo creo que lo es, si piensas salir medio desnuda y a estas horas. —«Mentecato». No merecía la pena ni quedarse a discutir. Natalia intentó abrir la puerta del ascensor, pero Javier apoyó en ella una mano y la cerró bruscamente—. ¡Qué demonios! Pensaba que habías estado viviendo en un país musulmán. Seguro que allí no se te ocurriría ponerte esas cosas.

—¿Pero qué...? He estado viviendo en París. A Egipto solo iba a temporadas. Y ya que muestra tanto interés le diré que no, allí no me vestía de este modo. Suelo respetar las normas del país en el que estoy y, en este, puedo vestir así sin tener que dar cuentas a nadie. Ahora, quítese de la puerta.

—No pienso hacerlo, mientras no me digas adónde vas.

—Creo que resulta evidente. ¡Y no me tutee! —Él no hizo amago de ir a moverse. Natalia se encogió de hombros—. Muy bien. Bajaré por las escaleras. —Se dirigió hacia allí, pero Balboa la aferró por un brazo y la echó hacia atrás—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo se atreve?

El se cubrió el rostro con las manos, como intentando calmarse.

—Si estás pensando en devolverme la misma moneda... —empezó, con tono ominoso. Debió perder el hilo de lo que iba a decir, o cómo, porque agitó la cabeza y empezó otra frase—. Te recuerdo que fuiste tú quien no quiso salir conmigo.

—Lo cual, al parecer, le dio la oportunidad de congeniar con esa bruja y pasar con ella un buen rato. Bueno, no es algo que me importe. El que no quisiera salir con usted no implica que no quiera hacerlo con otro. De hecho, estoy deseando hacerlo.

—Ni lo sueñes. —Le arrebató el bolso y sacó las llaves, manteniéndolo a distancia de Natalia, que pretendía recuperarlo. Entonces, volvió hacia atrás y abrió la puerta de su casa—. Entra ahora mismo. Si lo que buscas es que te echen un polvo, puedo hacerlo yo personalmente. No necesitas salir a hacer la calle a buscar a ningún imbécil.

Natalia sintió que hervía de indignación.

—Ni se le ocurra ponerme un dedo encima, Balboa. *Jamás* —añadió, terminante. Javier entrecerró los ojos—. Ahora, deme mi bolso y desaparezca. —Por toda respuesta, él lanzó el bolso pasillo adelante, hacia el interior del piso. El sonido de

cosas rodando por todas partes indicó que no se había tomado la molestia de cerrarlo —. Miserable. Si piensa que....

—¡Entra en tu puta casa! —estalló Javier. Natalia parpadeó, apretó los puños y obedeció, con la intención de recoger el bolso y volver a salir. Solo cuando la puerta se cerró a su espalda bruscamente y oyó el ruido de la cerradura recordó que las llaves seguían en poder de aquel hombre. Intentó abrir, pero no pudo. Indignada, le dio un puñetazo a la puerta.

—¡Balboa! ¡Abra inmediatamente!

—Tu tono me indica que, de esta llave, no tienes una copia —replicó Balboa con sorna—. ¡Cuánto lo siento!

—¡Abra o llamo a la policía!

—Hazlo. Me encantará organizar un escándalo. Seguro que tu padre se sentirá muy complacido al enterarse.

—¡Maldito cabrón, hijo de puta! ¡Esta me la vas a pagar! ¡Te juro que me las vas a pagar!

—No lo dudo, Natalia. Siempre te cobras las deudas a conciencia.

Le oyó alejarse de la puerta. Furiosa, volvió a descargar un puñetazo y luego un puntapié, lo que la dejó definitivamente agotada. Apoyada con la espalda en la pared, se dejó deslizar hasta el suelo y estalló en sollozos. Se sentía tan desdichada... Tan absolutamente tonta... «Debiste aceptar su invitación».

No ¿por qué? ¿Acaso no podía simplemente esperar a que ella se decidiera? Había rechazado su invitación. Le había contestado que no, vale. Tenía que decírselo, necesitaba hacerlo: rechazarle, demostrarle su desprecio, su rencor. Pero, igual que en esos momentos sentía que había entre ellos un muro que no era capaz de superar, sabía que tarde o temprano hubiese dicho que sí, porque lo estaba deseando.

Pese a su dolor, a sus recuerdos, a todo lo ocurrido, seguía siendo la niña del vestido rosa palo, seguía deseando...

¡Que se fuera al infierno!

Momentos después, volvió a escuchar el sonido de la puerta de Balboa y la voz chillona de la madrastra de Blancanieves, que sonaba tremendamente irritada.

Natalia se incorporó para espiar a través de la mirilla. La mujer, a medio vestir, estaba siendo introducida a la fuerza en el ascensor por un Balboa de rostro pétreo. Una vez se deshizo de ella, Javier se volvió en su dirección. Casi le dio la impresiór

de que podía verla a través de la mirilla.

Aunque no fuera posible, debió intuir que estaba allí, porque adelantó un dedo y cubrió el cristal, en un gesto rápido que la sobresaltó, antes de desaparecer.

5

Javier abrió la puerta de Natalia el domingo, muy temprano.

La casa estaba silenciosa. No había sido su intención entrar, tan solo abrir, dejar las llaves en cualquier lado e irse, pero una vez allí no pudo evitarlo. Caminó sigilosamente por el pasillo, echando un vistazo a las distintas habitaciones. La sala, el comedor, el despacho y la cocina estaban vacíos, y en muchas mejores condiciones que cuando vivía allí Salva, por cierto, aunque eso no hubiese resultado muy difícil en ningún caso.

Natalia se encontraba en el dormitorio, profundamente dormida. Tenía calor: había echado la sábana a un lado y el camisón se le había arrebuñado alrededor de la cintura, mostrando las largas piernas y las diminutas bragas de encaje blanco. Javier se estremeció, conteniendo el impulso de acercarse y tocarla. Le hubiera encantado acostarse a su lado, que ella le abrazase... Poder contarle lo que sentía y ser consolado sin miedo a sentirse ridículo.

Pero no podía ser. Dio media vuelta, dejó las llaves en la cerradura, por el lado de dentro, y abandonó la casa. Natalia no tardaría en encontrarlas.

Al parecer, lo hizo, porque no supo nada de ella hasta el lunes, cuando se reunieron puntualmente en la oficina. Natalia llegó pálida y ojerosa, pero tranquila. No comentó lo ocurrido y Javier tampoco. Fue, como si no se hubiesen visto en todo el fin de semana. Se trataron con distancia cortés y mucha profesionalidad.

A media mañana, sonó el teléfono. Para su sorpresa, Isabel le pasó la llamada a Natalia. ¿Quién podía ser? Al verla ruborizarse y girar en la silla, para hablar en voz muy baja, intentando que él no se enterase de la conversación, se le activó la alarma interna que le había sacado de más de un lío.

Definitivamente, no se trataba de su padre ni de ningún otro familiar.

Javier se puso en pie.

—Tengo que salir. Volveré en unos minutos —le dijo. Natalia asintió, con evidente alivio. Él se dirigió al vestíbulo. Cuando entró, Isabel escondió precipitadamente la lima de uñas. «Como si no supiera a qué te dedicas», pensó, con resignación. Desde luego, las mujeres de su vida parecían decididas a ocultarle cosas. Y, eso, incluía a Eva.

—¿Quién demonios ha llamado? —preguntó. Isabel le miró sin comprender.

—¿Cómo?

—¿Quién ha llamado a la señorita Chueca?

—Ah. —Sonrió, porque se sabía la pregunta. Buena chica—. Santiago Martos. Un periodista.

¿Y ese quién coño era? Con un gesto, le indicó a Isabel que guardara silencio y, con mucho cuidado, descolgó el auricular de su mesa. Se lo llevó al oído.

—... a las nueve y media, si te parece bien —estaba diciendo una voz de hombre, que algunos describirían como *melosa*, en plan poético. Él prefería afirmar que se trataba de un auténtico gilipollas.

—Perfecto —dijo Natalia, con una risita tonta muy adecuada—. Allí estaré.

—Vale, nena. Ponte guapa.

—Hasta luego.

Javier colgó. ¿Martos? ¿Y qué significaba aquello? ¿Tenía Natalia una cita, una cita personal, con aquel idiota? Respiró pesadamente, tratando de contener su indignación.

—Ese Martos... ¿Había llamado antes? —le preguntó a Isabel.

—Sí. Y también vino a ver a Natalia, el otro día.

Javier arqueó las cejas. De eso no sabía nada.

—¿Vino? ¿Cuándo?

—El viernes. Usted no estaba.

Vaya por Dios. Faltaba un día, y ya se le descontrolaban las cosas. Señaló con un dedo a Isabel.

—Ni una palabra de esto a nadie y, mucho menos, a la señorita Chueca. Te lo advierto muy en serio.

—Descuide, jefe.

Javier volvió al despacho. Natalia simuló estar enfrascada en su ordenador, así que él simuló enfrascarse en el suyo.

Capítulo 6

1

Antes de acudir a su cita con el periodista, Natalia pasó por el despacho de su padre a llevarle una postal que había enviado Salva. Solo encontró a Conchi, los demás habían salido, por una u otra razón, y no iban a regresar hasta el día siguiente. Leyeron juntas la postal, riéndose de los divertidos comentarios de su hermano pequeño, y tomaron café mientras hablaban del nuevo novio de Conchi, un guitarrista que no estaba mal, para lo que era habitual en ella.

A las ocho, a regañadientes, tuvo que despedirse. Conchi arrojó a la papelera los vasitos de papel que habían utilizado.

—Por cierto, el próximo viernes es mi cumpleaños, ya lo sabes. —Natalia sonrió. Claro que lo sabía. Ya le había comprado su regalo, unas botas horrorosas de tiras de cuero a colores que le iban a encantar—. Te lo digo con tiempo porque doy una fiesta en casa y no puedes perdértela. Será la única vez en mi vida que admita que he llegado a los cuarenta.

Natalia la miró con angustia. Ella se acercaba a los treinta y se veía reflejada en Conchi. Antes de que se diera cuenta, también estaría organizando una fiesta por el mismo motivo.

—¿Cuarenta? Joder, qué vieja me siento.

—¿Tú? ¡Anda ya! ¡Si eres una cría! —Le dio uno de los caramelos del mostrador, como cuando era pequeña, haciéndola reír—. Ni se te ocurra faltar.

No le apetecía nada una fiesta, a Conchi se le solía ir la mano en el número de invitados y en el volumen de la música, pero sabía que no podía negarse. Salió del despacho y cogió el coche. Para su disgusto, hizo un ruido extraño y se negó a arrancar. «Vaya por Dios», pensó. A saber qué mierda le ocurría. Si se ponía a buscar un taller a esas horas, no solo iba a costarle un ojo de la cara si no que, también, iba a llegar tarde.

Decidió dejarlo para el día siguiente, sobre todo cuando vio que por la calle se

acercaba milagrosamente un taxi libre.

Santiago Martos la había citado en una tasca de aspecto antiguo, pero con un buen surtido de pinchos en la barra. Cuando llegó, ya estaba allí. Debía ser un habitual del sitio, porque el camarero le trataba por su nombre.

Natalia dejó que la besara en la mejilla y le miró nerviosa. Pensó en Balboa, en la noche en la que le dio el sermón sobre los riesgos. ¿Estaba de veras dispuesta a acostarse con aquel espécimen, solo por conseguir la información? «Ni en sueños». Bueno, ya pensaría algo, llegado el momento.

—¿Quieres beber algo, antes de cenar? —preguntó él.

—No, gracias.

—Entonces, vayamos a una mesa —sugirió, señalando el fondo del local, donde se alineaban varias mesas de aspecto tosco. Natalia parpadeó.

—¿Vamos a cenar aquí?

—¿Por qué no? Tienen un gran surtido de cazuelitas. —Como si él mismo se hubiese dado cuenta de que no estaba quedando muy bien, añadió—: Y pediré una buena botella de vino, el mejor que tengan.

«Qué estupendo», pensó Natalia, que confiaba poco en la bodega de aquel sitio. Así que Martos no pensaba gastar mucho en ella. Pues bueno, en realidad no le extrañaba. Estaba tan convencido de que se iba a salir con la suya, que no veía la necesidad de mostrarse espléndido, precisamente. ¿Y qué importaba? Al fin y al cabo, ella tampoco pensaba cumplir con sus expectativas. Se encogió de hombros, se sentó con él y, mientras simulaba cenar sin demasiadas ganas, escuchó el monólogo del periodista.

Resultaba tan aburrido que perdió el hilo un par de veces. Era una suerte que no exigiera demasiada atención, porque se centraba sobre todo en el tema que más le apasionaba, él mismo, y lo hacía alardeando de virtudes y éxitos en una retahíla imparable.

—Además, la vida te sorprende a veces, si sabes aprovechar las oportunidades —dijo, de pronto—. Y yo siempre he sabido hacerlo. ¡Ya lo creo!

El vino no era tan peleón como se había temido, pero casi, y le estaba soltando la lengua. Natalia arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

Él sonrió, evasivo. Debía sentirse muy orgulloso de algo, porque rabiaba por

comentarlo, se le notaba, pero no se decidía a hacerlo. De hecho, supo evitar una y otra vez los intentos de Natalia, para sonsacarle.

—Vamos a mi casa —dijo, nada más terminar su cazuelita de callos. Ni siquiera propuso tomar un café, o unas copas en algún sitio. Natalia le miró como si se hubiese vuelto loco.

—¿A tu casa? ¿En serio? No, ni hablar, ese no era el trato. Ibas a darme el teléfono de Iván Carrizo...

Él alzó ambas manos, con las palmas hacia arriba.

—Lo siento, imposible. No me lo sé de memoria y lo tengo anotado en casa.

—Vaya por Dios. —«Gilipollas», pensó. Si de verdad se creía que iba a caer en semejante trampa infantil, lo tenía claro—. No te preocupes, no pasa nada. Me puedes llamar mañana, y me lo das.

—¿Qué dices? La noche es joven. Venga, no te hagas de rogar, tienes que venir a casa. —Natalia abrió la boca para seguir discutiendo y, de hecho, para negarse en redondo y despedirse, pero la cerró al oírle decir—: Si vienes y eres buena, puede que consigas mucho más que un simple número de teléfono.

—¿A qué te refieres?

—Iván vino a verme justo antes de desaparecer, me trajo algo... Una carpeta. —Se interrumpió y echó un vistazo de reojo alrededor—. Ni te imaginas en qué asuntos ando metido.

Se hacía una ligera idea, pero prefirió disimular. Había dicho «antes de desaparecer». Se le había escapado, seguro. Entre el vino y el interés por acostarse con ella, estaba cometiendo errores. Tenía que aprovechar el momento, de modo que aceptó. Martos pagó una cena que no llegó a los veinte euros, vino incluido, y salieron juntos a la calle.

El periodista tenía un deportivo rojo de aspecto caro. Parecía nuevo y debía serlo, porque lo tocaba como si temiese arañarlo con la mirada. Sin parar de hablar, condujo hasta el Casco Viejo. Allí vivía, en un sótano destartado con pequeñas ventanas, claraboyas que quedaban a la altura de la acera de la calle. Algunas estaban abiertas y pudo ver los pies de la gente que pasaba.

Una zona de la pared mostraba una mancha de humedad condensada. De no ser por eso, el conjunto hubiera quedado bastante bien, porque tenía muebles y alfombras que debía haber estrenado hacía nada. Incluso estaba ordenado. Claro que, el extremo de

algo que asomaba por debajo de la colcha de la cama, quizá un pantalón vaquero o una camisa, parecía indicar que la limpieza había sido llevada a cabo bastante precipitadamente y sin muchos miramientos.

—No te creas, dentro de poco me voy a ir de aquí —dijo él, quizá por haber captado la crítica en su mirada.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—He comprado un piso en el centro, en la calle Ercilla. Lo estoy reformando entero.

—Vaya. Eso tiene que ser carísimo.

—Claro. ¿Y qué importa? Es mi momento, por fin es mi jodido momento. —Se quitó la chaqueta y la arrojó al respaldo del sofá, de un blanco impoluto—. Ponte cómoda, preciosa. ¿Quieres una copa? —preguntó, mientras sacaba una botella de whisky de un armario. Natalia negó con la cabeza.

—No, gracias. ¿Puedo ver esa carpeta?

—Estas impaciente ¿eh? —Se sirvió un par de dedos en un vaso bajo y la miró con ojos entornados—. Yo también. ¿Qué tal si pongo un poco de música?

Natalia contuvo un grito de exasperación. Si no dejaba claro quién dominaba ese encuentro, se iba a ver en el dormitorio en menos de diez minutos. Y una vez cruzase esa línea ya podía despedirse por completo de conseguir nada. Una razón más para no permitirlo. «Como si necesitase alguna», pensó.

—Por supuesto, pon lo que quieras. Pero si no me enseñas esa carpeta en los próximos cinco segundos, asumiré que no existe y me marcharé.

No se lo esperaba. Pareció perplejo.

—Venga, no lo dirás en serio.

—Ya lo creo que sí. Si algo me cabrea en esta vida es que intenten tomarme el pelo. He venido porque me has hablado de una carpeta. Si me has mentido... Ya te puedes ir olvidando de mí.

—No te pongas así. Solo quiero que nos conozcamos un poco mejor. ¿Qué hay de malo en eso? Podemos bailar, charlar y tengo un estupendo whisky. —Natalia mantuvo su mirada, tratando de no mostrar expresión alguna, y contó mentalmente hasta diez. Cuando empezó a moverse hacia la puerta, Martos alzó una mano—. Vale, vale, espera, mujer, no te enfades. —Fue hacia la estantería, apartó varios libros y sacó una carpeta. La puso en la mesa—. ¿Lo ves? No te he mentado. Aquí está.

Natalia la miró. Era de un sobado tono azul, bastante gruesa. Intentó contenerse, pero prácticamente se abalanzó sobre ella. Se sentó en una silla, la abrió y empezó a examinar su contenido. Había muchas fotografías y fotocopias de documentos. Pudo ver a Eva Linaza, a una chica joven bastante atractiva, a Héctor Sistiaga... De los dos últimos había varias imágenes de muy mala calidad, pero se apreciaba que estaban desnudos y haciendo el amor, quizá sobre una alfombra... Podían haber sido sacadas de un vídeo.

Entradas de cine, billetes de avión, facturas de hoteles...

—¿Qué es todo esto? —preguntó, desconcertada—. ¿Qué estoy viendo?

El periodista hizo una mueca.

—Vamos a ver, cómo te lo explico. —Se sentó a su lado, con el vaso en la mano. Dio un trago antes de seguir—. Iván estaba convencido de que habían asesinado a su hermana. Gema desapareció cuando se suponía estaba en una fiesta privada, una celebración solo para personalidades del partido. La había invitado el propio Sistiaga, con el que tenía un lío. Iván fue quien los presentó: pasaba mucho tiempo en las oficinas del partido, reuniendo información para sus artículos y Gema aprovechaba cualquier excusa para acompañarle. Estaba buscando... Bueno, ya me entiendes. Lo que todas: medrar.

—Ya. —Decidió hacer caso omiso del último comentario—. ¿A qué se dedicaba?

—Gema era... *modelo* —lo dijo con retintín, y hasta añadió una risita—. Gracias a la intervención de Sistiaga, llevaba cosa de seis meses en una de esas agencias en las que las chicas que aspiran a llegar a algo... bueno, ya sabes. Se abren de piernas, pero solo para los más ricachos. Putas de lujo que van de modelos, como tantas. Se la llevaba de viaje, se alojaban en hoteles de postín. En esa carpeta están los justificantes de sus movimientos por todo el mundo.

—¿Y pensaba en serio que la habían matado? ¿Por qué?

—Eso dijo. No tengo ni idea de las razones que le llevaron a semejante conclusión. —Señaló la carpeta—. De hecho, como verás, ahí no hay ninguna prueba que un tribunal pudiera considerar ni siquiera circunstancial. Sistiaga conocía a su hermana, vale. Se la tiraba, vale. ¿Y qué? Los escándalos de políticos en este país están a la orden del día. —Vació el vaso de un trago—. Y, qué cojones, yo también me la tiraba.

«Individuo repugnante», pensó Natalia, pero se contuvo. Si eso era verdad, la tal

Gema no debía ser muy lista.

—Tú sabes qué pasó, ¿verdad? ¿De verdad los hermanos Carrizo están en Francia de verdad hablaste con él por teléfono?

Martos inspiró profundamente.

—Deberías dejar ese asunto.

—Ya te he dicho que no puedo. Tengo que...

—Y yo he dicho que no voy a hablar más de ese asunto. Se acabó. No insistas. —Agitó la cabeza—. Si de verdad tienes problemas con el curro, yo podría encontrarte algo.

—Me gusta el que tengo. Soy buena en él. —Vale, por las buenas no había funcionado. Tendría que pasar a mayores—. Por eso me hago una idea de que no, no hablaste con él. De hecho, te voy a decir lo que pienso que ocurrió: Gema Carrizo desapareció por alguna causa relacionada con Sistiaga. Su hermano empezó a indagar, buscando por ahí hasta tal punto que se hizo molesto, por lo que también le hicieron desaparecer.

—Veo que te gustan las pelis de espías.

—Mucho. Pero Iván fue listo: al saber que se encontraba en peligro, te trajo esa carpeta. Tú te diste cuenta de que tenías entre manos la gallina de los huevos de oro y, en vez de volverte molesto, te uniste a ella y empezaste a desplumarla: un deportivo por aquí, unos muebles nuevos por allá, un piso...

Martos sonrió con media boca.

—No puedes demostrar nada de todo eso.

—Un contrato más que bueno en un periódico que no contrata ni a becarios —siguió enumerando ella—. Un despacho propio para alguien con tu triste carrera. Una posibilidad de ser editor jefe...

—Veo que has hecho tus deberes.

—Siempre los hago. Y no creo que sea muy difícil conseguir pruebas con las que acudir a la policía. Aunque puede que consiguiese más susurrando en los oídos adecuados que me lo has contado todo y que también quiero un piso en la calle Ercilla. Ah, y un descapotable rojo.

Martos se sobresaltó.

—No lo harás.

Natalia sonrió de oreja a oreja.

—Ponme a prueba.

—Eres una zorra.

—Vamos, Martos, que eres periodista. Deberías elegir mejor tus insultos y no caer en un sexismo ridículo. Ni soy una zorra ni tú eres un zorro. Lo que soy es una cabrona, eso sí, y te recomiendo que no lo olvides, porque te aseguro que no bromeo ni estoy jugándome un farol: te meteré en un buen lío. Sin embargo, si me lo cuentas, si me ayudas a aclarar qué pasó, el asunto quedará entre nosotros. Por suerte para ti, no me interesa de una forma directa. Pero necesito saberlo.

El periodista la fulminó con la mirada y se levantó a servirse otra copa. Se bebió dos antes de empezar a hablar:

—Está bien. Joder, está bien. —Al recordar un detalle, cerró las dos claraboyas. Por si eso no fuera suficiente, bajó algo el tono de voz—. No sé por qué cojones recurrió a mí. Hacía meses que no nos veíamos. Iván era un imbécil. No congeniábamos demasiado y no trabajábamos bien juntos, si lo hicimos en su momento fue porque el periódico se empeñó y no hubo más remedio. Dudo que hubiésemos repetido, de poder evitarlo. —Bufó—. Y, de pronto, allí estaba, llamando a mi puerta en plena noche. Llovía un montón, parecía un pollo empapado. No quiso ni entrar, solo me pidió que le guardase esa carpeta y se fue. Juró que llamaría en veinticuatro horas. —Se encogió de hombros—. No he sabido más.

—O sea, que no hablaste con él por teléfono.

Martos titubeó, pero acabó admitiéndolo.

—No. Dejé pasar un par de días y me acerqué a su casa. Nadie sabía dónde se había metido, todo era muy misterioso. Tuve miedo, pero aun así, escribí ese artículo que viste en la web del periódico y revisé la carpeta. Saqué poco de ahí, el nombre de su abogada y poco más. Eva Linaza me habló de un vídeo...

—¿Un vídeo?

—Sí. Por lo que me dijo la señora Linaza, era algo muy comprometedor, por eso estaba tan preocupada por Carrizo, pero yo nunca lo vi. Y ella... Bueno, estaba enferma. Falleció hace unos días.

—Lo sé. —Calibró todo lo oído—. Entonces, contactaste con alguien.

Martos la miró de reojo.

—Me contactaron, para ser exactos.

—¿Quién?

—¿Qué más da? Alguien.

—Ya. Alguien que te ordenó que dijeras que habías hablado con Carrizo. Alguien que paga bien y no quiere que se le busque. Te consiguió el puesto fijo en el periódico y tu artículo sobre la desaparición de Carrizo... *desapareció*, irónicamente. Igual que los vídeos de su canal de Youtube... —Se le ocurrió una posibilidad—. Me pregunto si sería uno de esos, el que te mencionó Eva.

—No, seguro que no. La señora Linaza me dijo que era un vídeo grabado a escondidas en algún sitio. Los de Iván los preparaba él en una habitación de su casa. Además, esos sí los vi. Los últimos vídeos de su canal eran acusaciones más o menos veladas, algo que podría ser considerado molesto, pero no peligroso.

—En todo caso, quien fuese que hizo retirar esos vídeos, es alguien importante. —Recordó un dato más—. Alguien con el poder suficiente como para conseguir incluso que alguna autoridad francesa enviase una información falsa, certificando que los hermanos Carrizo están viviendo allí.

Martos chasqueó los dientes.

—Sí, así es. Pero no sé nada más. No tengo ni puta idea de dónde se metió o qué ha sido de él.

—¿No? ¿No te imaginas nada? ¿No te preguntas qué pasó? ¿No sientes curiosidad? —Al verle encogerse de hombros, frunció el ceño—. Debería darte vergüenza, y más siendo periodista.

—Eh, a ver, que ni siquiera éramos amigos, solo conocidos que ni simpatizaban. Por más vueltas que le doy, no entiendo por qué me dejó a mí la carpeta.

«Yo sí», pensó Natalia. Si solo eran conocidos, era poco probable que quien quisiera la carpeta, la buscara allí.

—¿Les hablaste de la carpeta?

—¡No! ¿Te has vuelto loca? ¿Quieres que desaparezca, como los Carrizo? No, ni hablar. Yo no me meto en nada y no quiero saber nada, eso es lo que pagan. Hay gente a la que no le importa el dinero.

Natalia asintió.

—Héctor Sistiaga.

Martos se removió inquieto.

—No te aconsejo que pronuncies ese nombre, y menos en relación con todo este asunto. Te puedes ver metida en problemas muy serios.

—No te preocupes, sé cuidar de mí misma. —Se puso en pie, dispuesta a marcharse. Ya no tenía más que hacer allí—. Gracias por tu espléndida cena. Un día de estos te invitaré yo a ti, a pollo asado. ¡Y uno entero para ti solo! Ahora, tengo que irme que yo sí que tengo que madrugar mañana.

Martos la miró sorprendido.

—¿Te vas? ¿Ahora? No, de eso nada, no puedes irte. —Frunció el ceño—. Teníamos un trato.

—¿Un trato? —La expresión de Natalia se tiñó de inocencia—. No sé de qué me hablas. Te agradezco muchísimo tu ayuda. Has sido muy amable.

—Ajá. Ya entiendo. —Lanzó la mano hacia delante y la sujetó por la muñeca. Tiró de ella, para estrecharla contra su pecho, y con la otra mano, la enlazó por la cintura, dispuesto a besarla —. Quieres jugar.

—Suéltame —ordenó ella, forcejeando. No pudo soltarse. La retenía con tanta fuerza que hasta empezó a hacerle daño—. ¡Te digo que me sueltes!

—Vete a la mierda. Te he contado algo por lo que podrían... Bah, nada. No me da ningún miedo. No tienes pruebas y yo lo negaría todo, la cosa no iría a mayores, pero si piensas que ahora te vas a ir sin más, sin pagar debidamente por ello, estás muy equivocada. Vas a...

Le interrumpió el inconfundible ruido de la puerta de la calle, al abrirse. Ambos miraron hacia allí, sorprendidos. Martos palideció. Sin soltarla, la arrastró hacia el pasillo y luego hacia el vestíbulo.

Allí, se encontraron con Javier Balboa.

2

Seguirla no había resultado difícil. Solo fue cuestión de aflojar un cable del motor de su coche y tener un taxi esperando al final de la calle. Solía contratar siempre al mismo taxista para sus trabajos, un tipo maduro llamado Gustavo que tenía muchas ganas de retirarse y siempre aceptaba con gusto unos ingresos extra. Justo estaba de servicio esa noche, así que no hubo ningún problema.

Gustavo llevó a Natalia hasta una tasca de tercera, y le pasó la dirección a Javier vía móvil. Gracias a eso, mientras Martos y la díscola señorita Chueca cenaban en una mesita, Gustavo y Javier se tomaban unos pinchos en la barra, bien a cubierto de posibles miradas. Luego, fueron en el taxi al Casco Viejo, tras el vistoso coche de Martos, que resultó muy fácil de seguir.

La suerte siguió sonriéndole al comprobar que el piso de aquel tipo quedaba en un sótano. Vigiló sin mayor problema lo que ocurría en el salón, aunque se quedó sin escuchar la conversación completa porque aquel cretino decidió ser cauto y cerrar las claraboyas. Cuando las cosas empezaron a desmandarse, dudó sobre si intervenir o no, puesto que resultaba obvio que Natalia necesitaba una lección, un anexo práctico al sermón sobre riesgos que le echó en su momento.

Pero cuando Martos la sujetó por la muñeca, no tuvo más qué pensar.

La cerradura del portal estaba rota, así que llegó rápido a la puerta interior. Decidió no llamar al timbre: sacó su llavero, que consistía en un pequeño estuche con ganzúas de distintos tipos, y forzó la cerradura. Quería entrar sigilosamente y darle un buen susto a aquel bobo, pero los goznes de la puerta chirriaron como gatos escaldados, así que acababa de cerrar a su espalda cuando apareció Martos, todavía sujetando a Natalia.

—¿Cómo ha entrado aquí? —le preguntó el periodista. Javier sonrió.

—Secreto profesional.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Javier le ignoró. Clavó sus ojos en Natalia.

—Caramba, pero quién está aquí, y otra vez metida en apuros. La señorita Chueca en persona.

—¿Cómo... cómo...? —empezó ella, siempre sin resultado. La sorpresa desapareció súbitamente, siendo reemplazada por la ira—. ¡Me ha estado siguiendo!

—¿Quién es este? —preguntó Martos, de malhumor.

—Tu peor pesadilla, idiota —le contestó Javier, conteniendo la tentación de lanzarle al otro extremo de la habitación de una patada. A su lado, Natalia resopló.

—Por Dios. Menuda frase lapidaria de película clase Z.

—¿No le ha gustado? Pues ya hablaremos de gustos cinematográficos... también.
—Javier recogió el bolso que Natalia había dejado sobre el mueble de la entrada y se lo tendió—. Nos vamos. Ya.

—¿Es tu jefe? —preguntó Martos. Natalia asintió—. Vaya. Esto sí que ha sido una encerrona.

—¡Yo no sabía que iba a venir!

—Oh. Entonces, dile que se vaya.

—Ni lo sueñes. ¡Y suéltame de una vez!

No lo hizo, de hecho siguió intentando retenerla, pero ella logró librarse por fin, de un fuerte tirón. Chico afortunado. Javier no estaba con ganas de destrozar aquel sótano con una pelea, pero lo hubiera hecho de todos modos.

Natalia le arrebató el bolso al pasar por su lado.

—Vámonos.

Salió sin mirar hacia atrás, salió por la puerta, así que se perdió la expresión asesina de Martos. Javier sí la vio, y no pudo evitar una risita de satisfacción. Seguía riendo cuando se reunió con ella, ya fuera.

—¿Se puede saber qué le hace tanta gracia?

—Usted, señorita Chueca, claro está. —Señaló hacia un lado de la calle, en dirección a la ría—. Tengo el coche por ahí.

—Cogeré un taxi —replicó ella, lacónica, girando para irse por el otro lado. Javier la sujetó por un brazo.

—Ni hablar. Vendrá conmigo. Aún tiene que explicarme un par de cosas.

—¿Cómo qué?

—Como qué estaba haciendo en la casa de ese tipo.

—¡Déjeme en paz! ¿Es que no está claro? Había quedado con él. Quizá me apetecía acostarme con él.

Javier frunció el ceño.

—Vamos, deje de hacerse la mujer fatal conmigo. No está acostumbrada a estos juegos. Apostaría a que no se ha acostado con ningún otro, aparte de mí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque lo sé. Lo supe el día en que la besé, en Artxanda. Besa usted como una niña de dieciséis años.

Natalia jadeó. Una palidez mortal se extendió por sus mejillas. Abrió la boca para decir algo optó por no hacerlo. «Así que estaba en lo cierto», pensó él, sintiendo una satisfacción que solo pudo calificar de absurda.

—¿Pero qué se ha pensado? —replicó ella, finalmente—. No tengo por qué darle explicaciones sobre mi vida privada.

—Y una mierda. —Javier la observó con los brazos en jarras—. No sea presumida. Su visita al antro de Martos no tiene nada que ver con la vida privada de nadie, ni con la suya ni con la mía. Tiene que ver con el caso de Eva Linaza. — Natalia esquivó su mirada—. ¿Por qué no me dijo que había quedado con Martos?

—Porque... porque... —carraspeó. Al parecer, le costaba encontrar las palabras. Cuando al fin lo consiguió, habló en un murmullo casi inaudible—. Porque estoy muy enfadada con usted.

—¿Por lo del otro día? —Natalia asintió—. ¿Por haberla encerrado en su casa? — Volvió a asentir—. ¿Por haber llevado a la mía a esa mujer? —Esta vez, se mordió el labio inferior y no contestó—. ¿Por lo que ocurrió hace tantos años?

Natalia suspiró.

—Por todo, Balboa. Debí decírselo, lo reconozco. Pero, al menos, ha valido la pena. —Empezó a explicarle atropelladamente lo que le había contado Martos. Balboa fue frunciendo el ceño progresivamente—. No es mucho —reconoció al terminar—. Pero ya me sugiere ideas de por dónde tirar, y revisar esta carpeta seguro que nos ofrece muchas más.

—Cierto. Y mañana estaré encantado de ocuparme de ese tema. —Alzó una mano y le acarició la mejilla con los nudillos. Su contacto produjo una descarga eléctrica dentro de Natalia—. Pero, ahora...

Ella le miró con cautela.

—Empiezo a pensar que no ha sido tan buena idea lo de trabajar con usted —dijo, con tono grave—. Creo que será mejor...

Javier le tapó la boca con dos dedos.

—No lo diga. No lo haga, Natalia. —La soltó y la miró fijamente. Empezó a caminar hacia el taxi que les estaba esperando—. Venga.

—¿Adónde?

«Sí, ¿adónde?» Javier hundió las manos en los bolsillos.

—La llevo a su casa —decidió finalmente.

3

El día de la fiesta de cumpleaños de Conchi, Natalia se pasó más de dos horas preparándose.

Se puso el vestido rojo porque quería y porque le había dado la gana. Se hizo un moño, dejando algunos mechones sueltos, se maquilló ligeramente y se calzó los zapatos de tacones más altos que tenía. Tras mirarse en el espejo con un gesto de aprobación, se puso un guardapolvo negro, largo hasta los tobillos, y bajó a la calle.

Su coche estaba aparcado junto al portal. Lo miró con el ceño fruncido, recordando su milagrosa recuperación. Al día siguiente de su cita con Martos, había arrastrado hasta allí al empleado de un garaje cercano, solo para descubrir que funcionaba perfectamente. De hecho, había seguido haciéndolo desde entonces, sin problemas.

Aunque Balboa había negado hasta la saciedad haber tenido nada que ver, estaba segura de que mentía. Cada vez que pensaba en ello sentía unas ganas tremendas de retorcerle el pescuezo.

Balboa... Aquel bellaco no había aparecido en todo el día por el despacho. A primera hora la telefoneó para informar de que no iba a ir, que se verían por la noche, en la fiesta de Conchi, a la que también estaba invitado. Eso era todo. «¿Qué habrá estado haciendo?», se preguntó. A saber. Molesta consigo misma, por preocuparse tanto de algo que carecía de toda importancia, le apartó de sus pensamientos. Había quedado con Conchi en estar en su casa a las ocho, para ayudarla a preparar canapés. Si no se daba prisa, llegaría tarde.

No fue la primera en llegar. Conchi ya había puesto la música a todo volumen y media docena de personas, tres de ellas punkis, una especie de *hipster* y un par de góticos, reían animadamente en la cocina.

Conchi alucinó con su vestido, que además suscitó varios silbidos generales y provocó que el *hipster* se le pegara como una lapa. La presentó rápidamente, sin darle muchas opciones de retener los nombres, hizo desaparecer el guardapolvo y el bolso y le puso delante un montón de panecillos tostados, mantequilla, salmón ahumado, y sucedáneo de caviar.

Tuvo el detalle, eso sí, de servirle una copa de champán, que no dejó de rellenar en ningún momento. Gracias a ello, Natalia no tardó en sentir las burbujas en la sangre

y se contagió del buen humor que reinaba en la casa. No lo hubiera creído posible, pero terminó riendo con las bromas que se intercambiaban en la cocina.

—Álvaro, mete unas cuantas latas de cerveza más en la nevera —le dijo Conchi al *hipster* cuando Natalia terminó su tercera remesa de canapés. No era mala idea, porque se iban a necesitar. Los invitados habían ido llegando en un goteo continuo y el salón, la terraza, incluso el dormitorio, estaban atestados de gente sedienta y con ganas de divertirse—. Las encontrarás en la despensa. —En cuanto el hombre se hubo alejado, Conchi se inclinó hacia Natalia, en tono conspirador—. Me halagaría pensar que te has tomado tantas molestias por venir a mi fiesta, pero, seamos francas, no ha sido por eso, así que ya estas soltándolo todo. Quiero saber a quién pretendes cazar.

—¿Yo? ¿De dónde has sacado esa absurda idea?

—Bueno, no sé. Se me ha ocurrido que, quizá, de otro modo, hubieras venido vestida. —Rio, echando la cabeza hacia atrás, al ver la cara de desconcierto de Natalia—. Venga ya, dímelo. ¿Es por Javier?

—Pero, ¿qué dices? —Se miró. Quizá no había sido tan buena idea ponerse aquel vestido otra vez, después de todo—. ¿Crees que es muy escandaloso?

—Indecente, diría yo. Y también soberbio. Estás espléndida, hermanita pequeña —dijo, como cuando era niña y simulaban que eran hermanas. Natalia sonrió y la abrazó con cariño.

—Tú también, hermanita mayor. —El alcohol siempre la ponía sentimental. Parpadeó para alejar las lágrimas. No era momento para echarse a llorar—. Menuda la has organizado, por cierto —añadió, indicando hacia el barullo de la sala con la cabeza. Álvaro entró en la cocina, pero, al ver que sobraba, metió las cervezas en la nevera y se marchó. Buen chico—. ¿A cuánta gente has invitado?

—A unas doscientas personas. Espero que no vengan todas a la vez. —Natalia la miró asombrada y Conchi hizo un gesto de circunstancias—. ¿Qué quieres? Solo se cumplen cuarenta años una vez en la vida.

—No, claro. —Arqueó una ceja—. Por casualidad, no habrás invitado a mi padre y a mi tío, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Cómo podía no hacerlo?

—¡Oh, mierda! ¿Y qué crees que van a pensar, al verme con esta pinta?

—Pues no sé. Que intentas cazar a alguien, supongo. ¡Son detectives!

Natalia se llevó las manos a la cabeza.

—Tengo que irme. Ahora mismo. Feliz cumpleaños y todo eso, pero debo desaparecer *ya*.

—Vamos, no te pongas histérica. No van a venir. Me agradecieron amablemente la invitación y se excusaron, al igual que lo hicieron Aizgorri y Mendieta, y al igual que hacen siempre, año tras año. Yo sabía que iban a hacerlo, pero tuve que darles la opción. Para mí, han sido como unos padres.

—Uf... —Natalia vació la copa de un trago—. Qué susto me has dado.

—Ya lo veo. ¿No vas a decírmelo? —Al ver que Natalia se bebía otra copa, añadió—: Me gustaría enterarme antes de que te caigas redonda, con la borrachera que estás cultivando.

—Es que estoy nerviosa —se excusó. Conchi esperó, con expresión de inmensa paciencia—. Oh, está bien. Sí, ha sido por Balboa. —Se encogió de hombros—. Soy una idiota, qué se le va a hacer.

—No eres idiota. Javier está muy bueno, es una persona estupenda y tú siempre has estado enamorada de él. Incluso a pesar de lo que pasó.

—Sí, supongo que sí —susurró—. ¿No es absurdo? Ese hombre es un grosero y ur arrogante. No sé si le gusto o si me tiene manía. Tan pronto trata de meterme mano como me manda a la mierda. Me está volviendo loca. Ni siquiera sé si quiero tener algo que ver con él. No, la verdad es que sí lo sé. *No quiero*. —Buscó alguna explicación, para no tener que explicarse—. No es solo lo que ocurrió. Me moriría, si al día siguiente se lía con otra, y me temo que en su vocabulario no está incluida la palabra *fidelidad*. Que yo sepa, babea en cuanto sus ojos se fijan en algo que tenga faldas.

—No seas injusta. Javier siempre ha tenido éxito con las mujeres, pero no es él quien las persigue y nunca ha engañado a ninguna. —Rehuyó su mirada—. Siempre deja muy claro que solo está pasando el rato.

Natalia la miró con la boca abierta.

—Conchi... ¿Tú...? —Tampoco fructificó ese intento. Por suerte, no fue necesario. Conchi asintió.

—Hace muchos años, antes de que tú te liaras con él, así que no te subas por las paredes. Los dos éramos muy jóvenes y nos acostamos unas cuantas veces. Creo que a mí me importó más que a él. Desde luego, no fui yo la que soltó el sermón sobre *nada de compromisos*. Además, siempre supe a qué atenerme. Por aquel entonces, Javier

estaba liado con una abogada, una mujer mucho mayor que él. —Se encogió de hombros, ecuánime—. Luego, supimos ser amigos. Eso es lo que cuenta.

Natalia había fruncido el ceño.

—Esa... esa abogada. ¿Recuerdas su nombre?

—Hum... no sé. Elena, me parece. No, no, Eva. Sí, eso es, Eva Linaza —sonrió—. El apellido ayuda a hacer memoria. De por sí, resulta inolvidable.

—Oh, Dios —musitó Natalia.

—¿Pasa algo?

—No. Supongo que no. —De modo que esa era la razón de que Balboa se tomara tan en serio aquel caso. Eva Linaza había sido su amante. «Claro, cómo no». Y, quizá, también había tenido algo que ver con la hija. Inclino la cabeza y se llevó una mano al rostro—. Ay, Conchi. No debí volver.

—¿Por qué no? ¿Acaso eras feliz en París?

—Sí... No —terminó reconociendo—. Me sentía vacía. Hueca. Igual que en todas partes. Igual que aquí.

—¿Lo ves? Y aquí, al menos, tienes la opción de solucionarlo. Lo mejor que has podido hacer, es regresar. Ahora, rellena esa copa por última vez y vete a la salita. Seguro que encuentras algo potable entre mis amigos. ¡Pero no te olvides de avisarme, de ser así!

Natalia rio y salió de la cocina. En la sala hacía mucho calor, pese a que las puertas de las terrazas estaban abiertas de par en par. Un montón de voces diferentes, sumidas en conversaciones de todo tipo, trataban de superponerse a la música. No había sitio para sentarse, ni apenas para estar de pie. Natalia fue de un lado a otro, sonriendo a todo desconocido que cruzaba los ojos con los suyos.

El *hipster*, Álvaro, surgió repentinamente de la muchedumbre. Tenía una botella de whisky en la mano.

—¿Te gusta el *agua de fuego*, Natalia? —preguntó, con aire conspirador. Ella se echó a reír.

—No especialmente, lo siento. —Le mostró la copa, llena por la mitad—. Además, todavía tengo champán.

—¿Qué tal si hacemos una prueba? —Álvaro vertió whisky en la copa. Los colores se combinaron, hacia un tono ambarino poco halagüeño—. ¿A qué crees que sabrá?

—Ni idea. —Probó un sorbo. No era absolutamente repugnante, pero casi—. Puag

He bebido cosas peores, desde luego.

—A ver. Déjame probar. —Natalia le dio a beber de su copa. Álvaro apenas mojó los labios—. Joder, vaya mierda. Paso.

—Bueno, eres tú el que lo has...

Se detuvo al ver a Balboa, al otro lado de la sala, junto a la puerta de la calle. Él también la estaba mirando. Sus ojos se fijaron en el vestido, en su copa, en su rostro, y luego giraron hacia Álvaro. Natalia sintió que sus huesos se derretían como mantequilla al fuego. Tenía que hacerlo. No podía quedarse toda la vida esperando a que él declarara su amor, aterrorizada, por temor al rechazo.

«No soy una cobarde». Si Balboa solo quería pasar el rato, esa era la noche perfecta. También ella quería ser feliz, aunque solo fuera por unos breves momentos. Aunque fuese gracias a una mentira.

Se bebió la copa de un trago y la tendió a Álvaro.

—Échame un poco más de eso.

—Claro.

Álvaro le rellenó generosamente la copa. Natalia tosió, pero consiguió vaciarla de un solo tirón y su calor le infundió una seguridad en sí misma que no recordaba haber sentido en años. Entonces, se dirigió hacia Balboa. Su idea era caminar seductora y majestuosamente, pese a la molestia de tener que ir esquivando a los grupos de invitados, pero descubrió que sus piernas se habían vuelto de goma y no podía evitar balancearse de un lado a otro. Por suerte, llegó hasta él sin mayores contratiempos.

—Hola, hola, señor Balboa —dijo, arrastrando las palabras. Le veía envuelto en una bruma plateada. ¿Por qué todo estaba tan confuso de pronto? En realidad, tenía gracia y se echó a reír, pese a que él la miraba con aspecto de querer abofetearla. Le cogió por la corbata con una mano y le rodeó el cuello con el otro brazo—. No puede ni imaginarse cuánto le quiero.

—Está borracha —gruñó él. Natalia se tambaleó, uno de sus tobillos se dobló sobre el altísimo tacón de aguja y estuvo a punto de caer. Balboa la sujetó por la cintura—. Maldita sea, ¿por qué lo ha hecho?

—No estoy borracha —protestó, frunciendo el ceño. Le mostró la copa—. Mire, incluso tengo la copa vacía. Vacía. Seca, totalmente seca. —La puso boca abajo, para demostrar que no caía ni una gota. Giró, buscando una botella—. Hum... Tengo que encontrar algo de beber.

—Ni hablar. —Balboa la retuvo y le quitó la copa—. Ya ha tenido suficiente fiesta. Me la llevo a casa ahora mismo.

—Pero, ¿qué dice? Si esto apenas acaba de empezar. Quiero bailar. —Se pegó a él, tratando de fundir sus cuerpos, disfrutando de la textura de su camisa de seda contra la mejilla—. Quiero follar. —Le oyó decir algo, posiblemente una imprecación. No le importó. Era tan agradable estar así... Cerró los ojos—. Quiero olvidarlo todo y volver a sentirme bien, aunque solo sea por unas horas. Solo le pido que, luego, no sea cruel. Me da igual si no me ama. Esta noche, me da igual. Yo le amo por los dos...

—¡Natalia! ¡Natalia! —Abrió los ojos, con la impresión de estar subiendo, de haber surgido repentinamente de un lugar muy oscuro. Se sentía mareada. Balboa la miraba con preocupación. Seguía sosteniéndola entre sus brazos—. Será mejor que me la lleve o vomitará en tu alfombra —le dijo a alguien.

—No me importa la alfombra, pero creo que tienes razón. —Conchi estaba allí, a un lado. ¿Cómo no la había visto antes?—. Te traeré sus cosas.

Natalia miró acusadoramente a Balboa.

—Eres un canalla, Javier Balboa. Un canalla. ¿Por qué te sigo queriendo? —Sintió los ojos llenos de lágrimas—. ¡Oh, Dios! Ojalá pudiera amputarme el corazón.

—Nat...

—Te acostaste con Conchi... ¡Te acostaste con Eva Linaza!

—¿Qué? —Gruñó, contrariado—. Maldita sea. Ya hablaremos de esto cuando seas capaz de contar hasta cinco sin titubear. Te aseguro que vamos a hablarlo. —La sujetó por el cuello y se acercó tanto que Natalia tuvo que entornar los ojos para poder verlo bien—. Eres una mema, señorita Chueca. Única para estropear las buenas ocasiones.

Hubo un momento oscuro, un barullo, y Natalia forcejeó. Estaban intentando envolverla en algo, sofocarla.

—Dejadme. No quiero.

—Póntelo. —Balboa la hizo girar y le metió el otro brazo por la manga del guardapolvo.

—Tengo calor.

—Me da igual. No quiero que te quedes fría. Sería lo que me faltaba.

—Aquí tienes su bolso —dijo Conchi. Sonó una campana y se levantó una corriente de aire. Durante un segundo fue agradable, pero Natalia no tardó en empezar

a tiritar. Balboa la estrechó contra su pecho—. Oh, Dios mío.

—¿Natalia? —La voz, inconfundible, la arrancó de un nuevo conato de desmayo. Natalia miró hacia allí y se encontró con el rostro furioso de Salvador Chueca. Detrás, Santos, agitaba la cabeza—. ¿Qué demonios te...? —Debió deducirlo por sí mismo. Se volvió hacia Balboa—. ¿Cómo te has atrevido?

—Él no ha tenido la culpa. —Natalia tardó unos momentos en darse cuenta de que no había sido ella quien había hablado. Conchi puso los brazos en jarras—. ¡Venga ya! Javier acaba de llegar y le he pedido que se lleve a Natalia a casa. Evidentemente, algo le ha sentado mal. Creo que el salmón.

—¿El salmón? ¿Pero qué dices? —Salvador cogió a Natalia por la barbilla, la levantó, la soltó y la cabeza cayó flojamente a un lado—. ¡Pero si está borracha como una cuba!

—Bueno, pues lo que sea. El caso es que Javier no ha hecho nada.

—Puedo defenderme solo, Conchi.

—Papá, papá, no te enfades —intervino Natalia—. Él no ha tenido la culpa, de verdad. No ha pasado nada. Yo quiero mucho a Javier, pero él no me quiere a mí. Solo quiere fo...

Una mano le tapó la boca justo a tiempo.

—Este sería el momento ideal para desmayarse, Nat —le sugirió la voz de Balboa al oído, sin quitarle la mordaza.

—Ah, maldición. —Salvador la cogió del brazo y tiró de ella—. Dámela. Yo la llevaré a casa.

—No. Yo lo haré —protestó Balboa, reteniéndola. Natalia se sintió como un muñeco roto por el que pelearan dos niños enfadados—. Basta ya, Salvador. ¡He dicho que basta! ¡Suéltala de una vez! —Salvador lo hizo, apretando los labios—. La llevaré a casa —dijo Balboa—. Le haré un café y la meteré en la cama. No te preocupes, no la tocaré. Pero no te sorprendas si mañana cambian las cosas. Y, desde luego, no te atrevas a meterte. Natalia ya es una mujer adulta. Ella decidirá qué hacer con su vida. Y tú tendrás que aceptarlo.

Salvador no dijo nada. Balboa abrió la puerta y arrastró a Natalia al portal. Ella intentó impedirlo, tanto por las preguntas que necesitaba hacer como por el impulso de consolar a su padre, pero se encontró de pronto en la calle.

Casi sin transición, Balboa la metió en un coche.

—Quiero volver —le dijo, cuando él se sentó al volante. Estaba buscando la palanca para abrir la puerta, pero no conseguía encontrarla. Él la empujó hacia el respaldo del asiento—. ¡Déjame en paz! ¿Qué le has hecho a mi padre?

—Nada. No le he hecho nada. —Arrancó y condujo de una forma bastante brusca. Natalia sintió que su estómago daba varios alegres saltos y luego se ponía a hacer el pino—. Ha creído en los Reyes Magos demasiado tiempo, eso es todo.

Natalia no replicó. Estaba demasiado ocupada en controlar las náuseas. Tuvo un éxito relativo. El coche enfilaba ya su calle cuando notó la bilis empapada de alcohol subiendo imparable por su garganta.

—Para. ¡Para! —gritó e intentó abrir la puerta. Esta vez, su mano encontró la palanca por su cuenta. El coche dio un brusco frenazo y se oyeron varios pitidos de claxon. Natalia vomitó aparatosamente en el asfalto.

—¿Pero te has vuelto loca? —le gritó Balboa—. ¡Has podido matarte!

—¿Qué querías, que vomitara en el coche? —protestó ella. Una nueva arcada la retorció en el asiento.

—Si era necesario, sí. Prefiero eso a tener que recoger tu cerebro del asfalto. — Esperó unos segundos. Los pitidos se volvieron más insistentes—. ¿Te encuentras mejor? No es por incordiar, pero hemos detenido el tráfico.

Natalia iba a contestar que sí, que se encontraba mejor, pero volvió a desmayarse. Despertó brevemente cuando pasaban por el portal. Le vio buscando en su bolso. Luego, no supo más hasta que el agua le dio en la cara.

Abrió los ojos, sorprendida. Estaba de rodillas en su bañera, bajo el grifo de la ducha, con el gorro de baño cubriéndole el pelo. Balboa se había arremangado la camisa y le sujetaba la cabeza. El agua salía templada, agradable, pero ella tiritaba.

—Vamos, tranquila. Enseguida estarás bien. —Natalia le dejó hacer. Sentía el cuerpo dolorido y la cabeza anestesiada. Bajó los ojos, fascinada por el giro del agua en el desagüe, y descubrió que estaba desnuda. Pegó un brinco y trató de taparse con las manos. Balboa rio con malicia—. Demasiado tarde, encanto. Ya lo he visto todo.

—¿Cómo... cómo...?

—Ha sido fácil —replicó él, interpretando a su gusto la pregunta—. No llevabas mucha ropa encima, que digamos. —Cerró el grifo y la envolvió en una toalla—. Vamos, sal de ahí. Es hora de ir a la cama.

Al dejar de sentir el agua, la cabeza amenazó con estallarle. Algo golpeaba sus

sienes, desde el interior, con intenciones de cambiar de forma algunos huesos. Balboa le quitó el gorro de ducha, la llevó al dormitorio y la metió en la cama. Salió un momento, solo para traer una taza de café.

—No quiero —dijo Natalia. La sola idea de beber algo, lo que fuera, renovaba el malestar. Balboa se sentó a su lado.

—Solo un par de sorbos. Te hará sentir mejor. —Ella obedeció, con poco convencimiento. No obró ningún milagro inmediato. No la liberó de aquella horrible sensación, pero tampoco la impulsó a seguir vomitando. Luego, sí, luego un agradable calor se expandió por todo su cuerpo, reconfortándola—. Bueno, con eso es suficiente. Ahora, a dormir.

La ayudó a apoyar la cabeza en la almohada, y le dio un beso en la frente. Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Javier... —le llamó, porque quería saber muchas cosas.

—¿Qué? —preguntó él.

Pero ya no pudo decirle nada.

4

Natalia despertó muy temprano, preguntándose por qué se sentía tan mal. Solo recordó lo ocurrido cuando se vio desnuda en la cama, y se llevó las manos a la cabeza. Qué desastre. Qué tremendo desastre. Se había emborrachado estúpidamente, había intentado seducir a Balboa y, encima, por su culpa se había producido un enfrentamiento entre él y su padre.

Dolorida, se levantó y consiguió arrastrarse hasta el cuarto de baño. Pese a la larga ducha, al salir no se sentía especialmente mejor. En la cocina, encontró la cafetera preparada para darle al botón, llena de café y de agua. El detalle casi la hizo llorar como una tonta. Volvió al dormitorio y se puso una camiseta de playa.

Solo entonces abrió un poco la persiana y miró hacia la casa de enfrente. Las ventanas de Balboa estaban cerradas a cal y canto. Probablemente, todavía dormía, como casi todo el mundo en Bilbao un sábado a las ocho de la mañana. Abrió para

ventilar y se puso a recoger la casa. Mientras lo hacía, encontró su vestido y su ropa interior perfectamente doblados en la silla del dormitorio y, debajo, sus zapatos. El guardapolvo y el bolso estaban en el armario.

Vio un poco la tele mientras desayunaba café con tostadas y se quedó dormida otro rato en el sofá.

La despertó el timbre de la puerta. Natalia entreabrió los ojos y miró el reloj que tenía en una balda de la vitrina. Era casi la una. Sorprendida, se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño.

—¡Un momento! —gritó, mientras se miraba en el espejo. Despeinada, pálida y ojerosa, esa era la descripción que mejor le iba. Y, para ser exactos, por dentro se sentía exactamente igual. Como no podía hacer mucho al respecto, no hizo nada. Se dirigió a la puerta y abrió. Tal y como había imaginado, al otro lado del umbral estaba Balboa. No pudo sostener su mirada—. ¿Sí?

—Espero no haberte despertado. Quiero hablar contigo.

Natalia deseó encontrar alguna excusa que hiciera imposible la estéril conversación que se avecinaba. Pero no la encontró.

—Claro. Pasa, por favor.

Le llevó hasta la sala, nerviosa. No podía ni sentarse, así que se quedó de pie. A él no pareció importarle.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó. Natalia apartó unos mechones que caían sobre su mejilla, sujetándolos detrás de la oreja.

—Como si me hubiera atropellado un tractor. —Trató de sonreír—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café, un refresco?

—No, gracias. —Se quedó junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros—. Tenemos que hablar.

—No, en realidad, no. Entre nosotros ya está todo dicho. Pero debo disculparme. Supongo que di un desagradable espectáculo anoche. Estoy realmente avergonzada. Te agradezco que me trajeras a casa. Te portaste muy bien conmigo.

—¿Qué querías que hiciera? —Balboa se le acercó y acarició un rizo que había vuelto a soltarse—. Anoche dijiste que me amabas.

—No estoy segura de lo que dije. —Dudó, pero se sentía demasiado cansada de fingir ante los demás, y de mentirse a sí misma—. Pero eso es cierto y lo sabes. Es una pena que también te odie. —Negó con la cabeza ante la pregunta que expresaban

los ojos del hombre—. Deberías irte, Javier.

—No, señorita Chueca. Esta vez, no vas a librarte de mí tan fácilmente.

Natalia tragó saliva. Sabía de qué quería hablar él, pero no estaba segura de estar preparada para ello, de modo que se salió por la tangente. Retrocedió, casi de un salto, y huyó hacia el pasillo.

—Yo sí necesito café.

Tenía toda la intención de esconderse en la cocina hasta recuperar el control, pero lamentablemente Balboa la siguió hasta allí, se sentó en una silla y se cruzó de brazos, y a ella no se le ocurrió ninguna razón con la que echarle. Y, aunque trató de ignorar su presencia, sintió en todo momento su mirada clavada en la espalda, casi como si sus pupilas fuesen carbones encendidos.

—Me estás volviendo loco, Nat —le dijo, de pronto—. Seguro que lo sabes.

—Oh, Dios... —susurró ella, apoyando la frente en la puerta del armario del que acababa de sacar el paquete de café y los filtros. Hubiera querido volverse y mirarlo, y descifrar su expresión, pero no se atrevió.

—Yo... —Balboa carraspeó—. No sé. Hay muchas cosas que me gustaría decirte, pero no me atrevo. Supongo que básicamente puede reducirse al hecho de que no podemos continuar así. Te lo pido por favor, basta ya. Estoy cansado de esta guerra.

«No lo permitas. No lo permitas, Natalia», se dijo ella, buscando en su interior algún rescoldo de ira, pero no lo encontró. También ella estaba cansada, absolutamente agotada. Últimamente, reconoció con sorpresa, su odio había derivado hasta convertirse en un simple formalismo. Odiaba porque tenía que odiar, sin ninguna emoción que avalara la existencia de ese odio. Era como una cáscara, dura y vacía.

El descubrimiento la asustó.

—No digas nada más. No merece la pena que sigas, Javier.

—¿No? Yo creo que sí. Si tú quisieras, podríamos... podríamos intentarlo otra vez. —Ella negó con la cabeza—. ¿Por qué no, Nat? Ahora, ambos somos mayores y más sabios... Sobre todo yo.

—¿Eso crees? —Echó el agua en la cafetera y pulsó el botón—. Quizá tengas razón, pero pierdes el tiempo. No tengo la más mínima intención de arriesgar el poco amor propio que me queda yéndome a la cama contigo. —Entonces sí se volvió, y le miró directamente—. Ya tuve bastante con una vez.

Balboa palideció. Durante un momento, no supo qué decir. Obviamente, le había

tomado con la guardia baja.

—¿Por qué? ¿Por qué vuelves siempre a lo mismo? Por Dios, yo no soy la misma persona que entonces, de la misma forma que tú no es la misma niña. ¿Cuánto tiempo vas a seguir condenándome por lo que hizo aquel muchacho cruel y estúpido, demasiado dolido como para que le importara el dolor de los demás? Ya te he dicho que lo siento. Lamento muchísimo, de verdad, muchísimo, lo que ocurrió, no hay un solo día en que no desee poder volver atrás y cambiar el pasado. ¿Qué más quieres? ¿Que me corte las venas?

—Sus disculpas se han demorado diez años, señor Balboa. —Natalia sonrió con amargura—. Me perdonará si tardo el mismo tiempo en aceptarlas.

Balboa respiró con dificultad.

—¿Por qué insistes en darle vueltas a aquello? —gritó, repentinamente furioso. Arrastró la silla, se puso en pie y caminó de un lado a otro, hasta detenerse a su lado, enfrentándola—. ¡Tan malo no debió parecerte! ¡Que yo recuerde, te corriste como una loca! —Natalia se ruborizó. Se volvió hacia el armario para sacar unas tazas, pero él la cogió por los brazos y la zarandeó—. ¡Sí, es cierto, te quité tu bendita virginidad, y luego te insulté brutalmente y te dije que no quería volver a verte, pero te provoqué un orgasmo, no fui tan egoísta como para divertirme yo solo, joder! ¡¿Por qué te empeñas en convertir aquello en el fin del mundo?!

—¡Porque me dejaste embarazada, maldito hijo de puta! —estalló Natalia, perdiendo los nervios. Balboa se quedó paralizado. También ella se sorprendió. Nunca, en toda su vida, había pensado decírselo. Se llevó una mano a la boca, e hizo un esfuerzo evidente por contener las lágrimas—. Me dejaste embarazada....

—¿Qué dices? —Balboa negó con la cabeza, soltándola, como si su contacto le hubiera quemado—. No... no es posible, tuve mucho cuidado. Usé un condón. No podía ser mío.

Los ojos de Natalia se abrieron de par en par. Alzó la mano que había cubierto sus labios y le dio una bofetada que restalló con fuerza en la silenciosa cocina. Luego, se dirigió a la puerta. Balboa la sujetó por un brazo.

—¡Déjame! —Le apartó de un empujón—. ¡Era lo único que me quedaba por oírte, cerdo! ¿Qué te has creído? ¿Acaso piensas que con dieciséis años yo saltaba de una cama a otra alegremente? ¡No sé como ocurrió, pero, por mi madre muerta que estoy segura de que era tuyo! —Apretó los puños, temblando—. ¡Vete de mi casa! ¡Quiero

que te vayas, ahora mismo!

Balboa no le hizo caso. La envolvió entre sus brazos y la retuvo contra su pecho hasta que dejó de luchar. Entonces, Natalia se derrumbó y estalló en sollozos, aferrada al cuello de su chaqueta. No se opuso, cuando trató de consolarla acunándola y acariciándole el pelo. No supo cuánto tiempo estuvieron así.

—¿Dónde está? —le oyó preguntar. Ella se puso rígida, con todo el cuerpo acalambrado en una dolorosa tensión. Se apartó de su lado y dio dos pasos hacia atrás, mirando al suelo. Balboa se alarmó—. ¿Dónde está el niño, Natalia?

Natalia sintió la garganta seca. «¿Dónde? ¿Dónde?» El vacío que habitaba en su interior rugió y se hizo tan voraz que estuvo a punto de consumirla por completo. «¿Hay algún lugar para los seres realmente puros, para los niños que nunca pudieron aprender a reír, los que nunca tuvieron la oportunidad de jugar o de elaborar sueños de algodón dulce?»

Ella esperaba que sí. Necesitaba creerlo o se volvería loca.

—Tuve un aborto espontáneo —respondió con voz átona—. No sé, supongo que estaba demasiado nerviosa, demasiado hundida y triste. Había perdido a mi madre, me había pasado... eso contigo. Quizá se murió de pena, el pobrecito, en mi interior. A veces, cuando otros hablan de embarazos adolescentes y dicen que mejor abortar o mejor perderlo, que luego ya lo olvidarán y harán una vida normal, me pregunto por qué la gente habla de cosas que ni les incumben ni pueden entender.

—Natalia...

—Mi niño... Este verano, hubiera cumplido diez años. Nunca lo olvido, jamás. No puedo olvidarlo. Oh, Dios... —Se dejó caer al suelo de rodillas. Balboa se limitó a mirarla—. Estoy muerta, muerta, muerta, tan muerta como mi hijo, mi pequeño, mi bebé... —Se abrazó el vientre, con la absurda idea de poder recuperarlo, como había hecho tantas y tantas veces—. ¿Por qué... por qué me destrozaste así, Javier? ¿Qué mal podía haberte hecho aquella niña tonta y enamorada?

—Nada, Natalia —susurró Balboa. Se llevó las manos a la cara y sollozó. Permaneció así unos segundos. Luego, se miró las palmas húmedas, sorprendido—. Tú no me hiciste nada. Yo tengo la culpa, tengo la culpa de aquello, y de todo lo malo que ha ocurrido desde entonces.

—Eso no...

—Deja que hable, por favor. En aquel momento, solo podía pensar en cómo

hacerle daño a Salvador y tú eras el medio ideal. Tienes razón, soy un canalla. Pero te juro que, si me lo hubieras dicho, no hubieses tenido que estar sola. Aunque, claro, comprendo que no me lo dijeras.

—Nunca. No podía. Ni siquiera sé cómo he sido capaz de hacerlo ahora.

—Lo entiendo. —La cafetera lanzó un resoplido de vapor. El café estaba hecho y llenaba la cocina con su aroma intenso. Balboa lo miró, sin verlo, a través de las lágrimas, que fluían ya libremente por sus mejillas—. Yo... Será mejor que me vaya. Si necesitas cualquier cosa, llámame.

Natalia asintió apenas. No se movió ni siquiera al oír que se cerraba la puerta de la calle. Jamás hubiera pensado que algún día vería llorar a Javier Balboa, siempre tan fuerte, tan seguro de sí mismo, tan inmune a todo. Pero claro, la noticia que acababa de recibir no era para menos. Al fin y al cabo, ella había tenido diez años para asimilar un dolor que él percibía en ese momento por primera vez, y con gran crudeza.

Quizá debería dejarlo solo, para que asimilara la noticia, pero de pronto comprendió que no podía hacerlo. Había algo de egoísmo en el impulso que la llevó a dejar su casa, caminar por el portal y llamar a la puerta de Balboa. Le necesitaba. Todo su cuerpo bullía de ansia, de deseo de ser abrazada y consolada por la única persona con la que podía compartir plenamente aquella pérdida.

Javier tardó varios minutos en abrir, apenas una rendija, aunque, cuando comprobó que era ella, amplió el espacio. Natalia bajó la cabeza, sintiéndose agotada.

—No puedo perdonarte —susurró.

—Lo entiendo. Créeme, lo entiendo perfectamente. Yo tampoco puedo perdonarme. —Extendió una mano, con intención de tocarla, pero no se atrevió y la cerró en un puño, en el aire—. No sé... no sé qué puedo hacer.

Natalia cubrió el puño con una mano y lo acarició. Luego, arrastrada por el mismo impulso que la había llevado hasta allí, se arrojó entre sus brazos.

—Abrazame —pidió con voz ahogada—. Hazme el amor, Javier. Me siento tan...

No pudo acabar la frase. Balboa se había inclinado sobre ella y sus bocas se unieron en un beso que llegaba con años de retraso. Natalia se sintió arrastrada hacia el interior del piso, mientras él cerraba la puerta, impulsándola con el pie. La alzó por la cintura y la llevó al dormitorio, donde encendió la luz de un manotazo impaciente. Antes de llegar al colchón, ya le había arrebatado la camiseta de playa, y sus dedos se

cerraron sobre sus pechos, erizando sus pezones, que se pusieron duros bajo sus caricias.

—Nat... Nat... —murmuró enfebrecido. Ella quiso pronunciar también su nombre, pero no pudo. De hecho, se creía incapaz de articular ningún sonido, por eso le sorprendió tanto el grito de placer que escapó de su garganta cuando Balboa atrapó un pezón entre sus dientes y lo lamió. Allí, de pie junto a la cama, deslizó una mano por el elástico de las diminutas bragas e investigó en el suave vello de su monte de Venus. Sonrió, al encontrarla húmeda y dispuesta. Natalia jadeó—. Abre las piernas, preciosa. Ábrete a mí.

Ella así lo hizo, y casi enloqueció cuando los dedos del hombre frotaron con innegable pericia el sensible botón que escondían los pliegues. Hacía tanto, tanto tiempo... Balboa se dedicó a dibujar con la punta de la lengua el otro pezón, círculos y círculos que parecían hacer crepitar su piel. Le bajó las bragas hasta las pantorrillas, sin molestarse en quitárselas de todo, metió una rodilla entre sus piernas y se dejó caer sobre el colchón, con ella debajo.

Natalia le ayudó a librarse de su camisa y sus pantalones, con dedos tensos por el deseo. El miembro de Balboa, caliente, duro, totalmente erecto, quedó libre, y él lo restregó lentamente contra su vulva, mientras la mantenía firmemente sujeta por las nalgas, para aumentar en lo posible la presión del contacto.

El cúmulo de sensaciones resultaba tan intenso, tan potente, que Natalia no era capaz de hilvanar ningún pensamiento con sentido. Balboa subió por su cuerpo, besó sus sienes, sus mejillas, sus ojos, se demoró en sus labios y luego inició un nuevo descenso que culminó eones después sobre sus pechos.

Para entonces, Natalia sollozaba de pura necesidad; sentía un vacío, intenso, doloroso, y se aferró a Balboa, segura de que solo él podría llenarlo.

—Ahora, Javier. Ahora, por favor —suplicó—. Necesito sentirte dentro.

Balboa alzó la cabeza y la miró a los ojos, de muy cerca. Le dio un suave beso en los labios.

—¿Tomas la píldora? —Ella parpadeó, sorprendida y tardó unos momentos en recuperar el juicio, al menos lo suficiente como para poder negar con la cabeza—. No, claro que no. Qué preguntas hago.

Se quedó unos instantes pensativo y Natalia intuyó lo que estaba pasando por su cabeza. Se estremeció. «Dame un hijo», gritó en silencio. «Dame un hijo. No podré

ocupar el lugar del otro, pero ayudará a aliviar el dolor de la pérdida».

Pero Balboa no lo oyó o no quiso escucharlo. Suspiró, se estiró hasta la mesilla y sacó del cajón un preservativo.

Se lo colocó con una destreza que hablaba de muchas ocasiones idénticas, muchas mujeres, muchas camas. La punzada de amargura atravesó a Natalia de lado a lado, y estuvo a punto de estropear el momento, pero Javier volvió a asaltar su cuerpo y en segundos logró desencadenar una nueva hoguera sobre los rescoldos de la anterior.

Natalia sintió que algo muy duro intentaba abrirse paso en ella. Cerró los ojos, e inspiró profundamente, dispuesta a saltar al abismo.

Para su agonía, Balboa se detuvo.

—¿Javier? —susurró. Él le cogió el rostro entre las manos.

—¿Recuerdas lo que te dije, la otra vez? —preguntó, con la voz ronca por el deseo.

«Mírame».

—Sí, lo recuerdo —admitió, y durante un segundo se sintió feliz al darse cuenta de que también él lo recordaba, justo antes de pensar que, quizá, era algún ritual que seguía siempre, con todas. Pero, no, no podía ser. Era algo demasiado íntimo, demasiado suyo. No quería aceptar que lo hubiese compartido con ninguna otra.

—Mírame —dijo él, en voz alta, como aquella tarde calurosa, diez años atrás—. No apartes los ojos de mí, Natalia —continuó, mientras la penetraba lentamente, abriéndose paso muy poco a poco pero con absoluta determinación, hasta invadirla por completo. Enredó los dedos en sus cabellos, clavándola en la almohada—. Quiero ver en tus pupilas el placer que te provoco. Quiero tu cuerpo y tu alma. Lo quiero *todo*.

Natalia sollozó cuando por fin le tuvo dentro, y una oleada de calor se extendió desde su vientre por todo su cuerpo. Balboa la miró, con los dientes apretados, jadeando por el esfuerzo de contenerse. Volvió a salir, hasta casi abandonarla por completo, y luego entró, iniciando un movimiento continuo, lento, devastador. Ella trató de acelerarlo, agarrándole por las nalgas, intentando impulsarlo con más fuerza, pero él rio quedamente y mantuvo aquel ritmo cadencioso durante un tiempo que le resultó eterno y, a la vez, infinitamente breve.

En aquel vaivén enloquecedor, Natalia se convirtió en un filamento nervioso, en un gemido continuo, en placer puro y volcánico. Cuando, finalmente, Balboa aceleró,

profundizando también sus penetraciones, estaba segura de que no podría sobrevivir a la experiencia.

—Yo... Javier...

—Estás a punto de correrte, ya lo veo —musitó él. La aferró, con una mano en la frente, otra sobre un pecho—. Vamos, preciosa, vamos. Sube al cielo, y llévame contigo.

La había estado esperando y sabía que iba a ser intensa, pero la oleada de placer superó todas sus expectativas. Estalló en su vientre y se extendió por su cuerpo como una marea impetuosa e imparable, una inundación que lo arrasaba todo a su paso. Natalia culebreó bajo el cuerpo de Javier, le hincó las uñas, se retorció gritando enloquecida, incapaz de mantener atrapado en su interior semejante torbellino de sensaciones. Subió y subió, impulsada por una fuerza titánica, y estalló en una amalgama de luces y destellos incandescentes que vibraron por todo su cuerpo.

Oyó, casi a lo lejos, el grito de Balboa, consumido en su propio orgasmo y, mientras descendía hacia una paz oscura y satisfecha, se sintió, por fin, muy viva.

5

Un lunes más, en el arriesgado mundo de los detectives privados.

El despacho hubiese estado absolutamente silencioso, de no ser por el ligero zumbido del ordenador. Nada de disparos, nada de asesinos, ningún puñetazo, ni grande ni pequeño. Natalia consideró seriamente la posibilidad de que la goma de borrar la atacase, pero, por supuesto, permaneció inmóvil sobre el escritorio, totalmente inofensiva.

«A menos que la esnife», se dijo, y lanzó una risita. Como estaba sola en el despacho, nadie le preguntó nada al respecto.

Echó una mirada irritada hacia la mesa vacía de Balboa. A las ocho había entrado en el despacho, lleno de energía, como si no hubiese pasado casi dos días sin apenas pegar ojo metido en la cama, y tuvo la audacia de decirle, delante de Isabel: «Señorita Chueca, tiene aspecto cansado. ¿Muy ajetreado, el fin de semana?». Luego

había dictado tres cartas, repasado dos asuntos, atendido a un nuevo cliente y, a las diez en punto, se había marchado a hacer el único trabajo interesante que tenían entre manos: investigar aquella clínica de Artxanda.

¿Peligroso? Bah. Y, aunque lo fuera, ¿por qué tenía que apartarla del asunto, como si fuese una novata incompetente?

«Bueno, que se vaya a la mierda». Se sentía bastante satisfecha de sí misma. Esa mañana, un abogado amigo de Balboa les había contratado para localizar algún posible heredero de un difunto, y ya había encontrado en Murcia un sobrino del que nadie sabía nada. ¡Para ser novata, no estaba nada mal! Con el pago de ese servicio, acababa de conseguir que el despacho siguiese abierto un par de meses más, y estaba deseando informar personalmente de la noticia al idiota de su jefe.

Estaba regodeándose, imaginando la expresión sorprendida y admirada del rostro de Javier, cuando llamaron a la puerta. Isabel se asomó.

—Natalia, está aquí el señor Garmendia, el fotógrafo. Quiere hablar con el señor Balboa. ¿Le atiendes tú?

Roberto Garmendia. Natalia recordó lo molesto que se mostró Javier cuando aquel hombre coqueteó descaradamente con ella. Garmendia era muy atractivo, seguro de sí mismo y tenía un aire peligroso que no permitía que pasase desapercibido. En todo eso, se parecía a Balboa. Estaba segura de que Garmendia no pondría objeciones si decidía intentar seducirle, todo lo contrario.

Se preguntó si iniciar una relación con un hombre así conseguiría sacar a Javier Balboa de su cabeza y, aunque no estaba segura de la respuesta, consideró adecuado intentarlo.

—Claro. —Se puso en pie, reprimiendo un gesto de dolor. Tras la intensa actividad del fin de semana, tenía agujetas en puntos que nunca hubiera sospechado que existieran—. Dile que pase.

En el minuto escaso que tardó Isabel en hacer entrar al fotógrafo, Natalia se pasó una mano por el cabello y se aseguró de llevar convenientemente desabotonado el vestido. Era negro, con grandes flores fucsias, abotonado de arriba abajo, aunque ella solía llevar sueltos dos botones superiores y casi cinco en la falda, hasta medio muslo. Sabía que le sentaba bien, y pudo ver que Garmendia pensaba lo mismo en cuanto sus ojos se cruzaron.

—Señorita Chueca —dijo, con un gesto de cabeza. Sin ser tan alto como Balboa

resultaba más intimidatorio, por sus anchas espaldas. Ese día, llevaba vaqueros, camisa blanca y una chamarra de aviador. Tenía el aspecto de un hombre dispuesto a todo y capaz de menudencias tales como salvar el mundo varias veces—. Gracias por recibirme.

—No hay de qué, señor Garmendia —replicó ella, tendiéndole la mano con aire profesional. Él la tomó y la retuvo un segundo más de lo debido. Cuando Natalia la recuperó, un tanto aliviada, la usó para señalar una silla que había junto a su escritorio, lo suficientemente cerca como para no impedir que Garmendia viera sus piernas, pero lo bastante lejos como para no sentirse amenazada—. El señor Balboa ha salido, y no tengo idea de cuándo volverá. ¿Puedo yo ayudarle en algo?

—Pues no estoy seguro. —Garmendia se sentó, la miró de arriba abajo, fijándose en la abertura del vestido, y sonrió carismáticamente—. Al menos, en cuanto al trabajo.

Natalia le devolvió la sonrisa.

—Usted dirá.

—Verá, es por lo del asunto de las fotografías. Contacté con uno de los criados de la casa y por fin parece dispuesto a permitirme entrar para instalar una cámara en el dormitorio desde... Bueno, los detalles técnicos son lo de menos. El caso es que ese criado, por supuesto, no me abre las puertas por amor al arte. Me pide mil euros, por adelantado. Vamos, que ni siquiera me permitirá entrar en la casa si no le pago primero. Como la cita del magistrado con la señora es esta tarde, necesito el dinero cuanto antes, para tener tiempo de preparar las cosas. Habitualmente, cuando surgen gastos de este tipo, es Javier, el señor Balboa, quien se hace cargo de ellos.

—Entiendo. —Natalia frunció el ceño, pensativa. Balboa no le había dado permiso para usar los fondos del despacho y sabía que en la caja no habría más de ciento cincuenta o doscientos euros. Claro que, sugerirle a Garmendia que los adelantase él, no parecía muy profesional. Se puso en pie y se dirigió a la puerta—. Espere un momento.

—Por supuesto —dijo él, mientras se cruzaba de brazos con aspecto de ir a esperar sentado los dos próximos milenios. Natalia rio, salió al pasillo y se dirigió a la mesa de Isabel. Como siempre, la encontró hablando por teléfono.

—Isabel... No, no cuelgues —le advirtió, al ver que la secretaria se disponía a hacerlo precipitadamente—. No quiero interrumpir tu conversación con tu novio, pero

quiero saber si tú tienes firma en la cuenta bancaria del despacho, para disponer de los fondos si no está el señor Balboa.

—¿Yo? —Isabel la miró sorprendida—. Pues no.

—Lo sospechaba —gruñó Natalia. Balboa era listo. Isabel podía sentirse repentinamente tentada de comprarse una nueva laca de uñas o cualquier otra cosa. Iba a marcharse, pero se volvió en el último momento. La muchacha ya tenía otra vez el auricular en la oreja—. Dame la chequera, anda. Y alguna muestra de la firma de del señor Balboa.

Aunque la conocía, necesitaba un modelo, no podía fiarse de su memoria para algo así. Isabel lo hizo. Le tendió una de las cartas que Balboa había dictado esa misma mañana. Tal como recordaba, tenía una firma bastante retorcida, pero, tras tres intentos, le quedó lo suficientemente bien como para estamparla en un talón. Al verla, Isabel lanzó un silbido.

—Caramba, Natalia. Es idéntica.

—Virtudes que tiene una. —Siempre se le había dado bien reproducir letras y firmas ajenas. ¡Qué gran falsificadora se había perdido el mundo del hampa!, rio para sí. Rellenó el talón y lo arrancó—. Oye, ¿tu novio trabaja?

—No. Es biólogo, pero está en paro. ¿Por qué?

—Estoy pensando en sugerirle al señor Balboa que le dé algún trabajo aquí. Le saldrá más barato que pagar las facturas de teléfono.

Isabel era un espíritu cándido. Pasó por alto la ironía y se quedó solo con el mensaje superficial. Una enorme sonrisa iluminó su rostro.

—¡Oh, caramba, Natalia, eso sería genial! ¿Emilio? —dijo, al teléfono—. ¿A que no sabes? Es posible que vengas a trabajar aquí.

Natalia entornó los ojos, preguntándose si Balboa la estrangularía cuando se enterase del supuesto aumento en su plantilla y volvió al despacho. Garmendia había encendido un cigarro y se había acercado el apestoso cenicero de Balboa.

—Espero que no le importe —dijo, agitando en el aire el humeante cilindro. Sacó un paquete del bolsillo—. ¿Quiere uno?

—No, gracias, no fumo. —Endulzó el rechazo con una sonrisa y se sentó en su silla. Le entregó el talón—. Aquí tiene.

Garmendia lo dobló, y se lo guardó en un bolsillo interior de la chamarra.

—Es un auténtico placer hacer negocios con usted, señorita Chueca.

Ella se echó a reír.

—Supongo que yo le diría lo mismo, si me diera un talón por mil euros. Ahora, por favor, firmeme un autógrafo —añadió, tendiéndole un recibo.

Garmendia lanzó una carcajada y estampó su firma.

—Le aseguro que este despacho ha mejorado un montón en los últimos tiempos. — Al devolverle el papel y el bolígrafo, la miró de una forma peculiar—. Conozco a Balboa desde hace muchos años, somos muy buenos amigos, por eso no me gustaría meter la pata. ¿Hay algo entre ustedes?

—Claro. Es mi jefe.

—Sabe que no me refiero a eso.

Natalia le observó pensativa, mientras analizaba el giro que había dado su vida durante los últimos días. Pero, no, no debía engañarse. No había habido ningún cambio de rumbo. Balboa le había hecho el amor siempre que podía, pero en ningún momento había hablado de sentimientos o de un mínimo interés. No le había dicho que quería una relación estable, ni había preguntado qué iban a hacer, si tenían un compromiso o no.

A ratos, Natalia había tenido la sensación de que Javier Balboa se estaba dedicando a su deporte favorito: follar.

—No, no hay nada personal entre nosotros —aseguró, sintiendo que las palabras dejaban un regusto amargo en su boca.

—Me alegra saberlo. Eso me da pie a invitarla a cenar.

Natalia arqueó ambas cejas.

—La última vez que un hombre me dijo eso, me convidó a unas cazuelitas de callos.

—¿Eso hizo? —Garmendia agitó la cabeza—. Qué ser patético. Espero que le mandara al infierno.

—Algo así. En realidad, no me hubieran importado las cazuelitas, si él hubiese merecido la pena. Pero tenía defectos peores.

—Me alegro, de otro modo quizá ahora siguiera con él. Entonces, ¿acepta? ¿Qué tal el jueves por la noche? —siguió, sin esperar respuesta a su primera pregunta—. Para entonces, habré terminado con este trabajo. Podemos hablar de los detalles cuando venga a entregar las fotos.

«¿Por qué no?», se dijo Natalia. Era algo que le apetecía, una circunstancia que no

le había ocurrido nunca, hasta entonces. Salir de verdad, no por trabajo, como con Martos, sino tener una cita auténtica. Cenar, divertirse, quizá bailar... Tuvo la impresión de que la experiencia con Balboa había empezado a curar las heridas.

—Muy bien —aceptó, poniéndose en pie para acompañarle a la salida—. Cenaremos el jueves.

6

Javier bizqueó, deslumbrado por el sol del mediodía, mientras contemplaba el idílico jardín en el que paseaban los pacientes de la ANCIENT MEDICAL LOR]. Vestidos de blanco, en aquel entorno paradisíaco, parecían ángeles en un lejano e inalcanzable Edén. «Quizá no tarden en serlo», se dijo, con una punzada de lástima, al reparar en una jovencita, prácticamente una niña, que jugaba con una muñeca, sentada en el césped, junto a una fuente. En momentos así, se sentía increíblemente afortunado.

Javier era, ante todo, un hombre ecuánime. Su vida podía haber sido una mierda, un auténtico asco, pero siempre había cosas mucho peores.

—Un lugar precioso —murmuró. A su lado, Diego Zulueta, el director del Centro, sonrió.

—Consideramos prioritario que nuestros huéspedes se sientan lo más felices posible —aseguró. A Javier no se le había pasado por alto que en ningún momento se había referido a los internos como pacientes, siempre los llamaba *huéspedes*, como si fuesen clientes de un hotel selecto. De no ser por los uniformes de enfermeras y celadores, y por los camisones de los internos, la ilusión hubiera sido completa; pero incluso Zulueta llevaba su bata blanca de médico—. Estoy seguro de que la calidad de vida de su esposa mejorará enormemente si decide unirse a nosotros. Por supuesto, no quiero influenciarle —añadió, con amabilidad—. Es decisión suya.

—Por supuesto. —Javier asintió. Esa era la excusa que había dado para echar un vistazo en el sitio: que tenía una esposa enferma, que llevaba demasiado tiempo tratándose sin una evidente mejora, por lo que estaba buscando una alternativa.

—Bien, con esto concluye el paseo por las instalaciones. —Zulueta movió una

mano en el aire, indicándole la puerta de acceso al edificio. La clínica era una construcción hermosa, de tipo colonial, nada habitual en Bilbao. De madera pintada de blanco, con grandes balcones, columnas en el amplio porche, y oscuro tejado a dos aguas, parecía más propia de un lugar como Nueva Orleans—. Si tiene alguna pregunta, no dude en hacerla, por supuesto.

—En cuanto al lugar, no tengo ninguna queja —dijo Javier, subiendo las escaleras que llevaban al despacho de Zulueta. Se detuvo ante una columna en la que había distintas placas con nombres de donantes. Sus ojos se movieron rápidos, hasta centrarse en un nombre: Héctor Sistiaga—. Veo que reciben muchas donaciones privadas.

—Así es. —¿Había sonado evasivo? Quizá él estaba siendo demasiado suspicaz—. Bien, lamento tener que decirle que dentro de unos minutos debo estar con un huésped. ¿Hay alguna otra pregunta que desee plantear?

—No. Todo está bastante claro. Le agradezco muchísimo el tiempo que me ha concedido.

—Ha sido un placer. Si finalmente decide traer a su esposa, estaré encantado de atenderla. —Le tendió la mano y se la retuvo, cuando la estrechó—. Un último detalle, señor Quiroga. ¿Puede decirme quién nos recomendó?

—Oh. Fue por una amiga. Ingresó aquí para recibir tratamiento.

—Me alegro de que así haya sido. ¿Y quién era? Seguramente recordaré el nombre.

—Linaza. Eva Linaza.

Esperaba alguna reacción por parte de Zulueta, y la obtuvo. El médico parpadeó, no fue capaz de disimular un sobresalto. Eso sí, se recuperó rápidamente.

—Oh. Eva Linaza, una mujer encantadora. Lamenté muchísimo no haber tenido éxito en su tratamiento.

—Me sorprendió enterarme de su muerte, sí. La había visto pocos días antes y parecía estar superando la enfermedad.

Zulueta se ruborizó hasta las orejas. Carraspeó, tratando de mantener la calma.

—A veces hay periodos de aparente mejoría, pero no son reales. Le aseguro que, cuando llegó aquí, el mal ya estaba muy avanzado. No debí admitirla, supe desde el principio que era un caso perdido, pero qué se le va a hacer, yo también sueño, siempre, con la posibilidad de un milagro.

Javier hizo una mueca.

—Hay batallas que no se pueden ganar. —Él estaba pensando en esa que estaban librando en ese momento. Zulueta era culpable, pero no podía acusarle abiertamente de nada. No tenía pruebas, lo único que conseguiría, de empeñarse, sería ser expulsado del recinto de la clínica, y quizá tuviera que volver algún día en el futuro. De momento, lo mejor que podía hacer era dejad de presionar y seguirle el juego.

—Sí, supongo que así es —asintió el médico, aliviado—. Pero algunos pensamos que siempre hay que intentarlo, siempre. —Javier hizo un gesto de comprensión—. Si le digo la verdad, me sorprende que, con ese dato, se haya animado a pensar en ingresar a su esposa.

—Sinceramente... si no fuera una situación desesperada, no lo haría. Pero como le he explicado, su caso está desahuciado.

—Ya. Muchos de mis colegas se rinden antes de tiempo. Si la trae, revisaremos a fondo su caso, no se preocupe. Buenos días, señor Quiroga. —Hizo un gesto a la atractiva enfermera que parecía hacer las veces de secretaria—. Rosa, por favor, acompañe al caballero a la salida.

—Por supuesto, doctor —dijo la chica. Zulueta, la serpiente de aquel Paraíso en la tierra, sonrió por última vez a Javier antes de reptar de vuelta al interior de su escondite de lujo, maldita fuera su alma corrupta.

—Muchas gracias por habernos considerado merecedores de su confianza —soltó, una frase repetida una y mil veces hasta perder todo sentido.

Javier asintió y se dejó conducir hasta el gran pórtico de entrada. Había media docena de coches en el estacionamiento, además del suyo, y un par más fuera de la pequeña valla que lo delimitaba.

Cuando salió, al internarse por el camino de tierra que llevaba a la carretera, vio por el espejo del retrovisor que uno de estos últimos arrancaba y le seguía.

Se preguntó quién estaría interesado en conocer sus actividades. ¿Salvador? Le creía muy capaz, sobre todo tras ver que andaba tonteando con Nat.

—Pues vaya... —murmuró. Se maldijo por no haberlo detectado antes, porque hubiera preferido que su visita a la clínica pasara desapercibida. ¡Ni que fuera un jodido novato! Puesto que ya no tenía nada que ocultar, ni siquiera se molestó en intentar despistarlo. Simplemente, memorizó el número de la matrícula y, de camino a la oficina, se detuvo una única vez, para comprar preservativos en una farmacia.

En el despacho se encontró con Isabel, que recogía ya sus cosas para ir a sustituir en la vigilancia a Aizgorri. Por alguna razón, su secretaria le dedicó una sonrisa especialmente deslumbrante. Preguntándose si habría descubierto por percepción extrasensorial que llevaba un paquete de condones en el bolsillo de la americana, se dirigió directamente al despacho.

Natalia tecleaba en su ordenador, gruñendo algo entre dientes.

—¿Vas a morderlo? ¿Qué te ha hecho?

—Nada. —Seguía enfadada, estaba visto. Y, aunque se muriera de ganas, no iba a preguntarle cómo le habían ido las cosas en la clínica. Mejor, porque no tenía ningún interés en hablarle de ello. Agradecía sus aportaciones, aquella investigación sobre Iván Carrizo y Santiago Martos había dado frutos más que interesantes, pero el asunto se estaba complicando demasiado. Tras pensarlo bien, había llegado a la conclusión de que prefería mantenerla al margen.

—¿Lista para salir? He pensado que podríamos comer en algún sitio antes de ir a nuestro puesto de guardia, frente al portal de la inefable Nekane Blanco.

—Ve tú, yo no tengo hambre. Iré luego, aunque no sé para qué me necesitas, la verdad.

Estuvo a punto de decirle que en realidad no la necesitaba para nada, que era ella quien había suplicado un empleo, pero se contuvo. No estaba el horno para bollos.

—Digamos que me encanta tu conversación. Se me hace más ameno.

—Qué bien.

—Nat... —Se acuclilló a su lado y la hizo girar en la silla. «Bonito vestido», pensó, y contuvo el impulso de soltar uno o dos botones más. Ya lo llevaba al límite de la decencia—. No discutamos, por favor.

Ella parpadeó, algo ablandada.

—He encontrado un heredero en el nuevo caso de Gutiérrez —dijo—. Un sobrino, que vive en Murcia.

Eso le tomó por sorpresa, y le alegró de verdad. Natalia tenía madera, se notaba de quién era hija.

—Eso es estupendo. —Sonrió. Se sentía muy orgulloso de ella—. Has sido rápida.

—No soy incompetente.

—Nadie ha dicho que lo seas.

—¿Entonces, por qué me tratas así? Me paso casi todo el tiempo haciendo papeleo.

Estoy harta.

—Cariño, este trabajo se compone en un noventa por ciento de papeleo.

—No me trates con condescendencia, Javier. Sé perfectamente de qué va este trabajo, y hay muchas cosas que yo podría hacer y...

—Eres nueva en esto —replicó, intentando ser paciente—. Yo tardé años... —Sus ojos se detuvieron en el cenicero. ¿Por qué estaba en la mesa de Natalia? Y no había que ser especialmente perspicaz para identificar el *Davidoff* entre las colillas del *Camel* que fumaba él. Solo conocía una persona que fumase aquella marca—. ¿Ha estado Roberto aquí?

—Eh... sí. —El rubor que cubrió las mejillas de Natalia le resultó muy poco halagüeño—. Ha venido a pedir mil euros, en concepto de gastos. Al parecer, es lo que le pide uno de los criados de la casa, para permitirle entrar a hacer las fotos.

—Ya. —No era mucho, podía asumirlo—. Le haré un talón a Isabel. ¿Vendrá Roberto a recogerlo esta tarde?

—No, ya se lo he dado.

—¿Ah, sí? —preguntó sorprendido—. ¿Y cómo lo has conseguido?

—Falsifiqué tu firma. Es algo que siempre se me ha dado bien. Denúnciame si quieres.

Javier frunció el ceño, momentáneamente irritado. Luego, se echó a reír.

—Estoy tentado de hacerlo. Al menos, en la cárcel te tendrán controlada y podré visitarte los fines de semana para un *vis a vis*. Claro que, prefiero tenerte más a mano —añadió, deslizando un dedo por su escote. Natalia se tensó, pero no le detuvo. Javier soltó un botón—. ¿Por qué no llevas sujetador?

—Porque... —Natalia carraspeó—. Porque con este vestido, se verían los tirantes.

—Hay sujetadores sin tirantes.

—Debería haber supuesto que eres un experto en lencería femenina. No me gustan esa clase de artilugios. Además, no creo necesitarlos.

—No, ciertamente, no. —Javier metió una mano por la abertura, y abarcó uno de sus pechos. Duro y suave a la vez, todavía firme. Incluso le gustaba más así, más pleno y maduro que en el pasado. La otra mano, se introdujo bajo la falda, deslizándose muslo arriba—. ¿Roberto ha intentado ligar contigo?

Natalia jadeó.

—Para —ordenó, pero con poca firmeza—. Puede entrar Isabel.

—No. Ya se ha ido a sustituir a Aizgorri. Estamos solos y me apetece celebrarlo.
—Antes de que pudiera seguir protestando, esquivó hábilmente la ropa interior y la penetró con un dedo. Natalia se estremeció de pies a cabeza—. No has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —musitó Natalia con voz densa.

—¿Roberto ha intentado ligar contigo?

—No creo que sea asunto de tu incumbencia. —Apretó los dientes cuando Javier le introdujo un segundo dedo—. Javier...

—Conociendo a Roberto como le conozco, estoy seguro de que no ha dejado pasar la oportunidad. ¿Le has hablado de nosotros?

—¿Nosotros? ¿Qué *nosotros*? No hay ningún *nosotros*, que yo sepa.

—Ah. —Javier la miró enojado. La soltó, pero solo para ponerse en pie, cogerla por la cintura y sentarla encima de la mesa. Apartó bruscamente el teclado y todo lo demás. El cenicero cayó al suelo. No llegó a romperse, pero extendió una buena nube de ceniza—. ¿Significa eso que no deseas que haya un nosotros?

—No lo sé. De momento, solo significa que no lo hay. Que yo sepa, en ningún momento me has hecho partícipe de que desearas alguna relación especial conmigo.

—Si piensas que voy a ponerme de rodillas y pedirte que te cases conmigo, andas muy equivocada, nena. —Le alzó las caderas para quitarle las bragas y las dejó caer sobre la silla—. No voy a casarme nunca.

—Yo tampoco.

Durante un momento se miraron a los ojos, sabiendo cada uno de ellos lo que pensaba el otro. Javier percibió claramente su dolor y notó cómo ella era consciente del suyo. Le soltó tres botones del bajo.

—No, supongo que no. Ambos sufrimos del mismo trauma, ¿verdad, amor mío? —Puso las manos en sus rodillas y se las separó, haciéndose espacio—. El matrimonio es una trampa mortal, el inicio del fin. Nuestros padres no fueron un ejemplo positivo, precisamente, y los casos que llevamos aquí... bueno, más de lo mismo.

—¿Qué fue de tu padre? —le preguntó de pronto Natalia—. Nunca he sabido quiérr fue.

Javier inspiró profundamente.

—Nadie. Un imbécil que no merece ni ser mencionado. Sedujo a mi madre durante un verano y luego desapareció. Ella contrató a un detective, para intentar localizarle.

Así conoció a tu padre, que descubrió que el mío vivía en Vigo, estaba ya casado y tenía cinco hijos. ¡Menudo cabrón! En otras épocas, se hubiera dicho que soy un bastardo. Hoy en día, lo soy. —Sonrió—. Pero por otras razones.

—Javier... —Natalia alzó una mano y le acarició la mejilla. El contacto fue tan tierno, tan refrescante, que el corazón de Javier dio una sacudida y se sintió embargado por una emoción intensa. «¿Esto es amor?», se preguntó. Sí, lo era. Claro que lo era. No sabía qué podía hacer con todo aquello, pero no lamentaba experimentarlo.

Se inclinó hacia Natalia y la besó, con profundidad, con toda la pasión que pudo, y ella replicó en igual medida.

Totalmente encendido, Javier aferró el vestido y de un tirón lo abrió por completo, arrancando algunos botones, que repiquetearon aquí y allá. Natalia no protestó, demasiado ocupada en gemir y sentir. Tomó sus pechos con ambas manos y los lamió por completo, antes de arrodillarse y enterrar su rostro en su pubis, para besarlos con igual intensidad. Natalia gritó y se agarró a su pelo como si en ello le fuese la vida.

Mientras la sujetaba por las nalgas, con una mano en uno de sus muslos, Javier volcó todo su deseo, toda su devoción, toda su experiencia, en hacerla disfrutar. Supo exactamente cuándo llegó al punto de no retorno y, rápido, se puso en pie y se abrió la bragueta. Sacó la caja de preservativos del bolsillo, pero Natalia la lanzó al suelo de un manotazo.

—No, no —jadeó—. Por favor, no. Quiero sentirte, sentirte de verdad...

Javier la miró con fijeza.

—¿Estás segura? —La cogió por la nuca y la incorporó, hasta que sus narices casi se tocaron—. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Si vuelves a decir que no hay un *nosotros*, te rompo el cuello.

Ella tragó saliva.

—¿Qué quieres de mí?

—Esto. —Javier empezó a penetrarla. Natalia abrió los ojos como platos—. Y esto —añadió, al besarla con furia. Notó cómo temblaba de arriba abajo, cómo se estremecía de placer. Él tampoco estaba muy cuerdo en esos momentos. Jamás había hecho el amor sin preservativo y las sensaciones eran mucho más intensas. No hubiera podido alargar el momento.

Por suerte, Natalia se tensó, llegando al orgasmo casi de inmediato, y él pudo

seguirla tras un par de fuertes embestidas. Agotado, se dejó caer sobre ella. Hubiera jurado que no podría moverse en los próximos veinte años pero, al abrirse repentinamente la puerta, se enderezó como impulsado por un resorte.

Salvador Chueca les miró desde el umbral, primero con expresión perpleja, luego lleno de furia. Dio un grito y se abalanzó sobre Javier, que apenas tuvo tiempo de apartarse de Natalia antes de recibir un puñetazo que lo arrojó contra la pared. Salvador podía ser ya un hombre mayor, pero continuaba teniendo un buen derechazo. Iba a seguir golpeándole, pero Natalia se interpuso, sujetando a su padre.

—¡No! ¡Papá, por favor!

—¡Quita! —Salvador intentó empujarla a un lado, pero ella se colgó de su chaqueta—. ¡Aparta, Natalia, voy a matarlo!

—¿Pero qué dices? ¡No vas a matar a nadie! ¡Para!

Salvador la miró con ojos vidriosos.

—¡Vístete! —le ordenó. Natalia se miró, como si hubiese olvidado que tenía el vestido totalmente abierto. Ruborizada, cruzó ambos lados, abrazándose—. Debería darte vergüenza. ¿Esta es la educación que te he dado? Ya sabía yo que terminaría ocurriendo algo así. ¡Mira que lo sabía! —Se volvió hacia Javier—. Maldito hijo de puta, no puedes evitar tirarte todo lo que lleve faldas, ¿verdad?

Javier se incorporó. Se pasó la mano por la boca y descubrió que estaba sangrando.

—Creo haberte dicho muchas veces que llames antes de entrar, Salvador —se limitó a decir, mientras se ataba los pantalones.

—Pues repítelo una vez más. Serán tus últimas palabras.

—¡Por Dios, papá! —protestó Natalia—. ¿Qué derecho tienes a ponerte así? ¡No es asunto de tu incumbencia!

—¿Que no? ¡Eres mi hija y ese canalla solo quiere utilizarte, estúpida! ¡Quiere vengarse! ¿Es que no lo ves?

—No la llames estúpida —le advirtió Javier. Salvador se echó a reír.

—Niégalo. Niega que quieres hacerme pagar por no haberme casado con tu madre. Javier apretó los puños.

—No puedo. Todavía hoy, a pesar del tiempo pasado, me encantaría triturarte por ello.

—¿Lo ves? —le dijo Salvador a Natalia, en tono triunfal—. Ahí lo tienes.

—¿Por qué no te casaste con ella? —preguntó ella, con auténtica curiosidad—. ¿Por qué, papá? Aitana fue tu amante durante muchos años, creo que la querías de verdad, y al mirar hacia atrás, creo que ella también te amaba a ti. Cuando murió mamá, nada os impedía casaros. No lo entiendo.

Salvador apretó la mandíbula. Tardó unos segundos en contestar.

—No lo consideré necesario.

—No lo consideraste... necesario —repitió Javier, lentamente, sin entonación alguna. Salvador parpadeó.

—No puedes entenderlo, Javier. No...

—Claro que sí. —Ahora sí, había su voz tenía un tono, tan peligroso que Salvador y Natalia se lo quedaron mirando, a la expectativa—. Claro que lo entiendo. Somos hombres de mundo, Salvador, por eso no comprendo por qué te enojas ahora. Tú te follaste a mi madre y yo me follo a tu hija.

Natalia contuvo el aliento, incapaz de creer que hubiese oído aquello. Salvador, por el contrario, enrojeció de pura indignación.

—La diferencia está en que mi hija es una dama y tu madre solo era una zorra capaz de cualquier cosa por...

No pudo acabar la frase. Javier le lanzó un puñetazo que lo derribó contra una esquina. A través de un velo rojo, de un rugido atronador, intuyó movimientos y sonidos aparentemente inconexos. El rostro de Natalia logró superponerse a todo. Vio que le estaba agarrando por las solapas, tratando de apartarle del cuerpo ensangrentado de Salvador.

—¡Basta! ¡Basta, Javier, por favor! —Estaba llorando. ¿Por qué? ¿Por qué llorabas por aquel desgraciado hijo de la gran puta? Javier jadeó, soltó a Salvador como si fuese algo cuyo contacto le repugnase, y empujó a Natalia para apartarla a un lado.

—Llévatelo —consiguió articular—. Llévatelo y vete. Sal de aquí.

—Pero...

—¡Te digo que te vayas! —gritó.

Necesitaba liberar toda su furia. Se volvió hacia la mesa y arrojó el ordenador al suelo. La pantalla estalló y saltaron chispazos por todos lados. Natalia le miró conmocionada, se inclinó para ayudar a su padre y salió con él del despacho.

Javier casi no fue consciente de que se quedaba solo. Siguió destrozando todo lo que se encontraba por delante.

Natalia subió a su padre a su casa, le curó los cortes del rostro, que resultaron ser superficiales pese a su aparatosidad, y le acostó en su cama. Por suerte, había conseguido apartar a Balboa antes de que la cosa se volviera realmente seria. Por la expresión enloquecida que tenía, temió que matara a Salvador. Tras darle un par de calmantes con agua, esperó a que se durmiera, se cambió de ropa, escogiendo unos vaqueros y una camiseta holgada, y decidió bajar de nuevo a la oficina.

Se inquietó al percibir el silencio. ¿Se habría ido? Esperaba que no, porque el Javier que había dejado en el despacho no estaba en condiciones de conducir, ni siquiera de caminar por las calles. Jamás podría olvidar la expresión de locura que se había apoderado de su rostro justo antes de lanzarse sobre Salvador.

La puerta de la oficina estaba entreabierta. Natalia apoyó una mano y la empujó apenas. Empezó a girar en silencio, poco a poco.

—Oh, Dios mío —susurró.

El lugar estaba totalmente devastado, como si hubiera pasado por allí un auténtico huracán. Las dos mesas estaban volcadas, así como el gran archivador metálico, que parecía un monstruo destripado, con los cajones abiertos y sangrando carpetas. Natalia entró y caminó por allí levantando crujidos de cristales rotos. Pero ¿dónde...? Giró sobre sí misma, hasta localizar a Balboa.

Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, los codos apoyados en las rodillas y los restos de un teclado entre las manos. Le sangraban los nudillos.

—Me parece, señorita Chueca, que voy a tener que despedirla —murmuró—. En realidad, voy a tener que cerrar definitivamente el negocio, porque no voy a poder hacer frente a los gastos de reponer todo lo que he roto.

—Santo Cielo, Javier. —Agitó la cabeza—. ¿Estás mejor, al menos?

—¿Mejor? —Arrojó negligentemente el teclado a un lado—. No sé. Puede.

Natalia sintió una gran ternura. Se acercó a él, apartó un teléfono partido por la mitad y se sentó a su lado.

—Lamento mucho lo ocurrido.

—Yo también. —Carraspeó—. Pensé... pensé que no querías volver a hablarme.

—¿Por qué?

—Le he pegado a tu padre. Mucho.

—Y él te ha pegado a ti. En lo que a mí respecta, estáis en paz.

—No te hagas ilusiones, Natalia. Salvador y yo jamás estaremos en paz. Su oportunidad se extinguió el día en que enterré a mi madre. Es demasiado tarde.

—Puede —musitó ella. Permanecieron unos momentos en silencio—. No te preocupes, saldremos adelante.

Balboa la miró y se inclinó para apoyarse en su regazo. La abrazó por las piernas. Natalia le acarició el pelo.

—De verdad, Natalia, sería mejor que te fueses. Vas a sufrir mucho, si te quedas en medio. Además, ahora sí que no podré pagarte. Ni siquiera sé si podré comprar otro ordenador.

—Yo tengo algún dinero...

—No. —Javier se incorporó de pronto y la cortó él, tajante—. Ni siquiera le sugieras. Este despacho es mío. No quiero que entre en él ni un solo céntimo de los Chueca.

Natalia frunció el ceño.

—Ah, perdón. No pretendía contaminar tu negocio. Y no tiene nada que ver con los Chueca. Mi dinero es mío, lo he ganado y lo he ahorrado.

—Perfecto. Pues disfrútalo. Si no puedo hacer frente a los gastos, prefiero cerrar a admitirte un solo euro.

—Eres... eres insufriblemente orgulloso. ¿Lo sabías, Javier?

—Tengo una ligera idea, sí. —Se puso en pie, tropezó con una silla caída y la pateó a un lado —Maldita sea.

—¿Y qué hay de lo que decías, de un nosotros? —preguntó Natalia, enfadada, levantándose también—. ¿No es lógico que te ayude, si hay algo entre nosotros?

Balboa se volvió a mirarla, con las manos en la cintura.

—Mira, cariño, en estos momentos no estoy para devaneos románticos. Olvídate del *nosotros*, del *ellos*, y de todos los condenados pronombres. Dejémoslo en que nos gusta follar juntos, sin más.

Natalia sintió un frío profundo en el estómago.

—¿Vas a volver a hacerlo, verdad? Estás tan enojado que vas a sacrificarme solo para hacerle daño a él.

Balboa hizo una mueca.

—Tienes los ojos de tu padre.

—¡No soy él! ¡No tengo la culpa de lo que te hizo!

—No. Pero eres su única debilidad. —Tomó aliento—. Está despedida, señorita Chueca.

—Y una mierda. Atrévete a echarme y te pondré una demanda de la que sí que no podrás recuperarte, cabrón. —Necesitaba hacer algo, de modo que se volvió hacia el lugar en el que había estado su mesa. La vio volcada sobre un lado. Apartó una bandeja de documentos y empezó a incorporarla. Cuando Balboa hizo amago de ir a ayudarla, le apartó—. ¡Quita! Puedo hacerlo sola.

—Nat...

—¡No me llames por mi nombre! ¡Y menos por un diminutivo! ¡Para ti, soy la señorita Chueca, y no te atrevas a tutearme, miserable! ¡Y para que te enteres, sí, Roberto Garmendia intentó ligar conmigo, y voy a cenar con él un día de estos! ¡Y me voy a acostar con él! ¡Y me voy a olvidar de ti! —Buscó con los ojos la caja de preservativos y la localizó. Totalmente ofuscada, la cogió, la abrió y sacó unos cuantos—. Seguro que no le importa regalarme algunos, señor Balboa, voy a necesitarlos.

Balboa la contempló con expresión impenetrable. Finalmente, se dirigió a la puerta.

—Voy a sustituir a Isabel en la vigilancia. Le agradecería que esta tarde la dedicase a poner algo de orden aquí, señorita Chueca. Haga lo posible. En cuanto a los condones, quédese con todos y que los disfrute. Espero que sea algo más responsable de lo que ha sido conmigo. Y, otra cosa —añadió, como recordándolo—. Si se ha producido algún percance, avíseme. Ni se le ocurra callarlo. Si vuelve a ocultarme algo así, la estrangulo con mis propias manos.

Salió, cerrando cuidadosamente la puerta. Solo entonces Natalia se permitió llorar.

Capítulo 7

1

El jueves siguiente, Roberto Garmendia se presentó en el despacho, tal y como esperaban. Natalia se encontraba en su escritorio, preparando un informe en su nuevo ordenador, un portátil con el que había aparecido el martes por la mañana. Se lo había comprado por su cuenta, con su dinero, pero como solo lo usaba ella, Javier no tenía nada que objetar.

Él estaba en su mesa. Llevaba cosa de media hora hablando por teléfono con un amigo del Gobierno Vasco al que le estaba pidiendo un favor, aunque su atención divagaba una y otra vez. Ese día, Natalia llevaba un pantalón negro con aire a los años sesenta, muy ceñido hasta media pierna y luego acampanado, y un jersey verde de punto muy fino. Javier no dejaba de preguntarse cómo sería su tacto, y lo maravilloso que sería poder quitárselo, y estaba casi decidido a hacerlo antes de que acabase la jornada.

Cierto que ella no le dirigía la palabra, a no ser por asuntos de trabajo, pero no podía soportar ni un día más sin tocarla. Le pediría perdón, de ser necesario.

Al ver entrar a Roberto se excusó con su amigo y colgó bruscamente.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó. Roberto se lo quedó mirando con expresión extraña, agitando un sobre de papel marrón, tamaño folio, en la mano—. ¿Qué coño pasa?

—Bueno, realmente, pasar, pasan muchas cosas. Por cierto, me debes doscientos euros adicionales. Tuve que sobornar a uno de los criados para que me dejase instalar la cámara. Te lo dijo la señorita Chueca, ¿no? —Javier asintió—. Pues luego, cuando ya estaba en plena faena, el muy pirata me pidió doscientos más, que adelanté de mi propio bolsillo.

—Vale, no hay problema. ¿Las fotos?

—¿Estás seguro de lo que me dijiste sobre este caso?

—¿A qué te refieres?

Roberto dejó caer el sobre en la mesa, con un gesto indolente.

—Dedúcelo tú mismo.

Javier cogió el sobre y lo abrió. Vio que Natalia se acercaba desde su mesa para colocarse a su lado y poder examinar las fotos por encima de su hombro. Su perfume le puso nervioso, y también la mirada apreciativa que le lanzó Roberto, directa a las perfectas nalgas que realzaba aquel maldito pantalón. Irritado, se concentró en la primera fotografía.

Un dormitorio, muy elegante. Un hombre de mediana edad, quizá de unos sesenta y cinco años, con una enorme barriga, estaba sentado, desnudo, a los pies de una enorme cama de dosel cubierta por una gruesa colcha blanca. Supuso que se trataba del honorable magistrado en cuestión.

Frente a él, estaba la esposa de su cliente.

—Buena foto —dijo—. A su Señoría se le ve hasta el... *martillo*.

Roberto se echó a reír.

—Sí. Eso sí, no resulta tan impresionante como en las pelis de juicios.

Pasó a la siguiente imagen. En ella, el viejo no se había movido, pero la mujer llevaba menos ropa. Otra más. Ya desnuda, estrechaba al magistrado contra su exuberante pecho.

Al pasar a la siguiente, se detuvo, sorprendido.

Oyó la exclamación de asombro de Natalia y miró a Roberto. Él le devolvió la mirada con aire satisfecho. Javier volvió los ojos hacia la fotografía, para cerciorarse de que había visto bien.

La mujer, no era una mujer. Era un hombre.

O eso, o había estado imperdonablemente equivocado a lo largo de toda su vida, y tendía a no creerlo. En las siguientes fotos, que mostraban un ardoroso encuentro sexual, tuvo una imagen más clara de la bien dotada entrepierna de aquella criatura andrógina. A punto estuvo de sentir envidia, además de estupor.

—Hum... —carraspeó—. Así que el martillo lo llevaba ella.

Roberto se echó a reír, satisfecho por el efecto que había provocado.

—¿Y bien?

Javier dejó cuidadosamente las fotos sobre la mesa.

—¿Dónde están los negativos?

Roberto hizo un gesto indeterminado con la mano. Entre el cielo y el infierno,

podía estar señalando a cualquier sitio.

—Estarás de acuerdo conmigo en que ahora valen mucho más.

—Probablemente. De lo que no estoy tan seguro es de que coincidamos en su nuevo precio.

—Vamos, Javier. Esto es una auténtica bomba. ¡Todo un señor juez! —exclamó con entusiasmo—. Cualquier periódico o revista estaría más que interesado. Sabes que puedo venderlas muy bien.

—Y tú sabes que no puedes venderlas. Si lo haces, te romperé las piernas. —Roberto sonrió, seguro de que estaba bromeando—. ¿Te ríes? Yo no le encuentro maldita la gracia. De hecho, no me ha gustado una mierda que lo hayas sugerido. En este asunto, trabajas para mí, Roberto. Ni se te ocurra pasarte un pueblo o me encargará de que tengas que dedicarte en exclusiva a bodas, bautizos y comuniones. Quiero esos negativos, ya mismo.

Roberto bufó. Sacó un sobre más pequeño del bolsillo interior de la chaqueta, y prácticamente lo arrojó sobre la mesa.

—Ahí están, caramba. Pero te costarán el triple.

—El doble. Es lo justo. Y lo de romperte las piernas no era una broma, colega. Te lo digo por si has hecho copias y se te pasa por la cabeza utilizarlas.

Probablemente, había dado en el clavo. Roberto palideció.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Quizá porque te conozco mejor que la madre que te parió? —propuso Javier, como posible explicación.

—Pero que cretino eres. Será mejor que me vaya.

Javier alzó una mano.

—Espera, espera un segundo. Me gustaría hacerte otro encargo.

—Ah, vale, genial. Veo que te van bien las cosas. Dime.

—Quiero que sigas a Héctor Sistiaga, que le hagas fotos sin que se percate. A ver si consigues algo jugoso.

Roberto arqueó las cejas.

—¿Sistiaga? ¿El diputado?

—El mismo.

—Ese tipo va rodeado de matones. ¿Quieres que sean ellos los que me partan las

piernas?

—Si te ven, te lo habrás merecido.

—Qué gracioso. —Evaluó la situación—. Está bien. Pero digamos que va a salirte un poco más caro.

—Un cinco por ciento. No te voy a dar más, así que no insistas. Y, por supuesto, solo si consigues buenos resultados.

—Está bien, está bien... Me pondré con ello.

—Estupendo.

—Me voy, entonces. —Dudó un momento, junto a la puerta—. Señorita Chueca...

—Natalia, por favor. —Natalia le sonrió. Sus pestañas aletearon como mariposas—. Y preferiría que me tutearas. No creo que tengamos que ser tan formales.

Roberto le devolvió la sonrisa.

—Natalia. ¿Podría hablar un momento contigo... fuera, en el pasillo?

—Claro.

Salió con él, sin pedir permiso y sin fijarse en la mirada ceñuda que les dedicó Javier. ¿A qué jugaba? ¿Y por qué se iban al jodido pasillo? ¿Acaso aquel necio de Roberto imaginaba que no sabía perfectamente que iba a proponer quedar en algún momento, fuera del horario de oficina? Roberto y él se habían corrido demasiadas juergas juntos como para no suponer lo que el fotógrafo tenía en mente.

Rabiando, buscó en el archivador la carpeta del caso del magistrado. Estaba examinando su contenido cuando regresó Natalia. Le miró de reojo, con las mejillas ardiendo, y señaló las fotografías.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—No estoy seguro. Obviamente, ese travesti no es la esposa de nadie, con lo cual podemos deducir que nuestro cliente, el estimado señor Rodríguez, ha mentado como un bellaco para conseguir pruebas de las actividades del magistrado, pero que no sabe exactamente la verdad. Bien, veamos... —Empezó a separar las fotos, en dos montones. En uno, el travesti era perfectamente identificable como tal, en el otro, parecía simplemente una mujer—. Le daremos a ese tipo lo que busca, fotos calientes del magistrado con su supuesta esposa. Al fin y al cabo, para eso nos paga.

—Pero le hará chantaje, estoy segura.

—Por supuesto, señorita Chueca. Yo también estoy seguro. Oh, perdona. Había olvidado que te gusta salvar el mundo. —Ella le lanzó una mirada de reproche—.

Bien, ¿qué se te ocurre hacer, para evitar que el buen magistrado pague más de la cuenta por echar una canita al aire?

—No darle las fotos a ese canalla.

—Error. Necesitamos la pasta.

—Me da igual. Es inmoral.

—No más que cualquier otro caso. Aquí no valoramos los motivos de nuestros clientes porque me temo que, si lo hiciéramos, tendríamos que cerrar el negocio. Desde un punto de vista objetivo, todos son chantajistas, ya se trate de un individuo que busca exprimir a un magistrado o una esposa enfurecida que desea exprimir a su poco fiel marido.

—O viceversa.

—O viceversa —convino—. Todos buscan lo mismo: dinero.

—No creo que seas tan cínico como para no ver la diferencia entre ambos casos, Balboa, pero, de cualquier modo, no estoy de acuerdo y me opongo terminantemente a que le des esas fotos.

Javier se sentó en su silla, dejó la carpeta, apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Sigues sin encontrar la solución correcta, señorita Chueca.

—Pues ilumíname, oh gran maestro —replicó ella con ironía.

—Está bien. Lo haré. A nosotros nos conviene entregar esas fotos. Pero eso no significa que no podamos asegurarnos de que no pueda utilizarlas.

Natalia parpadeó.

—¿Qué quieres decir? —Pero encontró por sí misma la respuesta, porque se apresuró a añadir—: ¿Qué le hagamos chantaje?

Javier se miró el reloj de pulsera.

—Bien, veamos. Son las doce y media del mediodía del jueves. Tienes hasta las cinco de la tarde del viernes para conseguir pruebas contra nuestro cliente. Si no lo logras, lo sentiré mucho, pero entregaré esas fotos y cobraré la factura.

—Pero...

—¿Ocurre algo, señorita Chueca? —Javier arqueó burlonamente las cejas—. ¿Tenías acaso algún plan para esta noche? —Natalia apartó los ojos. Así que la muy majadera había aceptado la oferta de Roberto. Javier contuvo un segundo el aliento, indignado, incluso sabiendo que no tenía ningún derecho en sentirse así—. Bueno,

pues ya sabes cómo es esto. Salvar al mundo no suele dejar mucho tiempo para la vida personal.

—Ya me estás cargando con eso de salvar al mundo.

—Es una suerte que no me importe un comino tu opinión al respecto. —Abrió la carpeta, buscó y apuntó el nombre, el teléfono, y la dirección del cliente en un papel—. Estos son los datos que nos facilitó la causa de nuestra discordia. Puede ser un punto por el que empezar, aunque dadas las peculiares circunstancias de este asunto, me inclino a creer que son falsos. Compruébalo de todos modos. Quién sabe. Al menos, el número del móvil será auténtico.

—Muy bien. —Natalia permaneció pensativa unos minutos. Javier no quiso interrumpirla. Le fascinaba contemplar aquellos ojos verdes, maquinando—. Supongo que nada de lo que diga va a disuadirte de venderle esas fotos.

—Nada. Tu sueldo depende de ello.

—Ya. Entonces, ¿te importa que se las entregue yo misma? —Javier la miró con sospecha—. Te prometo que lo haré, siempre y cuando las pague, por supuesto.

«Ah, demonios. ¿Por qué no?» Javier metió las fotos menos comprometedoras y sus negativos en el sobre y se lo tendió.

—Algo me dice que tienes un plan.

—No lo niego. —Natalia apagó su ordenador, cogió su bolso y se dirigió a la puerta—. Hasta mañana, entonces.

—Natalia... —Ella se detuvo y le miró. Balboa afirmó la mandíbula—. Si aceptas cenar con Roberto, no te sorprendas al descubrir que eres el postre.

Natalia frunció el ceño.

—No te metas donde no te importa.

—Espera. —Se puso en pie y caminó hasta ella. Era su última oportunidad. Quizé no pudiese hablar con ella antes de que se produjera semejante encuentro—. No tienes ninguna, ninguna posibilidad de salir con bien de ese asunto. En términos bucólicos, tú eres una paloma y él un curtido gavián. Te devorará, te usará, te pisoteará y luego te arrojará a un lado.

—Vaya. Eso me suena.

Abrió la puerta, pero Javier apoyó una mano en la madera y la cerró de golpe.

—No lo hagas.

Natalia entornó los ojos.

—Me sorprende su repentino interés, señor Balboa.

—Solo pretendes hacerme daño y no...

—No, señor Balboa —le interrumpió ella, fríamente—. No te confundas. Eres tú el que utiliza a las personas de eso modo, no yo. Me acostaré con Roberto si me apetece, y si no, pues nada. Ya aparecerá algún otro.

—Maldita. —Javier la cogió entre sus brazos y la besó. Esperaba su rechazo, pero Natalia, aunque tardó unos momentos, respondió a su pasión. Sintió que su pulso se aceleraba—. Apóyate en la puerta —le dijo.

Ella lo hizo. Rápidamente, Javier le bajó el pantalón y la ropa interior, hizo lo mismo con su propia ropa, se colocó entre sus piernas y la penetró. Fue como volver a la gloria después de haber pasado milenios en el infierno. Natalia le rodeó la cintura con las piernas, dejándole a él la responsabilidad de imponer el ritmo. Trató de hacer que durase lo más posible, pero estaba demasiado excitado. Embistió y embistió sin tregua y, en cuanto Natalia gimió, conteniendo un grito, en pleno orgasmo, la siguió apretando los dientes.

Luego, la soltó. Sentía un vacío enorme, una sensación muy amarga. De alguna forma, Natalia se las había arreglado para que no pudiese llegar hasta ella, para mantener aquello en un simple plano físico.

—Esto sí que ha sido follar, señor Balboa —le confirmó, con un tono frío que no le había oído nunca. Javier apoyó las manos a ambos lados de su cabeza.

—Si se te ocurre acostarte con Roberto, o con cualquier otro, te rompo la cabeza, Nat, te lo juro.

—Eres como el perro del hortelano, ni come ni deja comer. —Natalia se encogió de hombros—. No me metas miedos, Javier. Como dijiste, follamos bien juntos, eso es todo. No tienes ningún derecho...

—Por favor, Nat...

Ella parpadeó. Se agachó, recogió sus ropas y se vistió. Javier la imitó.

—No puedes tenerlo todo, ya lo sabes —musitó, cansada—. O la venganza, o yo. Y por el momento, está claro lo que has escogido.

No supo qué contestar. Vio cómo abría la puerta y desaparecía, con la sensación de que salía de su vida para siempre. Pero no, al menos desde un punto de vista laboral, seguían unidos. Javier guardó el resto de las fotos bajo llave, contó hasta diez, y abandonó también el despacho.

Si Natalia pensaba que iba a hacer aquello sola, estaba muy equivocada. Claro que tampoco era necesario que se enterase.

Al menos, de momento.

2

Javier había estado en lo cierto: los datos aportados por Germán Rodríguez para su ficha, eran más falsos que Judas. Nadie conocía a semejante individuo en esa dirección, y tampoco pudo encontrarlo en la guía. Irritada, Natalia contempló el papelito. El móvil debía ser auténtico, necesitaba un medio de conexión. Sacó el teléfono y marcó el número.

—¿Sí?

—¿Señor Rodríguez? ¿Germán Rodríguez?

Un ligero titubeo, que terminó de delatarle por completo.

—Sí, sí, claro. Soy yo.

—Perdone que le moleste. Me llamo Natalia Chueca, de la firma de detectives Balboa.

—Oh, sí. ¿Han conseguido algo?

—Sí señor. De hecho, tengo el material que deseaba. Si se reúne conmigo y abona su cuenta, se lo entregaré encantada.

—Claro, cómo no. —La voz de Rodríguez se llenó de entusiasmo—. En una hora estaré en su oficina.

—No, no, espere... Si no le importa, prefiero que nos reunamos en otro sitio. ¿Qué tal una cafetería?

—¿Y eso? —Ahora, en el tono había sospecha. Bueno, la había estado esperando.

—Verá, me gustaría hablar con usted discretamente. Ha surgido un... pequeño problema. Algo de lo que debo advertirle.

—¿Qué problema? ¿De qué habla?

—Disculpe, pero no puedo decírselo por teléfono.

—Es que no lo entiendo. Y no me parece nada profesional, la verdad.

—Hágame caso. Total, solo va a perder cinco minutos de su tiempo. —Al notar que seguía resistiéndose, presionó más—: Créame, es un asunto de su interés. Si no fuera importante, no insistiría.

Le dio el nombre de una cafetería que había al otro lado de la calle y esperó hasta verle llegar, sentada en la más discreta de las tres mesitas del establecimiento. Le reconoció al momento, de la vez que se lo cruzó en el despacho de Balboa, así que se puso en pie para saludarle con una mano y una de sus más amplias sonrisas.

—¿El señor Rodríguez? —Él asintió, mientras la examinaba con interés —. Soy Natalia Chueca.

—Encantado. ’

—No sabe cuánto le agradezco que haya venido. No quería hablar por el móvil.

—No hay de qué. ¿Quiere tomar algo?

—No, no, gracias. Debo volver enseguida.

—¿Y las fotos? —Tenía el sobre en la mesa, de modo que se las entregó. Rodríguez las miró una a una, sin sacarlas del todo del sobre. Sonrió, satisfecho, y le entregó otro sobre, mucho más abultado. Natalia lo guardó en el bolso—. Ha sido un placer hacer negocios con ustedes.

—No sé si seguirá pensando lo mismo, cuando termine esta conversación. — Adoptó una expresión grave—. En realidad, no debería estar aquí, señor Rodríguez. Yo... Demonios, no puedo permitir que se comporten con usted de una forma tan poco profesional, y tan indigna.

Rodríguez arqueó levemente las cejas.

—Está consiguiendo preocuparme, señorita Chueca.

—Oh, perdone. Será mejor que vaya al grano. Verá, uno de nuestros detectives se dedicó en exclusiva a este tema. Pensábamos que podíamos confiar plenamente en él, pero... —Inspiró profundamente y lo soltó, de golpe, como si fuera algo que llevaba días atascado en su garganta—. Creo que se ha aprovechado de la situación y que ahora tiene un... asunto con su esposa.

Mintió con bastante aplomo, le quedó convincente. El falso Rodríguez la miró perplejo. Cuando se recuperó de la sorpresa, las comisuras de sus labios temblaron ligeramente, pero no llegó a sonreír.

—Entiendo. —Se reclinó en la silla y cruzó los brazos—. Caramba.

—Lo lamento, lo lamento muchísimo. —Natalia esperó parecer lo suficientemente

contrita—. Ya me imagino que esto tiene que ser un duro golpe para usted, pero me veo obligada a decírselo, por pura ética.

—Sí, es un golpe del que me va a costar recuperarme —replicó Rodríguez, al cabo de un momento—. De todas formas, le agradezco de veras su sinceridad, en estas cosas siempre es mejor caminar sobre seguro. Ha sido usted sumamente amable.

—Es lo menos que podía hacer. Y tenga cuidado. El problema del que le hablaba es que sospecho que su esposa ha decidido devolverle la misma moneda, y que nuestro empleado colabora con ella. Hoy, por ejemplo, no he podido encontrar el ATML en la oficina.

—¿El ATML? ¿Y eso qué es?

—Las siglas vienen de *Advanced technology for mobile listening* —soltó, con buen acento—. Se trata de tecnología muy moderna, un aparato que usamos en nuestro trabajo para escuchar y grabar las llamadas realizadas desde móviles. Entienda que esto no debería decírselo, porque no es precisamente legal...

Él la miraba con los ojos cada vez más abiertos.

—De hecho, es ilegal por completo.

—Lo sé, lo sé. Por eso no podía contárselo en la oficina. Si mi jefe se entera de que estoy hablando con usted de este tema, me despedirá, seguro...

—Lo entiendo...

—Hágame caso: no use su móvil a menos que sea inevitable. Lo que hable, lo estará escuchando y grabando mi compañero. Espero que no llame o le llamen por temas que puedan usar de algún modo...

El pobre Rodríguez había perdido todo su aire divertido. De hecho, no pudo ocultar su nerviosismo.

—Esto... esto es muy irregular, señorita Chueca.

—Lo sé. Una vergüenza. Pero no se preocupe, en cuanto eche el guante a mi compañero le quitaré el ATML y me pondré en contacto con usted. Le avisaré de que vuelve a ser seguro usar su móvil. No creo que lleve mucho tiempo. Quizá esta tarde, quizá mañana... Pasado como mucho.

Aquello fue ya el colmo. Rodríguez parecía a punto de morir por una congestión. Se puso en pie con brusquedad, arrastrando la silla.

—Discúlpeme, pero tengo que irme. Debo volver al trabajo.

—Sí, claro. Ya se lo he dicho todo. Cuídese, señor Rodríguez. Y espere mi

llamada.

—Gracias —dijo él, y salió zumbado. Natalia sonrió, esperó unos segundos y abandonó también el local. Llegó justo a tiempo de verle al final de la acera, en una esquina, y le siguió, tratando de pasar desapercibida. Dos calles más allá, Rodríguez se paró junto a un BMW oscuro, lo abrió y se subió en él. Natalia tomó la matrícula. En la esquina vio un taxi, pero decidió arriesgarse y volver atrás, para coger su propio coche. Lo tenía aparcado muy cerca y prefería disponer de su propio vehículo, por pura movilidad.

El BMW se movía a buena velocidad. Puesto que Rodríguez pensaba que no podía usar el móvil, y que su auténtico plan estaba en peligro de ser descubierto, lo más probable es que fuera a reunirse con su cómplice, para avisarle. Natalia estaba segura de que no trabajaba solo. No parecía la clase de hombre capaz de reunir el valor suficiente como para chantajear a alguien por su cuenta. Y viendo el cochazo que conducía, ni siquiera parecía necesitarlo.

Se mantuvo siempre a uno o dos coches de distancia, enfilados hasta el centro de la ciudad. No tuvo ningún problema, no llegó a perderlo en ningún momento, el BMW era fácilmente identificable. En plena Gran Vía, Rodríguez aparcó en doble fila, salió a todo correr, le dijo algo a un portero uniformado, y se metió en un edificio. Natalia dejó el coche a unos cuantos metros, y se dirigió hacia allí caminando.

Al llegar, miró indignada el BMW y se volvió hacia el portero.

—Buenas. ¿Sabe usted quién me ha bloqueado el coche?

El hombre asintió, con cara de circunstancias.

—Ha subido un momento a las oficinas del señor Landeta, en el noveno piso. Me ha dicho que bajaba enseguida. ¿Quiere que le avise?

—¿Suele venir por aquí? ¿Sabe cómo se llama? —El portero pareció desconcertado—. Perdona. Lo que quiero saber es si le conoce, al menos lo bastante como para estar segura de que no va a tardar. Si tengo que esperar más de cinco minutos, podría acercarme a un par de tiendas.

—Ah, no sabría decirle. Le he visto un par de veces, no más. No sé cómo se llama, aquí viene mucha gente, es un edificio de oficinas de grandes empresas. Pero, por lo general, no tarda. Además, no creo que quiera arriesgarse a que le multen o le lleven el coche. No ha podido dejarlo peor.

—Es cierto. —Bufó—. Bueno, a ver si es verdad y baja rápido. No tengo mucha

prisa, así que le daré unos minutos.

Natalia se alejó, simulando ver escaparates. En cuanto estuvo segura de que el portero no miraba, regresó a su coche. Ciertamente, Rodríguez no quería arriesgarse a que la grúa se llevase su coche, porque no tardó más de cinco minutos en volver a aparecer. Cogió el BMW y prosiguió su recorrido turístico. Esta vez, les condujo hacia las afueras, hasta una auténtica mansión, rodeada de un gran jardín.

Rodríguez aparcó, llamó a la puerta de la casa, y le abrió un hombre con aspecto de mayordomo. Natalia esperó unos momentos, y se dirigió hacia allí. El timbre tenía un agradable tono de campana, muy suave. Segundos después, la puerta se abrió y el mayordomo la miró con curiosidad.

—¿Sí, señora?

—Soy Cristina Pérez. Deseo ver al señor Juárez. Artemio Juárez —dijo, buscando un nombre al límite entre lo creíble y lo rebuscado, para evitar que por casualidad la pasasen a ver a cualquier desconocido. La expresión del mayordomo no varió.

—Lo siento, señora Pérez, pero se ha equivocado. Aquí no vive ningún Artemio Juárez. Esta es la casa del magistrado Torres.

La casa del magistrado. Así que Rodríguez entraba y salía de allí a su gusto.

—Pero, no puede ser. Acabo de verle entrar, hace un momento. Al menos, me ha parecido él.

—No, señora. Me temo que se ha producido un error. Quien acaba de entrar es el señor César Bermúdez, el secretario del magistrado. —Hizo un gesto hacia el interior—. ¿Desea que le avise, y hablar con él?

—No, no, déjelo. Supongo que me he confundido. De lejos se le parecía mucho. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señora.

El mayordomo cerró, y ella volvió al coche. Así que Rodríguez era Bermúdez, y Bermúdez era el secretario del magistrado sobre el que quería tener alguna prueba.

Bueno, ya sabía quién era quién, y supuso cómo había descubierto Bermúdez que su jefe tenía un asunto de esas características. Si la casa en la que se encontraba el magistrado con su amiga era de su propiedad, habría en manos de su secretario un montón de papeles que lo demostraban. Y si su agenda se volvía irregular, no le resultaría difícil comprobar por qué.

Eso sí, para conseguir pruebas concretas, necesitaba unos profesionales, y a ellos

había recurrido.

Bermúdez estuvo en la casa hasta pasadas las ocho. Luego, cogió otra vez el coche y se dirigió hacia un bloque de apartamentos de lujo. Natalia supuso que era su casa, ya que guardó el BMW en un garaje. Esperó unos minutos, se acercó al portal y miró en el portero automático. Por suerte, estaban incluidos los nombres. César Bermúdez. Tercero B derecha.

Volvió al coche, se acomodó lo mejor que pudo y se dispuso a esperar...

3

Despertó bruscamente. Era ya noche completa, y la única iluminación de la calle la proporcionaban las farolas. Al principio, no reconoció la figura inclinada sobre su ventanilla y retrocedió sobresaltada. Balboa volvió a golpear en el cristal con el nudillo. Maldiciéndose, Natalia bajó la ventanilla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó irritada.

—Despertarte —replicó Javier. Arqueó una ceja—. Si esto fuera un examen para sacar la licencia, te suspendería.

—Pero no lo es, así que vete al infierno. —Se frotó las sienes, intentando despejarse. «Ay, qué idiota soy». Claro que había sido un día muy largo—. ¿Cómo me has encontrado?

—Dejaré que lo adivines por ti misma. —Señaló hacia el interior del vehículo—. Ábreme la otra puerta.

—¿Por qué?

—Porque quiero entrar en tu coche, Natalia. No creo que sea tan difícil sacar esa conclusión.

Natalia consideró el mandarle de nuevo al infierno, pero estaba deseando pasarle por las narices todo lo que había descubierto. Con el ceño fruncido, obedeció.

—Me has estado siguiendo otra vez, ¿verdad? —le acusó, en cuanto estuvo sentado a su lado. Javier sonrió de oreja a oreja.

—Bingo. Eres muy lista.

—Será para compensar. En serio, ¿cómo te has atrevido?

—Digamos que porque soy muy osado, para compensar.

—Qué gracioso. Y eso que, si no recuerdo mal, de lo que me acusas cada dos por tres es de ser demasiado temeraria.

—Sí, es verdad. Vale, para ti la perra gorda. Ahora cuéntame. Estoy deseando escuchar tus conclusiones. —Natalia calibró la posibilidad de decirle que ya lo leería en el informe, pero tenía demasiadas ganas de alardear de sus logros, así que no se privó de hacerle un resumen de lo sucedido. Al terminar, Balboa asintió—. No ha estado mal. ¿Y qué pensabas hacer ahora? ¿Quedarte en el coche toda la noche?

—En realidad, sí. No sé qué otra cosa podía hacer hasta mañana. Quizá su cómplice venga a verle.

Javier abrió la puerta.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A hacerle una visita al señor Bermúdez, claro está.

Bajó del coche, sin esperarla, y caminó hasta el portal. Allí, pulsó el botón, se identificó cuando una voz somnolienta preguntó y el zumbido del portero automático les franqueó la entrada. Natalia trató varias veces de atrapar su mirada, pero la esquivó. Parecía distraído.

Bermúdez les esperaba junto a la puerta de su casa. Estaba en pijama, con una bata abierta por encima, y tenía el pelo revuelto. Seguramente le habían despertado, pero ya parecía muy alerta. El verles allí, el comprender que le habían encontrado pese a los datos falsos, debía haberle ocasionado un buen sobresalto.

Les miró con cautela, sin saber qué decir.

—Nos gustaría hablar un momento con usted, señor Bermúdez, si no le importa —dijo Javier, por todo saludo—. Entiendo que es tardísimo, pero se trata de un asunto muy urgente.

—Bueno, pasen. —Bermúdez les llevó hasta una sala amplia y sumamente lujosa. «Caray, cómo viven los secretarios de los magistrados», pensó Natalia—. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —dijo Javier, decidiendo por los dos—. Veo que no le ha sorprendido demasiado nuestra visita, señor Bermúdez.

—No. —El interpelado enrojeció—. Lamento haber mentido con mis datos. La

verdad, todo este asunto me pone muy incómodo.

—No se preocupe, lo entiendo. Y lo de los datos falsos, es lo que menos importa. No es el primer cliente que lo hace y, si eso le hace sentir más seguro, por mí no hay problema. Me da igual que se llame usted Rodríguez o Bermúdez, mientras pague la factura.

—Sí, claro. Así lo hice.

—Lo sé. —Se cruzó de brazos y le frunció el ceño—. Lo que sí que importa, y mucho, es que fueran también falsos los datos que nos dio sobre el caso.

Bermúdez tragó saliva.

—No sé... No sé qué quiere decir.

—Claro que lo sabe. Usted no está casado, señor Bermúdez. Y la mujer a la que hemos fotografiado, no es su esposa. Eso sí, el hombre que estaba con ella, sí que es magistrado. Y es su jefe.

—Yo... —Bermúdez se sirvió una copa. Su mano temblaba violentamente—. Les ruego que no hablen de esto con nadie.

—¿En serio? ¿Va a compensarnos con una explicación, al menos?

—No sería conveniente.

—Entonces, sacaré mis propias conclusiones. El señor Landeta, empresario de postín, desea que el magistrado Torres se muestre proclive a sentenciar a su favor, en el caso de esos terrenos costeros que tiene ahora mismo entre manos. La construcción que tiene en mente, una urbanización de lujo, supone un buen montón de dinero, por lo que no le importa invertir una parte en sobornar a un secretario para que le consiga algo con lo que chantajearle.

—Está usted loco. —Bermúdez enrojeció—. Váyanse, por favor.

—Muy bien. Vamos, señorita Chueca. —Le hizo un gesto para que le acompañase a la salida—. De camino al coche decidiremos si nos presentamos en una comisaría o en la casa del magistrado Torres, directamente. ¿Usted qué opina?

Natalia hizo una mueca y empezó a moverse.

—Pues, la verdad, las dos opciones me parecen interesantes.

—No, esperen. —Le miraron, a la expectativa. Bermúdez temblaba como una hoja—. No pueden ir a ver a Torres. Sería mi fin. Sin embargo, tiene usted razón: en este asunto hay mucho dinero. He visto su despacho, sé que no le sobra, que le vendrá bien un buen pellizco. ¿Cuánto quiere, Balboa?

Javier sonrió.

—Demasiado. Siempre demasiado. Esa es mi maldición.

—Espere. Esperen un momento. —Se fue por una puerta y volvió al cabo de un rato, con el sobre de las fotos—. Tengan. Diré que no he conseguido nada.

—Muy bien. —Agitó el sobre—. Espero que no haya copias. Si me entero de que utiliza algo de esto, le aseguro que se arrepentirá. Lo sabré y le denunciaré. Vamos — insistió, cogiendo a Natalia del brazo.

Esta vez, Bermúdez no trató de detenerles.

4

—Bueno, me parece que hemos hecho todo lo posible por solucionar bien este asunto —dijo Javier, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo—. Me encanta haber actuado de ayudante de la superheroína.

Natalia le lanzó una mirada aviesa.

—Qué gracioso. Además, ese tipo es un corrupto de marca mayor. No estoy segura de que le hayas metido de verdad el miedo en el cuerpo. ¿Cómo vas a saber si hace el chantaje o no?

—Oh, porque el magistrado Torres me lo dirá, por supuesto.

—¿En serio? —Le estudió con sospecha—. ¿Has ido a verle, verdad?

—Claro. Le llevé las otras fotos y le puse al corriente de todo.

No se extendió más. No merecía la pena explicarle que, quince minutos después de ver la matrícula del BMW, estaba enterado de la vida y andanzas de Bermúdez, desde los dientes que perdió de niño en unas barracas, hasta las dos multas de tráfico impagadas que constaban en su expediente.

Natalia parecía tan orgullosa de lo conseguido, que no había tenido valor para desinflarle el ego. Además, había demostrado ser bastante ingeniosa, más que eso, muy astuta. Era una buena detective. Se merecía esa pequeña sensación de triunfo.

Ella se detuvo en la acera y le miró con suspicacia.

—¿Y se las diste, sin más?

—Por supuesto. Nunca hay que despreciar una oportunidad como esta. Quién sabe. Lo más probable es que, algún día, el honorable magistrado pueda pagarnos este favor.

—Ya me parecía a mí. Eres un... un...

—No, no lo digas. No es necesario. Sigue soñando si quieres, con la justicia poética del mundo, pero yo tengo que mantener un despacho y varios sueldos, así que intentaré seguir siendo práctico. —Natalia no contestó—. Bien, por fin es el viernes de una semana especialmente asquerosa. Deja que te invite a cenar.

—¿Cenar? —Natalia se llevó las manos a la cabeza—. ¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa?

—¿Tienes el móvil? —Roberto, claro. Javier no pudo evitar una sonrisa de oreja a oreja. Aquel pobre bastardo había tenido que cenar solo. No estaba mal. Asintió—. Déjame.

Pensó en negarse, para que Roberto se mordiese los nudillos un rato más, pero la idea de que supiese, que lo sabría, que la llamada había sido desde su móvil, le animó a acceder. Sacó el teléfono, pulsó las teclas, marcando el número del móvil de Roberto, y se lo tendió sin hacer ningún comentario. Natalia se lo arrebató de la mano y se alejó unos pasos.

—Roberto, hola, soy yo —la oyó decir al cabo de un momento—. Perdona, perdóname. Sí, sí, pero... Escucha, lo siento. Es que he tenido trabajo y... No, no tiene nada que ver. Oye, Roberto, no me grites. ¿Qué? —Frunció la boca y cerró el teléfono bruscamente. Se lo devolvió—. Gracias.

—¿Problemas?

—En absoluto. —El teléfono empezó a pitar. Javier contempló la pantalla. Para su regocijo, volvía a tratarse de Roberto. Sonriendo, se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

—¡Ja, me lo imaginaba! —Roberto estaba furioso. Arrastraba un poco las palabras, así que probablemente también estaba borracho. El alcohol tenía la virtud de volverle violento—. ¡Hijo de puta! ¡Pásame con Natalia!

—Claro. —«Húndete tu solito, idiota», pensó, y le tendió el móvil a Natalia—. Es para ti. —Se echó a reír—. Últimamente, tienes muy mala suerte con sus citas, si me permites comentarlo.

Natalia le fulminó con la mirada y cogió el teléfono.

—¿Sí? Ah, bien. Vete tú también a la mierda. —Cerró el teléfono con la misma brusquedad que antes y se lo dio—. No me pases más llamadas de ese cretino.

—Roberto es muy sentido. No le gusta que le den plantones.

—Y a mí no me gusta que me griten. —El teléfono empezó a pitar otra vez—. Oh, rayos. Me voy a casa.

—¿No quieres contestar?

—¿Y tú, por qué no te cortas la puñetera lengua? Olvídame. —Natalia se metió en su coche y arrancó como si la persiguieran mil demonios. Javier mantuvo los ojos fijos en el vehículo, hasta que desapareció calle abajo y contestó a la llamada.

—Sí, Roberto, corazón. Dime.

—Pásame con Natalia.

Javier sonrió, mientras caminaba hacia su coche.

—No quiere ponerse.

—¿No quiere o no puede?

—Hum... En realidad, ni lo uno ni lo otro. La has enfadado mucho. Y ahora mismo está ocupada. Tranquila, cariño, más despacio —añadió con voz ahogada—. Cuidado con esos dientes.

—¿Javier?

—¿Sí?

—Eres un cabrón.

Javier lanzó una carcajada.

—No te imaginas cuánto. Y, de verdad, no te gustaría descubrir hasta qué punto. —Llegó a su coche, abrió y se sentó al volante—. Escúchame bien, Roberto, porque no me gustaría tener que repetirlo: no vuelvas a acercarte a Natalia. No lo hagas, te lo advierto. Nada de juegos con ella, nada de toda la mierda a la que estás acostumbrado.

—Nada que tú no hayas practicado más de una vez.

—Puede. No todo, aunque algo sí, lo admito. No soy ningún santo. Pero Natalia queda al margen de todo eso.

—Pues ya podías haberlo dicho antes. Además, ella me aseguró que no hay absolutamente nada entre vosotros.

—Pues se equivoca. Hay mucho.

—Eso no...

—Joder, Roberto, te lo digo en serio, no me toques la moral —le cortó, harto del asunto—. *Esa mujer es mía. ¿Te ha quedado claro de una puta vez? Mía.* Ni pienses en rozar su sombra.

Unos momentos de silencio, en los que Javier se preguntó si definitivamente tendría que romperle la cara a aquel cretino. Al parecer, le costaba asimilar cómo estaban las cosas. Pero no. El asunto no iba a ir a mayores.

—Muy bien —gruñó Robert—. Me quito de en medio.

—Perfecto. El único asunto que debe unirnos a los tres en estos momentos, es Sistiaga. Por cierto, ¿has conseguido algo?

—Poca cosa, porque no es fácil, no te creas. Ese tipo no se mueve sin una estela de guardaespaldas. Qué tío. Pero, bueno, le he estado siguiendo. Ha tenido varias reuniones y he hecho algunas fotos. Eso sí, ya te voy avisando de que yo no conozco a la mayor parte de la gente. Quizá a ti te resulte de ayuda.

—Sí, no te preocupes, yo me ocupo. Tú tráeme todo el material que consigas.

—Descuida —murmuró Roberto. De pronto, parecía distraído—. ¿Quién anda ahí? —preguntó, apartado del teléfono.

—¿Roberto? —preguntó Javier, sorprendido—. ¿Pasa algo?

—No. Es solo que me ha parecido... ¡Cristo! —El teléfono debió caer al suelo porque se oyó un golpe, y la voz llegó mucho más lejana—. ¿Quién... quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

Una especie de zumbido... Un golpe.

—Roberto... ¿Roberto?

Un crujido y silencio. Alarmado, Javier dio vuelta a la llave de contacto y arrancó a toda velocidad.

Tardó cosa de diez minutos en llegar a la casa de Roberto, dos en abrir con sus ganzúas-llavero la cerradura del portal, y un único segundo en descubrir que la puerta de su casa estaba balanceándose con un suave crujido sobre sus goznes. Javier apoyó la palma en ella y la empujó del todo.

Del fondo, del salón, llegaba una luz muy tenue.

—¿Roberto? —preguntó, casi deseando que todo se debiese a una broma pesada. Roberto sabía mucho de esas cosas, bromas estúpidas y muy crueles, pero esta vez algo le decía que no era el caso. Sacó la navaja y entró el piso, con cuidado de

proteger bien su espalda. La alfombra absorbía por completo el sonido de sus pasos. Al llegar al final del pasillo, se asomó al salón.

Entonces, lo vio.

Roberto estaba caído en el suelo. Una mano crispada se aferraba a su pecho, en el lugar donde surgía una especie de rosa de sangre. Olvidando todas las precauciones, Javier se arrodilló a su lado y le buscó el pulso. Nada.

—Oh, maldición, maldición —masculló, retrocediendo. Sus ojos se fijaron en un objeto destrozado, junto al sillón. Era el teléfono móvil. Parecía que alguien lo había aplastado con ganas. Javier se puso en pie y examinó la habitación. Con la excepción del cuerpo, y el teléfono destrozado, allí no había señales de violencia.

La mesa estaba puesta para dos...

Por su mente pasó la idea de lo que hubiera podido ocurrir de haber estado allí Natalia esa noche, cenando con Roberto, pero la espantó con un escalofrío.

Sabía que debía salir de allí, llamar a la policía y esperar a que vinieran y lo comprobasen todo antes de tocar nada, pero no pudo contenerse. Lo que fuera que le había pasado a Roberto podía ser por cualquier otro asunto, era un tipo que resultaba especialmente molesto para muchos; pero también podía ser culpa suya, por la investigación a Sistiaga.

De ser así, lo descubriría. No iba a cejar hasta encontrar al responsable.

Tras un registro rápido, intentando no dejar ninguna huella, no encontró nada que le sirviese de ayuda. Roberto había muerto de un disparo en el corazón, pero quien quiera que fuese el responsable se había cuidado de pasar por allí como un fantasma. Volvió a la puerta de la calle y comprobó la cerradura. Era de buena calidad, difícil de forzar y, sin embargo, el asesino lo había hecho, porque había entrado en la casa y había tomado a Roberto por sorpresa. Era un profesional.

¿Merecía la pena revisar el resto del piso? ¿El estudio, quizá? Conocía el piso y se dirigió hacia allí de inmediato. Era una sala grande, con un escritorio y una mesa grande de dibujo, en la que trabajaba sus fotografías. Al fondo, una puerta conducía a una habitación más pequeña, en la que tenía el equipo de revelado.

No se había equivocado: el estudio había sido el foco del registro. O eso, o había pasado un tornado por allí, y lo veía menos probable. Los armarios estaban abiertos, había cosas caídas por el suelo, por todas partes, como si las hubiesen arrojado sin ningún miramiento. También vio una silla volcada y, para terminar, no encontró

ninguna cámara, de las muchas que poseía Roberto. El hueco del ordenador era evidente. Se habían llevado todo lo que pudiera resultar comprometedor.

¿Sistiaga? Estaba por asegurar que sí.

Maldiciendo, salió del piso y, ya en el portal, usó su móvil para llamar a la policía y hacerle un último favor a Roberto Garmendia.

5

Natalia cerró la oficina y subió directamente a su casa.

En el último momento, ya con la llave metida en la cerradura, dudó y se decidió a llamar a la puerta de Balboa, a ver si estaba. No había aparecido en todo el día por la oficina. De hecho, no sabía nada de él desde que el sábado, a primera hora, la telefoneó para informarla de que Roberto Garmendia había muerto de un disparo al corazón, pero no había contestado a ninguna de sus preguntas.

Aunque, a esas alturas, Natalia no sentía especial simpatía por Roberto, la noticia la había perturbado mucho. Roberto había sido un hombre atractivo, y se había comportado de una forma muy agradable en las pocas ocasiones en que coincidieron. Ciertamente que luego, tras su discusión, le había borrado de la lista de posibles candidatos a compartir una parte de su vida, ni siquiera una pequeñita, pero, aún así, lamentaba profundamente su fin.

Y también lo hacía Javier, pese a que no le había dado la impresión de simpatizar con él, precisamente. En su conversación telefónica tenía un tono extraño, y parecía tenso. Le ocultaba algo.

«Siempre me oculta algo». A qué negarlo, aquel hombre era así, no lo podía evitar. ¡Por Dios, si la había seguido para ver cómo se desenvolvía con el tema de Bermúdez! Pensar en eso hizo que perdiera por completo las ganas de hablar con él. Mejor dejarlo para otro momento.

La puerta se abrió cuando ya estaba a punto de irse. Javier tenía un aspecto terrible. Al verla, se apartó, indicando con un gesto que pasara y se dirigió hacia la salita de estar. Allí, se sentó en el sofá, con los hombros hundidos. Tenía una botella

de whisky en la mesa, y un cenicero lleno de colillas.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó Natalia, de pie a su lado. Se sentía como en alguna clase de zona intermedia, sin querer quedarse, sin querer irse...

—Repugnante —dijo él.

—En la línea habitual, entonces. —Él no dijo nada. Ni siquiera alzó la cabeza para mirarla—. Pareces agotado. ¿Por qué no te vas a la cama?

—No podría conciliar el sueño. ¿Has visto las noticias?

—No he tenido tiempo. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado el cuerpo de Santiago Martos flotando en la ría.

Natalia abrió los ojos de par en par.

—¿Qué dices? ¿Cuándo?

—Esta madrugada. Por lo que parece, tenía algunas cuerdas enredadas. Sospechar que debieron arrojar el cadáver con un peso, pero se ha soltado.

—Oh, Dios mío... —Caminó como sonámbula y se sentó en el sofá, a su lado, muy rígida—. No sé qué decir. Era un individuo repugnante como pocos, pero le han matado por mi culpa.

—No, Nat. Ha sido por la suya. Él se metió en todo esto, buscando sacar tajada. —Sí, tenía razón. Aun así, no podía evitar aquella sensación de angustia. Al cabo de un par de minutos, Javier la miró de reojo—. ¿Sigues enfadada?

Agradeció el cambio de tema, aunque fuese hacia uno tan peliagudo como ese.

—Mmmm... veamos... Sí. ¿Estaré siendo injusta? En el plano personal, me coges y me dejas según sopla el viento, siempre pensando antes en hacerle daño a Salvador que en ninguna otra cosa. En el plano profesional, me degradas, me consideras inepta y me utilizas y ninguneas como si fuera imbécil. Sí. Definitivamente estoy siendo injusta. No estoy enfadada, lo que estoy es total, absoluta y completamente furiosa contigo. Pero podemos dejar esa discusión para otro día.

Javier suspiró.

—Yo no creo que seas inepta, ni imbécil, ni he pretendido hacer que te sintieras así. Pero dejemos eso para luego. Hablemos primero de lo personal.

—¿Para qué? No hay nada que hablar, Javier. Si quieres follar, follemos. Siempre es entretenido.

—Deja de hablar así. Yo no he follado nunca contigo, nunca. Ni siquiera aquella primera vez, ¿te enteras? Maldita sea, Natalia, te quiero. —Soltó de pronto, y la

abrazó—. Por favor, por favor, no me rechaces. Ya sé que no soy gran cosa, ni como hombre, ni como profesional, ni como nada, pero te ruego que no me apartes de tu lado, porque no soy nada sin ti. Te amo, ya está, maldición, ya lo he dicho, y quiero estar a tu lado siempre. Hasta estoy dispuesto a tenderle la mano a Salvador y a enterrar el hacha de guerra si tú me lo pides.

Natalia le miró con la boca abierta, totalmente asombrada.

—¿Qué has dicho?

—Que haré las paces con tu padre, te lo juro. Eso sí, espero de ti que le indiques que jamás, en toda su puñetera vida, vuelva a mencionar a mi madre en mi presencia.

—No, no me refería a eso. Me refería a la primera parte.

—¿A lo de que te quiero? ¿Acaso tengo que repetírtelo? —Pareció incómodo, como si se sintiese vulnerable sin su caparazón de hombre duro—. Por Dios, Natalia, cariño, estoy muy cansado de tanta pelea.

Ella sonrió.

—Yo también te quiero —susurró—. Te quiero, Javier Balboa, a pesar de que eres cabezota, orgulloso, gruñón y un tanto... ligero de cascos.

Javier se echó a reír. Tiró suavemente de ella, hasta sentarla con cuidado en su regazo, en el que pudo percibir una erección bastante notable.

Pensó que querría hacer el amor, que aquello sería el comienzo de los preliminares de algo que terminaría horas después, en el dormitorio, pero no: simplemente la abrazó y le acarició el pelo.

Y ella supo que todo estaba bien.

Capítulo 8

1

Por la mañana, mientras desayunaban, sonó el timbre de la puerta.

Se miraron sorprendidos, porque todavía era temprano y no esperaban a nadie. Javier se levantó y fue a abrir mientras ella terminaba de untar su tostada con mantequilla y mermelada de frutas del bosque. Tras dormir profundamente toda la noche, se sentía descansada como nunca y tenía un hambre canina, pero la olvidó por completo cuando vio entrar a su padre.

Salvador la miró con expresión pétrea. Luego, sus ojos giraron de vuelta hacia Javier. Ninguno de los dos dijo nada, aunque Balboa fue el primero que apartó la mirada, más que nada, lo supo Natalia, por ella. No parecía en absoluto avergonzado por los vestigios de la paliza que aún quedaban en el rostro de Salvador, un par de cortes en el labio y una sombra oscura en la barbilla.

—Buenos días —saludó por fin su padre, con voz átona. Entrecerró los ojos, al fijarse en la bata de hombre con la que estaba vestida—. ¿Has pasado la noche aquí?

No esperaba que preguntase eso, y menos de un modo tan directo. Tomada por sorpresa, hasta se ruborizó.

—Así es, papá. Creo que es evidente.

—No sé, Natalia. De verdad, no sé qué voy a hacer contigo.

—No tienes que hacer nada. Tengo veintiséis años. Veintiséis. ¿Lo entiendes? Edad suficiente como para cometer mis propios errores.

—¿Eso piensas? —Agitó la cabeza—. Sí, supongo que sí. Pero eso es algo que tu padre jamás puede llegar a admitir.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella, preocupada por su palidez.

Les miró alternativamente.

—Siento molestar tan temprano. Quería hablar con Javier, pero ya que estás aquí, podemos hablar los tres.

—Claro —dijo Balboa—. Pasa y siéntate.

—¿Un café? —le ofreció Natalia. Él negó.

—No, gracias. Voy a irme enseguida. Aquí, todo sigue igual —añadió, con algo de sorpresa, echando un vistazo general a la cocina—. Y yo que pensaba que te habrías liado a hachazos con los muebles...

Javier gruñó.

—No, por favor. Al fin y al cabo, son tuyos. No tocaría lo que tú has pagado.

—¿En serio? Porque aquí no veo muchos de los muebles que pagué yo. Y el jarrón amarillo de la entrada no puede ser más horroroso, por cierto.

—Fue un regalo. Lo uso de paraguero, como también habrás visto. Coincidimos en que es horroroso, pero está ahí porque me da la gana.

—Parad ya, los dos —ordenó Natalia, enfadada. Ambos la miraron—. No me parecen formas de iniciar una conferencia de paz.

—Ah, no sabía que lo era. —Javier repiqueteó los dedos sobre la encimera de la cocina—. Bien, tú mueves, Salvador. Eres quien ha venido.

—Sí. Hay cosas... Hay cosas que hubiera preferido que se mantuvieran enterradas para siempre, pero, dado el giro que se ha producido en nuestras vidas, será mejor aclararlas. —Carraspeó—. En fin. Quería saber por qué, a qué viene este empeño en liarle con mi hija, y qué piensas hacer al respecto.

—¿Por qué? Sencillo. Porque la quiero. —Salvador le miró escéptico—. Ya sé, ya sé, piensas que no es así, que me muevo impulsado por las pasiones que tú desencadenas en mí. —Alzó ambas manos, en un gesto burlón—. Por supuesto. El eterno protagonista. Y es muy posible que así fuera en el pasado, no lo niego. Pero, por una vez, no es así —continuó, cortando una réplica—. Ya ves, ni Natalia ni yo pensamos en ti cuando decidimos acostarnos juntos. Es algo que solo nos concierne a nosotros.

—Entiendo. ¿Y qué piensas hacer?

—Estar aquí. Que es algo más de lo que han hecho otros.

Salvador apretó la mandíbula.

—¿Vais a casaros?

Javier no lo dudó.

—Claro.

—¿Qué? —Natalia se incorporó en su silla—. Creí que habías dicho...

—Sé lo que dije, pero rectificar es de sabios y he cambiado de opinión. Espero que tú también, porque voy a ponerme muy pesado con el tema, señorita Chueca. Creo que debemos formalizar de una vez nuestra situación, que ya tarda. Y cuanto antes.

Natalia se echó a reír.

—Nunca lo hubiera supuesto, Javier. Eres un carroza.

—Me hago viejo, qué se le va a hacer. Espero que eso no te cause ningún problema.

—No. Solo a ti. —Se cruzó de brazos, divertida—. Me pregunto cómo te las vas a arreglar para convencerme de que me case contigo.

—Eh... Eso te lo explicaré en otro momento. —Tranquilamente, se volvió hacia Salvador—. Lo que importa es que, como he dicho, nos vamos a casar.

—Entonces, será mejor que lleguemos a un entendimiento, tú y yo —susurró su padre. Javier asintió, de acuerdo.

—No te preocupes. Le he prometido a Natalia que cambiaré de actitud. Intentaré mostrarme menos hostil, incluso simpático, sobre todo en Navidades. Eso sí, no me presiones. No voy a besarte, ni loco.

—En otras palabras, disimularás tu odio.

Los ojos de Balboa chispearon.

—Algo así podría decirse, sí.

Salvador frunció los labios, y agitó la cabeza, como si se viese obligado a tomar una decisión que no le hacía feliz en absoluto.

—Javier, hubiera preferido no tener que decirte esto nunca. Que las cosas terminaran... no sé, por pasar de largo, supongo. Que entraras en razón y te dieras cuenta de que, al margen de la relación que mantuve con tu madre, mi relación contigo fue muy distinta. De verdad, intenté ser un padre para ti.

—Esto no...

—Espera —le pidió, y Javier volvió a cerrar la boca—. Cuando conocí a Aitana, era una muchacha muy joven y muy triste. Yo... Bueno, me enamoré como un loco de ella. Sí, lo hice. —Miró a Natalia, como disculpándose—. Lo lamento, nena. Tu madre y yo nos quisimos mucho, claro que sí. Pasamos buenos y malos momentos juntos, fue una esposa de la que no puedo emitir la más mínima queja y me dio dos hijos maravillosos, pero la triste realidad es que nunca la amé y ella nunca me amó a mí.

—¿Nunca? —preguntó ella.

—No. Nunca. Con los años, Adela me confesó que se casó conmigo porque el hombre del que estaba enamorada ya estaba casado con otra, y ella quería una familia, unos hijos... Y yo me casé con ella por interés, tu abuelo tenía una buena posición y sabía que podría medrar a su sombra. Lo siento, Natalia —volvió a disculparse, al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Lo siento de verdad, yo no quería lo que ocurrió, pero tenía que buscarme una vida, tenía que... sentir —concluyó con esfuerzo—. Al principio, no percibía el vacío. Pero, luego, apareció Aitana y se hizo evidente. Y también insoportable.

—Eso no... —empezó Javier.

—Deja que acabe, por favor. —El otro cerró la boca—. Me ocupé de Aitana, sí. ¿Cómo no hacerlo? La amaba, aunque ella, por aquel entonces, no me quisiera. Pero me necesitaba: estaba sola, embarazada, sin trabajo y sin posibilidad de conseguirlo en su situación. Sus padres habían muerto y no tenía más familia cercana. Durante un tiempo, la alojé en un piso alquilado, en las Siete Calles. Luego, cuando ya habías nacido tú, tenías dos o tres meses, creo recordar, surgió la posibilidad de comprar este piso. No pude resistir la tentación.

—No fue la mejor idea.

—¿Tú crees? Durante unos años, vivimos así, y yo te quise y te crié y te eduqué como si fueras mi propio hijo. Por aquel entonces, empezaba a pensar que mi matrimonio sería estéril, que tú suponías, realmente, mi única posibilidad de ser padre. Luego, llegó Natalia, pero no puedes decir que te hiciera de menos por ella, ni cuando, tres años después, nació Salva.

—No, no puedo hacerlo —admitió Balboa—. Jamás me hiciste de menos y aprendí a querer a Natalia y a Salva como si fueran mis hermanos. De hecho, cuando era crío yo pensaba, realmente, que eras mi padre.

—Lo soy.

—Biológico, quiero decir. Y, no creas, en un momento dado tuve miedo de que lo fueras.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque ya quería a Natalia, claro está, y eso hubiera supuesto un impedimento terrible.

Salvador asintió, al comprender.

—No, no soy tu padre biológico, pero como si lo fuera. Yo acompañé a tu madre en sus meses de embarazo y estuve esperando, histérico, en la sala del hospital. Te ayudé a hacer los deberes, te consolé cuando las cosas no salían como tú querías, y te castigué cuando pensé que debía corregir tu conducta, por tu propio bien.

—Esas cosas, nunca se olvidan. —Javier carraspeó—. Siempre te daré las gracias, por todo eso.

—No es necesario. A nuestra manera, formábamos una extraña familia.

—¿Una extraña familia? —repitió Natalia, con los ojos clavados en el suelo—. ¿En serio? ¿Cómo pudiste hacerle eso a mamá? Debiste dejarla e irte con Aitana. Debiste ser justo con ella, que tuviera la posibilidad de iniciar otra relación.

—Lo sé, pero en aquella época lo veía todo mucho más confuso. Ellas se llevaban bien, ¿a qué complicarlo? Además, yo te quería, Natalia. Te quería con locura, que Dios me perdone, pero desde el principio te quise más que a Salva, más que a tu madre y hasta más que a mí mismo. Eras, eres y siempre serás mi princesa, mi niña adorada. No... no quería dejarte y estoy seguro de que Adela te hubiese utilizado para hacerme chantaje, para obligarme a elegir. No quise dar pie a algo semejante.

—Oh, papá...

—Tuve siempre mucho cuidado. Adela no lo hubiera sospechado, jamás. Pero... Aitana cambió con los años. Supongo que se veía mayor, sin una vida propia, sin un futuro protegido, y empezó a exigir su propio espacio. Quería que nos casáramos. Quería que abandonara a Adela y a mis hijos. Se cansó de ser *la otra*, y lo entiendo, lo entiendo, pero yo no estaba preparado para semejante cambio. No dejaba de dar tumbos, sin saber qué hacer. Amaba a Aitana, pero mi lealtad estaba con Adela...

—Siento tener que ser tan franco, Salvador, pero me da la impresión de que sabes tan poco del amor como de la lealtad —le dijo Balboa—. Hay demasiadas cosas que no me encajan y, sobre todo, una que exige una respuesta: *¿por qué cojones no te casaste con mi madre, cuando tuviste oportunidad?* Tú eras viudo, ella estaba soltera, ¿por qué no aprovechasteis la ocasión?

—Porque ambos merecíamos un castigo.

—¿Un castigo? ¿A qué te refieres? —Salvador sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo tendió. Él lo miró sorprendido—. ¿Qué es esto?

—La verdad. Si algún día quieres saberla, ábrelo. —Balboa fue cogerlo pero Salvador lo puso fuera de su alcance—. Sin embargo, recuerda que en esta vida todo

tiene un precio altísimo, Javier. Yo te quiero, te quiero mucho, precisamente por eso te recomiendo que no abras este sobre. Te aconsejo que olvides el pasado y sigas avanzando hacia el futuro, sin mirar atrás. Que intentes ser feliz.

Javier asintió con gravedad.

—Está bien.

Le entregó el sobre. Natalia vio que Balboa lo valoraba al tacto. Era muy delgado como mucho tendría un papel o dos.

—Lo abras o no, me gustaría acabar con esta guerra —siguió Salvador—. Para mí, siempre serás mi hijo mayor. Y me alegro mucho de que Natalia y tú hayáis encontrado un modo de redimir el pasado. Es como si, a través de vosotros, todos tuviésemos una nueva oportunidad.

Javier frunció el ceño.

—¿Por qué mientes? Siempre has hecho lo imposible por separarnos. Mira cómo te pusiste el otro día...

—No. Eso es distinto. No quería que le hicieras daño a Natalia por venganza, es algo que siempre he temido. Nos conocemos, Javier.

—Está bien. En eso, tienes razón.

—Lo sé. Me aterraba esa idea, pero me siento feliz de que ella te quiera, y de que tú la quieras. Si te digo la verdad, he soñado tantas veces con algo así, que me cuesta creerlo.

—¿Se te hace difícil creer que pueda quererme? —Javier sonrió con media boca—. A veces, a mí también.

—No es eso. Es que Natalia no parecía querer vivir en Bilbao, y eso daba pie a pocas posibilidades. Llegué a pensar que sabía la verdad, que sabía que yo era culpable hasta la médula. —Se volvió hacia ella—. De no ser así, ¿por qué te marchaste? ¿Por qué te has mantenido tanto tiempo lejos? ¿Por qué me rehuías?

—Por nada —respondió ella, pálida, sintiendo sobre sí la mirada de Javier—. No fue por eso, no hubo una razón concreta. Simplemente, tuve una mala adolescencia.

—Ya. —No la creía, estaba claro—. Tú sabes que me tienes aquí, para lo que sea, ¿verdad?

—Sí, papá. Lo sé.

—Bien. Porque me consta que tuvo que ser algo muy grave, pero no te lo volveré a preguntar nunca. —Su padre les miró, alternativamente—. Esto es como lo que te digo

de ese sobre, Javier: a veces es mejor no saber, cuando la verdad duele, pero no va a ayudarte. Cuando las cosas son ya de otro modo y, total, ya da igual. ¿A qué sufrir? Haz como yo. Mantén el sobre cerrado.

Sin más, dio media vuelta y abandonó la casa.

2

Natalia dormía profundamente a su lado. Javier se levantó, incapaz de conciliar el sueño, y fue a la cocina. El sobre que le había dado Salvador seguía encima de la nevera, con la misma apariencia tan inofensiva de siempre. Lo estuvo mirando mucho rato, allí de pie; luego lo cogió y se sentó a la mesa, con un vaso de leche.

Le dio vueltas y vueltas, y vueltas y más vueltas entre los dedos, indeciso. Le constaba que Salvador tenía toda la razón, que a veces era mejor no saber, vivir tranquilo en la ignorancia...

Pero él nunca había sabido vivir de ese modo.

Abrió la solapa.

En el interior, solo había una fotocopia. Era un papel que confirmaba una compra por internet, a nombre de Aitana Balboa.

Una compra de ricino.

¿Ricino? Recordó a Salvador, mencionando el ricino. Había soltado la palabra como una bomba, pero no se había atrevido a detonarla.

¿Qué significaba aquello?

Gracias a algunas famosas series de televisión, casi todo el mundo sabía que, en determinadas concentraciones, la ricina podía ser mortal. De hecho, era un veneno muy asequible. Javier no sabía mucho del tema, algo recordaba sobre que inhibía los ribosomas, provocando una muerte celular. Los síntomas tomaban la apariencia de una gastroenteritis que iba agravándose, con una muerte segura en dos o tres días a menos que se le aplicara algún antídoto. Pero, claro, para eso había que identificar la toxina a tiempo...

Adela había muerto en pocos días, por una gastroenteritis que se atribuyó a un

resfriado común. Mala suerte, habían dicho todos.

Aitana. Ricino. Gastroenteritis. Muerte. Adela.

Porque ambos merecíamos un castigo.

—Dios mío —susurró, intuyendo la sombra espantosa de aquella verdad que Salvador había mencionado—. Dios mío...

Así que Aitana había perdido la paciencia y había decidido dar un buen empujón al destino. Había matado a Adela. ¿Cómo se le había ocurrido? ¿Se había vuelto loca! Y, claro, Salvador lo había descubierto. Era detective privado, un hombre que vivía de la investigación, de captar los detalles. No la había entregado a la policía, seguramente porque la amaba, pero tampoco se había casado con ella. Aitana había recibido su castigo a su manera. Y él también, por haber provocado la ocasión.

—¿Javier? —oyó. Era la voz adormilada de Natalia, que se acercaba por el pasillo. Rápidamente, se limpió las lágrimas. Justo acababa de terminar cuando entró en la cocina—. ¡Qué susto me has dado! ¿Se puede saber qué haces ahí a estas horas? ¡Son las cuatro de la mañana! ¿Ocurre algo?

«Sí, claro que sí. He descubierto que mi madre mató a la tuya.»

No, no podía decírselo. Aquello le haría mucho daño, y un daño sin sentido, porque no había nada que pudiera hacer para remediarlo. Por fin entendía las razones de Salvador para callar aquel asunto.

Arrugó disimuladamente el papel y el sobre y los guardó en el bolsillo, mientras se juraba que los tiraría en trocitos por el váter en cuanto estuviese a solas.

—Nada, nada, cariño —murmuró. Se sentía tan deprimido... Menos mal que la tenía a ella. Sonrió, recordando a Eva y aquello que dijo del amor verdadero. Allí estaba: la chica con la que quería pasar el resto de su vida. Eso le hizo pensar en el helado, la tarrina que guardaba en el congelador—. ¿Quieres un helado?

Natalia estuvo a punto de rechazarlo, como otras veces, lo vio en su expresión. Pero debía tener un aspecto tan triste que decidió acompañarle.

—Claro. Siempre he querido levantarme de madrugada para hincharme a helado, como hacen en las pelis americanas —añadió, intentando animarle con la broma—. Venga, vamos a hincarle el diente.

Javier rio y se levantó. Sacó el helado del congelador y dos cuencos del armario, y empezó a servir unas raciones generosas. Estaba poniendo la segunda cuando la cuchara tropezó con algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Natalia, que estaba mirando. Él hizo un gesto de sorpresa. Con cuidado, lo sacó.

Era un envoltorio de plástico. Dentro, había una llave pequeña, con una etiqueta.

—Rayos...

—Pero, qué...

Javier recordó la cafetería del parque, el sol, su encuentro con Eva. Cuando iban a marcharse, ella dijo que tenía que ir al baño y, al volver, llevaba las tarrinas. Prácticamente le obligó a aceptar la suya.

—Este helado me lo regaló Eva, Nat —le explicó—. La última tarde que pasamos juntos, pocos días antes de su muerte. Creo que, de hecho, es la razón por la que me contactó. Quería darme esto.

—Pero, no tiene sentido. ¿Por qué no te la dio en mano?

—No lo sé... Me dijo que, si le pasaba algo, lo tomara a su salud, a ser posible con el amor de mi vida.

Los ojos de Natalia brillaron de emoción. Durante un momento, pareció que le costaba hablar. Carraspeó.

—¿Es el que me ofreciste la noche que me diste de cenar, cuando acababa de volver a Bilbao?

—Así es. ¿Lo ves? Entonces yo ya tenía claro lo mucho que te quería.

Ella sonrió.

—Gracias, de verdad. —Él le devolvió la sonrisa y Natalia miró la llave—. ¿De dónde es? ¿Un banco?

—No, yo diría que es de un apartado de correos. —Leyó la etiqueta—. Sí, mira. «Correos 251567//pin4242».

—¡Tenemos que comprobar qué contiene!

Se la veía tan entusiasmada que no pudo por menos que echarse a reír. Dada la hora que era, iban a tener que esperar bastante, de modo que se tomaron el helado y se volvieron a la cama. No consiguieron dormir demasiado, pero al menos pasaron el tiempo de una forma más que agradable.

A primera hora fueron al edificio de Correos. En la taquilla, solo encontraron un sobre grande y recio, de papel de estraza. Dentro, había un móvil, un aparato grande, moderno y caro. Para desesperación de Natalia, estaba sin batería, aunque Eva había tenido la previsión de dejar también allí el cargador.

—Volvamos a casa —propuso. Él asintió, algo ausente, mirando de reojo hacia su derecha. El coche que había visto en otras ocasiones, un modelo caro y oscuro, andaba por allí cerca. Les estaban siguiendo, y ya no tenía sentido suponer que Salvador estaba tras todo aquello, que había ordenado que le siguieran para conocer sus andanzas. Esa posibilidad estaba descartada.

No quiso alarmar a Natalia, que no se había dado cuenta. Regresaron a casa y, mientras ella ponía a cargar el móvil, Javier dijo que tenía que bajar un momento al despacho, a por la carpeta de Eva Linaza.

Pero tenía unas intenciones muy distintas.

Tomó el ascensor hasta el primer piso, abrió el ventanal del portal y saltó al patio, que allí tenía una especie de repisa alta. A todo correr, cruzó la distancia que le separaba del edificio siguiente, donde había una escalera que bajaba de vuelta a la calle, pero a varios metros de su casa, en una posición desde la que podía vigilar cómodamente sin ser visto.

El coche estaba allí, aparcado enfrente. Mientras miraba, llegó un segundo vehículo que se colocó detrás. De él bajaron dos hombres, además de otro que llevaba gafas de sol y una mano sobre media cara.

Podía ocultar su rostro, pero él sabía que se trataba de Héctor Sistiaga.

Sacó su móvil y marcó el número de Natalia. La voz automática de una telefonista le dijo que ese número estaba ocupado.

—¡Joder! —Marcó el de la agencia Chueca para comprobar lo que se temía: estaba hablando con Conchi. Para cuando marcó el móvil directo de Salvador, aquellos tres ya estaban entrando en el portal.

—Sí, Salvador Chueca.

—Salvador, menos mal. Escúchame atentamente. Sistiaga y dos matones están entrando en mi portal. Creo que van a mi casa y arriba está Natalia, sola. Yo me reuniré con ella ahora, pero vamos a necesitar ayuda.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Te refieres a Héctor Sistiaga, el político?

—Exacto. Y otras cosas, me temo, entre ellas asesino. Vente de inmediato y trae algún arma. Lo que tengas.

Salvador ni se despidió. Bien, eso necesitaba, eficacia. Javier apagó el móvil y se dirigió al portal lo más rápido que pudo. Subió por las escaleras, para no alertar con el ruido del ascensor, y cuando iba a entrar en su casa oyó voces. Según había visto

cuando bajaron del coche, eran tres, y Natalia estaba con ellos, podían utilizarla para amenazarle. La opción de entrar por las bravas no parecía la mejor idea, desde luego. Tenía que colarse por otro lado, y aprovechar una posible sorpresa.

La ventana del baño de Natalia estaba muy cerca de la del suyo, recordó entonces. De hecho, la noche anterior, mientras se quedaban dormidos, habían hablado de hacer obra y unir los dos pisos en uno, tras la boda y, entre los proyectos que más les interesaban, estaba ese gran cuarto de baño que podría surgir de la unión de los dos que tenían ahora.

No tenía la llave de la casa de los Chueca, pero no le costó ni dos minutos forzar la cerradura con las ganzúas. Corrió hacia el baño, se asomó y comprobó con alivio que su ventana seguía entreabierta, como le gustaba tenerla a él. Un obstáculo menos, porque romper el cristal para entrar le hubiese delatado.

Calculó la distancia, se encomendó a cualquier criatura suprema que pudiera estar mirando en su dirección por pura casualidad y empezó a salir, agarrándose a todo lo que le era posible: marcos, alféizar, ladrillos de la fachada...

Si era un poquito hábil, podía conseguirlo.

Y, como era un quinto piso, si no lo lograba, apenas perdería tiempo en lamentarlo y llamarse zoquete, mientras caía a plomo hasta estrellarse en el patio.

3

Natalia estaba tan impaciente que ni esperó a que el teléfono terminase de cargar.

En cuanto le fue posible, lo encendió, metió el pin y echó un vistazo. Era el móvil de Eva Linaza, lo supo por algunos mensajes, muchos de trabajo. Muchas llamadas perdidas. En multimedia no había fotos, pero sí un vídeo.

Lo puso. Tardó unos segundos en comprender que también había sido grabado con un móvil, quizá ese mismo. La imagen pegaba saltos y no siempre enfocaba bien. Vio una sala, adornada para una fiesta. Debió haber sido un lugar elegante, aunque en esos momentos estaba hecho un caos. Había comida tirada por todos lados, vasos, globos, serpentinas...

El lugar estaba atestado de gente desnuda, en plena orgía. Natalia parpadeó, estupefacta. Algunos estaban haciendo alardes de equilibristas por ahí, encima de mesas y en alguna silla, pero el móvil terminó encuadrando a una pareja tumbada en el suelo, en la posición más clásica del misionero.

Reconoció a Sistiaga.

Ahí estaba aquel impresentable, empujando con furia sobre una chica, una jovencita morena, bastante guapa, que no parecía estarse divirtiendo mucho. Natalia la reconoció por las fotografías de Martos: era Gema Carrizo, y parecía encontrarse mal. Drogas, alcohol... a saber. Según estaba mirando, empezó a retorcerse y de su boca salió algo, un vómito blanco y denso.

—¡Qué asco! —exclamó alguien. Otros rieron, en el tumulto de voces y gemidos de placer. La chica volvió a intentar moverse. Quería ponerse de lado y vomitar.

—Quieta, joder —le ordenó Sistiaga. La abofeteó y volvió a colocarla bien, boca arriba, que era como le convenía a él para echar su polvo. Mientras seguía a lo suyo, lamiendo con saña sus pequeños pechos, ni vio que ella volvía a vomitar, con tal mala suerte que empezó a tener dificultades para respirar. Cuando intentó incorporarse, él volvió a tumbarla y la sujetó con fuerza.

Natalia contempló con espanto aquel instante en el que un hombre violaba a una chica mientras ella moría asfixiada por su propio vómito. Tardó su tiempo, una multitud de segundos terribles que se deslizaron lentamente uno tras otro, dejando tras de sí una huella de espanto.

Para cuando Sistiaga consiguió su orgasmo, que debió ser realmente bueno por el modo en que se tensó y gritó, ella ya estaba muerta.

Luego, hubo risas, aplausos, alguien que pasaba por la derecha descorchó una botella de champán... Eso fue justo antes del momento de desconcierto en el que aquel grupo de borrachos embrutecidos por su juerga se dieron por fin cuenta de lo que había sucedido.

Sistiaga se apartó del cadáver, horrorizado. Se oyeron unos chillidos. Dos figuras echaron a correr. La imagen enloqueció. Natalia supuso que quien estaba grabando intentaba ocultar la cámara. Dejó de verse, pero se siguió escuchando durante un par de minutos. En ese tiempo, alguien propuso llamar a una ambulancia, pero se lo impidieron. Sistiaga gritaba que nada de policía. Empezaron a discutir...

El vídeo finalizaba de pronto.

Tardó un par de minutos en recuperarse de la impresión. No era de extrañar que Sistiaga hubiese hecho de todo por eliminar aquella prueba. Ese era su final en el mundo de la política, y seguramente terminaría en la cárcel.

Le pareció oír un ruido en la puerta.

—¿Javier? —preguntó. Silencio—. ¿Javier? Ven, vas a alucinar.

Balboa siguió sin contestar, aunque le pareció escuchar pasos, movimientos sigilosos. Natalia tuvo una impresión extraña. Llevada por un impulso, se ocultó de la vista de la puerta tras la nevera y mandó el vídeo a su propio móvil. «Mierda», pensó, al escucharse claramente el *bip*. Acababa de terminar cuando un desconocido apareció por su derecha, sobresaltándola. Natalia gritó. El hombre no hizo caso: la agarró por un brazo y tiró de ella, arrastrándola hacia el centro de la cocina.

Héctor Sistiaga estaba allí, en la puerta de la cocina, acompañado de otro matón, que volvía al pasillo en ese momento con una pistola en la mano, seguramente para registrar el resto de la casa. Su expresión no podía resultar más siniestra.

—Un placer conocerla por fin, señorita Chueca —la saludó entonces Sistiaga. Que fuese él quien dijera algo así, resultaba irónico. Le había visto varias veces en la televisión. En algún momento, incluso, se había planteado votar por él. Aquel hombre tenía mucho carisma—. Aunque, la verdad, me hubiese gustado que fuese en distintas circunstancias.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —empezó Natalia, una y otra vez. Nada, era incapaz de formular una frase completa. Él asintió, comprensivo.

—No se asuste, no tiene por qué pasarle nada malo. He venido a por el móvil, como seguro se imagina. Espero que no se tome a mal que no haya llamado a la puerta. —Miró a su alrededor—. Yo también provengo de una familia humilde, ¿sabe? Más incluso que esta. Me ha costado mucho el avanzar en la vida. Cada tramo, cada paso que he dado, ha supuesto un gran esfuerzo. —Volvió a fijar los ojos en ella—. Estoy seguro de que conviene conmigo en que no es justo que, por un error, todo eso se vaya al traste.

—Eso depende del error —replicó Natalia, aunque algo le decía que mejor simular no saber nada. El matón que se había metido al fondo de la casa regresó. Hizo un gesto negativo a Sistiaga.

—No hay nadie más en la casa.

Sistiaga asintió.

—¿Dónde se ha metido Balboa? —le preguntó a ella.

—Se fue. —Estaría a punto de volver. ¿Cómo avisarle? Tenía que estar muy atenta a la puerta de la calle—. No sé adónde. Dijo que tenía que hacer un recado.

Él la estudió varios segundos.

—Deme el móvil de Eva —ordenó, directamente. Natalia tragó saliva.

—No sé de qué me habla.

—Me temía que dijera algo así. Entiendo que esté asustada, por eso le voy a dar una única opción de cambiar de táctica. ¿Dónde está? —Uno de los matones llamó su atención hacia el cable—. Señorita Chueca, no solo estoy viendo el cable de carga del móvil, que sigue en la encimera, cerca del enchufe —señaló en su dirección—, sino que, además, he oído el pitido de un móvil en esta cocina, según entraba. No me trate de imbécil, no me obligue a tomar unas medidas que nos van a desagradar a los dos. Espero que sea lo bastante lista como para darse cuenta de que no tengo tiempo y, a estas alturas, ya tampoco tengo límites. Deme el móvil.

Natalia sintió que le temblaban las piernas.

—Salga de mi casa —logró decir, tensa de miedo. Sistiaga hizo una mueca.

—¿En serio me va a obligar a tomar medidas drásticas? —Quizá esperaba una respuesta a esa pregunta, porque durante un par de segundos, se limitó a estudiarla con fijeza, hermoso y terrible como un arcángel caído—. El inicio de todo esto fue un error, pero para taparlo he tenido que cometer auténticas atrocidades. No me gustaría tener que añadir otra más a la cuenta, pero no dudaré en hacerlo, de ser necesario.

Lo único que Natalia entendía era que aquel hombre estaba loco. A saber cuándo empezó a estarlo, pero seguro que lo ocurrido con Gema Carrizo acabó de destrozar los últimos restos de cordura. Natalia tuvo claro que, si quería salir de aquella, iba a tener que actuar con mucho cuidado. «Tiempo. Gana tiempo», se dijo.

—De acuerdo —dijo, y se lo tendió—. Pero... pero lo he mandado al mío.

—¿En serio? —Comprobó el móvil. Bufó—. Señorita Chueca...

—Por favor, por favor... —Carraspeó para recuperar la voz, porque casi se le ahogó en un gemido. Apretó los puños hasta hacerse daño. Tenía que mantener el control—. Yo no sabía... Se lo daré también, pero, por favor, luego deje que me vaya. Por favor, no me haga daño.

Sistiaga la miró con simpatía.

—Tranquílcese, Natalia. No se preocupe. Tengo mucha prisa, de modo que sabré

agradecer que me evite un registro absurdo. Si me ayuda, no le pasará nada.

«Va a matarme en todo caso», pensó Natalia. Lo supo pese a la mirada amable, pese a la sonrisa cálida. No podía dejarla con vida. Y, o mucho se equivocaba, o esperaría pacientemente junto a su cadáver hasta el regreso de Balboa, para asesinarle también y así terminar con todos los testigos.

A una señal de Sistiaga, sus hombres le cedieron el paso. Natalia titubeó, pero no tenía más opciones, así que salió al pasillo. Los tres hombres empezaron a seguirla de cerca. «¿Qué hago? ¿Qué hago?» Cualquier cosa, cualquiera, menos entregarles su móvil o permitir que lo encontrasen. El problema era que lo había dejado en el bolso, dentro del armario, uno de los primeros lugares donde mirarían, si se ponían a buscar. Debía conseguir tiempo, del modo que fuese, a ver si por casualidad ocurría un puñetero milagro.

Al pasar por el vestíbulo, vio el jarrón amarillo y se le ocurrió una idea absurda. Como también era la única, decidió llevarla a cabo. Se dirigió hacia allí y lo movió, mientras sacaba el paraguas asesino de Balboa.

—Lo escondí aquí —dijo, volviéndose hacia Sistiaga y sus matones.

—Qué lugar más original. —Rio el político, seguro que solo por ser amable. «Y qué asesino más encantador y civilizado», replicó ella, mentalmente, con tono irónico incluido—. Es...

Natalia dio una patada al jarrón, que salió despedido hacia la pierna del guardaespaldas más cercano. Pesaba demasiado y no pudo impulsarlo lo suficiente, pero al menos serviría para estorbar. Al mismo tiempo, alzó el paraguas, que se abrió de par en par con un ruido seco, tomando a Sistiaga y al otro matón por sorpresa. Lo movió bruscamente hacia delante y debió pinchar a alguno, porque se oyó un grito. Aprovechó la ocasión para retroceder hacia la puerta de la calle, bien parapetada tras el paraguas. Una vez en el portal pensaba ponerse a gritar *fuego* como una loca. Algún vecino saldría, seguro.

«Puedo conseguirlo. Puedo conseguirlo.»

No fue lo bastante rápida.

Uno de los matones le arrebató el escudo de un golpe lateral que casi le arrancó también el brazo, y el otro, que estaba sangrando del párpado del ojo derecho, saltó sobre el jarrón caído y se lanzó en plancha para llegar a tiempo de apoyar la mano en la puerta, obligándola a cerrar con un fuerte golpe. Por suerte, al hacerlo, también

perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Ella se apartó, aterrada, y echó a correr por el pasillo, intentando siempre mantener las distancias. Logró llegar al dormitorio y casi pudo meterse en el cuarto de baño, donde decidió encerrarse, aunque confiaba poco en el pestillo; pero uno de los guardaespaldas la alcanzó cuando cruzaba la puerta, la levantó en volandas por la cintura y la lanzó hacia atrás, sobre la cama.

Natalia rebotó en el colchón hasta quedar bocarriba, mirando alternativamente a los tres individuos que la rodeaban. Intentó retroceder, arrastrándose, hasta chocar con la cabecera.

—Eso ha sido una tontería, Natalia —le dijo Sistiaga. Sus hombres la levantaron sin hacer caso de sus gritos. Uno la sujetó por la espalda, retorciéndole un brazo, y el otro la cacheó de forma muy profesional pero no por eso menos humillante—. Si me obliga a registrar la casa, le juro que voy a hacérselo pagar. —Ella no contestó, por lo que hizo un gesto a sus hombres—. Como quiera.

Uno de ellos la sujetó desde detrás, con los dos brazos a la espalda. El otro, no contento con palpar brutalmente sus pechos, rompió la camiseta y cortó el sujetador con una navaja. Era el que tenía sangre en la cara, le debía haber dado con el extremo del paraguas y a punto había estado de perder el ojo. Se le veía furioso por ello, con ganas de devolver el golpe.

—¿De verdad tengo que seguir, señorita Chueca? —le preguntó con sorna. Ella apenas podía mantenerse en pie, tanto le temblaban las piernas, pero se obligó a seguir en silencio. El matón sonrió, dibujando uno de sus pezones con la punta metálica—. Se lo agradezco.

Dirigió la navaja hacia abajo, para hacer saltar el botón de su mini short vaquero, y lentamente, bajó la cremallera. Deslizó un dedo por el borde, acariciando el elástico de sus bragas y el comienzo de su vello público. Natalia cerró los ojos y giró la cara a un lado, pero el hombre la cogió por la mandíbula con fuerza, haciéndole daño, y la obligó a enfrentarle de nuevo. Sonriendo, fue metiendo la mano, aunque se detuvo a medio camino, como esperando órdenes. O quizá esperaba a ver si ella terminaba cediendo.

No hubo muchas opciones. Al otro lado del dormitorio, Sistiaga había abierto ya el armario y estaba arrojando jerséis y camisetas al suelo, y moviendo la ropa colgada a un lado y otro. En un compartimento encontró el bolso. Como Natalia había supuesto,

no tardó ni dos segundos en sacar el móvil.

—¡Sí! —gritó—. ¡Estupendo, creo que por fin lo he encontrado y...! —Frunció el ceño, molesto, y la miró—. ¿Cuál es el pin?

—Váyase al infierno —replicó Natalia. Menos mal que todavía podía recurrir a la ira. Aquella gentuza trataba de aterrarla y humillarla, pero curiosamente, tras pasar cierta línea, cada vez se sentía más furiosa.

—¿Estás empeñada en convertirte en mártir, eh? —masculló él—. ¡Y por una causa tan absurda! —Tiró el móvil al suelo y lo pisó con saña—. A la mierda el pin. A la mierda tú. —A sus hombres—. Tenéis libertad para hacer con ella lo que os apetezca durante quince minutos, yo vigilaré por si aparece Balboa. Después, matadla.

El guardaespaldas que estaba metiendo la mano bajo su ropa interior, sonrió.

—Yo primero —dijo.

Ella sintió cómo aquellos dedos ásperos y bruscos se deslizaban sin permiso por la parte más sensible de su cuerpo, y empezaban a palpar curiosos... Incapaz de soportarlo, sollozó y empezó a forcejear. Cuando uno de aquellos dedos la penetró por la fuerza, haciéndole daño, intentó retroceder, pero estaba inmovilizada por el matón de su espalda. Si se movía demasiado, podía romperle el brazo en un segundo, con un crack espantoso.

—No se queje tanto, señorita Chueca —dijo Sistiaga, con frialdad—. Esto solo ocurre porque se lo ha buscado

—En realidad, solo ocurre porque eres un hijo de la gran puta —dijo una voz.

Balboa surgió de pronto de la puerta del baño, donde debía haber entrado por la ventana. Por el rabillo del ojo, Natalia vio que iba armado con la báscula de pie que tenía bajo el lavabo, para controlar su peso. Atónita, le vio descargar con ella un potente golpe sobre la cabeza del hombre que le estaba retorciendo el brazo, tan brutal que se abrió el cajetín y su pila salió despedida.

El matón se derrumbó sobre sí mismo, inconsciente. Casi sin dilación, Javier tiró de Natalia hacia atrás, y cayó al suelo, sentada. Le vio pasar por su lado. Avanzaba furioso hacia el guardaespaldas que se había propasado con ella, que ya no parecía tan valiente y no dejaba de retroceder. Le señaló con un dedo.

—Voy a matarte, cabrón.

—Quieto —ordenó Sistiaga. Le estaba apuntando con una pistola con silenciador

—. Basta ya. Aquí se acaba este asunto, Balboa.

—¿Eso crees? ¿En serio? —Se volvió hacia él, olvidándose del matón—. Mataste a Eva, cabrón. A ti voy a arrancarte el alma por ello.

—¡No fue culpa mía! —gritó el político, rabioso y desesperado—. ¡Se lo advertí, le di muchas, muchísimas veces la opción de dejar este asunto! ¿Y cómo me lo pagó, la muy zorra? Traicionándome.

—¡Habías matado a una chica!

—¡Fue un puto accidente, cojones! ¿Cómo tengo que decirlo, cómo? ¡Estábamos de fiesta, estábamos borrachos y drogados! Yo no quería matarla, ni me di cuenta de que le pasaba algo, pero si esto se hiciera público, mi carrera se iría al traste. No podía permitirlo.

—Claro. Y por eso mataste a Iván Carrizo, a Eva Linaza, a Santiago Martos y a Roberto Garmendia. Eso solo para empezar. ¿Acaso también fueron accidentes?

Sistiaga palideció.

—Y también a otros que no enumeras —replicó—. ¿Es que todavía no te has dado cuenta? Ese vídeo es como un puto virus, todo el que se infecta con él, muere. ¿Lo entiendes?

—Eres repugnante.

—¡No! ¿Qué otra cosa podía hacer, dime? ¡No fue mi culpa! Yo no quería matar a Gema, para empezar. ¡Por Dios, esa chica me gustaba mucho! Era guapa, ambiciosa y lista. Sabía de qué iba el asunto y supo aprovecharlo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué asunto?

—El de comerse el mundo, claro está. Hablo de poder. De forrarse. De lograr todo lo que se desee en esta puta vida en la que *tanto tienes, tanto vales* —siguió enumerando, con entusiasmo—. A mi lado no le faltó de nada. Le busqué el trabajo en la agencia de modelos y le compré ropa, joyas, todos sus caprichos. Hasta la invité a algunos viajes. Habíamos ido a muchas fiestas del estilo, esa fue como cualquier otra, debería haberlo sido. Pero... ¡Joder!

Sistiaga pateó con ganas el suelo, frustrado como un niño al que le ha surgido un contratiempo. Natalia agitó la cabeza.

—Y, cuando desapareció, cuando esa noche no volvió a casa, su hermano empezó a perseguirle, ¿no?

—¡Ese maldito cabrón! No me dejaba en paz. ¡Hasta se presentó dos veces en las

oficinas del partido a montarme un escándalo! No podía arriesgarme a que semejante historia llegara a la prensa. Cuando quedó claro que no iba a aceptar un soborno, me gasté un montón de dinero en simular que la chica estaba en Francia, pero entonces le mandaron el vídeo.

—¿Quién lo grabó? —preguntó Javier.

—¿Aún no lo sabes, Balboa? —replicó Sistiaga, sarcástico—. ¿En serio? ¿Con toda la lata que me has dado husmeando por ahí, a estas alturas todavía no has resuelto cada detalle minúsculo del caso?

—Ya ves. —Javier se cruzó de brazos—. Y si me vas a pegar un tiro, agradecería de verdad que antes me aclarases qué ocurrió.

Sistiaga no pudo evitar una risa ronca.

—¿Por qué no? Te daré el gusto. Lo grabó un imbécil de mi equipo llamado Jesús Sánchez. No tenía ningún cargo de relevancia, si estaba en la fiesta era porque su trabajo consistía en ayudar a organizar los eventos. Qué se le va a hacer, hoy en día los móviles son un peligro, todo dios se cree director de cine y empieza a grabar a la mínima de cambio, sin importarles qué esté prohibido.

—Eso me preguntaba, si no estaría prohibido hacer algo así en una de esas fiestas tan selectas —dijo Natalia.

—Claro que sí. Pero le dio igual. Según me dijo cuando le interrogué, al hacerle no pensaba conservarlo, solo fue por la tontería del momento. Pero, al ver que se complicaba la cosa, lo guardó y terminó enviándoselo a Carrizo. Por lo que parece, se apiadó de él, porque le vio desesperado cada vez que iba por mi oficina, aunque lo mismo pudo sacarle algo de dinero por ello, vete a saber.

Javier agitó la cabeza.

—¿Y qué ha sido de ese hombre, de Sánchez?

—Pues, ¿qué crees? Lo que es de imaginar, Balboa. Ya te he dicho antes que había otros nombres que no has incluido en tu lista de bajas. Sánchez es uno de ellos, lleva semanas en fondo de la ría, junto a Gema. ¡Así se pudra, joder! Por su culpa, el asunto se me fue completamente de las manos.

—No me digas. Qué pena me das.

—¡No te burles! Lo digo en serio. Al ver el vídeo, Carrizo se puso hecho un basilisco. ¡Iba a ir a la policía! Yo no podía consentirlo, así que le maté, tras sacarle el nombre de Sánchez. Lamentablemente, para entonces también había compartido esa

historia con Eva y, antes de que pudiera pillarle, le pasó alguna información a uno de sus colegas, Santiago Martos, aunque este último era más controlable. Solo tuve que conseguirle el trabajo en el periódico y darle dinero... Hasta que empezó a hacer el tonto.

—Así que los mataste. A todos.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Bastantes complicaciones me causaron. Lo de Eva fue muy sencillo, por su enfermedad, pero el resto...

—Eva se estaba recuperando, canalla.

—Sí, cierto. Qué molesta es a veces la naturaleza, ¿verdad? Cuentas con un cáncer para solucionar los problemas y resulta que va y empieza a remitir o yo qué sé. Pero doné mucho dinero a ese idiota de Zulueta para que la eliminase. Lo hizo, pese a todas las pegas que intentó ponerme. Además, antes, ya había contactado con el notario de Eva y, para cuando murió, su testamento había desaparecido de todas partes como si nunca hubiese existido.

—Eso buscaban en su casa, cuando entraron a robar mientras la mataban en la clínica, ¿verdad? La copia del testamento que tenía ella.

—Sí, maldición. En él te mencionaba, Balboa. Te dejaba su casa y una buena cantidad, además de un sobre con una copia del vídeo que pude destruir. Creí que ahí había terminado todo, hasta que Santiago Martos, del que no sabía nada desde hacía semanas, vino a venderme la información de que tu despacho estaba investigando la desaparición de Carrizo. Eso me escamó. Por eso te puse vigilancia y algunas escuchas. No ha sido difícil descubrir que la previsora señora Linaza había dejado otra alternativa, por si acaso.

—Si Martos trabajaba para ti, ¿por qué le mataste?

—No trabajaba para mí. Pero ¿qué dices? Jamás hubiera contratado a alguien como él. Me limité a pagarle para que mantuviese la boca cerrada, pero se volvió ambicioso y empezó a actuar como si fuese él quien controlaba la situación, en plan gallito. ¡Me dijo que quería más o te diría de qué iba el famoso vídeo! No le resultaba suficiente con el dineral que le había entregado, y su nuevo puesto en el periódico. Bah. Ese cabrón sí que merecía morir.

—Y al reunirse con Martos, vieron a mi fotógrafo.

Sistiaga frunció el ceño.

—¡Sí, joder! ¿A quién se le ocurre mandar que me sigan? ¿Te crees que somos

unos aficionados, como lo era él? ¡Por favor! Mis hombres le localizaron, le mataron y se llevaron todo el material. En realidad, no había nada conflictivo, no llegó a fotografiar la muerte de Martos, pero eso lo supe luego, y no podía arriesgarme.

—Me empiezas a dar pena, Sistiaga. Todo el mundo te obliga a matarle.

—Como estás haciendo tú ahora mismo, Balboa. —Alzó ligeramente la pistola, para apuntarle con mayor determinación—. Pero, con suerte, la señorita Chueca y tú seréis los dos últimos en morir, y todo este asunto habrá terminado...

—«Pero doné mucho dinero a ese idiota de Zulueta, así que la eliminó, pese a todas las pegas que intentó ponerme».

La frase se oyó con toda claridad. Era la voz de Sistiaga, aunque sonaba en otro punto y como surgida de una grabación. Sistiaga miró hacia la puerta. Salvador Chueca le estaba apuntando también con un arma. A su lado, su hermano Santos sostenía una grabadora minúscula pero potente. Con ellos estaban Mendieta y Aizgorri, además de un par de policías. El matón que seguía en pie levantó las manos. Tardó dos segundos en estar esposado, al igual que su compañero, que seguía inconsciente.

—Deje el arma —ordenó Salvador. Sistiaga titubeó. Apuntaba de uno a otro, como intentando contener a todos—. Sistiaga, no sea absurdo. Suelte esa pistola.

—¡No! ¡Fue un accidente!

—¿Y ya qué importa, hombre? —le preguntó Balboa con desdén—. Vas a pagar por todos los asesinatos que cometiste luego. Sobre todo, por el de Eva. La carrera ha terminado. No tienes escapatoria.

Como convocados por esas palabras, fueron llegando más policías. Se oía, a lo lejos, el ruido de las sirenas. Sistiaga retrocedió, aterrado.

—¡No! ¡No puedo ir a la cárcel! ¡Algún día llegaré a ser presidente del país!

Javier rio.

—No sueñes, Sistiaga. Ya te digo yo lo único que vas a ser: la puta del bruto de turno. Tengo mis contactos y te juro por mis muertos de que me ocuparé de ello. No te mereces otra cosa, cabrón.

Sistiaga abrió los ojos como platos.

—¡No!

Y, antes de que ninguno pudiese intervenir, giró la pistola y se pegó un tiro en la sien.

4

Ya no se oía el sonido de la ambulancia y apenas quedaban policías. Tampoco se veían ya periodistas, ni curiosos por balcones y aceras, y eso que había llegado a reunirse una auténtica multitud. La conmoción que había sacudido la calle, el barrio entero, y que no tardaría en sacudir la ciudad y hasta el país, se estaba calmando. Héctor Sistiaga seguiría siendo el centro de atención en televisión y la radio durante algunos días, y luego sería olvidado.

«Y así terminará todo», pensó Javier, sentado en la escalera del portal. La policía había precintado su casa. Por suerte, tenían la de Natalia, iban a quedarse allí los dos, pero no quería entrar, no todavía.

Salvador había subido a casa con Natalia, para tomar un café. Aizgorri se estaba yendo en esos momentos a la suya, todavía podía verle a través de la puerta de cristal del portal, cruzando la calle para dirigirse a su coche. Mendieta, en el rellano junto al ascensor, estaba terminando de tomar unas notas, mientras comentaba con unos policías algo sobre un partido de fútbol. Se despidió y se dirigió también hacia la puerta. De camino, se detuvo a su lado.

—Me voy ya, Balboa. —Javier asintió, frío e indiferente. Mendieta se dio cuenta y arqueó una ceja—. ¿Ocurre algo?

—No lo sé —replicó, más ácido de lo que le hubiese gustado—. Bueno, sí, sí lo sé. Pero prefiero que me lo digas tú.

Mendieta pareció más sorprendido todavía.

—¿A qué te refieres?

Harto de aquel juego, Javier le lanzó una mirada acusatoria. En realidad, no tenía unas pruebas concretas en su contra, pero Mendieta era la pieza más débil en el engranaje que le unía con Salvador. Si había un topo, que tenía que haberlo, debía ser él. ¡Y después de tantos años de amistad! ¡De tanto preocuparse por sus hijos! Pensó en Carmen, estudiando para ser su secretaria. Mierda, y hasta tendría que contratarla, si conseguía aprobar. Ella no tenía la culpa de las miserias de su padre.

Javier se sentía más dolido que traicionado. Ambas cosas.

—Si no quieres, no lo digas. Pero que sepas que lo sé.

—¿El qué? —Esperó, sin éxito—. Estás muy raro, Javier. Y estás siendo injusto.

No sé de qué me hablas.

—Lárgate, anda.

—No, ahora no me voy. ¿Por qué me voy a ir? Ahora soy yo quien quiere saber qué pasa. ¿Por qué me hablas así? ¿Te he molestado en algo?

—Mendieta, no...

—Mendieta, ¿te llevo a casa?

Ambos se giraron hacia la puerta. Aizgorri había vuelto y les miraba muy serio desde el umbral. Mendieta titubeó.

—Vale, gracias. —Miró a Javier—. Tengo que aprovechar, que así me quedo con los pequeños y mi mujer puede descansar un ratillo. Pero hablaremos de esto, Balboa. No creas que...

—Espérame en el coche —le cortó Aizgorri—. Tengo que hablar a solas con Javier.

Mendieta le miró sorprendido, luego a él. Una luz de perspicacia cruzó su rostro. Sin decir nada más, se fue.

Javier se volvió hacia Aizgorri, quizá no tan dolido como cuando pensaba que había sido Mendieta, pero casi.

—Has sido tú, ¿verdad?

Tuvo la cortesía de no negarlo. Al contrario: mantuvo su mirada y contestó directamente:

—Sí.

—Hijo de puta... —Se sintió orgulloso del tono tranquilo, helado, con el que habló—. ¿Por qué? Dime, ¿por qué cojones me has traicionado así? Creí que éramos amigos.

—Unos más que otros, pero creo que sí que lo somos.

—No me hagas reír. Fuera de mi vista.

—No. Antes me vas a escuchar.

—No quiero tus excusas, Mikel. Por favor, vete.

—¿Ah, sí? ¿Ya está? ¿Me vas a condenar, y listo? Qué cómodo, ¿eh? Pues no, amigo, no lo voy a consentir. Al menos, me vas a escuchar, joder, que todos tenemos derecho a una defensa, que yo sepa.

Iba a ser imposible evitarlo, así que se encogió de hombros.

—Como quieras, traidor.

Aizgorri se ruborizó.

—Sí, lo soy. He tenido que serlo, porque Salvador terminó enterándose de que trabajábamos para ti, y demasiado a menudo, tal como te advertí tantas veces. Eso fue el año pasado, no creas. Se puso hecho una fiera y me llamó a su despacho. Me dijo que o le pasaba información de lo que ocurría en tu oficina o nos despedía a los dos. Como bien recordarás, tú no estabas en condiciones de contratarnos y, desde luego, Mendieta no estaba en condiciones de perder su empleo.

Qué astuto, Salvador. Sabía tan bien como él que Mendieta no tenía madera de espía, era completamente incapaz de mantener una situación semejante sin romperse, por lo que puso en el brete a Aizgorri, que era mucho más zorro, y se limitó a utilizar a Mendieta como elemento de presión. Mikel Aizgorri jamás dejaría tirado a un compañero.

Bueno, depende. A él sí que le había apuñalado por la espalda.

—¿Te vas a justificar? ¿En serio? Nada, si al final va a resultar que eres un héroe.

—No, ya te digo yo que no. Solo te explico las razones por las que hice algo que no quería hacer, pero ante lo que me vi obligado. Si quieres, las escuchas. Si no, no ocurre nada. —Se sentó a su lado—. Nunca le pasé información importante, Javier, todo eran menudencias. A cambio, te ofrecí mucha información que sacaba de los archivos de Salvador, cuando venía bien para tus casos. Eso, aparte de utilizar sus recursos en tu beneficio. Ha sido difícil equilibrar, pero creo que lo he ido consiguiendo.

—Qué bien. Pues no voy a darte las gracias porque, a pesar de todo, podías haber venido a mí y haberme dicho lo que pasaba.

—¿Estás seguro? Ya lo estoy viendo: el despacho de Salvador con las paredes llenas de manchurrónes de sangre. El viejo en el suelo, convertido en pulpa, y tú todavía soltando puñetazos. Anda ya, Javier, que nos conocemos. Si te lo llevo a decir, hubieras ido a buscarle para solucionarlo a golpes.

Debía ser sincero: era cierto. Sobre todo, antes del regreso de Nat, estaba totalmente envenenado por el odio. De haber sabido que le estaba vigilando...

—Sí, supongo que sí —admitió—. Pero me sigue pareciendo rastrero.

Aizgorri le miró de reojo.

—Muy bien, tú ganas. ¿Quieres que deje la agencia?

—Me da exactamente igual. —El tono sonó a un «*Para mí ya no existes*», y se alegró, porque era exactamente lo que sentía en esos momentos. Aizgorri parpadeó, turbado.

—Ya. —Se puso en pie y comenzó a alejarse, pero se detuvo a pocos pasos—. ¿Sabes que el *Maribel* sigue existiendo, chaval? —Se giró para mirarle. Javier abrió los ojos como platos—. Cuando volvió Natalia, Salvador quiso que te investigase a fondo, y soy un buen detective. El *Maribel* sigue en marcha. Su dueño murió, pero ahora lo regenta su esposa, que en tu época se dedicaba allí a la prostitución.

—¿Lorena?

—Lucía.

—Ah, sí, eso. Lucía. —La recordó. Era una buena mujer. Según le contaron, se preocupó por Natalia, en su momento. Gracias a ella, el asunto no empeoró más todavía—. ¿Se lo dijiste? A Salvador, me refiero.

—No, por supuesto que no. Y por la misma razón: hubiese venido a tu despacho para solucionarlo a golpes.

—Me lo hubiese merecido.

—Quizá. Pero soy tu amigo, y tú ya no eres aquella persona. No tenía mayor sentido hacerlo... Eso sí, entendí muchas cosas, compañero. —Suspiró, con las manos en los bolsillos—. Todo en este universo parece arrastrado por una gigantesca bola de nieve, ¿verdad?

—A veces me da esa impresión, sí.

—¿Conoces el aforismo legal que dice *La causa de la causa es la causa del mal causado*?

—Claro.

—Vivimos rodeados de males, Javier. Males grandes y pequeños. Los sufrimos, los provocamos, los respiramos y nos impregnan de arriba abajo... La mayor parte de las veces, lo difícil es determinar cuáles fueron sus causas. Por qué están ahí. Y eso, es básico. Si lo supiéramos, los entenderíamos mucho mejor y no dolerían tanto.

¿Estaba intentando consolarle? Seguramente, sí. Javier suspiró, agobiado por la vieja culpa, la que arrastraba desde siempre, como un camión de varias toneladas cargado sobre sus hombros.

—Cometí un error terrible —musitó.

—Sí. Pero ambos sabemos por qué y, por suerte, estás a tiempo de compensarlo.

Aprovecha la oportunidad. —Cogió la manilla de la puerta y abrió. De la calle llegó un soplo de brisa que barrió el portal de lado a lado—. Cuida de Nat, y de Mendieta. Y de Salvador, cojones, que es un testarudo y a veces se tuerce más que una esquina, pero tiene buen fondo.

—¿Adónde vas?

—A buscar trabajo, por supuesto. Todavía tengo que terminar de pagar una hipoteca, y también me gusta comer, aunque sea de vez en cuando.

—¿Trabajo? Ya tienes uno.

Aizgorri le lanzó una mirada incierta.

—¿Hablas en serio? —Él asintió—. No estoy seguro de que puedas volver a confiar en mí.

Javier rio.

—Pero ¿qué dices? Ahora, más que nunca.

Mikel Aizgorri solía ser parco en sonrisas, pero ese día le dedicó la más luminosa de cuantas le había conocido.

Epílogo

—¿Aquí? —preguntó Natalia. Balboa calculó las posiciones y asintió. Ella puso el bolso sobre la mesa. Era bastante feo pero, claro, ni siquiera era suyo, pertenecía a la agencia. En su interior llevaba incorporada una cámara, con el objetivo en uno de los laterales.

—Perfecto. —Javier sonrió—. Ahora solo hay que estar atentos. ¿Quieres tomar algo?

—Un refresco, de lo que sea. —Él pidió las consumiciones al camarero mientras Natalia observaba el ambiente. No estaba nada mal el sitio. Cuando Balboa se sentó a su lado, le acarició una rodilla—. Gracias por haber sido tan comprensivo con mi padre.

—No pasa nada —dijo él.

Esa tarde, Salvador Chueca les había propuesto fusionar las dos agencias. La Chueca había perdido mucho impulso, apenas podría permanecer abierta otros seis meses, y la Balboa había ganado fama desde el asunto de Sistiaga. Unir sus fuerzas les daría muchas posibilidades de convertirse en la mejor agencia de detectives de la ciudad.

—Sí que tiene mérito que te pareciera bien. Sobre todo cuando dijo que se llamaría *Chueca y Balboa*. Así, sin preguntar.

—Bueno, si no lo hubiese planteado así, no sería tu padre. —Rio él—. De todos modos, ten en cuenta que entiendo que él tiene una mayor trayectoria en el negocio, yo respeto eso. Además, me da lo mismo. Al fin y al cabo, es tu apellido el que va delante, y me parece perfecto.

—Gracias. —Le besó en la mejilla—. ¿Miraste lo del menú para la boda, por cierto?

—Sí. Voto por el solomillo.

—Genial, porque yo también. Así que creo que está todo decidido.

—Quién lo iba a decir ¿eh?

Se miraron. Sonrieron.

—Hace mucho que te perdoné —susurró ella.

—Y yo te quiero más por ello. —Agitó la cabeza—. Pero no sé si podré

perdonármelo a mí mismo, algún día.

—Seguro que sí. Yo te convenceré de ello. Verás.

Balboa se echó a reír y la besó. Su intención había sido la de darle un toque suave en los labios, pero una vez se unieron sus bocas, no pudo separarse. El beso se acentuó, se volvió cálido y embriagador como un buen vino. Sintió la lengua de Natalia, moviéndose como una mariposa, aleteando apenas mientras iba atesorando sensaciones.

Balboa y ella se fueron recostando en el sofá, cada vez más enfebrecidos, pero entonces vio algo por el rabillo del ojo.

—¡Ahora! ¡Graba!

Natalia se sobresaltó, pero reaccionó casi de inmediato. Se lanzó sobre el bolso y pulsó el botón de la cámara.

En el escenario, Nekane Blanco estaba bailando con ganas algo de salsa.

—Ya era hora —dijo Natalia—. ¡Nos ha costado semanas!

—El que la sigue, la consigue. —Sonrió y ella no estuvo segura de si lo había dicho por ella—. ¿Por dónde íbamos?

—Tenemos que grabar.

—La cámara lo hace sola, no te preocupes.

La enganchó y volvió a besarla, y Natalia se dijo que no recordaba haber sido tan feliz, jamás.

La cámara siguió grabando. En el escenario, Nekane Blanco iniciaba en esos momentos un desenfrenado *rock and roll*.